



GABRIELA MARGALL



*Esse ancho río
entre nosotros*



VERGARA

Gabriela Margall

Ese ancho río entre nosotros

Vergara

SÍGUENOS EN
megustaleer



[@Ebooks](#)



[@megustaleerarg](#)



[@megustaleerarg_](#)

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

*No pude probar que los años tienen pies mas
confiados corren y yo, soy lo que soy por síntomas
pasados y acontecimientos ocurridos*

Emily Dickinson, *Poemas*,
Traducción y selección de Silvina Ocampo

Prólogo

*Ciudad de la Santísima Trinidad
y Puerto de los Buenos Aires.
1801, mes de junio*

Una niña mujer contempla el río. Está apoyada contra el suave tronco de un álamo y trata de esconderse de los ojos vigilantes de la ciudad. Mira el agua plateada que se muere despacio contra la costa de la ciudad. Hace frío pero ella no lo siente. Mira el río y más allá, hacia algún lugar que está lejos y no conoce.

Es una tarde fría. Tras cinco días de sudestada finalmente el cielo comienza a despejarse y llega el viento del suroeste, filoso y diáfano. La niña tiene frío pero no le importa. Importa el río que va y viene, lleva gente y trae recuerdos queridos.

A lo lejos, se ven en el río los enormes barcos grises que traen pasajeros y mercaderías al puerto. Un puerto que no existe porque la corona española aún no se decide a construirlo. La ciudad es un puerto sin puerto. Los barcos anclan a lo lejos y envían pasajeros y baúles en barquitos negros, como si fueran hormigas. Más cerca de la niña, se ven carretas y bueyes que acercarán a la costa esos baúles que son la riqueza de los comerciantes y esos viajeros que buscarán enriquecerse gracias al comercio.

Nada es más lucrativo en la ciudad que comerciar.

Nada ocupa más los pensamientos de sus habitantes.

Nada desvela y tortura más a los hombres porteños que comprar y vender.

Un hombre sentado en una de los barquitos negros siente el movimiento de

río y lo maldice, despacito, en voz baja, para que el remero no lo escuche. El movimiento del río le hace sentir náuseas.

Es un río color marrón, espeso, al que por alguna razón alguna vez lo llamaron “de la Plata”. Un río que lo vio nacer pero que también lo vio marcharse cuando era muy pequeño. Un río que no conoce y del que sospecha mucho. Un río que lo mantuvo cinco días atascado en la ciudad de Montevideo por una tormenta intolerable de viento y lluvia ligera y finita. ¿Cómo se hacen negocios con esa lluvia ligera y finita que hiela y moja y es invisible?

Frunciendo el ceño, alza la vista hacia la ciudad. La silueta de Buenos Aires se dibuja y se recorta contra el cielo celeste blanco y gris. Algunas esclavas negras están machacando la ropa contra las toscas del río, se mueven, se ríen y hablan.

La ciudad es tan insignificante que apenas se puede ver desde la ribera. Es absolutamente chata y un feo fuerte aparece en primer lugar, casi cayéndose al río. Si soplara un viento un poco más fuerte quizá lograra hundirlo del todo en ese río que parece estar lleno de cosas hundidas.

El hombre trata de enfocar mejor los ojos y descubre otros edificios. Detrás del fuerte se ve la torre de un Cabildo. “Bien”, piensa, y ya se siente más a gusto. “Donde hay instituciones, hay funcionarios que comprar, hay negocios que hacer, hay leyes que cumplir y eludir cuando es necesario. Se siente más a gusto ahora que ve el Cabildo. Cádiz ya parece más lejos que antes. Ahora Buenos Aires se siente ese lugar de comercio que tanto le recomendaron.

El barquito se mueve con el viento pero él sigue observando la ciudad plana. Comparada con Madrid o Cádiz no es una ciudad. Es una pequeña aldea, con ínfulas de capital virreinal. Por lo que puede ver tiene cuatro iglesias con enormes torres. ¿Para que una aldea necesita cuatro enormes iglesias, un fuerte y un cabildo?

“Aldea pretenciosa”, pensó, “con gente igual de pretenciosa”.

Cada vez se sentía mejor: no había nada más fácil de tratar que la gente pretenciosa. Simplemente había que decir lo que ellos esperaban oír para luego hacer lo que le diera la gana. Nada más fácil. Algunos recordarían a su padre y buscarían hacer negocios con él de inmediato. Otros lo mirarían con sospecha hasta que se dieran cuenta de que solo quería comerciar. Comprar por uno y vender por cuatro. Y así la vida serena, para él y para su hermana, lejos de una Europa convulsionada.

Un ligero movimiento proveniente de un grupo de árboles un poco alejado del fuerte le llama la atención. Puede distinguir la figura de una mujer pequeña vestida de marrón oscuro apoyada contra uno de los árboles. Parece una niña. El viento hace que la mantilla negra que lleva en la cabeza se deslice hasta los hombros. Tiene la piel blanca y el pelo claro. No puede dejar de mirarla.

La joven tratando de acomodarse la mantilla, nota la mirada fija del hombre sentado en la pequeña barca, rodeado de baúles y petacas de cuero. Es un hombre moreno, de cabello muy oscuro. Parece muy grande porque las cosas se ven pequeñas a su alrededor. Tiene las manos apoyadas en las rodillas en un gesto cansado. Detrás de él hay una mujer que lleva las manos apoyadas en los costados de la barca. No puede distinguir si es una dama o una criada. La mirada del hombre la llama, la mantiene unida a través del río.

El ir y venir del agua acompasa las respiraciones de los dos. La joven incluso está ahora segura de que alguien la está meciendo entre sus brazos, abrigándola con suaves arrullos de viento diáfano del sur y olas plateadas que se deshacen en la ribera.

El hombre por un momento olvida todo, quién es, por qué está allí, su pasado.

En ese momento no parece existir nada más que el balanceo del agua, el viento y una joven apoyada en un árbol.

La niña por un momento olvida todo, quién es, qué hace allí, su presente.

En ese momento no parece existir nada más que un río que ama, el viento que se lleva la lluvia y un hombre rodeado de baúles en una pequeña barca.

Pero todo es un instante.

Una negra sale de la nada y comienza a tirar del brazo de la joven, quien sobresaltada, deja caer por completo su mantilla. La negra toma la mantilla antes que la joven, y, sin dejar de tirar de su brazo se va con ella hacia la ciudad, desapareciendo en esa silueta gris que es mitad ciudad y mitad aldea.

El remero que conduce la barca le avisa al hombre que se prepare para descender. El hombre siente el frío nuevamente y vuelve a mirar con el ceño fruncido la ciudad. Toma de la mano a su hermana y le sonrío. Ella responde a la sonrisa y es la primera en bajar. Como siempre, confiada y segura ante lo nuevo.

“Todo va a estar bien”, piensa para sí, “mientras pueda comprar y vender, todo va a estar bien”.

1

Con la sangre

“Cuando miras el río te conviertes en una niña pacífica”, solía decirle su hermano mayor. Mirar el río, para Martina era convertirse en esa masa ondulante y plateada que la hacía sentirse acunada a pesar de estar absolutamente quieta. Era el momento en que podía ser ella y nadie más. Una sola con el agua de plata, acunada por las olas.

No debía estar ahí y en cualquier momento aparecería Paquita para arrastrarla y llevarla de nuevo a la casa. Se apoyaba contra una de las paredes que eran parte de las murallas del fuerte. Rugosa, la superficie contrastaba con la piel suave y sin huellas de la palma de su mano. A los catorce años, Martina no llevaba en sus manos, o en su rostro, huella de sufrimiento o pena alguna.

Sin embargo, tenía cicatrices.

El viento le despejaba la cara de los mechones de cabellos rizados que escapaban de las veinte horquillas y su vano intento por sostenerlo. Era agradable llevar el pelo suelto, pero, le habían dicho, era cosa de niñas. Y ella ya no lo era.

Le hubiera gustado seguir siendo pequeña. Quería jugar con sus hermanos y hacer enojar a la cocinera, que vivía siempre protestando. Quería recorrer la ribera del río de la mano de su hermano mayor mientras su madre conversaba delante junto con doña Josefa. Cuando era niña, nadie la obligaba, como hacían ahora, a mantenerse serena, silenciosa, observándolo todo, como si fuese culpable de algo que desconocía.

Y lo que más extrañaba era poder disponer a voluntad de los frascos de

miel que uno de sus tíos mandaba desde Luján: ya no podía comerlos hasta cansarse, no era el comportamiento propio de una señorita decente de Buenos Aires. Ser una señorita de Buenos Aires consistía, entonces, en olvidar todo lo que la había hecho feliz de niña: los juegos solitarios, comer duraznos en el patio y llenarse la cara de almíbar, correr con Juan y Adrián durante las siestas en la quinta de doña Josefa, y hacer rondas con Micaela hasta marearse.

Pero la niñez había quedado atrás cuando ella había sangrado.

Y con la sangre, su madre comenzó a prepararla para el matrimonio. Coser, bordar, conversar. Coser, bordar, rezar. A veces, hablar con otras señoras, y salir a la misa todos los días.

Era casi una monjita pero su padre había rugido un “no” cuando su madre había hecho la sugerencia de hacerla ingresar al Convento de Santa Catalina.

Era un hombre temeroso de Dios, siempre lo decía, pero don Rodrigo Álvarez, comerciante mayorista de Buenos Aires, jamás consentiría en semejante pérdida de capital. Si una joven se convertía en monja eso equivalía a entregar una dote a cambio de ningún marido, ninguna conexión social y ninguna descendencia. Tener una hija en un convento podía ser un verdadero honor y una muestra de piedad pero también un derroche de dinero y, por más que fuesen familias muy piadosas, la piedad de don Rodrigo no llegaba a tal extremo de regalar el dinero que tanto le costaba obtener. Eran una excepción, claro, las limosnas y misas por la salvación de su alma.

Mientras miraba el río Martina tenía una suave sonrisa en los labios y una dulce mirada en el rostro y todo eso se olvidaba. Jugaba con su mente a ser niña otra vez y le contaba cosas al agua para que se las llevara a su hermano Adrián que estaba en España.

Había logrado escaparse de la horrible pesadez de la siesta obligada, fugándose por el tronco de la parra, como le había enseñado su hermano Juan, el segundo, que aún vivía con ellos. Le había costado muchísimo a causa de la falda marrón que llevaba y las enaguas de volados que usaba por debajo. Se le había desgarrado el vestido en la fuga y se sostenía la falda por temor a que alguien la viera con la ropa deshilachada.

Su hermano Juan, seis años más grande que ella, bromeaba diciendo que su vanidad era tan grande que la hacía parecer más alta. Ella respondía que no era cierto y se enojaba muchísimo, tanto que no le hablaba durante días.

Para Martina, saber que no era vanidosa era muy importante. Su madre,

doña Lucía Martínez de Álvarez, era admirada en toda la ciudad por su modestia, recato, piedad y generosidad a la hora de hacer limosnas. La mujer también era temerosa de Dios y rogaba por su alma en la iglesia de Santa Catalina de Siena. Se confesaba todos los días, asistía a la misa y después se quedaba rezando rosarios por la salvación de su espíritu.

Era una mujer ejemplar, criolla de buena cuna, con un abuelo inglés del que había heredado los cabellos rubios, piel clara y los ojos azules. Se había convertido en una excelente esposa, según se decía en la ciudad, manejando la casa de don Rodrigo Álvarez, uno de los comerciantes más importantes de la capital virreinal, con efectividad y discreción. Había educado a sus hijos en el temor de Dios y la decencia, como correspondía.

Por lo tanto, nadie en Buenos Aires podía llegar a suponer que la pequeña Martina fuera vanidosa y charlatana, como a veces afirmaba Juan en las tertulias. Simplemente daban por sentado que su madre la había educado en los más firmes senderos de la modestia y el honor y que, por lo tanto, no creían que podía admirar las telas más finas o los dulces más empalagosos cuando siempre andaba vestida de oscuro y con los ojos bajos. Si se comparaba con lo que otras jovencitas usaban, Martina se sentía un saco de trigo, de esos que su tío de Luján traía a vender a la ciudad. Soso y desabrido.

Tampoco sabía la ciudad que esa niña hecha señorita, que se escabullía en las siestas, era expresiva como pocas y que solía hacer preguntas inocentes que no debía hacer. La infancia de Martina había transcurrido dulcemente entre criadas negras; reía cuando estaba feliz, lloraba cuando estaba triste, echaba chispas por los ojos cuando sus hermanos la molestaban llamándola vanidosa y sonreía dulcemente cuando se quedaba mirando al río plateado.

Todo, todo había cambiado con la sangre.

La educación que su madre se esmeró en hacerle aprender cuando llegó la sangre fue tediosa y bastante dura de aceptar. Finalmente, había terminado por resignarse.

Había ciertas cosas que no estaban bien.

Y si no estaban bien, Buenos Aires hablaba de ella.

Y si la ciudad hablaba de ella, entonces su padre se enfurecía.

Y la bestia despertaba.

De manera que a los catorce años, su expresión se había tornado seria y melancólica en presencia de sus padres o de cualquiera que fuese un vecino respetable. Un rostro inexpresivo y de mirada perdida que estaba destinado a

exteriorizar obediencia y sometimiento al jefe de la familia y, en definitiva, a la clase a la que pertenecía. Se sentaba derecha, hablaba poco, hacía muchas reverencias y si no sabía qué responder guardaba silencio. Más de una vez había recibido una paliza de su padre por expresar una opinión diferente a la suya. Habiendo aprendido la lección, Martina no había vuelto a oponerse.

En las cenas, las pocas veces en que la familia se reunía por entero, los hijos permanecían callados, con la cabeza hacia abajo, escuchando las conversaciones de los mayores. Cuando Juan cumplió los veintiún años, a principios de ese año, se le permitió conversar con su padre sobre los asuntos del comercio en los que él también participaba.

Don Juan Álvarez había comenzado a trabajar con su padre en la tienda, y luego se dedicaba a llevar los productos que venían de Cádiz hasta Córdoba y Asunción. Él tenía contacto con los productos que llegaban en los barcos de modo que era el primero en ver todo. Su padre en cambio, se ocupaba de todo lo que enviaban a España, plata, sobre todo, pero también cueros y carne seca. Las cenas habían cambiado y Martina escuchaba embelesada a su hermano, quien relataba sus viajes con grandilocuencia. Juan era un contador de historias locuaz y entretenido y la libertad de comerciar por el virreinato le había dado a su rostro sereno una vida que antes no tenía.

Martina sacudió la cabeza recordando a su hermano mientras sonreía. Juan la molestaba, pero también la consentía. A veces le daba a escondidas algunos trozos de tela para que se hiciera alguna ropa, pero la madre siempre los encontraba y confiscaba. Era peor doña Lucía que la propia Aduana de Buenos Aires a la hora de detectar telas de contrabando.

Y al pensar en su hermano no pudo dejar de pensar en don Manuel.

—Qué ojos lindos tiene, Martina.

Todo había cambiado desde que había sangrado.

El cuerpo se le había convertido en un extraño. Antes nunca había sentido cosquillas en el vientre ni el corazón se le había agitado tanto que parecía salirse del pecho. Paquita, la mulata que era su esclava propia, le había explicado que la sangre que le manchaba la ropa íntima indicaba que podía ser madre.

Paquita le dijo que la llegada de la sangre era la voluntad de Dios. Con aires de suficiencia la mulata había agregado: “Y está en la Biblia”. Para Paquita, que estuviera en la Biblia era razón suficiente para entenderlo.

Pero a Martina se le había antojado un tanto inoportuna la voluntad de

Dios, que había elegido justo el momento en que ella jugaba con Micaela Espinoza trepándose por el tronco de la parra del patio.

En un momento estaba apoyando un pie en el tronco y al momento siguiente se doblaba por un agudo dolor en el vientre y sentía que un líquido caliente le corría por las piernas. Hacía dos meses que había cumplido trece años.

Llorando y temiendo morir, se aferró de la mano de Micaela y salió corriendo hasta el salón donde su madre bordaba junto a doña Josefa Espinoza, su madrina de bautismo. Al ver la mancha que comenzaba a traspasar el vestido gris, doña Lucía se excusó frente a doña Josefa quien se levantó y se despidió rápidamente mientras arrastraba a la pequeña Micaela, rogando a Dios que su niña aún no hubiese visto nada. Las respuestas a esas preguntas eran muy difíciles de dar.

Paquita y doña Lucía la llevaron hasta el cuarto de baño donde la desvistieron y lavaron. Martina lloraba en silencio del miedo que tenía. Nadie le explicaba por qué sangraba y ya se imaginaba muerta para la media noche.

Paquita tomó de un armario un lienzo rectangular, le explicó cómo usarlo y le dijo que más tarde la ayudaría a cambiárselo, reemplazándolo por otro. Una extraña sonrisa recorría la carita redonda de la mulata.

Su madre no había dicho nada.

Finalmente se encontró acostada y arropada bajo las mantas de lana. Tenía el cuerpo alborotado en una serie de horribles dolores agudos en la parte baja del vientre, que, desde hacía un tiempo, se había cubierto de un vello oscuro y rizado. Descubrió que la punta de los senos le molestaba terriblemente en el roce con el camisón. Le dolían los brazos y las piernas. Sin soportarlo más comenzó a gemir y lagrimear.

Inexpresiva hasta la frialdad, su madre simplemente se acercó hasta ella y le dijo:

—A partir de mañana comenzarás a aprender guitarra.

Un tirón en la mano la sacó del ensueño.

Paquita le indicaba que era hora de volver a la casa.

2

La bestia

Desde ese día de su primer sangrado, Martina no pudo dejar de ponerse colorada ante la sola mención de la guitarra.

Cuando las dos mujeres la abandonaron comenzó a llorar tan desesperadamente que sentía que el pecho se le iba a salir. Tenía miedo, estaba aterrorizada de ver sangre saliendo de su cuerpo, corriendo por la pierna, pensando que se iba a morir desangrada como les pasaba a las personas heridas por los carruajes.

Una vez Juan había hablado de un hombre que se había cortado una pierna al ser atropellado por un coche; sangraba tanto que el charco había cubierto las piedras de la calle. El hombre, después de una semana, había muerto.

Martina se preguntó qué parte de su cuerpo estaba herida.

¿Se habría cortado algo? No se imaginaba otra forma de sangrar.

Un rato más tarde, Paquita volvió a entrar en su habitación. Los ojos de la mulata brillaban de travesura. Era apenas unos años más grande que su ama, pero ya sabía todo lo que había que saber acerca de los hombres y los sangrados de las mujeres.

Paquita era pícara y don Rodrigo ya le había dado varias palizas por haber estado correteando por las noches con Bonifacio, el mulato libre que herraba los caballos, quien no había podido resistirse a su juventud y descaros. En una helada noche de junio, rodeada de un yunque, varios martillos y pedazos de hierro, Paquita había conocido la pasión. Así que casi ni había sentido la paliza que don Rodrigo le había dado, después de descubrirla en la madrugada, colgada del tronco de la parra. Tenía el cuerpo caliente de besos

y caricias. Qué le importaba una paliza a una esclava.

Martina escuchaba cada vez más atónita las palabras de la mulata. Fue pasando por el miedo, el espanto —cuando Paquita le dijo lo que hacían los hombres con lo que les colgaba entre las piernas—, luego la confusión —¿de verdad eso era lindo?— hasta la más absoluta vergüenza cuando la criada le dijo que ella ya lo había hecho y que cuando se casara ella también lo haría.

Para su sorpresa, luego de cinco días, volvió a sentirse bien otra vez, ya no le dolía el vientre y solo tenía un horrible dolor de cabeza. En esos días casi no salió de su habitación y, cuando dejó de sangrar, Paquita le explicó que al mes siguiente volvería a hacerlo y que estuviese preparada.

Cuando se encontró con su hermano Martina notó una nueva expresión en el rostro de Juan. Desde ese día él comenzó a tratarla con mayor calidez y afecto. Cómo se había enterado Juan de aquello, no tenía idea. O tal vez no lo supiera y ella solo lo imaginaba.

Acostumbrada a la indiferencia de su padre, Martina se sorprendió al recibir más atención de su parte. Por supuesto que no fue cálida ni amable. Cuando volvió a sentarse a la mesa con su familia, don Rodrigo alzó la vista y le dijo:

—Espero que no tengas el descaro de convertirte en una puta como tu madre.

Ninguno de los tres dijo nada al escuchar ese comentario.

Doña Lucía jamás lo contradecía, tratando de no provocar las palizas que su marido le daba. Juan había aprendido de la experiencia de su hermano Adrián y callaba, sabiendo que una protesta de su parte resultaría en más violencia para su madre. Martina, desde ese día comprendió que, a pesar de lo que Paquita le había cuchicheado, la sangre solo la haría infeliz.

Ahora ya podía ser una esposa, tener niños y, por lo tanto, tendría que casarse con una bestia igual que su padre. Porque los hombres llevaban bestias dentro de ellos que salían de la oscuridad, enfurecidos para castigar todo aquello que les molestara. Martina sabía que fuera quien fuera su marido, sería un bruto que la llamaría puta cada vez que pudiera, que maltrataría a sus hijos, y que viviría solo para contar su dinero.

Así que desde el año anterior, Martina había abandonado su vida de niña para siempre y esperaba resignada el día en que su padre le anunciara que había encontrado un marido para ella. Su único lujo consistía en mirar el río en esas escapadas de las que Paquita debía rescatarla. Con el río lograba

olvidarse por un rato de que ya no sabía por qué sonreía de pequeña o por qué le gustaba tanto la miel.

Después del sangrado, Micaela había desaparecido. La veía siempre en la iglesia de Santa Catalina junto con doña Josefa pero no se hablaban. Apenas se saludaban cuando su madre saludaba a su madrina mientras caminaban por la calle de la Piedad hasta sus respectivas casas. Martina tampoco se sentía con demasiadas ganas de volver a jugar con Micaela. Cada mes, la sangre volvía a hacerse presente, recordándole que ella no podía hacer nada para evitar la voluntad divina.

El cuerpo también le estaba cambiando, aparecieron curvas donde antes no había y, para su sorpresa, dos enormes limones se instalaron en su pecho. Le parecieron demasiado grandes. Muy grandes.

—Paquita, ¿mis pechos ya tienen leche? —había preguntado una vez.

La mulata la miró seria.

—No, niña, tiene que tener un niño antes.

—¿Y entonces para qué sirve que sean tan grandes?

La criada empezó a reírse tan fuerte que Martina pensó que iba a partirse en dos. Luego de calmarse, puso una expresión pícara en el rostro y le respondió:

—Espere y ya verá, niña.

Doña Lucía comenzó a dedicarse mucho más a su hija. Si bien Martina sabía bordar y coser, ahora la obligaba a hacerlo todas las tardes, mientras antes se las pasaba jugando con Micaela. Tomó clases de baile y canto, aprendió a pintar con acuarelas y fue forzada a entrar en un miriñaque que le impedía respirar. Sus vestidos fueron alargados, para gran lamento de su padre que tenía que pagar las nuevas telas y el sastre, aunque, claro, se consoló a sí mismo separando las telas más feas de su tienda minorista. Ya no usaba el pelo suelto, sino que Paquita se lo recogía en trenzas, que luego anudaba en roscas, que luego sujetaba con horquillas. La mantilla negra ahora era obligada. El efecto le gustaba mucho y si no hubiese estado tan triste, Martina se habría pavoneado frente a todos en la ciudad; se sentía realmente bonita.

Martina descubrió que las cosas habían cambiado no solo para ella, sino también para el resto de las personas. Ahora la dejaban quedarse en el salón cuando llegaban las visitas. Los amigos de su hermano, aprobados por la madre, venían a observar a la jovencita de los Álvarez, visiblemente exhibida

para que pudieran verla y aprobarla. Se sentaban a su lado en los sillones, las esclavas traían chocolate y pastelitos y, de vez en cuando, alguno le decía un cumplido.

—Qué lindos ojos tiene, Martina.

Don Manuel Belgrano fue el primer joven que la hizo sentir distinta. Tal vez fuera porque le dijo eso en un susurro. O porque los ojos claros de don Manuel la miraban de una forma particular que la hacían sentirse bella. O porque era verano y en la sala de su casa hacía un calor insoportable. Martina sintió que el cuerpo se le alborotaba y se llenaba de calor. Sin saber bien cómo, esa tarde, aprendió los rudimentos de la coquetería al hacer caer los párpados, agradeciéndole a don Manuel el cumplido sin decir una palabra.

Poco a poco se fue acostumbrando. Las bromas de Paquita acerca de los hombres despertaron un gran interés en Martina hacia los caballeros. Si no le decía a nadie que el cuerpo se le alborotaba, entonces no podrían prohibírselo. Paquita le decía que se fijara en el bello rostro de este o en las piernas fuertes de aquel, que mirar no era pecado. Le contaba que los jóvenes también se fijaban en ella y que, durante las misas en la Catedral, Juan solía dejar de prestar atención al cura para hacer gestos a sus amigos que estiraban el cuello tratando de sonreírle a Martina.

Cuando ocho meses después aparecieron nuevamente doña Josefa y Micaela Espinoza por su casa, Martina pensaba que ya había perdido a su amiga. Fue unos días después de cumplir Juan los veintiún años que doña Josefa llegó orgullosa con una Micaela muy ruborizada. Ninguna de las dos mujeres mayores explicó por qué habían dejado de verse tanto ellas como sus hijas. Simplemente retomaron la conversación sobre las misas y las novedades de la ciudad, como si la hubiesen interrumpido el día anterior.

Martina vio a Micaela también distinta. Estaba colorada y apenas podía mirarla. Las dos permanecieron sentadas estudiándose una a la otra, pero sin decirse nada. Hasta que un ruido que venía del patio llegó por la ventana abierta y llamó la atención de ambas.

Era la cocinera que estaba colocando duraznos en almíbar en pequeñas tinajas de barro, a las que luego tapaba y sellaba con cera derretida para conservarlas en la despensa. Juntas habían hecho enojar varias veces a la cocinera suplicándole que les permitiera tomar un poco del almíbar hasta que la negra Petronita se rendía solo para que dejaran de molestarla.

Martina, cansada de no hacer nada, tomó una decisión:

—¿Podemos retirarnos al patio, madre? Quiero rezar con Micaela.

Doña Lucía les dio permiso. Las jóvenes se miraron con un poco de recelo, pero se retiraron tomadas de la mano, porque cualquier cosa era menos aburrida que escuchar a sus madres. La cocinera estaba en el tercer patio, parada frente a la mesa que estaba fuera de la cocina, sentada en una silla, canturreando una canción en una lengua incomprensible.

—Hola, Petronita, ¿nos darías un poco de almíbar?

—No, amita.

Las dos jovencitas no pudieron evitar echarse a reír. La cocinera era muy avara con los manjares que hacía.

—Por favor, Petronita. Solo un poco.

—No, señorita.

Con aire orgulloso, la cocinera apenas se molestaba en obedecer a su ama más joven. Había cuidado a doña Lucía desde que ella era una bebé y le obedecía fielmente. Su señora le había ordenado cientos de veces no darles dulces a los niños, que solo eran para las visitas.

—Mi madre no tiene que enterarse, Petronita. Solo un poquito, queremos saber cómo te salió esta vez. ¡El año pasado estaba tan rico!

Martina miraba con intención a Micaela para que se sumase a sus ruegos. Micaela entendió y dijo:

—Por favor, Petronita. A nuestra cocinera no le sale el almíbar ni la mitad de bien.

La negra hinchó el pecho como una gallina.

—Claro que no —replicó dándose aires—. A esa negra que se la da de cocinera no le sale bien ni una papa hervida. No fue a lo de *mosiú* Ramón como esta negra. Así me quería mi antiguo amo, usted verá. Tanto valgo yo para mi señora.

—¿Entonces nos darás? —preguntó Micaela con ilusión.

—No, amita Micaela.

Un resoplido de desencanto salió de las jovencitas.

De repente, una voz grave se escuchó detrás de ellas:

—Por favor, Petronita, danos un poco del almíbar. Luego te traeré algo de puntilla para tus enaguas.

La negra cometió el error de levantar la cara y ver al dueño de aquella voz. El joven Juan era la luz de sus ojos. Lo adoraba. Era tan rubio como su madre y ella lo había cuidado cuando el niño se había enfermado de fiebres y sus

padres no estaban en la ciudad. Le había salvado la vida rogándole a Dios que se la llevara a ella y se había salvado. Petronita no podía sustraerse al pedido de Juan por más que quisiera.

—¡Ay, niño Juan! Sabe que su madre no...

—Por favor, Petronita. ¿Nos pondrás un durazno también, verdad?

—¡Ay, niño! Bueno, pero no diga nada a su santísima madre. Ya sabe qué pasa si dice algo.

—Te lo prometo, Petronita. Silencio absoluto.

Martina, sabiendo que la partida estaba ganada, se volvió a Micaela para sonreírle. Se detuvo en seco al ver que su amiga estaba completamente roja mirando hacia el piso, mientras Juan se inclinaba sobre ella para hablarle a Petronita. Ella ni siquiera se había dado cuenta de la presencia de Juan pero Micaela se veía muy afectada por él.

Mientras los tres comían los duraznos en el segundo patio, lejos de los esclavos, ellas sentadas en un banco de madera, él apoyado contra un árbol, Martina los observó con ojos nuevos.

Según había entendido, su madrina Josefa le permitía a Micaela visitar a otras familias y participar de los bailes. Al parecer, Juan y Micaela sí se habían visto varias veces, y hasta habían bailado juntos. De pronto, Martina sintió la incómoda sensación de que sobraba. Mientras bebía lentamente el almíbar vio que Micaela había cambiado tanto como ella. El cabello, el vestido, el pecho, todo estaba tan diferente que apenas podía reconocerla. Micaela también había sangrado y buscaba marido.

Pero Martina también notó otro cambio: Juan no era el mismo. Si bien seguía siendo su hermano joven y simpático, ahora sus palabras se habían hecho más lentas y suaves, su boca sonreía mientras recordaba con Micaela, las tertulias a las que habían ido o los feos bollos de uvas pasas de la casa de la señora de Medrano.

En ningún momento Juan le dijo un cumplido a Micaela. Pero ella estaba sonrojada y bajaba los ojos cuando sonreía. Martina sintió horribles deseos de arañar a su amiga, pero se contuvo cuando ella le dirigió una mirada cómplice y una sonrisa pícaro, como si la hiciera parte de su secreto.

Luego de un rato de conversación, Juan pareció recordar que tenía cosas que hacer. Saludando con la cabeza a Micaela y haciéndole una mueca a su hermana mientras le daba el tazón que había contenido a los duraznos, se despidió de las jovencitas.

Micaela y Martina se quedaron, durante unos momentos, sin saber qué decirse. Entre ambas existían casi cuatro meses de separación. Habían cumplido catorce años estando separadas y eso nunca había sucedido antes porque las dos habían sido bautizadas el día de Reyes, de modo que en general ambas familias se reunían en la iglesia para celebrar la fecha.

La mirada de una chocó con la de la otra y, sin poder evitarlo, se echaron a reír como tontas.

—¿Por qué dejaste de venir a mi casa, Martina?

—Madre dijo que era mejor esperar. Y enseguida... yo no pude salir más.

Ambas se miraron al mismo tiempo y enrojecieron. Sin decírselo con palabras, las dos comprendieron que habían comenzado a sangrar casi al mismo tiempo.

Completamente colorada, Micaela empezó a hablar:

—Es todo tan distinto. Mi padre ya está pensando en casarme y mi madre no deja de darme instrucciones acerca de cómo manejar con mano firme a los criados.

—Y bordar, y tocar la guitarra —dijo Martina con una risita.

Micaela asintió.

—Claro que tiene sus cosas lindas, voy a las reuniones y bailo con todos los caballeros. ¿Habías notado lo apuestos que son algunos?

Por supuesto que Martina lo había notado. Los ojos azules de don Manuel eran bellísimos y miraban intensamente. Era alto y cuando entraba en un salón, parecía ser el centro de la reunión.

—Los hombres son muy interesantes —dijo con voz apagada.

—¿Ya fuiste a algún baile? La semana que viene hay dos pero madre dice que ir a dos bailes en la misma semana es de indecentes. Así que tengo que elegir uno. Y no sé cuál elegir.

—No me dejan ir a bailes.

—¿No? ¿Y por qué no?

—Padre dice que no es necesario que vaya.

—¿Y cómo vas a conocer a los caballeros?

—Parece que no hace falta.

Fueron interrumpidas por Paquita que traía un mensaje de doña Josefa, quien exigía a su hija que volviese antes de abusar de la paciencia de doña Lucía.

—¿Así que no vas a la tertulia de los señores Medrano? —preguntó

Micaela mientras caminaban hacia el salón de recibir.

—No.

—¿Y si Juan te lleva? Podrías usar algún vestido lindo y salir a pasear.

El corazón de Martina latió muy fuerte. No poseía vestidos lindos ni sabía bailar pero sí tenía ganas de salir a pasear y juzgar por ella misma los terribles bollos de pasas de la señora Medrano.

—Ojalá pudiera ir —murmuró ilusionada.

—Entonces nos veremos allí —afirmó Micaela—. Le voy a decir a madre que te lleve. Tu madre no podrá negarse porque la señora Medrano es pariente de mi madre. Ya verás. Te vas a divertir un rato.

La joven pareció indecisa un momento y luego se detuvo, tomando de la mano a su amiga.

—Pero, Martina María de la Virgen de la Candelaria Álvarez O’Connell tienes que prometerme algo.

Martina se sorprendió por la expresión del rostro de Micaela, decidido y firme.

—¿Qué cosa?

—Que tu hermano irá al baile de la señora Medrano y no al de la señora Urquiaga. Prométemelo.

Martina se sintió entusiasmada. Una aventura, aunque terminara mal, no era algo despreciable. Se puso la mano sobre el pecho y dijo:

—Micaela Juana Constanza de Todos los Santos Espinoza Balboa prometo hacer lo posible para que mi hermano vaya a la tertulia de la señora Medrano.

Sellaron la promesa con un beso en las mejillas y entraron en el salón.

3

Los hermanos Balboa

Andrés sintió el frío en la piel.

La lluvia caía lenta pero persistente. Las calles de Buenos Aires estaban cubiertas del barro más asqueroso que hubiera visto. La tierra era una masa pegajosa unida por una llovizna de tres días. Por acá y por allá, entre las piedras filosas del terrible empedrado, el lodo se había mezclado con la bosta de los caballos hasta hacer una pasta resbalosa y maloliente que lo volvía un hombre exasperado.

Los porteños, orgullosos de su virrey, admiraban el empedrado de las calles cercanas al fuerte. Él no podía ver otra cosa que un amasijo de barro, bosta, piedras, huesos de animales, maderas, y, creyó detectar en un momento, un trozo de cuero.

Su tío Fernando, comisionista de una compañía de Cádiz, lo había convencido de irse a Buenos Aires, su ciudad natal, para poder expandir los lazos comerciales que utilizaban para ganar dinero. Él había aceptado después de pensarlo mucho por dos razones. La primera, porque después de todo era porteño y quería volver a la tierra de su padre. La segunda y principal, porque había visto que Francia estaba cada vez más y más belicosa. Napoleón no disimulaba su interés por España y no quería estar en el medio cuando la invasión llegara.

Así que había aceptado, no sin antes consultar a su hermana. La respuesta de su hermana había sido clara: llamó a los criados y ordenó que prepararan los baúles para un viaje larguísimo y, quizá, sin retorno. Los hermanos Balboa emprendían la aventura de cruzar el Atlántico y llegar a la capital

virreinal que los había visto nacer.

El viaje de Sevilla hasta Buenos Aires fue bastante tranquilo, pero los tres meses a bordo del maldito barco lo volvieron loco. La comida era espantosa, la limpieza inexistente, el agua tenía un gusto peculiar y las ratas no resultaban la mejor compañía. Su hermana no salía del camarote, y se comunicaba solo a través de la criada que había traído. Él la comprendía, y deseaba hacer lo mismo.

Llegaron a la capital virreinal en junio, previa estancia en Montevideo gracias a un temporal que parecía no terminar nunca. Al descender de la pequeña barca que los había llevado hasta la costa, su hermana Soledad lo tomó del brazo con un estremecimiento.

Sí, de verdad era una ciudad fea.

Se presentó como comisionista de la casa de Cádiz a la que pertenecía su tío Fernando y ofreció a quien quisiera los efectos de Castilla, telas en especial, que había traído en sus enormes baúles. Los comerciantes porteños ya sabían de su viaje y los recibieron bien. Recordaban a sus padres como personas honestas y de piedad, y los trataron como parte de ese selecto grupo de personas que era lo mejor de la ciudad de Buenos Aires.

Pronto supo lo que convenía traficar, qué comerciantes se envidiaban unos a otros y qué familia estaba enemistada con cuál. Conoció a los miembros de la corte virreinal, ansiosos de recibir noticias de España, y hasta pudo obtener una entrevista con el virrey del Pino, tan nuevo en la ciudad como él.

La información era el capital más importante de un comerciante y en las primeras semanas Andrés acumuló lo suficiente como para sentirse a gusto en la ciudad. Y ahí donde un hombre no estaba dispuesto a dar información, una señora chismosa podía ayudarlo. Conversando con señoras y admirando a sus hijas, comprendió que debía unirse a alguna familia de Buenos Aires. “Los negocios eran mejor en familia” parecía ser el lema de los porteños y Andrés no estaba en desacuerdo. Las porteñas eran bonitas y a los treinta años, ya tenía que casarse.

La casa donde habían nacido ya no pertenecía a la familia, así que compraron una de inmediato. Eso sorprendió a los porteños porque enseguida dedujeron que tenían mucho dinero. La casa que adquirieron estaba muy cerca de la iglesia de la Merced, con los Sánchez de Velasco como vecinos más cercanos. Era de una sola planta, tenía suficientes habitaciones para una familia enorme, tres patios, una cocina con una pequeña despensa, un sótano,

y, más apartado de las habitaciones principales, las habitaciones de los criados. En el fondo de la casa estaba el pozo común y se podían ver los restos de lo que había sido un gallinero.

—¿Qué vamos a hacer aquí, Andrés?

Soledad lo miraba sentada en el sillón de caoba que habían comprado en su escala en el Brasil. Forrado de seda rayada, era el favorito de su hermana, aquel donde se tiraba a leer a sus anchas.

—Por lo pronto transformar ese gallinero en un establo. Necesito un caballo y quizá un coche.

—Es imposible andar en coche por estas calles.

—Me gustan las afueras de la ciudad. Muchos tienen quintas en San Isidro, quizá compre una.

—Te gastaste todo el dinero en la casa. No sé si podremos comer mañana. Andrés se rio.

—Fue una movida arriesgada pero ya tengo tres baúles de telas pedidos para mañana. Con ese capital es probable que haga llevar otro baúl a Asunción del Paraguay junto con el señor Espinoza. Es un comerciante minorista pero amigo de don Rodrigo Álvarez, el tío Fernando me lo recomendó.

—¿Vas a seguir con el comercio con Cádiz?

—El tío me aconsejó que mientras me acomodaba en Buenos Aires siguiera con Cádiz. Pero iré a Colonia en dos meses y veré qué tienen de Brasil para traer. El problema es esta guerra que acaban de declarar con Portugal. Las guerras no son buenas para el comercio, mi querida hermana.

—¿Cuánto tiempo estarán en guerra?

—Más importante que eso: ¿cuánto tiempo tardarán en llegar las noticias? Por eso me iré a Colonia en cuanto pueda. Ya me ofrecieron algunos negocios por fuera del comercio con Cádiz. Entrar telas inglesas por las costas de Quilmes. Podría ser. Hasta estoy pensando en comprarme un barco.

—Tienes todo calculado.

—Todo, incluso tu casamiento.

Divertido, oyó a su hermana protestar:

—¡No te atrevas a forzarme a un matrimonio, Andrés!

Soledad tenía ocho años menos que él y estaba en edad perfecta para casarse. Su situación era la mejor y lo sabía bien. Cualquier comerciante porteño en edad de merecer aceptaría casarse con ella para establecer

conexiones con su hermano. Aún más: era bella y atraía a los hombres. Sin embargo, ella hacía todo lo posible para afearse y posponer su casamiento; se vestía sin coquetería y con un peinado plano y sencillo que había sorprendido a las damas sevillanas que la habían conocido. Y si el atuendo no alcanzaba para ahuyentar a algún desprevenido, ahí estaba su lengua afilada.

El mismo Andrés la había llevado a toda reunión literaria o de pensamiento a la que él iba en Sevilla. Mucho más relajada y menos melindrosa que la porteña, la sociedad sevillana, o al menos algunos sectores de ella, no desdeñaban a la mujer instruida. Más aún, Soledad tenía algunas amigas que eran peores que ella, que discutían de igual a igual con periodistas y escritores. Soledad había leído mucho, *demasiado* tal vez, acerca de las nuevas ideas que rondaban por Francia e Inglaterra, e incluso España.

Abierta defensora de los derechos de la mujer en lo referido a decidir sobre sus vidas, había leído a Mary Wollstonecraft. Su hermana se negaba abiertamente a casarse con cualquiera del que no estuviese perdidamente enamorada. Hablaba de su autora favorita a las damas porteñas y la mitad le perdían el hilo porque apenas podían entender el apellido de la escritora inglesa. La otra mitad de las señoras porteñas había corrido escandalizada al escuchar la idea de una mujer escritora.

—Te buscaré uno bien feo, con bigote y marcas de viruela —le dijo azuzándola para verla enrojecer.

Ella se removió en su sillón enfurecida.

—¡No te atreverás!

—¿Por qué no? La Real Pragmática me asiste. Soy el hombre de la familia.

La Real Pragmática era una ley de la Corona que ponía bajo los padres o jefes de familia, como Andrés con respecto de su hermana, la decisión de contraer matrimonio. Soledad la detestaba porque para ella significaba lo mismo que la esclavitud: no podía hacer su voluntad.

Lo peor de todo era que se habían enterado de que la sociedad de Buenos Aires era bastante afecta a los juicios de disenso en nombre de la Real Pragmática, en los que un padre trataba de evitar que su hijo o hija se casara con alguien inapropiado.

La mención de la ominosa ley hizo estallar a Soledad.

—¡Oh, Andrés, no te atreverías! —y acto seguido comenzó a llorar ruidosamente, escondiendo la cara entre sus manos.

Andrés suspiró con enojo.

Si las cosas se le planteaban difíciles, él buscaba la mejor forma de solucionarlas.

En la ciudad las cosas no habían sido fáciles. Sin embargo, si sobornar a un Regidor del Cabildo o a un miembro de la Audiencia alcanzaba para sus negocios y todo andaba con viento a favor, lo hacía. Si era necesario hasta estaba dispuesto a negociar con el virrey del Pino. Así eran los negocios en Buenos Aires, así eran los negocios en Sevilla y así eran en el mundo. Y una vez que lo había aprendido, las cosas habían sido sencillas.

Si veía a alguien en problemas, no dudaba en ayudarlo. En Buenos Aires nunca había metálico, se iba todo para España. Pero él, que controlaba el comercio, sí tenía cierto dinero disponible, de manera que otorgaba préstamos a quien pudiera demostrar que era confiable.

Le habían ofrecido la oportunidad de hacer fortuna en el fin del mundo, donde había nacido, y la había aceptado con firmeza. Le gustaban los desafíos temerarios que ponían a prueba su valor. Sentía que podía con todo.

Incluso con el invierno de Buenos Aires.

Pero no podía con las lágrimas de su hermana.

Considerándose horriblemente culpable por haberle hablado así, Andrés se acercó y le pasó un brazo por los hombros, tratando de consolarla.

—Sabes que no es cierto, Soledad... sabes que nunca voy a obligarte a nada.

Recordaba a su madre como la más hermosa de las mujeres andaluzas, de tez morena y de cabellos y ojos negros. Soledad era la vívida imagen de su madre.

Antes de morir, su madre lo había llamado a su habitación. Ella había enfermado tras la muerte de su padre. A los once años, Andrés había tenido que asumir el papel del jefe de familia, auxiliado por el tío Fernando, hermano de su padre. Cuando fue claro que no sobreviviría a su marido por mucho tiempo más, doña Jimena, muy dulcemente, le encargó a Andrés a la pequeña que tenía entre sus brazos. Andrés no podía recordar esta escena sin sentir un nudo en la garganta que le agriaba la sangre.

Consciente de que en adelante sería responsable por su hermanita, Andrés se tomó a pecho las palabras de su madre. Debería cuidarla y respetarla. Tratarla con delicadeza y amor. Considerar sus opiniones, instruirla y convertirla en una mujer respetable. Su tío trató de ayudarlo, y lo hizo durante los primeros tiempos, pero después él se encargó de todo.

Le enseñó a comportarse en la mesa. Después le enseñó a escribir. Más tarde restaba horas de su instrucción y horas de completar los libros de su tío para enseñarle matemática. Cuando ella cumplió diez años la inscribió personalmente en un colegio para señoritas, al que la llevaba todos los días, antes de ir a la tienda minorista de su tío, que él mismo llevaba.

Cuando se hizo mujer, adiestró a su criada para que le explicase todo, sin eufemismos ni tonterías de ninguna clase. Para estar seguro, espió la conversación de las mujeres por una puerta dejada entreabierta a propósito. Vio cómo su hermana enrojecía de vergüenza, pero también, orgulloso, escuchó cómo hacía preguntas sobre cosas que no entendía.

Y, cuando tuvo edad suficiente, empezó a llevarla a las reuniones de pensadores liberales a las que él mismo iba. Fue de las primeras damas sevillanas en usar los vestidos vaporosos y de talle alto que se estaban poniendo de moda en la corte francesa. Estaba claro que le daban mucha más libertad que los pesados aros y enaguas que llevaban los vestidos en ese momento. Él mismo incluso había adoptado los pantalones, en lugar de los calzones que hacían que sus piernas se vieran como patas de pollo. Los pantalones largos hasta los zapatos con una doble abotonadura en el frente eran mucho más cómodos y menos afectados que los calzones de seda que tenía que usar en algunas fiestas. Eran los hermanos Balboa, liberales, españoles y criollos al mismo tiempo.

Andrés adoraba a su hermana y ella lo adoraba a él.

—¿Cómo puedes pensar que voy a obligarte? ¿Cuándo yo te obligué a hacer algo que no querías?

Soledad seguía sin responderle, sollozando con la cara escondida entre las manos.

—¿Qué puedo hacer para que te calmes? —preguntó inquieto.

—Conviértete en virrey y deroga esa horrible ley.

Andrés se quedó inmóvil un momento. El tiempo suficiente como para que Soledad levantara la cabeza y mostrara una radiante sonrisa en una cara desprovista de lágrimas.

—¡Estuviste engañándome! ¡Me hiciste creer que llorabas! —y mientras hablaba, su hermano la zamarreaba por los hombros.

—¡Ahí tienes lo que te mereces! —le gritó ella tratando de salirse de su abrazo—. Aprenderás de una vez a no molestarme más.

Por más que lo intentaba no podía zafarse de su brazo. La fuerza de Andrés

era poderosa, como también la risa que le salía de ella y que hacía que su hermano se llenara de orgullo con solo verla. Ella dejó de pelear y lo abrazó. Solo se tenían a ellos mismos y se debían lealtad y cariño.

Si su hermana lo hubiese deseado, tendría a todos los bobalicones porteños comiendo de su mano.

Pero Soledad había escogido el camino más difícil.

Y, llevara donde la llevara ese camino, él seguiría cuidando de que ningún cretino malnacido, aprovechador, vago y miserable se aprovechara de su dulce y pequeña hermanita.

Un ángel o un demonio

La ciudad tenía muy pocos lugares donde un hombre joven podía distraerse. Leonardo, el mayordomo que don Andrés Balboa había traído desde Sevilla consigo, escrutaba lentamente los edificios tratando de encontrar uno que pareciera un salón para caballeros o una cafetería.

Leonardo Castaños, un sevillano más bien bajo, muy serio, de cabellos muy oscuros y piel blanca, había entrado al servicio de los Balboa justo antes de partir hacia América. Era reservado pero no exento de buen humor y quizá los Balboa no eran los señores que había esperado, después de todo era hijo de un hidalgo, pero sentía hacia ellos una fidelidad sin límites que lo había llevado a una ciudad desconocida, pobre y deslucida.

Don Andrés y doña Soledad lo habían salvado de una deuda muy onerosa que él mantenía con su casero. Su mujer se había enfermado de disentería y no terminaba de recuperarse. Había llegado desde el campo hasta Sevilla para ver a un médico que había jurado que si Ana tomaba ciertas pociones carísimas se curaría. Dejó de pagar el alquiler de su casa y durante seis meses invirtió en las pociones del médico. Trabajaba de lo que podía y gastaba todo su dinero en salvar a su mujer. Pero su querida y joven Ana había muerto, dejándolo solo con una enorme deuda: con el médico, con su casera y con un prestamista.

Si no pagaba las deudas, terminaría encarcelado.

La fortuna quiso que una cadena de amabilidades lo salvara de la cárcel. Un amigo empleado en una posada conocía a un hombre amable que conocía a otro hombre amable que conocía a la amable señorita Soledad Balboa.

Enrojecido, avergonzado y sin esperanza alguna, fue a ver a esa mujer que parecía ser famosa por su piedad.

Encontró a una joven de tal belleza que se quedó sin respiración. De haber sido un hombre más expresivo, un artista o un poeta, quizá habría llorado. La mujer era tan hermosa que no podía ser otra cosa que un ángel o un demonio.

—¿A qué se dedica usted, Leonardo?

—Soy campesino, pero perdimos las tierras por la guerra con Francia y vinimos a la ciudad. Fui herrero, artesano de zapatos, hilandero, cocinero, criador de caballos y mozo en una posada.

Soledad lo escuchó con atención, sin sacarle los ojos de encima. Nunca había visto a una mujer mirar con tanta atención, como si lo estuviese examinando para alguna prueba. Él confesó, con el poco orgullo que le quedaba, que era un hombre honesto que necesitaba un favor en dinero. Que podía devolverlo en trabajo, y que sus brazos y sus piernas estaban listas para cualquier trabajo.

—¿Incluso para viajar a América? —preguntó la joven con voz firme.

—Claro que sí, señora —respondió él porque sabía que no tenía nada que perder.

—No le prometo nada, señor Castaños. Pero vuelva mañana. Hablaré con mi hermano y veremos qué podemos hacer por usted.

Al día siguiente conoció a don Andrés, un hombre unos años más joven que él y que lo miraba con la misma atención que la hermana. Leonardo apenas había vuelto a mirar a doña Soledad porque lo hacía sentirse avergonzado. Con don Andrés podía entenderse mejor.

—Usted sería un buen mayordomo —le dijo Andrés con aire pensativo.

—Si eso es lo que necesita, don Andrés, estoy para servirle.

—En cuatro días parto para América y necesito un hombre de confianza, que no conozca a nadie en Buenos Aires y que me deba lealtad.

—Soy su hombre, entonces, don Andrés.

Y así fue como Leonardo Castaños entró a trabajar al servicio de los hermanos Balboa, famosos liberales en Sevilla, casi desconocidos en Buenos Aires, como pago por una deuda que tendría a Leonardo trabajando gratis para sus amos durante varios años.

Si Andrés hubiese sido alguna suerte de astrólogo o mago, habría podido adivinar que Leonardo estaría al corriente de sus necesidades antes que él mismo. Como todas las actividades mánticas estaban prohibidas por la

Inquisición, tuvo que limitarse, como todos, a conocer el futuro a medida que se convertía en presente.

Lo primero que descubrió fue que su excepcional fidelidad era tan especial como el descaro con que lo trataba a él y la dulzura con que la trataba a Soledad. Pero Andrés comprendió por qué. Leonardo era pobre, pero hijo de un hidalgo. Y en América los hombres se veían de un modo distinto a España.

Pero no podía saber nada de todo eso en ese momento en el que pagaba sus deudas.

A los cuatro días los tres partieron del puerto de Cádiz rumbo al fin del mundo, hacia una ciudad con una plaza de toros, dos billares, una cafetería y tres posadas.

La plaza de toros era nueva y estaba cerca del lugar que llamaban “el Retiro”. Leonardo comprendió que allí no se hablaba de negocios y circulaba gente de baja estofa. Enseguida lo desechó.

Había dos casas para jugar billar y una que servía café.

El mayordomo supuso que su señor podía estar más interesado en las conversaciones de negocios de los jóvenes del billar “Del Plata” que en las conversaciones de los remilgados señores que tomaban café en “El gallego”.

Preparándose para salir, don Andrés se vestía lentamente, abrochándose y desabrochándose el chaleco azul, primero; el rayado, después.

Leonardo le hablaba de sus observaciones:

—Hay un billar interesante, don Andrés, llamado “Del Plata”. Ahí van los jóvenes oficiales del Regimiento Fijo, los pocos que hay, y abogados, hijos de los comerciantes. Después está la cafetería “El gallego”. Allí concurren los padres de los jóvenes oficiales y abogados.

Andrés dejó de atarse el moño por un momento. Miró a Leonardo, presintiendo que algo se aproximaba.

—¿Y a cuál prefiero ir?

Leonardo sonrió satisfecho.

—Sin duda, señor, habrá notado que la sociedad porteña más importante parece muy unida.

Andrés asintió con la cabeza. Bastante se lo había demostrado la comisión investigadora que lo había recibido la semana anterior, disfrazada de visita de cortesía.

—Lo cierto es que, según escuché, hay dos sectores. Uno desea seguir

comerciendo como hasta ahora, con España, manteniendo el monopolio con Cádiz. Algunos oficiales del Regimiento están con este grupo, por ser españoles. Lo cual conviene al señor.

Por el tono poco efusivo de Leonardo supo que ese no era el que le convenía, aunque era lo que había dicho.

—El otro sector, don Andrés, opina que se debería comerciar con otros países, algunos no muy amigos de España, y tal vez dedicarse a producir algo. Parece que la tierra de los alrededores es muy buena. Este grupo realiza frecuentes viajes a la ciudad de Colonia, que, como usted sabe, está justo enfrente de Buenos Aires. Otros oficiales del regimiento están a favor de este grupo, porque la entrada de dinero ilegal les permite que les paguen. La Corona es muy lenta a la hora de pagar a los miembros del regimiento que protege la capital del Virreinato.

—Así es. Todo el mundo habla de Colonia del Sacramento de un modo u otro y del dinero que entra por allí. Y está muy cerca del Brasil. Corona con la que estamos en guerra. No es sencillo, Leonardo. No es sencillo.

Andrés esperaba la palabra final de Leonardo, sin poder decidirse entre el pantalón claro o el celeste.

Hinchándose como un gallo ante la aprobación de su señor, algo que, por otro lado, daba por descontado, Leonardo continuó:

—Le sugiero que no vaya a ninguna cafetería. Eso le sugiero. Es en las tiendas minoristas donde debe comerciar, como usted sabe. Hay locales pequeños, aquí los llaman pulperías, pero no venden pulpos ni cosas por el estilo. En los comercios en las esquinas, donde venden telas, es donde debe andar. Los comerciantes suelen tener una tienda en sus casas, a veces ellos mismos lo atienden. Uno en especial, don Juan Álvarez, parece ansioso de encontrar un socio para llevar la yerba mate a Asunción.

—Sí, escuché hablar de don Rodrigo Álvarez. Un pariente de mi padre, el señor Espinoza, trabaja con él.

—Veo que llegamos a la misma esquina de Buenos Aires, don Andrés.

—Me alegro mucho, Leonardo.

—Otra cosa, señor.

Andrés alzó la vista hasta su mayordomo, prestándole mucha atención.

—En los cafés, en especial en el “Del Plata”, hay un caballero de nombre don Manuel Belgrano al que muchos le prestan atención. Rubio, de ojos claros, hijo de un italiano que comercia con ciertas libertades, si me entiende.

Tiene las ideas claras acerca del comercio y sobre lo que debería hacerse en la ciudad. Trabaja en el Consulado de comerciantes. Creo que es un hombre como usted, un liberal.

—¿Me interesaría conocerlo?

—Mucho, don Andrés.

El honor de una hermana

Todo el mundo lo sabía, menos los Borbones.

El comercio monopólico al que España sometía a las colonias era obsoleto. Y los habitantes de las colonias, cada vez más engolosinados con la libertad de acción que poseían, se estaban agitando. Napoleón movía los hilos de la guerra en Europa, ya fuera a su favor o en contra. El mundo, tal como existía, estaba muriendo.

Por más que abrieran todos los puertos españoles, no iba a servir para nada.

Por más que hicieran de la aldea pequeña una capital virreinal, los destinos de Buenos Aires ya estaban sellados.

Se estaba abriendo paso en el Nuevo Mundo otra forma de comerciar, otra forma de producir las cosas. Una manera más simple y más efectiva. Una manera *inglesa*, distinta a las demás.

Si la corona española era tan estúpida como para no entenderlo, allá ella.

Andrés, por su parte, se consideraba un individuo libre capaz de hacer a su antojo y voluntad. Capaz de estudiar los mercados y comprender que el modo inglés, tarde o temprano, se impondría sobre el resto.

Al comenzar a tratar con los demás comerciantes mayoristas, la crema y nata de la ciudad, notó lo mucho que gustaban de respetar las normas. Compraban por uno y vendían por cuatro. Ese era su negocio y lo llevaban con soltura. Y en cuanto dejaban de recitar las normas, aparecía el contrabando.

Ni bien puesto un pie en el lodo de Buenos Aires, envió a Leonardo en busca de información. Qué ropas debía usar. Qué era lo que podía y no podía

hacer. Las obligaciones con las damas, las madres y las hijas. Las conversaciones con los caballeros, los padres, los hijos, los sobrinos, primos y ahijados.

Rápido e inteligente, Andrés se había dado cuenta de que todos los hombres más importantes de Buenos Aires estaban emparentados. Él tendría que sumarse a esa especie de telaraña familiar porteña si quería realizar buenos negocios.

Al expandirse la noticia de que había decidido instalarse como comisionista de la *Compañía Gaditana* en Buenos Aires, Andrés y Soledad habían recibido una honorable visita. Un grupo formado por tres mujeres y tres hombres se acercó hasta su casa para darle la bienvenida.

Y para husmearlo.

Inmediatamente vio las narices levantadas y los ceños fruncidos de las damas al contemplar el vestido de su hermana. Supo que sería objeto de chismes con solo ver la mirada que compartieron las mujeres.

Hurgaron y hurgaron en su árbol genealógico, tratando de indagar si realmente descendía de un hidalgo. Buscaron todas las maneras de probar que en su familia no habría ni moros, ni judíos, ni mulatos, ni pardos, ni cuarterones. A los porteños les obsesionaba el color moreno de su piel.

No pudo evitar sonreír ante la insistencia. Estaba casi seguro de que cualquiera que viviese en Andalucía tenía algún antepasado moro. Pero la sangre ya había sido lavada. Y, en cualquier caso, a él le importaba un pepino qué tipo de sangre corría por sus venas.

Vio a su hermana removerse con impaciencia ante las obstinadas preguntas. Una sola pregunta más y Soledad comenzaría a gritar.

Para su suerte, la investigación terminó.

Luego de verificada su ascendencia, se le informó con muchísima amabilidad que aquello era necesario pues muchos cuarterones, un blanco con una pizca de sangre negra, intentaban escalar en la sociedad porteña.

Muchos arribistas habían intentado seducir a las inocentes jovencitas porteñas a las que había que proteger con cariño y mano firme. A propósito, se le recordó, también muy cordialmente, que los padres decidían sobre los casamientos de sus hijas, hasta el punto de poder llevarlos a juicio.

La Real Pragmática, por supuesto.

Soledad quiso ponerse de pie pero él la contuvo, colocando una mano sobre la de ella.

Todo esto habían dicho las damas.

Después comenzaron a hablar los señores: le daban la bienvenida a la ciudad y afirmaron que pronto harían tratos con él. Le comentaron que el negocio de la yerba mate era uno de los más rentables, sobre todo cuando se la vendía a los regimientos de la corona española asentados en Asunción o Montevideo.

Y que lo más importante era comerciar con España, traer los codiciados efectos de Castilla y exportar plata. Mucha, mucha, mucha plata.

Comprendió Andrés, en ese momento, por qué lo llamaban “de la Plata”.

Luego de saludarlos amablemente, se retiraron.

Soledad saltó inmediatamente del sillón y se fue corriendo hacia la cocina a ordenarle a una de las criadas que limpiara el salón de visitas con cepillo y jabón de lejía. Ella misma perfumó después todo con agua de rosas.

A Andrés le pareció una bienvenida un tanto agria pero inofensiva. No dijo nada. Leonardo le había advertido que algo se aproximaba y él estaba preparado. Él haría lo que quisiera, en el momento que lo deseara.

Y si resultaba que tenía que enfrentarse con un padre *demasiado* escrupuloso acerca del matrimonio con una jovencita porteña, lo haría.

O si acontecía que tal vez tenía que sobornar a algunos funcionarios para que lo dejaran hacer sus negocios, también lo haría.

Había pocas cosas en este mundo que no se podían comprar.

Y cada uno, en esa fangosa ciudad, tendría su precio.

Así lo había aprendido en Sevilla y así era en Buenos Aires.

Por lo pronto, era cierto que don Manuel Belgrano era un personaje interesante.

Escucharlo hablar era ciertamente una provechosa distracción. El hombre hablaba de las restricciones que imponía España, de las posibilidades de que una región se desarrollara económicamente dejando de lado el comercio y dedicándose a la agricultura. No estaba solo. Había jóvenes liberales como en España, abogados que hablaban de los cambios que se avecinaban. Era muy pronto para hablar de algo como lo que había sucedido en la América del Norte pero no estaban inmóviles, al menos las ideas habían llegado hasta las orillas de ese río áspero.

Discutía con algunos otros en el billar “Del Plata”. Leonardo había tenido razón al decirle que los personajes más interesantes se reunían allí. Había otro, un tal Tomás Antonio Romero, individuo misterioso que tenía tantos

negocios en el virreinato como cantidad de personas conocía; parecía estar mucho más informado que el mismo virrey del Pino. Romero contrabandeaba esclavos a través de las costas del sur de la ciudad. Pero ese era un comercio que a Andrés no le gustaba.

Los caballeros de Buenos Aires se enorgullecían de llevar pequeños relojes de plata de Potosí colgados de sus chalecos. Andrés había adoptado la misma moda a instancias de Leonardo. Su mayordomo le había dicho que si lo veían vestido de alguna manera diferente empezarían a pensar raro de él.

La sociedad porteña era muy quisquillosa.

Don Manuel y don Andrés se llevaban la atención de todos en el café. Don Manuel, al verlo un espíritu liberal, le había pedido noticias de Europa. Los hombres se reunían alrededor de ellos y discutían qué debía hacerse. La mayoría se oponía a sus padres, y por tanto a la fortuna que poseían, al querer la apertura del puerto de Buenos Aires.

Andrés se sintió satisfecho de que sus razonamientos habían ido a parar al lugar correcto.

Nuevos aires estaban soplando en la ciudad y solo se necesitaba esperar lo suficiente como para que todas las ideas maduraran. A lo largo de su vida, Andrés había aprendido que la mejor forma de vivir era adaptándose. Cambiar constantemente para poder sobrevivir.

Por supuesto que había algunos ideales. Su hermana, primero que todo. La protegería hasta el final de sus días. Era la única familia directa que le quedaba. Ofrecerle bienestar y procurar su felicidad era su principal misión en la vida.

Luego estaba su fidelidad a sí mismo. Y esa fidelidad consistía en tres preceptos: no traicionar, no matar y no envilecerse. Rechazaba todo tipo de acto que tuviera que ver con esas cosas. Despreciaba a los hombres que se rebajaban en su codicia y pasaban por encima de cualquier persona, sin preocuparse por el daño que causaban.

Si pagaba sobornos lo hacía porque el comercio funcionaba así desde el nacimiento de la ciudad. Ya desde el primer cargamento que había traído consigo, un funcionario de Aduana le había solicitado unas telas para su mujer. Pronto había llegado a descubrir que el gobierno colonial se basaba en la red de negociados en la que todos los hombres importantes de la ciudad estaban unidos. Él no sería más que un simple eslabón de la cadena. Una cadena que, podía ver, estaba comenzando a romperse.

—Estar obligados al monopolio es insultante —decía airado don Manuel en el café—. Deberíamos tener la suficiente libertad como para manejar nuestro futuro.

—Pero su presente es ser colonia de España, don Manuel —había respondido Andrés como abogado del Diablo.

El hombre de ojos claros lo miró con interés y algo de resentimiento en sus ojos.

—Usted es español, tal vez se vea ofendido por las cosas que aquí se dicen.

—Soy criollo, don Manuel, como usted, decidido a instalarme aquí definitivamente. Mi interés está puesto en Buenos Aires, no en España.

—¿Y, entonces, qué piensa del monopolio, don Andrés?

—Pienso que la Corona es bastante ciega si no se da cuenta de que Buenos Aires, de hecho, ya funciona como si decidiera sobre su propio destino.

—¿Y no le molesta?

Andrés alzó los hombros antes de contestar.

—En absoluto, ahora soy un habitante más de esta ciudad. Tal vez odio el clima y las calles permanentemente embarradas y tenga que soportar a mi hermana protestando por la falta de teatros adonde ir. —Todos rieron al escuchar el comentario, en los escasos dos meses que llevaban los hermanos Balboa en la ciudad se habían hecho famosos por sus ácidos comentarios—. No se confunda, don Manuel. Soy un hombre práctico, y usted, claramente, es un hombre político. Ambos somos necesarios para esta ciudad y haremos para ella cuando sea necesario. Y si usted consigue mayor libertad, yo conseguiré mayores beneficios para estas tierras.

—Espero que estemos siempre del mismo lado en ese momento —dijo lentamente don Manuel.

—Estoy seguro de que allí estaremos.

La conversación había seguido por otros cauces después del intercambio de palabras con don Manuel, pero había quedado en el aire una promesa. Andrés se preguntó cuánto tiempo tardaría don Manuel en echar a andar sus ideas de manera más firme que una conversación en el café.

Al igual que en España habían aparecido lugares donde uno podía reunirse y hablar, donde las personas decían lo que pensaban y eran escuchados. La corte de los Borbones no era para los hombres liberales. En los cafés, los billares, los salones de tertulias se discutía sobre todo. Se armaban tratos para llevar mercancías a Córdoba y se reflexionaba sobre los modelos más

adecuados para un país. Se llegaba a un acuerdo para la próxima reunión del Cabildo y se hablaba de los derechos de los individuos. Los aires, además de los barcos españoles e ingleses, también estaban cargados de ideas francesas acerca de la libertad.

Andrés sonreía pensando que a Soledad le hubiera encantado estar entre aquellos hombres que hablaban de nuevas ideas. Él, a diferencia de su hermana, solía preocuparse por asuntos más terrenales que filosóficos. Después de todo, había que comer.

En una de sus excursiones al local, Andrés, que ya había trabado amistad con alguno de los concurrentes para luego reunirse en su despacho y cerrar negocios, descubrió a un joven muy rubio y pálido que se ponía cada vez más violento con sus compañeros de mesa.

Estaban hablando de una dama, al parecer muy bien dotada, que tenía alguna relación con el joven.

—¡Vamos, Juan! Deja ya de esconderla. Todos queremos ver más seguido a Martina.

El joven apenas podía contener la furia que lo embargaba. Andrés había escuchado parte de la conversación y no podía creer que sintiera tanto enojo. No eran más que jóvenes risueños admirando a una jovencita. Había escuchado cosas mucho peores en Cádiz o Sevilla.

Otro de los jóvenes que estaba con él dijo con voz risueña:

—Es que él no se da cuenta del hambre de los demás cuando tiene el estómago llenito.

Un brillo de rabia iluminó los ojos azules del joven. Habló con los dientes apretados:

—¿Y eso qué significa, Martín?

—Todos sabemos que visitas seguido a la familia Espinoza.

La mandíbula del joven se tensó violentamente.

—Vamos, vamos, Martín. Ya deja de molestarlo. Estábamos preguntándole por qué su hermanita tan voluptuosa aparece tan poquito por las tertulias.

Andrés se levantó de su silla y se aproximó lentamente al grupo. Una cosa era que un hombre defendiera al objeto de su afecto, eso tenía que hacerlo solo si se consideraba lo suficientemente hombre. Estaba el honor de la dama en juego de modo que cualquier paso en falso era peligroso.

Pero cuando se trataba de hermanas...

Cuando se trataba de hermanas los hombres debían ayudarse mutuamente. La horda de rufianes que intentaba aprovecharse de las inocentes jóvenes que ellos, como hermanos, estaban destinados a proteger con la vida misma, era inconmensurable.

Ese joven era un compañero de camino en la senda de la protección de hermanas y estaba solo. Alguien tenía que ayudarlo.

Permaneció a una distancia prudencial, tratando de ver qué era lo que iba a hacer aquel joven.

El sinvergüenza llamado Martín terminó por determinar sus próximos pasos.

—Tienes que exhibirla, Juan. No puedes privarnos a todos de tan admirable gallinita.

Fue suficiente.

Arrojando todo lo que había sobre la mesa, Juan saltó sobre Martín tomándolo de la chaqueta con una mano y golpeándolo con el puño cerrado de la mano libre.

Divertido por la reacción, el otro joven corrió hasta ellos para unirse a la pelea. Siempre era sano hacer un poco de ejercicio.

Tratando de controlar a ambos hombres, aunque sin lograrlo, Juan sintió que alguien más se unía a su pelea.

Un hombre alto, de espaldas anchas y moreno había agarrado al estúpido de Martín y le daba unos golpes en el estómago. Juan se quedó mirándolo, sorprendido por su reacción.

—¡Pelee, hombre, pelee! ¡Su amigo le va a ganar!

Juan siguió peleando hasta que los dos agresores de los atributos de su hermana pidieron clemencia y aceptaron disculparse y pagar todo lo que habían consumido y roto en la pelea.

—Espero que eso les enseñe a no bromear con las hermanas ajenas —les dijo Juan cuando se iban.

—El problema no son las ajenas, Juan —le dijo Martín cada vez más cerca de la puerta—, el problema son las hermanas pechugonas.

Los golpes comenzaron de nuevo.

Ágiles y mejor entrenados, los recién conocidos lograron dominarlos nuevamente. El precio esta vez fue café y licores gratis para los vencedores al día siguiente cuando el dueño del local lograra acomodar todo otra vez.

Andrés Balboa y Juan Álvarez se presentaron mutuamente fuera del local.

Ambos habían escuchado bastante del otro como para saber quiénes eran sin preguntar demasiado. Se dieron sus referencias familiares y ocupaciones y cada uno decidió, sin decirle nada al otro, que serían buenos amigos.

De pronto sintió una voz femenina que venía desde atrás. Se dio vuelta para ver de quién era y la luz que venía de la puerta de calle lo encegueció. En esa luz adivinó una silueta femenina.

—¿Juan?

—¿Martina? —preguntó el joven dándose vuelta. —¿Qué hacen aquí?

Andrés alzó la vista delicadamente para ver a las jóvenes que estaban cerca de ellos. Una era Micaela Espinoza, ya la conocía. La madre le había dicho delicadamente que no estaba disponible para casamiento porque era casi seguro que se comprometería pronto.

La otra, adivinó Andrés, era la joven cuyo honor había defendido minutos atrás junto a Juan Álvarez.

—Volvemos de la iglesia —dijo Micaela con las mejillas rojas pero con la voz firme.

—¿Solas?

—Con Paquita y Felisa —dijo de nuevo Micaela señalando a las esclavas que estaban detrás de ellas con un banquito reclinatorio en los brazos.

Las dos jovencitas eran apenas unas niñas. Probablemente ni siquiera tuviesen quince años. La hermana de Juan Álvarez, sobre todo, parecía una niña, seria y decente que apenas cruzaba miradas con un hombre extraño. Sospechó Andrés que las jovencitas se habían desviado de su camino para cruzarse con Juan y que la dueña de la idea no era la hermana de Álvarez sino la misma Micaela.

Andrés pestañeó un poco después de fijar la mirada en la joven Álvarez. Se dio cuenta enseguida de que era la misma joven que había visto al llegar a Buenos Aires, mientras alcanzaban la costa en la barca. Era preciosa, con mejillas redondas y coloradas como manzanitas. Tenía los ojos verdes, la piel blanca y los cabellos rubios. Era muy parecida a su hermano, que tenía los rasgos un poco más masculinos pero igualmente delicados. Obviamente, pensó, en su familia había algún inglés.

Era una niña, pero ya llevaba los vestidos largos y el cabello sujeto en la cabeza.

Era una mujer fértil. Disponible. Y de buena familia.

—Juan —siguió Micaela—, pensamos que podíamos llegar caminando

pero se puso muy oscuro y nos dio miedo. Proméтанos que nos llevará hasta nuestras casas. No queremos enfadar a nuestros padres.

Andrés apenas podía escuchar lo que decían porque el corazón le latía en los oídos. Tenía la vista fija en el escote de la jovencita rubia. Lo único que podía pensar era que era demasiado notorio para una jovencita tan modesta y silenciosa como parecía ser ella. Y luego recordó lo que habían dicho los dos jóvenes con los que Juan peleaba.

“Pechugona como una gallina”.

No había que ser demasiado bruto para que uno empezara a decir bobadas de Martina Álvarez. Y también entendió a Juan. Si alguien se hubiese referido así a su hermana...

Si alguien volvía a referirse así sobre ella lo mataría él mismo.

Deseó que Juan se acordara de los rudimentos de la amabilidad pero no fue el caso. Al escuchar las palabras de Micaela, Juan Álvarez se puso muy pálido y afirmó con la cabeza. Se dio vuelta y le extendió la mano.

Andrés respondió a su saludo.

—Nos vemos, don Andrés. Mi padre está interesado en usted. Pronto recibirá noticias nuestras.

Apretándole la mano, Andrés se despidió diciendo:

—Espero que sí. Entonces podrá presentarme a la señorita cuyo honor tuve el placer de defender.

Juan miró a su hermana y luego volvió la vista hacia él.

—Venga a mi casa mañana. Está en la calle de San Martín, enfrente de la iglesia de la Merced. Pregunte, cualquiera le podrá decir. Buenos tardes, don Andrés.

6

Contra la pared

Ya fuese por la diferencia de edad, poco más de diez años, o por los temperamentos tan similares, ninguno se sentía amenazado por el otro, de modo que se convirtieron pronto en grandes amigos. Concurrían juntos a tertulias en las casas vecinas hasta altas horas de la noche, a veces incluso iban a más de una, y se divertían escandalizando a las señoras con los chismes de Sevilla y Cádiz, uno, y los de Buenos Aires, el otro.

Con las señoritas, bailaban hasta no sentir los pies y actuaban como fervientes enamorados de cada una de las doncellas porteñas. Juan Álvarez era muy amable por naturaleza y era apreciado en la ciudad, Andrés pudo notarlo enseguida. Conversaba acerca de negocios y, de vez en cuando, sus palabras se dirigían hacia algún tema que no tuviera que ver con los negocios. Por lo general de espíritu sociable y ameno, solamente en presencia de su familia se retraía un poco.

Andrés, por su parte, ya era un personaje de la ciudad. Un don natural para agradar a todos, aun diciendo exactamente lo que pensaba y una gallardía muy atractiva, había logrado los suspiros de las damas y el respeto de los caballeros no bien entraba en un salón. Hacía poco tiempo que estaba en Buenos Aires y ya querían casarlo con alguna niña porteña.

Pero las expectativas de las señoras eran vanas, Andrés ya tenía a su elegida.

Andrés le había presentado a Soledad a su nuevo amigo e inmediatamente ella lo había tomado para sí. Su hermana reconocía los espíritus delicados allí donde iba. Andrés sospechaba que Leonardo también lo era, solo que no tenía

ilustración alguna. No había mucha gente interesada en la escritura política o la literatura como ella lo estaba. Andrés era uno de ellos y el espíritu agradable de Juan, ávido de libros y temas sensibles, le hizo entrar en confianza rápidamente para exponerle sus ideas acerca de los hombres y las mujeres.

Una noche, unos cuatro meses después de su llegada a Buenos Aires, estaban en una reunión en casa de los Espinoza, la familia que tantas relaciones cercanas tenía con los Álvarez. La gruesa señora, doña Josefa, iba de acá para allá haciendo ver que era una excelente anfitriona que mantenía la conversación viva, cuando en realidad vigilaba todo el tiempo a su hija Micaela.

Las damas porteñas tenían una extraña costumbre. Todas se sentaban pegadas contra las paredes. Lo realmente desagradable era que las paredes de las mansiones porteñas estaban llenas de humedad de modo que sobre las señoras y sus hijas había una especie de vaho tormentoso y verde que las afeaba mucho.

—Lo que no puedo entender, Micaela —decía su hermana Soledad agitando el abanico en la habitación sofocante— es por qué todavía no han copiado los modelos de vestidos, estos son mucho más cómodos, sobre todo para las jóvenes.

Las mujeres que estaban alrededor de su hermana se quedaron petrificadas. La sociedad había tomado a su hermana como a una excéntrica mujer que se mantenía en los bordes de la decencia, pero no podían dejar de sobresaltarse ante sus comentarios.

—Nuestras jovencitas son niñas recatadas, doña Soledad —le respondió fríamente la señora de Álzaga, abanicándose con fuerza.

Andrés tomó rápidamente la mano de su hermana para evitar que ella respondiera de manera equivocada. Se la sostuvo hasta que Soledad decidió volverse a mirarlo furiosa.

—He notado —dijo Andrés con voz adulatora a la señora de Álzaga— que todas las jóvenes de Buenos Aires tienen dos grandes virtudes: la piedad y la falta de vanidad. No creo, querida hermana, que les interese la moda.

La pomposa señora le dedicó una pomposa sonrisa y se levantó para ir a servirse un pastelito de dulce de ciruelas. Andrés le dedicó una respetuosa inclinación de cabeza mientras ella se alejaba.

El gesto complaciente hacia la dama le impidió ver una mirada ansiosa que

lo observaba con atención. El grupo de su hermana quedó conformado solo por gente joven. Juan y su hermana, la pequeña Martina de formas redondeadas, Micaela Espinoza y Soledad.

—Supongo que ahora debe pensarte como un buen futuro esposo —le dijo desdeñosamente su hermana.

—No creo que comience a pensarlo ahora —le contestó Andrés con una sonrisa—. Me anotó en lo más alto de la lista a los dos días de estar en Buenos Aires.

—Los Álzaga ya tienen una monja en la familia. Tener otra sería un derroche de dinero. Y el resto de las niñas tienen que casarse bien —le explicó Juan amable y risueño, libre de la tensión que solía verle cuando estaba reunido con su padre.

—Y Andrés está disponible para el matrimonio.

—Y don Andrés está disponible —repitió Juan con una sonrisa más amplia.

—¿Es que a nadie se le ocurrió pensar que tal vez no quiera casarse? —exclamó indignada Soledad—. No tiene buena experiencia en esa materia, ¿sabe usted?

—Cómete un pastelito, Soledad —dijo Andrés tirando de la mano de su hermana.

—No quiero.

Las otras dos jovencitas sonrieron al ver la escena entre los hermanos.

De pronto, una voz pequeña y dulce se hizo oír sobre la música y las voces de los demás invitados.

—¿Usted no quiere casarse, don Andrés?

Al oír pronunciar su nombre con el acento porteño y la voz suave de Martina, Andrés sintió que se le ahuecaba el estómago y el corazón le latía agitadamente. Lentamente alzó los ojos para mirarla.

Era un sueño hecho realidad.

En algún lado había leído que los moros, durante su estadía en España, habían tenido una predilección especial por las mujeres rubias y de ojos claros. Si alguna vez había tenido alguna duda sobre su antepasado infiel, ahí estaba Martina para confirmarlo.

Era preciosa, de rostro pequeño y redondo, estaba algo pálida pero con las mejillas arrebatadas por el calor y el encierro de la sala y trataba de refrescarse con su abanico. Tenía los ojos de un color entre verde y gris que

le daba un aire misterioso. Su futuro marido sería el dichoso hombre que pudiera ver de cerca esos ojos transparentes.

Iba muy sencillamente peinada con un alto moño hecho de trenzas en la parte posterior de su cabeza, mientras que el rostro estaba enmarcado por algunos bucles que caían sobre sus sienes y su frente.

Y si su peinado era sencillo, su vestido lo era más. De una tosca tela marrón la cubría por entero, sin resaltar ni mostrar nada de su figura. Le quedaba verdaderamente mal: la hacía parecer una bolsa de cuero, oscura y entumecida. El vestido era amplio y pesado, Martina estaba hundida en él y bailaba, conversaba y comía sin sentirse a gusto. Andrés podía notar su incomodidad.

Después de la pelea con Juan, y de que él le hubiera arrancado la promesa de no seducir a su hermana, el joven Álvarez le había permitido alternar con ella en las pocas tertulias que frecuentaba.

Pronto comprendió Andrés que esa no era una concesión magnánima. Le daba la vía libre a Juan Álvarez de coquetear a gusto con Micaela, sin llamar demasiado la atención. Los cinco solían reunirse en algún rincón de los salones porteños y desde allí disfrutar una tarde de sociabilidad.

Esas tardes estaban dedicadas a las damas. No eran muchas las ocasiones en que se les permitía a las mujeres concurrir a las fiestas. En general, las reuniones eran masculinas o las cenas eran con matrimonios aburridos. Se hablaba de política, negocios y algo de filosofía. Cuando aparecían las jovencitas en escena las cosas cambiaban.

Los porteños sabían cómo armar bailes, Andrés no podía negar eso. Había buenos músicos, buena comida y buena conversación. Las señoras chismorreaban por los rincones vigilando a sus hijas y las niñas eran tan parlanchinas y sonrientes que Andrés creía que esa era la razón por la que se las invitaba poco a las reuniones. Uno quedaba mareado con sus conversaciones.

Pero Martina Álvarez no era así.

Ella solía quedarse en el rincón más apartado del salón, mirando con los ojos fijos los movimientos de las parejas de baile. Nunca la había visto bailar a no ser que fuese con su hermano, o el pomposo sobrino del virrey del Pino y muy pocos jóvenes se le acercaban.

A pesar de su retraimiento, todos la trataban con afecto. Raras veces ella se sentaba lejos de Micaela y hasta en ocasiones se aferraba a su brazo.

Encantada, la hija de doña Josefa se quedaba conversando con Juan.

Era tan obvio que había algo entre los dos, que Andrés estaba empezando a sospechar que, en lugar de evitar que Micaela se portara de manera indecente, doña Josefa buscaba precisamente que no se alejara de él.

Martina respondía con monosílabos cuando él intentaba entablar una conversación. Si le preguntaba si había leído a Lope de Vega, ella simplemente respondía “no”. Si intentaba obtener su opinión sobre el trabajo de platería que tenían los enseres de la señora de Álzaga, ella permanecía en silencio durante un momento como si dudara en responderle, para finalmente decirle que no estaba segura y luego hundirse en su feo vestido.

Por eso que le hiciera esa pregunta, tan dulce y tan personal a la vez, lo sorprendió.

—Por supuesto que sí, Martina. Solo que todavía no he encontrado a la mujer indicada. A veces es muy difícil encontrar a la dama que a uno más le gusta y cuando la encuentra, más difícil es convencerla de que uno no es un inútil mercachifle.

Martina le dedicó una risita tímida escondiéndose en su enorme vestido.

—Nadie pensaría que usted es un mercachifle, don Andrés. Juan dice que usted es muy inteligente en los negocios.

Por todos los santos del cielo, ¿estaba Martina coqueteando con él? Que moviera rápidamente el abanico para echarse viento sobre sus mejillas rojas parecía ser una clara señal de que lo estaba haciendo.

De pronto, el salón se volvió un horno y una gota de sudor comenzó a resbalar sobre su frente.

—Su hermano Juan es muy amable, Martina. Y también ambicioso: él no quedaría muy bien si yo fuese un tonto. Después de todo, vamos a llevar la yerba a Asunción.

Martina volvió a reír ante la alusión a su hermano al que miró con picardía.

Curiosa por la reacción de su amiga ante don Andrés, reacción que nunca había visto en Martina, Micaela intentó ayudarla:

—¿Y cómo tiene que ser la mujer que busca, don Andrés?

Sin dudarle, él respondió:

—Sumisa, fiel y devota —dijo mirando intencionadamente a su hermana.

Las dos jovencitas se quedaron en silencio con los ojos fijos en él. Un halo de desilusión parecía haber descendido sobre ellas. Andrés sabía que no era la respuesta que esperaban, pero si se corría el rumor de que era un

librepensador, sus posibilidades de casarse con la niña que realmente le gustaba se reducían considerablemente.

—Nunca pensé que serías tan cretino, Andrés. Deberías dejar el Burdeos para otra noche.

Soledad lo miraba ceñuda.

Él le devolvió la mirada a su hermana con enfado.

¿Cómo se atrevía a llamarlo así delante de Martina?

Por supuesto que se estaba comportando como un cretino. Sabía que lo estaba haciendo, pero tenía que impresionar a Juan Álvarez, para que este hablara bien de él a su padre. Nada le parecía más horrible que casarse con una porteñita mojigata que le dijera a todo que sí y que lo mirara como a su dios particular.

Su hermana lo sabía bien. Sin embargo, había sido muy convincente en su respuesta, tanto como para hacerle dudar de él.

Se volvió para hablarle a Juan. Le llamó la atención la expresión del rostro del joven: estaba mirándolo mientras apretaba los labios con firmeza. No entendió lo que veía en sus ojos. Tal vez una sombra de duda.

Se volvió hacia el otro lado el adorable rostro de Martina muy pálido y asustado. Después de algunos comentarios sobre la comida, Micaela y Martina se levantaron y se acercaron a doña Josefa.

Minutos después, el pomposo sobrino del virrey, se acercó a Martina para invitarla a bailar un minué.

Andrés observó la danza todo el tiempo con los labios apretados.

La tarde terminó con un sabor amargo que se volvió espantoso por la noche. Soledad estaba furiosa con él y él le retribuía el sentimiento. Estaban en la sala, él sentado en uno de los sillones comprados en Brasil y ella escribiendo en una pequeña mesita de madera de jacarandá.

Se hacían reproches mutuos.

—¡Me llamaste cretino!

—¡Porque hablaste como un cretino!

Andrés se golpeaba con fuerza el muslo con los guantes. Había atribuido la reacción de Martina como un rechazo al insulto de su hermana.

—No es cierto, todos piensan así en Buenos Aires, las mujeres tienen que ser sumisas. ¿No viste a doña Lucía Álvarez? La mujer apenas levanta la cabeza cuando habla.

—¡Entonces no voy a casarme nunca!

—¡Claro que no! ¡Piensas volverme loco toda la vida con tus caprichos!

—Por supuesto que sí. Voy a hacerte responsable por mi soltería.

Soledad estaba escribiendo sus impresiones de la reunión a una de sus amigas de Sevilla, inclinada sobre una mesita de patas curvas hecha de madera de jacarandá. Andrés la miró sigilosamente buscando cómo atormentarla.

—Si no te casas pronto, te meto en un convento —le dijo en voz muy baja.

—No, no lo harás —le contestó muy segura alzando la mano como ahuyentando una mosca. —Y además no entiendo por qué te molestó tanto, te he dicho cosas peores en Sevilla... a no ser...

Su hermano la miró con una sonrisa boba en la cara esperando que continuase.

Y Soledad puso una cara de horror al verla.

Desde el último desengaño amoroso de su hermano, una tonta niña sevillana que había huido con un teniente hacia París, vigilaba de cerca a Andrés.

—¡Ay no, Andrés...!

Soledad se levantó y se acercó lentamente con la pluma apuntando hacia él como si fuese una espada.

—Andrés quita esa estúpida sonrisa de tu boca...Vamos... —le hacía cosquillas con la pluma en la cara—, deja de sonreír.

—No sé a qué te refieres. No estoy sonriendo.

Andrés se sentó y tomó entre sus manos el último ejemplar del *Telégrafo Mercantil*, experimento periodístico interesante que había durado un suspiro en la ciudad de Buenos Aires. El virrey del Pino no estaba listo para los aires liberales de algunos vecinos. Leyó apaciblemente, esperando que su hermana se serenase.

Lo que Soledad vio, en realidad, fue muy distinto.

Andrés caminó por la habitación durante unos diez minutos con la sonrisa boba en los labios y las manos unidas tras la espalda.

A veces miraba por la ventana, si se oía pasar un coche de algún trasnochado. O repasaba con aire experto buscando una mota de polvo que era obvio que allí no estaba; Leonardo jamás lo hubiese permitido.

Luego se sentó junto a la pequeña mesita de caoba con cajones y se puso a escribir algo que ella pudo observar como unas rimas. Pero lo que le hizo revolear los ojos fue que cuando por fin se sentó en el sillón a leer el diario,

lo hizo canturreando una canción andaluza que habían aprendido de su madre.

—¡Andrés!

Sobresaltado él la miró con el ceño fruncido.

—Por favor, Soledad, estoy leyendo.

—No, no estás leyendo.

—Por favor, Soledad, creo saber lo que estoy haciendo.

Enojada y ya sin inspiración para continuar con su carta, se giró para enfrentarlo.

—Y dime, a ver, ¿qué estás leyendo?

—Por supuesto, hermanita...

Andrés fijó la mirada en la hoja que tenía entre las manos. La tenía dada vuelta, de modo que era imposible leer algo.

—¡Estabas cantando, Andrés!

Él levantó la vista con un gesto violento y se quedó petrificado mirando a su hermana. No sabía si estaba cantando pero algo más lo preocupaba: no recordaba lo que había dicho o hecho desde que habían vuelto de la casa de doña Josefa.

—¡Estás enamorado! ¿No habías dicho que nunca más lo harías después de tu último desengaño?

—¿Estoy enamorado?

—Sí, creo que nunca te había pasado tan rápido.

—¿Y de quién, puede saberse?

—Es obvio, de Martina Álvarez.

Al escuchar su nombre sonrió como un idiota.

Martina era bella y quería volver a verla.

—¿Ves? —gritó Soledad—. ¡Estás sonriendo otra vez!

Andrés no supo qué contestar. Pero la sonrisa le duró toda la noche.

Nunca hables

Visitar el paseo de La Alameda era una de las pocas ocasiones en que los hombres y las mujeres de Buenos Aires podían estar reunidos, además de las tertulias y las misas. El paseo era un sendero a la orilla del río, bordeado por álamos plantados desde la segunda fundación de la ciudad.

Al conocer la historia de la segunda fundación de la ciudad Soledad había dicho que estaba bastante claro que para crear una ciudad como Buenos Aires había que partir de un error. Andrés había tenido que salvarla diciendo que — y tardó muchísimo en encontrar una salida apropiada, porque le costaba ver algo bello en la ciudad—: “la ciudad era tan apropiada para sus habitantes como los habitantes para ella”. Quedaba a cargo del orgullo de los porteños la interpretación de su frase, en parte porque ni él la había entendido.

La gran mayoría de los porteños se quedó contenta.

Pero ni Soledad ni Andrés podían negar que el paseo de La Alameda fuera un magnífico momento de distracción para todos los vecinos. Los árboles eran altos y delgados, de madera muy clara y suave y le otorgaban al paseo un aire de ensueño que difícilmente podía encontrarse en otro lado de la ciudad.

La primavera ya estaba instalada en Buenos Aires, uno podía notarlo en el aire. Cuando el sol descendía, sus rayos se entremezclaban con las ramas y hojas recién nacidas iluminando el paseo ya oscuro que daba al río. Y el aire se llenaba del aroma más dulce. Casi todas las residencias tenían limoneros, ciruelos o durazneros; el perfume de las flores había reemplazado el olor a encierro de las casas húmedas. Por todas partes se hacían reuniones y las

ventanas abiertas dejaban pasar el aire de la noche.

Andrés pensó que si bien Buenos Aires podía ser horrible en invierno, tal vez no estuviera mal en primavera. Claro que siempre estaba el problema de la lluvia y las calles con barro. Pero el aire dulce de los azahares hacía todo más tolerable, más suave.

Los hermanos Álvarez y los Balboa se hicieron asiduos visitantes de La Alameda a fines de octubre. Caminaban lentamente en un grupo de cuatro, luego se separaban en grupos de dos, para luego volver a reunirse. Paquita iba detrás de ellos, completando la decencia del grupo. Soledad no llevaba criada, pero iba con su hermano, por lo que no había problemas para los ojos vigilantes de la ciudad.

Los hermanos recién llegados eran bastante ruidosos, pero los silenciosos Álvarez les hacían un buen contrapeso. Andrés tenía una voz muy agradable y de vez en cuando se ponía a tararear algunos aires andaluces. Las señoras que también paseaban por allí, se escandalizaban primero, para luego darse cuenta que era el “extravagante don Andrés” quien estaba cantando y sus conciencias quedaban tranquilizadas.

—No entiendo, Andrés, cómo es que estas señoras te perdonan todo, y a mí me detestan —le protestó en un paseo Soledad.

—Porque las adulo todo el tiempo, querida hermana. Prueba y verás.

—Primero muerta.

Martina Álvarez solía divertirse con Soledad, solamente con escucharla. Le sorprendía que una joven pudiese contestar de la manera en que ella lo hacía. Martina pensaba que no tendría el valor suficiente para contestar de esa forma a las damas de Buenos Aires. Y menos aún a su hermano.

Juan también se divertía con Soledad y la admiraba. Era una joven tan capaz e inteligente que causaba asombro. Solía razonar, cosa muy rara entre todas las damitas que conocía, y no temía expresar que se oponía a la idea de que las mujeres no necesitaban ser instruidas.

—¿Por qué no le gustan las damas porteñas, Soledad?

Andrés miró a Martina. Rara vez hablaba con él, pero le gustaba escuchar las conversaciones entre las dos jóvenes. Eran tan distintas que difícilmente uno podía pensar que fuesen amigas. Sin embargo, allí estaban, las dos caminando tomadas del brazo, comentando sus opiniones sobre las señoras de Buenos Aires.

—No me gustan, Martina, porque me hacen sentir un renacuajo.

—Eso es porque usted dice lo que piensa.

—Y una mujer no *debe* decir lo que piensa —terminó Juan con una sonrisa y una inclinación hacia Soledad.

—Sí, pero yo estoy acostumbrada a decir lo que me parece sin esperar que nadie se asombre.

—Parece que usted ha tenido una educación liberal, ¿no es cierto? —preguntó Juan interesado.

—Eso debería preguntárselo a mi hermano. —Luego de reír con la idea, continuó—. Supongo que debería decirles a las señoras porteñas que el adorado don Andrés es el responsable de mi educación. Y así el renacuajo sería él. ¿Qué te parece, Andrés?

Martina alzó los ojos hacia don Andrés pensando que no parecía un hombre que permitiera libertades a su hermana. Aunque teniendo en cuenta la personalidad de Soledad, debía haber tenido mucha libertad en su casa para expresarse así en las ajenas. Martina no concebía la posibilidad de decir lo que pensaba. Nadie en su casa, en realidad. Excepto, claro, don Rodrigo.

Al alzar sus ojos, se encontró con que Andrés la estaba mirando. Era una sensación tan rara recibir la atención de un hombre como él, tan apuesto y querido en la ciudad, que se sentía un poco aturdida.

Juan tenía que insistirle mucho en los paseos por La Alameda para que ella decidiera ir. Sabía que se iban a encontrar con los hermanos y luego unirse a ellos en el recorrido. La presencia de Andrés la azoraba tanto que se quedaba muda al principio. Tiempo después podía hablar pero ya casi habían llegado al final del recorrido y debían emprender la vuelta a casa.

A veces quería hablarle y preguntarle cosas sobre sus viajes. Ella adoraba a todas las personas que sabían contar sus viajes. Soñaba con emprender algún día un viaje por el río de la Plata, quizás llegar hasta Colonia y después volver. No se atrevía a imaginar que podía ir un poco más lejos. Hacía mucho tiempo que había dejado de ser ambiciosa.

—¿A usted no le molesta que su hermana diga lo que piensa, don Andrés?

Ya estaban llegando al Retiro y por eso se había atrevido a hablarle.

Superar el miedo de hablarle a don Andrés tenía sus ventajas. Él se dedicaba por completo a ella y eso la hacía poner presumida. Le gustaba sentirse así, era emocionante que un hombre como él, al que todas las señoras deseaban por yerno, se consagrara exclusivamente a ella.

—En realidad sí, por eso siempre insisto en que lo diga en la casa de los

Álzaga y no en la mía. A veces es muy molesto escucharla.

Martina lo miró seria.

Andrés se dio cuenta de que la jovencita no tenía un sentido del humor irónico y se apresuró a agregar:

—No crea que es cierto lo que le dije, Martina. Por supuesto que me agrada que mi hermana diga lo que piensa, odiaría que ella estuviera sufriendo y no me lo dijera. Esas cosas no se pueden adivinar, ¿sabe usted?

Al escuchar esa respuesta, Soledad se detuvo:

—¿Y te gustaría que tu esposa dijera lo que piensa, Andrés?

Él notó la expresión de Martina al oír la pregunta. Al parecer su hermano Juan dijo en voz alta por ella:

—¿Ya eligió usted a su esposa, Andrés?

—No, aún no. Y mi hermana está hablando de su famosa lista, según creo —dijo mirando pícaramente a Soledad.

—¿Qué lista?

Andrés no pudo contener su cuerpo cuando la dulce vocecita de Martina hizo la pregunta. Había visto cómo ella se divertía con su hermana y nada le provocaba más satisfacción que verla sonreír ante las extravagancias de Soledad.

Estaba comenzando a pensar que, tal vez, solo tal vez, le gustaba demasiado contemplar a Martina.

—Tengo una lista de requisitos para elegir marido —dijo Soledad altaneramente mientras comenzaba a caminar de nuevo.

—¿Usted va a elegir a su marido? —preguntó Martina asombrada.

—Por supuesto que sí. Jamás confiaría en la opinión de Andrés en esas cuestiones. Siempre piensa demasiado en sus negocios y seguro me casaría con un vejestorio con conexiones en Asunción y plantaciones de yerba mate.

Juan comenzó a reírse a carcajadas. Sospechó que tal vez él fuera el vejestorio aunque tal vez no mereciera tal insulto. Apenas tenía veintiún años. Soledad oyó su risa y lo miró sonriente.

—¿Usted no piensa que su hermano elegiría al mejor candidato? —insistió Martina como si ese tema en particular la preocupara.

—Tal vez usted, Martina, tenga la suerte de tener un padre que la ama y que sepa elegir por usted. Pero eso aún significa que la elección va a ser por cualquier motivo menos el verdadero. No voy a casarme a menos que esté enamorada. Y esa es mi última palabra.

Los hermanos Álvarez quedaron de pronto en silencio.

Los hermanos Balboa no entendieron que sucedió, pero ambos echaron la culpa a Soledad por su enorme bocota.

La más rara de los dos hermanos era Martina. Su expresión había cambiado tanto que parecía enferma. Andrés odió a su hermana por haber dicho tantas cosas que para una señorita de sociedad como Martina podían resultar ofensivas.

Juan fue el primero en salir de su mutismo al ver a doña Josefa y Micaela paseando cerca de allí.

—¿Les molestaría si los dejo para hablar con la señora Espinoza? Estoy esperando noticias de su marido.

—Yo iré contigo a saludarlas, Juan, y luego volveré para acompañar a tu hermana hasta su casa. Parece algo cansada.

Ambos empezaron a caminar.

Juan miró hacia atrás con duda:

—Tal vez debería acompañar a Martina, no parece estar bien.

—No te preocupes —le contestó Andrés poniéndole una amistosa mano en su brazo—. La acompañaremos mi hermana y yo. Prometo que no habrá más discursos liberales femeninos.

Juan rio.

—Mi hermana es una chica muy buena, Andrés. Pero mis padres son severos y quizá ella no comprenda cierta clase de humor.

—No creo que nadie pueda encontrar una falta en ella, Juan.

—Sí, pero a veces es tan retraída, que temo que nadie pueda ver sus cosas buenas.

Andrés se vio tentado de hacer una broma de mal gusto sobre las cosas buenas de Martina. Se abstuvo porque Juan no parecía estar de ánimo festivo.

—Me alegro de que no hayas dicho nada, te mataría si me obligaras a romperte los huesos delante de Micaela —le dijo Juan por lo bajo—. ¡Buenos tardes señora Espinoza, buenos tardes Micaela!

Sonriendo, Andrés saludó a las dos mujeres.

Juan, olvidándose de todo lo demás, se quedó conversando con sus vecinas. Andrés se despidió rápidamente y se volvió para encontrar al resto de su grupo.

Caminando de regreso hacia el fuerte, ellas estaban bastante lejos. Pero pudo ver que se habían metido en un pequeño inconveniente.

Un charco de agua las había atrapado entre un árbol y el camino, de tal manera que, para volver, tenían que saltarlo.

Preguntándose cómo habían llegado hasta ahí, Andrés se acercó hasta Soledad tendiéndole una mano. La joven rio, tomó la mano de su hermano y saltó con agilidad.

Luego fue el turno de Martina.

—Tome mi mano, Martina.

Los ojos de Martina se encontraron con los suyos. Aceptó su mano para saltar el charco de agua con una sonrisa tímida pero coqueta. Cuando ya estuvo a salvo él no la soltó. Volvió a mirarlo a los ojos y notó que Andrés la estaba mirando con una expresión que la hizo temblar.

Fue como si mirara algo que deseaba mucho y no podía tocar. Permanecieron un larguísimo momento así y cuando Andrés se inclinaba hacia ella, una mano blanca lo apartó bruscamente hacia atrás.

—Yo llevo a mi hermana del brazo, gracias Andrés.

Juan la miraba con el ceño fruncido. Martina se preguntó cuándo su hermano había abandonado a las mujeres Espinoza y había vuelto con ellos.

Al notar que ella lo miraba fijamente, Juan colocó su mano sobre la que se apoyaba en su brazo. La llevó caminando hacia adelante, lejos de los Balboa, que se mantuvieron a distancia.

—Nunca te portaste antes así, Juan.

—Nunca antes te había visto así, Martina. Pero no quiero que lleguen palabras indebidas a... ya sabes a quién. No debe pasar eso.

Martina lo miró confusa. ¿Cómo la había visto su hermano?

Estaba segura de que no se notaba para nada que Andrés la ponía nerviosa... Nerviosa no era la palabra. Contenta, era más bien. O anhelante. Estar con él era como ponerse a esperar que algo agradable sucediera, y siempre sucedía. Cada vez que se atrevía a mirarlo a la cara, él estaba mirándola atentamente, como si le interesara mucho lo que ella dijera.

Era muy nuevo que un hombre le prestara tanta atención. La ponía nerviosa y contenta al mismo tiempo. La hacía sonreír casi sin darse cuenta y en el estómago le revoloteaban mariposas.

Pero nunca había dicho nada de eso a nadie. Ni siquiera a Paquita.

—¿Qué es lo que ves ahora, Juan?

—Andrés te merodea y a ti no parece molestarte.

—¿Y cuándo hace eso precisamente?

—Recién lo hizo.

Haciendo un mohín, su hermana le contestó:

—Tú también te comportas como un tonto cuando está Micaela.

Viendo las mejillas de su hermano ponerse como tomates, lanzó una risita. Después de caminar en silencio un rato, Juan le sacudió la mano para llamarle la atención.

—Siempre voy a protegerte, ¿sabes Martina? No importa lo que pase...— la voz de su hermano sonó ahogada y ronca—. Nunca permitiré que te hagan daño.

Luego fijó la mirada en el río. Martina pudo ver que tenía los ojos húmedos y a ella también se le llenaron de lágrimas. Su hermano estaba tratando de decirle muchas cosas.

Estaba tratando de decirle que la quería en la única manera en que ambos podían hacerlo. No les estaba permitido decir sus sentimientos, de manera que los expresaban por medio de acciones y promesas de fidelidad.

Los tres hermanos siempre se habían tratado así. Habían sido abandonados a su suerte por su desdichada madre y vapuleados por su padre. Crecieron en soledad y con un solo mandato: nunca hables de lo que sucede en casa.

Tenemos una familia perfecta.

Nadie debe saber lo que sucede adentro.

Nunca hables de lo que sucede en casa.

Adrián, Juan y Martina habían descubierto que solo se tenían a ellos mismos para ayudarse. Como les estaba prohibido manifestar cualquier clase de sentimiento, incluso el amor entre hermanos, habían hecho un juramento silencioso.

Un juramento nunca expresado, pero miles de veces revalidado con lágrimas lloradas a escondidas. Un juramento que ninguno de los tres se atrevería a quebrar.

Por eso, las palabras que siguieron, no sorprendieron a Juan.

—Yo también siempre voy a ayudarte. Te lo prometo, Juan.

8

La lluvia y el almíbar

—Tal vez podríamos comer duraznos en almíbar.

—Y bizcochos con miel.

Los dos hermanos Balboa miraron resignados a Juan y a Martina. Habían quedado varados en la casa de los Álvarez por culpa de una estrepitosa tormenta. Y, al parecer, el clima espantoso que iba a desatarse sobre sus cabezas no preocupaba en lo más mínimo a los hermanos Álvarez.

Solamente pensaban en comer algo.

Una tormenta de viento y lluvia azotaba la ciudad. Los árboles recién florecidos se sacudían violentamente y las persianas rugían al correr viento entre las rendijas. De vez en cuando se escuchaba pasar a un caballo al galope y no era difícil imaginarse que quien lo montaba se arrojaría sobre el primer refugio que hubiese para protegerse de la tempestad.

Pero a los hermanos Álvarez, como a todos los habitantes de la ciudad, la tormenta solo les hacía pensar en comer algo dulce.

Si el viento venía del sudeste, bizcochos con miel.

Si venía el viento del sur, que congelaba hasta tus partes más íntimas, entonces era chocolate con bollos de almendras.

Si soplaba el viento del norte y el calor se volvía sofocante, entonces los porteños chupaban naranjas sobre las que se abalanzaban desesperados y sin mucha ceremonia.

Para una tarde amable de primavera con el viento del este, un tazón de duraznos en almíbar.

Y Andrés y Soledad ya habían pasado el tiempo suficiente en Buenos

Aires como para saber que, después del viento del este, vendría una horrible tormenta que sería acompañada con chocolate y bizcochos más duraznos. Un verdadero festín de dulces.

Era un verdadero milagro que los porteños no rodaran en lugar de caminar. Los variados vientos de la ciudad les hubieran facilitado el trabajo de circular por las terribles calles de la ciudad.

—A veces creo que en Buenos Aires el viento pega la vuelta —comentó Andrés esa tarde tormentosa de principios de noviembre.

—Todavía no se pudo determinar con exactitud, Andrés, pero parece que en efecto, este es el lugar del mundo en donde dobla el viento.

—¿Y luego se dirige a la China, verdad?

Juan sonrió a la molesta Soledad.

—En realidad, los viajeros nos informan que los vientos se dirigen a la India.

—Ahí lo tienes —comentó exasperado Andrés—. Esa es la verdadera razón por la cual Alejandro se detuvo en la India: el viento del sudeste del Río de la Plata.

—¿Usted tiene un amigo que conoce la India, don Andrés?

Martina miraba a Andrés con admiración y él no pudo resistir la mirada y la inocencia de la pregunta. Claro que su torpe hermana se le adelantó.

—¿No sabe quién fue Alejandro, Martina? ¿Qué clase de educación tuvo?

“Oh, no. No aquí Soledad, no con su madre sentada a su lado bordando”.

Martina le contestó con sencillez:

—Nunca estuve en España, Soledad.

Juan miraba silencioso a su hermana. Él sí sabía quién había sido Alejandro pero era imposible que su hermana conociera al conquistador. Martina nunca había recibido instrucción. Ni siquiera sabía leer.

Sus mejillas enrojecieron al pensar que su hermana iba a quedar en evidencia frente a las dos personas que se habían convertido en sus amigos y que, al mismo tiempo, daban mucha importancia a una cualidad que ella no poseía: la ilustración.

Pero expresar su descontento por la nula educación de su hermana no estaba permitido.

Andrés, bastante más perspicaz que su hermana en muchas cuestiones, trató de salvar la situación:

—Tienes que comprender, Soledad, que algunas damas no recibieron la

educación que tú recibiste y...

—Sí, claro —lo interrumpió ella desdeñosamente—. A algunas solo se les enseña a bordar. Creo que una mujer instruida es tan necesaria en la sociedad como un hombre instruido. Las mujeres ignorantes se convierten en esposas ignorantes y crían hijas ignorantes.

¡Ay, la maldita bocota de Soledad!

Andrés enrojeció. Miró con el ceño fruncido a su hermana que, al parecer, no había notado la presencia de doña Lucía bordando, sentada al lado de Martina.

Soledad no se dio por aludida y siguió:

—A veces creo que se pierde demasiado tiempo en tonterías como coser y bordar y no se enseña a las mujeres a pensar por sí mismas. Martina, Alejandro fue un gran conquistador que extendió su imperio desde Grecia hasta la India. Un hombre verdaderamente admirable. Cuando usted vaya a mi casa le prestaré un libro sobre él.

Martina asintió. Seguramente un hombre que conocía Grecia y la India era admirable. Sabía que los dos lugares estaban muy lejanos y si esa persona los había visitado, entonces era digna de ser conocida.

Aparentemente, ninguno de los dos hermanos había tomado el velado insulto que Soledad les había hecho. Andrés se relajó con un poco de alivio.

Los criados interrumpieron la conversación al entrar con los bizcochos de miel y la pava de agua hirviente para cebar mate. Don Rodrigo se había quedado varado en la tienda minorista que tenía y había enviado un sirviente para decir que se quedaría allí hasta el día siguiente por si se inundaba.

Para Juan, que su padre no estuviera en la reunión con sus amigos, era un alivio. Estaba a sus anchas conversando con Soledad y Andrés. De haber estado su padre, el silencio tendría que haber sido la norma. Juan temía por la reacción de su padre ante Soledad y por eso rara vez los invitaba a la casa. Tal vez sospechando la fuerte tormenta que azotaría la ciudad, los había invitado a merendar.

Su madre nunca hablaba ante extraños. Cuando estaban solos, hablaba lo suficiente como para que los hermanos no se olvidaran de su voz. Era una mujer pequeña y avejentada, de treinta y nueve años. Estaba encorvada y doblada hacia adentro. Su padre había logrado doblegarla de tal manera, que Juan dudaba que quedara algo de voluntad propia en la personalidad de su madre.

Era una mujer silenciosa, que tal vez en su juventud había sido bonita, quizás muy parecida a Martina. Tenía los ojos claros y los cabellos rubios que sus hijos habían heredado, pero ya no tenía ninguna vivacidad en el rostro.

Sus hijos no sabían nada de ella. O de sus pensamientos. No sabían si su madre los amaba, si odiaba a su padre. Doña Lucía no expresaba ningún sentimiento de afecto ni de odio.

Por eso, si los comentarios de Soledad le habían molestado, nadie lo sabría nunca.

Terminada la merienda, Juan le pidió a Martina que hiciera un poco de música. Vio que su hermana enrojecía y supuso que era por la idea de tocar en público.

—Toca usted muy bien, Martina.

Andrés estaba extasiado de ver a su amor en despliegue de una de sus facultades. A él le gustaba mucho la música y también sabía tocar la guitarra.

—Tienes que tomar su cumplido como cierto, Martina. Mi hermano es un ávido buscador de entretenimientos musicales, ¿no es cierto Andrés?

¿Hasta cuándo Soledad iba a hacerlo sentir como un idiota?

—Por supuesto que sí. No puedo evitar sentir admiración por una joven que ejecuta tan bien este bello instrumento.

—¿Usted sabe tocar la guitarra, don Andrés?

Los ojos de Martina se clavaron en los de él. Eran unos ojos ansiosos que parecían estar buscando algo en los suyos. A Andrés se le paralizó el corazón. Allí estaba de nuevo, la pequeña bruja, haciéndolo sentir el hombre más importante del mundo.

—No, no sé. Pero pagué a un maestro de guitarra para que le enseñe a mi hermanita. Claro que no fue productivo, porque ella nunca toca.

Martina miró a Soledad sorprendida:

—¿Usted sabe tocar la guitarra? ¿Quiere interpretar alguna canción?

El rostro de Soledad se había ensombrecido y se retorció las manos. Muy seca respondió:

—No.

Andrés, queriendo fastidiar más a su hermana, siguió:

—No piense, Martina, que mi hermana es una mala ejecutante. La verdad es que es una de las mejores que yo haya oído en mi vida pero Soledad es muy reacia a mostrar sus verdaderas cualidades ante el público. Más bien

tiende a hacer lo contrario.

Juan, que se había quedado en silencio escuchando la canción que Martina había tocado porque era la preferida de Adrián, se sorprendió al oír ese comentario.

—¿De modo —dijo entrecerrando los ojos— que la verdadera señorita Soledad es una joven dulce y delicada que sueña con casarse?

—¡Por supuesto que no, Juan! —gritó ella acalorándose—. Andrés solo está buscando hacerme rabiar, eso es todo —explicó tratando de serenarse.

Martina frunció ligeramente el ceño y luego dijo:

—Don Andrés solo estaba tratando de hacerle un cumplido, Soledad.

Juan vio a Andrés sorprenderse ante esas palabras y poner una cara de beatitud que lo hizo sentirse tranquilo. Era cierto que don Andrés pretendía a su hermana. Pronto llegaría la hora de hablar con su padre y rogó a todo aquel que pudiera ayudarlo, que ese matrimonio se concretara.

—¿No cree, madre, que es una buena hora para cenar?

Doña Lucía respondió algo en un murmullo y ordenó a uno de los criados que prepararan la cena.

Las cuerdas de una guitarra

La mañana siguiente amaneció sin lluvia pero muy fría y ventosa.

Martina se levantó al amanecer después de pasar una noche en vela pensando en don Andrés que dormía en la habitación que había sido de Adrián. Parecía estar tan cerquita y tan lejos, se entretuvo en pensar en cómo sería cuando estaba dormido. ¿Roncaría? Martina sacudió la cabeza con una sonrisa. Don Andrés no roncaba porque era el hombre más perfecto de Buenos Aires.

Hablaba bien y siempre agradaba. Las señoras lo adoraban porque él siempre les prestaba atención, a diferencia de sus maridos que las ignoraban pertinazmente. Doña Clara de Aguirre, por ejemplo, era siempre olvidada por su marido en las tertulias; él estaba más interesado en hacer negocios. Don Andrés, entonces, le hacía atenciones y gentilezas y soportaba la pródiga charla de la señora acerca de sus antepasados que habían llegado con don Juan de Garay. Eran pocos los habitantes de Buenos Aires que aún podían reconocer ese origen y los García, la familia de doña Clara, eran uno de ellos.

Aunque no se quedaba solo con los de abolengo. Doña Rita Lobo, que todo el mundo sabía que su madre la había tenido sin estar casada aún con su padre, recibía la misma atención que la señora Aguirre, mientras le contaba acerca de las malas notas que su hijo se sacaba en los exámenes de la Universidad de Córdoba por culpa de los quisquillosos profesores.

Martina lo contemplaba mientras él hablaba con las señoras, sintiéndose orgullosa porque su hermano estaba haciendo negocios con Andrés. Andrés proveía al Ejército con la yerba que su hermano traía de Asunción gracias a

los contactos que tenía allí su padre. Martina quería creer que todo era mérito de los dos hombres más jóvenes, pero sabía que todo el negocio hubiera sido imposible sin la presencia de don Rodrigo y sus contactos comerciales en el Paraguay. Eran raras las ocasiones en que su padre desapareciera de todo lo que tenía que ver con ella misma.

La tarde anterior, por ejemplo, había sido maravillosa. La lluvia le gustaba en general, pero ese provechoso temporal de primavera había sido el mejor de su vida. Don Rodrigo había preferido permanecer en la tienda hasta el día siguiente. Por primera vez en mucho tiempo, doña Lucía, Juan y Martina tuvieron la casa a su libre disposición. La presencia amena de los hermanos Balboa solo había incrementado su sensación de tranquilidad.

Con los ojos abiertos en la oscuridad y una sonrisa apacible en la boca, Martina recordaba la tarde como el más dulce de los sueños. Juan y Soledad habían bromeado todo el tiempo acerca de las señoras y su insistencia en casar a Andrés, mientras ella y su madre, sentadas en el sillón de caoba, bordaban tranquilamente. Había escuchado los comentarios de Soledad sobre la instrucción de las señoritas, pero no le dio importancia. Ella sabía todo lo que una mujer casada de familia acomodada y decente tenía que hacer. No sintió que Soledad la ofendiese de alguna manera. Según su punto de vista, ella estaba bien educada aunque no supiera leer.

Así se sintió cuando Juan le pidió que tocara la guitarra. La vanidad de la que siempre hablaba su hermano resaltó en su pecho en aquel momento. Don Andrés la escucharía tocar la guitarra y vería que no era una niña inútil o perezosa. Se había instruido, aunque no igual que la señorita Soledad.

Las palabras de don Andrés elogiándola por tocar bien la guitarra la habían dejado sin respiración. Daba vueltas por la cama inquieta de felicidad por el cumplido. Había sido, incluso, mucho más agradable que las palabras de don Manuel sobre sus ojos.

Sí, mucho más agradable.

Un estremecimiento le recorrió la espalda al recordar los ojos del hombre clavados en ella mientras la escuchaba. Era tanta la emoción de verlo así que tuvo que dejar de mirarlo para seguir tocando. Pero la sonrisa no se le había ido ni durante la cena.

Toda la noche había sido lo mismo. Una sonrisa en su boca y en su alma, y no poder dejar de pensar en don Andrés.

Así la encontró Paquita cuando ella la llamó para ayudarla a vestirse.

—¿Y por qué sonrías tanto, amita?

Incapaz de decir lo que sentía, Martina susurró:

—No lo sé.

—¿No lo sabe? Tiene una sonrisa boba en la cara, si me lo permite, amita.

Martina alzó los brazos para que le entrara el vestido.

Un horrible vestido marrón con la única tela que su padre aceptaba comprarle. Un suspiro salió de sus labios.

Soledad solía usar los vestidos más bonitos con telas y encajes que don Andrés le traía de los viajes mensuales que hacía a Colonia. Eran telas livianas y suaves, con colores delicados, en tonos rosados y verdosos, que a Martina la hacían morir de envidia. Luego se mordía con culpa los labios; no podía ser bueno sentirse así. Pero las telas, de fondo blanco con pequeñas flores esparcidas al azar o con líneas verdes y rosadas muy finitas, eran hermosas; no pudo evitar otro suspiro.

—Me parece que a usted le está gustando alguien —siguió la mulata, malinterpretando la exhalación.

Dejando de pensar en telas, Martina preguntó:

—¿Gustando?

Sintiéndose muy sabia con su pasada experiencia en la herrería, Paquita continuó:

—Sí, me parece que a usted le gusta don Andrés.

Aún sin entender, Martina afirmó:

—A todo el mundo le gusta don Andrés. Es muy simpático y amable. Todas las señoras lo quieren por yerno.

Mientras la peinaba, Paquita dijo en un suspiro:

—¿Cómo me gustaría que su padre la dejara peinarse más bonita! Es una pena que todos sus rulos queden apretados acá arriba. Si los usara sueltos a don Andrés le gustaría más.

Martina se puso violentamente colorada. ¿Realmente le gustaría a don Andrés verla con el cabello suelto? Los rizos naturales eran un verdadero inconveniente porque, en los días de mucha humedad, nunca se quedaban en su sitio.

Al ver a su ama toda colorada, Paquita comenzó a gritar y a saltar:

—¡Ve, ve, ahí está! ¡Yo sabía que a usted le gustaba don Andrés!

—Ssshhh, Paquita no grites. Sabes que a mi padre no le gusta.

—Su padre está en la tienda. Todavía no volvió amita, aproveche y vaya a

desayunar con don Andrés —siguió hablando en voz alta la mulata.

—No grites, Paquita, por favor —dijo ella al borde de las lágrimas. Paquita, incapaz de verla triste, se serenó.

—Discúlpeme, niña. Pero tiene que apurarse porque se le va a enfriar el chocolate.

Martina se terminó de peinar y completó su atuendo colocándose muchas horquillas en el moño y los zapatos que estaban hechos en la misma casa. Como todas las damas de Buenos Aires, Martina era muy sensible con respecto al tamaño de sus pies y usaba calzados hechos por los sirvientes en una tela muy finita que los hiciera ver mucho más pequeños. El resultado era que, gracias a los suelos húmedos de Buenos Aires, las señoras más ricas casi siempre estaban resfriadas.

—Ya se están reuniendo todos en el comedor. La señorita Soledad dice que nunca comió nada más rico que el guiso de anoche. Se lo dije a María y ella se hinchó como un sapo, ¡tendría que haberla visto, niña! ¡Estaba tan gorda que no pasaba por la puerta!

La mulata se reía tanto que Martina se asustó.

—Silencio, Paquita, por favor.

—Discúlpeme señora pero fue tan divertido —y luego calmándose añadió—. Pero tiene razón, su padre va a regresar y ya no podremos reírnos así que mejor no acostumbrarnos.

La expresión sombría de su amita le indicó que tenía razón.

—Pero, como todavía no llegó, vaya a ver a don Andrés, que está en el comedor. ¡Vamos, vaya pronto, niña!

Martina salió de la habitación empujada ansiosamente por las manos de Paquita.

Atravesó lentamente el patio del aljibe. El sol que había salido después de la violenta tormenta de la noche anterior era brillante y solo de vez en cuando se cubría con algunas nubes rechonchas que formaban curiosas figuras. El viento seguía soplando fuerte y movía las ramas del limonero, haciéndole llegar el aroma de los azahares todavía húmedos por la lluvia.

Con una amplia sonrisa en los labios, Martina entró en el comedor.

Allí solo estaba Andrés.

Al verse sola junto a él tuvo el impulso de salir corriendo. ¡Había estado queriéndolo ver toda la noche pero al tenerlo tan cerca se dio cuenta de que prefería desaparecer!

Él tenía la cara adormilada y recién afeitada. Por primera vez, mientras lo miraba de frente con la cabeza elevada hacia él, Martina pudo observarlo bien.

Andrés era muy buen mozo, muy alto y muy ancho de espaldas. Usaba pantalones en lugar de calzones de seda blancos y siempre estaba muy prolijo. En ese momento hasta podía olerse el jabón que usaba para afeitarse. Martina lo sabía porque era el mismo aroma que el que tenía Juan.

Nunca había visto a alguien tan moreno y con el cabello tan oscuro y corto. Se preguntó si en Sevilla se usaría así. Todo en Andrés era excepcional: era más alto que la mayoría de los hombres y cuando estaba en una habitación, las miradas siempre se dirigían hacia él. Desde su llegada a Buenos Aires, toda la atención de la gente más importante estaba sobre él.

Y ver a qué doncella de la ciudad él le prestaría atención era de suma importancia para todos.

Andrés estaba parado frente a un tapiz colgado en la pared, con los brazos cruzados por la espalda. Se balanceaba como si estuviera un poco aburrido.

El rostro de Martina se volvió rojo en un instante. Él se había vuelto a mirarla y, al encontrar sus ojos, no se movió. El tiempo se detuvo en esa mirada como cuando ella se quedaba inmóvil mirando el río y sus olas.

—Buenos días —la saludó con un movimiento de cabeza.

Todavía más roja, ella le contestó:

—Buenos días, don Andrés.

No sabía qué más decir. Pero tampoco podía dejar de mirarlo y sonreírle.

Él también sonreía.

Y se acercaba lentamente hasta ella.

—¿Durmió usted bien, Martina?

Sin poder responder, asintió con la cabeza. Él ya estaba a dos pasos de ella. Pero su cuerpo vibraba como si él la estuviera tocando y ella fuera una guitarra.

—Yo no, me pasé la noche pensando en sus ojos.

El corazón le latió rápidamente al oír esas palabras. Incapaz de soportar la vergüenza bajó los ojos para fijarlos a la altura de su pecho. Era más amplio de lo que había visto; y por alguna razón que no consiguió entender, quiso acurrucarse contra él.

—Usted me tiene embrujado, Martina.

Se irguió cuan alto era, sintiéndose como debe sentirse un pavo real

cuando despliega sus plumas. Hizo gala de la atracción masculina que sabía que tenía, y lentamente acercó su rostro al de ella, inclinándose.

—Creo que me voy a enfermar si no me da un beso.

Ella alzó su carita con aspecto preocupado. ¿Por qué iba a enfermarse don Andrés? No estaba segura, pero se le encogió el corazón de solo pensarlo.

—¿Se siente mal, don Andrés?

Él asintió. Tomándole la mano y llevándola hasta su corazón, Andrés le dijo:

—¿No siente cómo late acelerado mi corazón, Martina? Apenas puedo sostenerme en pie.

La cara de Martina expresó inquietud.

Andrés se sorprendió al ver esa carita cambiar tanto en esos pocos minutos. En general ella permanecía bastante seria y ausente. Apenas le sonreía cuando él le hablaba. Pero más se sorprendió cuando ella se alzó en puntas de pie y lo besó en la mejilla.

El beso había sido inocente y casto, poco más que el roce de los labios contra su piel, pero fue maravilloso. Con una voz inexplicablemente ronca le susurró:

—¿Me darías otro?

Con otro movimiento casi imperceptible ella volvió a besarlo. Sonriendo, Andrés recibió el beso.

—Otro.

Sonriendo apenas, Martina apoyó ambas manos contra el pecho de Andrés. Lo sintió fuerte y compacto y el deseo de apretarse contra él fue más grande aún.

—Otro más —le pidió él.

Pero esta vez no le permitió que fuese en la mejilla.

Con un rápido movimiento de cabeza, giró hasta que sus labios se rozaron. Para Martina la sensación fue tan nueva y deliciosa que no tuvo fuerzas para separarse. Sintió la boca de Andrés moverse sobre la suya presionando, provocándole cientos de sensaciones simultáneas imposibles de describir pero que la inducían a pegarse contra él.

Y entonces, justo mientras pensaba que no había vivido, ni volvería a vivir nada más emocionante y confuso al mismo tiempo, la caricia de sus labios se volvió más íntima.

Andrés comenzó a rozar sus labios ya húmedos con su boca entreabierta.

Martina notando que la sensación era muy agradable, lo imitó. Entreabrió los labios y dejó que él le enseñara.

Encantado con su reacción, él la atrajo hacia sí tomándola de la cintura. Cuando estuvo convenientemente pegada a él, la besó con pasión tomando posesión de su boca. Cerró los ojos porque no se atrevía a mirarlo.

Los senderos que esa lengua trazó le parecieron hechos de fuego. Se dejó llevar por la pasión, entregándose por completo a los juegos amorosos de Andrés. Sintió que se perdía y que los ojos se le llenaban de lágrimas. Sintió que el mundo se derretía a sus pies pero allí estaba Andrés sosteniéndola fuerte de la cintura para que no se cayera.

Lentamente, la caricia fue terminando. Martina abrió los ojos despacio y ambos quedaron mirándose en silencio aún abrazados.

Con la voz ronca, Andrés susurró:

—Qué bella forma de empezar la mañana.

Ella volvió a bajar los ojos con timidez pero le sonrió.

—Es una linda mañana —le contestó con voz ahogada—. Siempre son lindas las mañanas después de una tormenta fuerte.

Andrés iba a contestar pero sintió el ruido de una puerta que se abría. Rápidamente la soltó, haciendo tambalear un poco a Martina.

Entró Juan, quien puso una mirada preocupada al verlos juntos.

—Buenos días. Estamos esperándolos en el salón de visitas. Soledad y mi madre están allí, te esperan para ir a misa, Martina.

—Pero Paquita me dijo...

—Bueno, no importa —dijo Juan, impaciente. Miró la expresión sorprendida de su hermana y suspiró con resignación. Ofreciéndole su brazo le preguntó:

—¿Vamos?

Martina asintió con una sonrisa.

Los tres empezaron a caminar hacia el salón. Los hermanos primero, Andrés con las manos cruzadas en la espalda detrás.

Y, de vez en cuando, Juan se volvía hacia atrás para mirar preocupado a Andrés, que caminaba con una sonrisa tonta en sus labios.

Hacer negocios

Como la gran mayoría de los grandes comerciantes de Buenos Aires, la tienda minorista de don Rodrigo Álvarez se encontraba en la esquina de la calle de Santo Domingo, dentro de la misma propiedad en la que estaba su casa. Junto a la tienda minorista tenía su oficina, que también daba a la calle. En ella comerciaba todo lo que resultaba excedente de sus ventas a Córdoba y Asunción y la yerba, muebles y vinos que llegaban de allí. Obsesionado por obtener ganancias, vendía lo que fuera, aunque estuviera desteñido, comido por las polillas o podrido.

Tenía un encargado, Felipe, antiguo empleado de su suegro, que se ocupaba de los libros de la tienda, y un mozo de quince años al que obligaba a dormir sobre el mostrador, a falta de un catre donde tirarse.

Cuando a mediados de noviembre, vio entrar a Don Andrés Balboa sin el pringoso de su hijo Juan, Don Rodrigo supo que venía a negociar.

La vida nunca había sido demasiado interesante para don Rodrigo. Tenía una infancia en su pueblo de España que apenas recordaba. Su padre lo zamarreaba de vez en cuando, y a su madre todos los días. Por supuesto que el hombre tenía razón. Él había sido un niño muy estúpido y su madre era una puta igual que todas las mujeres. Siempre estaban buscando algo las muy zorras. Siempre querían sacarle algo a un hombre.

Sabía que algunos hombres las consideraban seres frágiles a los que había que cuidar. Pero él sabía la verdad. Ninguno de esos seres del infierno podía tentarlo. Le daban placer, sí, pero nada más. Estaban para ser tomadas y gozadas. Pero lo que le causaba más placer era hacerlas sufrir. Retorcerles la

piel, sentir bajo sus manos gruesas esos miembros frágiles que se quebraban bajo ella.

Su esposa era particularmente frágil. Su hija también. Las había visto temblar tantas veces bajo sus golpes que ya la cosa un poco le aburría. Pero qué bien se sentía después de golpearlas.

Se sentía hombre. Dios había creado a las hembras para estar sometidas al hombre. Y para don Rodrigo, el sometimiento era la violencia. Después de todo, ¿qué mejor forma de demostrar la sumisión de una zorra que golpeándola hasta dejarla sin sentido?

Con sus hijos era diferente. Los dos eran un par de horribles afeminados que no entendían que un hombre se hacía a base de golpes y más golpes. Había que humillar a los demás. Todo eso les había querido enseñar, que fueran fuertes, gallardos y valientes.

Obviamente tenían la naturaleza viciosa de la madre porque ninguno de ellos se convirtió en hombre. El mayor, pedazo de imbécil, había tenido la osadía de oponerse a su padre cuando él estaba aleccionando a su madre. Don Rodrigo echó una risa amarga. ¡Qué imbécil por todos los Santos! ¿No se daba cuenta de lo mucho que su madre necesitaba disciplina? Si él hubiera dejado a Lucía hacer su voluntad a los dos días de casado le hubieran salido los cuernos. Y toda Buenos Aires se hubiera reído de él.

Apaleó al imbécil de su hijo cuando estaba durmiendo y lo dejó sin sentido. Con ayuda de su amigo el juez del Cabildo, lo encerró en el calabozo hasta que aprendiera a vivir como la rata que era.

El debilucho, al que había llamado Adrián como su propio padre, se enfermó a los tres días. Como don Rodrigo no quiso cargar con la muerte de su hijo, lo embarcó a España. Si sobrevivía a su enfermedad, que aprendiera el negocio con su primo de Sevilla.

El maldito había sobrevivido pero no había hecho ningún negocio. Había escapado de su control pero supo cómo ocuparse de él para que no hiciera ninguna tontería. Podría haber ido con el virrey, algún juez o con la Audiencia y desheredarlo. Pero sabía por dónde podía lastimar mejor a Adrián. Por eso, cada mes, le escribía amenazándolo con estropear a su hermanita si volvía. La amenaza había tenido efecto durante más de cuatro años. El estúpido ya no trabajaba para él pero no había dicho una sola palabra que comprometiera el honor de la familia.

Las envaradas señoras porteñas lo saludaban con amabilidad pero detrás de esa estúpida sonrisa de puta, estaba toda la maldad de la que una mujer era capaz. Se las imaginaba hablando con sus estúpidos maridos, contándoles quién sabe qué atrocidad había cometido él con su esposa. Nada le hubiera gustado más que esa insulsa de Lucía se hubiese muerto en uno de los partos. Pero no había tenido suerte.

Sabía que todo el montón de comerciantes petulantes de Buenos Aires estaba contra él y que buscaban nuevas formas de comerciar. Pero él sabía que no importaba si estaba con el comercio con España o con el contrabando inglés vía Colonia. No importaba, todo lo que querían era sacarle a él su dinero, sus muebles y su casa, sus propiedades.

Pero don Andrés era un hombre como él. Lo había visto en los cafés y en las tertulias. Había hablado con él algunas veces y Juan había entablado negocios con él de parte suya. Los negocios, llevar yerba mate y algunas provisiones a la tropas españolas de Asunción, habían resultado muy beneficiosos.

Cuando don Andrés entró a la pequeña oficina que estaba junto a la tienda, don Rodrigo le ofreció una silla.

—Buenos días, don Andrés, me alegro de que esté aquí. ¿Vino a recoger los beneficios del nuevo viaje a Asunción? Me informan por carta que los regimientos están más que felices.

Don Rodrigo se postró ante Andrés. Esa era su conducta en general: humillarse frente a los que consideraba superiores, humillar a quienes consideraba inferiores. No tenía términos medios.

—¿Cómo está, don Rodrigo? No. Hoy vine por una razón diferente.

Apoyando los codos en el escritorio de la pequeña oficina, don Rodrigo sonrió con satisfacción.

Todo había salido bien: don Andrés estaba detrás de su hija. No podía ser mejor, por fin se sacaría de encima ese molesto lastre inservible. Incluso había tenido razón de dejarla pasear un poco con los Espinoza para que don Andrés la viera un poco en público. Seguramente el hombre entendería todo y pondría en su lugar a su hija si se había acostumbrado demasiado a estar afuera. Unos latigazos le habrían venido bien después de tanto paseo, pero no quería estropearle la carne para que don Andrés gozara mejor de ella.

—Bien, don Rodrigo, no puede negar que nuestra alianza comercial fue muy beneficiosa. Por supuesto que todo se debió a la capacidad de Juan,

ninguno de nosotros hizo más que poner el capital.

Don Rodrigo asintió sin emitir palabra.

Juan era tan inútil como su hermano Adrián.

Más de una vez lo había descubierto leyendo poesía de un tal Lavardén. Su grito había sido tal que el imbécil de don Espinoza se acercó hasta la casa para ver qué sucedía. Qué hombre estúpido. Consentía a su mujer y a la fea hija que tenían. Lo peor era que no podía evitarlo. Don Espinoza había sido comerciante minorista de telas de su suegro. Tenía que soportarlo por la fuerza de la alianza con el padre de su mujer. En Buenos Aires no se rompían alianzas, a no ser que pudieran realizarse otras mejores.

Ayudado por Adrián y aprovechando la interrupción de don Espinoza, Juan había escapado para esconderse en algún lugar de la casa. El rapaz tenía los ojos de su madre, la piel blanca y la contextura delicada. Por más que lo había intentado nunca lo había podido hacer fuerte. Una vez había probado llevarlo hasta un boliche para emborracharlo. El debilucho de trece años vomitó todo el camino de vuelta al hogar. Después de darle una buena sacudida lo dejó en manos de la cocinera negra.

Después de buscarlo por toda la casa, lo encontró debajo de una mesa, junto con su otro hermano y la niña, tomados de la mano, esperando que él no los viese. Por supuesto que los encontró. Le entregó la niña a la madre después de retorcerle el brazo. A Juan por afeminado y a Adrián por traidor, los encerró en el sótano durante una semana a pan y agua. De sus “pequeñas vacaciones” volvieron pálidos, delgados y mucho más silenciosos.

Cuando se convirtieron en hombres cambió la táctica. Los amenazaba con golpear a la madre o a la hermana. Era muy divertido verlos morderse los labios para no decir nada cuando él aleccionaba a Lucía por alguna de sus tantas torpezas. Ambos eran más altos que él de modo que ya no podía darles una buena sacudida.

Así que no pensaba lo mejor de sus hijos. Pero jamás se lo diría a un hombre como don Andrés.

—Mi hijo es un hombre muy capaz.

—Sí, y un buen amigo, además. Me ha permitido frecuentar a Martina, y tiene que creer, don Rodrigo, que me siento el más afortunado de los hombres por esa deferencia.

—Mi hija es una niña muy buena, señor, muy obediente y sumisa. No creo que encuentre fallo en ella y puedo asegurarle que aún es virgen.

Don Andrés pareció asombrarse:

—Entonces... ¿quiere decir que no tiene problema en que la tome por esposa?

—¿Problema? Es una alianza muy buena, don Andrés. Haremos muy buenos negocios y la dote de mi hija quedará en nuestras manos, de modo que no será dinero desperdiciado.

—Será una buena alianza...

Repitió don Andrés con una voz grave. Ese hombre sabía lo que quería.

—La niña es un poco vanidosa, ¿sabe usted? Pero con un poco de disciplina todo podrá arreglarse.

—¿Disciplina? —volvió a repetir el hombre.

—Usted sabe, don Andrés —explicó don Rodrigo con una sonrisa—. Un meneo de vez en cuando, para que no olvide quién es. Pero le aseguro que es muy honrada y le va a ser fiel, todavía no conoció a ningún hombre.

Trató de hacerle entender que la mocosa no había sido manoseada aún, quería que el hombre supiera que se llevaba material de primera calidad.

—Quisiera que usted me permitiese proponerle matrimonio, don Rodrigo —dijo don Andrés después de una breve pausa en la que apretó los labios.

—No hace falta, ella va a hacer lo que yo le diga, señor. No tiene que preocuparse.

—Igualmente, don Rodrigo, quiero conversar con ella.

Él no veía la necesidad. Si le preguntaba, tal vez la muy perra no quisiese aceptarlo. Quién sabe lo que estaban dispuestos a decir los hijos que tenía.

—Hable con ella si quiere, señor, pero si le responde que no, no se preocupe. El casamiento está arreglado y tendrá que hacer lo que le digo.

Y queriendo hacerse el letrado, cosa que no era ni por asomo, dijo con voz seria:

—Usted sabe que la ley me asiste. El rey de España sabe lo que hace cuando pone bajo la decisión del padre el matrimonio de sus hijos. Ellos pueden ser bastante inútiles al elegir.

Don Andrés volvió a apretar los labios sin responder.

Fijaron la fecha de los esponsales, el compromiso, quién se ocuparía de pagar los bandos, que lo publicarían en la iglesia y finalmente la fecha de la boda que tendría lugar el veintiocho de noviembre. Decidieron la suma de la dote y, por añadidura, el próximo cargamento de yerba mate que traerían de Asunción.

En poco más de seis semanas se habría creado una excelente alianza comercial, la mejor que cualquiera de los imbéciles comerciantes de Buenos Aires podía llegar a tener.

Don Andrés extendió la mano para saludarlo, y don Rodrigo la estrechó, sosteniéndola un momento. Con voz socarrona y una sonrisa espantosa que mostraba los dientes podridos que tenía, dijo:

—Y, don Rodrigo, si quiere gozar de la damisela, no lo dude, tiene mi permiso.

Esta vez, la estudiada mueca de presionar los labios para evitar un comentario no fue lo suficientemente rápida.

No dijo nada.

Pero Andrés apenas pudo reprimir una mueca de asco al salir de aquella mugrosa habitación.

El miedo al amor

Sentados en el sillón del salón pequeño, que daba al patio del aljibe, doña Lucía, Juan y Martina esperaban a don Rodrigo.

Era extraño que el hombre los hiciera reunirse en otro momento que no fuese la cena. Solía afirmar que no soportaba la idea de verlos juntos. Por esa razón, cuando don Rodrigo estaba en la casa, los tres solían ir a sus respectivas habitaciones y salir de ellas solo si eran requeridos.

El hombre llegó al salón frotándose el brazo izquierdo. Desde había tiempo sentía un condenado hormigueo en ese brazo que lo hacía sentirse, en algunas ocasiones, ahogado y sin poder respirar. El infeliz del médico Rodríguez le había dicho que era grave. Él no le había hecho caso: su padre murió a los sesenta y dos años y él pensaba hacer lo mismo.

Se detuvo frente a los tres y se sentó en una silla.

—Espero, mujer, que estés satisfecha. Finalmente uno de los tres hijos imbéciles que me diste va a hacer algo bueno por su padre.

Volviendo la mirada a Martina, le dijo secamente:

—Vas a casarte en quince días.

Martina dejó de respirar un instante. Luego, retorciéndose las manos sobre el regazo, comenzó a hablar con voz muy débil:

—Pero, su merced, aún no he encontrado marido.

Don Rodrigo la miró fijamente, con aire ofendido.

—Usted no tiene que *encontrar* nada. Su padre ya le encontró un marido y usted aceptará ese.

—Pero...

—¡Pero nada! —le gritó el hombre perdiendo la paciencia y acercándose peligrosamente a su hija, quien trató de esconderse en el respaldo del sillón. Juan y doña Lucía fijaron la vista en una de las paredes llenas de humedad. Cualquier intervención de su parte solo llevaría a una mayor violencia de don Rodrigo para con su hija.

—¡Va a casarse con quien yo diga, cuando yo lo diga! Usted necesita un hombre que la amanse y le saque las ganas de mirarse al espejo que tiene. Estoy cansado de gastar el dinero que tanto me cuesta ganar en una chiquilla desagradecida.

Martina no pudo detener las lágrimas que le corrían por las mejillas. Tenía tanto miedo y su padre era tan horrible que no podía articular palabras para defenderse. No quería más palizas. Solo quería mirar el ir y venir del río y pensar que todo estaba bien.

El hombre con el que se casara sería igual que su padre. Era el pensamiento que la obsesionaba día y noche. No tenía otra opción que casarse. Y, aún sin conocerlo, detestaba a su marido. Lo despreciaba por haber aceptado la alianza con su padre. Porque si alguien hacía una alianza con don Rodrigo Álvarez, no podía ser distinto a él.

—Tal vez... tal vez... pueda pedir mi mano uno de los amigos de Juan —le dijo entre sollozos.

—¿Y para qué querrías un niño por marido? ¿Te gustan los *liberales*, no es cierto? —le preguntó arrastrando socarronamente las palabras—. ¿Un imbécil como tu hermano que quiera cambios en la economía? Alguien que me quiera ver arruinado, ¿no es cierto?

—Yo no sé nada de economía, su merced...

Don Rodrigo se acercó lentamente hasta ella. Le tomó la barbilla con una de sus horribles manos peludas y comenzó a presionarla, haciéndole daño.

—No, no sabes nada. Pero eres una mujer y ya debes tener un mancebo arrastrándose bajo tus faldas, ¿no es cierto?

—Yo... no... su merced... por favor, me está lastimando.

—¡Voy a lastimarte si no me obedeces! —le rugió muy cerca de la cara.

Presionó con fiereza las mejillas de su hija hasta dejarle los dedos marcados, con una expresión terrorífica en los ojos, que prometía golpes si Martina se seguía resistiendo. Ella le dio el gusto de llorar pero fue más por la desesperación que por el dolor. Su padre se vio satisfecho y la soltó. Con un gruñido desagradable, miró a su esposa que tenía los ojos clavados en el

pequeño y oscuro cuadro colgado en la pared, con una expresión ausente.

—Te casarás, Martina. O de lo contrario te haré tanto daño que querrás enterrarte en el sótano y no volver a salir nunca más.

Martina pensó que tal vez eso sería lo mejor.

Don Rodrigo la soltó, después de haberle retorcido la piel de las mejillas con una sonrisa en los labios. Muy satisfecho de sí mismo, don Rodrigo comenzó a salir del salón, mientras que con la mano derecha, se frotaba lentamente el brazo izquierdo.

Tomando fuerza de donde no la tenía, Martina susurró:

—No me ha dicho quién es, su merced.

Sin darse vuelta, el hombre exclamó orgullosamente:

—Don Andrés Balboa.

Y, de repente, todo el mundo de Martina estalló en mil pedazos.

No tenía ni nombre ni forma. Era un sentimiento odioso de certeza. Era algo escrito a fuego en su cuerpo. Como si cada uno de los golpes de su padre no pudieran borrarse de su piel y las huellas que habían dejado escribían ese sentimiento.

Estaba manchada por la violencia de la bestia y no podía limpiarse.

El estómago comenzó a arderle y un zumbido en el oído le hizo pensar que su padre se acercaba. La bestia siempre elegía el lado derecho para acercársele. Ella lo sentía desde allí, y alguien que la observase con cuidado, fácilmente se daría cuenta de que siempre se inclinaba hacia su hombro derecho.

Tembló. La sensación le aterraba tanto que creía sentir el aliento putrefacto de su padre sobre su hombro.

Le había sorprendido el sabor de la boca de don Andrés. O el roce de su lengua. Ella pensaba que todos los hombres tendrían ese olor asqueroso que tenía su padre. Sin embargo, su boca no tenía gusto a nada, o más bien, a piel salada. Le producía las más tiernas sensaciones en el cuerpo recordar la caricia de Andrés en los labios o en su lengua. Andrés le despertaba algo que ella no podía definir.

Anhelo, tal vez. Ansias.

Y ahora, estaría bajo su poder. Y él podría matarla si lo deseaba.

El cuerpo de Martina comenzó a temblar de furia contenida. Estaba metida en la cama pero no podía dormirse. Odiaba sentirse así. Todos los músculos se le comprimían y al mismo tiempo advertía que su cuerpo quería gritar. No

podía gritar porque todos sus sentidos estaban destinados a evitar ese grito. A evitar que la bestia notara su presencia. Pero claro era inútil, sobre todo porque la bestia estaba buscándola.

El dolor comenzaba en las manos. Estaba enojada y apretaba los puños con fuerza. Luego se iba hacia su estómago. Una revolución en su interior, un fuego de odio que le quemaba las entrañas, y el cuerpo que parecía separarse en dos pedazos.

Sentía deseos de romper algo o de gritarle a todos lo que su padre hacía. La manera en que los trataba. Hacer algo que sacara las huellas de su odio que llevaba en el cuerpo y en el alma. Había descubierto dentro de sí un odio profundo y desmedido, un odio que no tenía pies ni cabeza y que no tenía manera de sacárselo.

¿Por qué Andrés? ¿Por qué él de todos los hombres de Buenos Aires? ¿Por qué aquel que la hacía sonreír solamente de pensar en él?

Todo hasta ese momento había sido tan interesante.

El matrimonio lo complicaba todo. Porque en el momento en que Andrés se convirtiera en su esposo, él sería su dueño. Él tendría el poder de maltratarla, el poder de hacerle daño, el poder de abusar de ella para hacerla sentir fuerte.

Andrés era el hombre más dulce y atento. La hacía sentir vanidosa cuando la miraba de esa manera tan urgente. Sus palabras eran tan cálidas que la estremecían. Bailaba con ella en las reuniones, la escuchaba tocar la guitarra con unos ojos que le producían remolinos agradables en el estómago. Le contaba de su vida en España y las gentes extrañas que había encontrado en el Brasil.

Pero todo eso iba a perderse. Detrás de esa fachada espantosa de hombre amable que atraía a todos en Buenos Aires, ella sabía que habitaba una bestia que se despertaría tarde o temprano. Y ella tendría que estar allí para recibir su furia.

En las pocas reuniones a las que había ido con don Rodrigo, había notado que él los miraba mientras bailaban. Al principio se asustó, tal vez pensara que ella estaba incitando al hombre, comportándose de un modo indecente.

Sin embargo, su padre no había dicho nada.

Andrés se había convertido en algo tan importante, algo tanpreciado para ella. Se había acostumbrado a él, casi sentía una necesidad física de verlo, de que él le rozara la mano sin guantes o le alcanzara el abanico con un gesto

gentil.

Pero en ese momento era también lo que más odiaba. Y temía. Era el precio que tenía que pagar por ser una mujer de sociedad como doña Josefa, la señora Álzaga o la misma virreina. El sometimiento. El poder de un hombre para hacer con ella lo que quisiera.

Sintió que el cuello se le ponía rígido. Después vendría el dolor de cabeza que parecía no irse nunca, que le revolvió el estómago y la hacía vomitar. El dolor se expandía por su nuca, a través de la mandíbula hasta su frente. Duraba horas o tal vez días. Los había tenido desde pequeña, pero ahora se habían hecho muy frecuentes. En especial desde la llegada de Andrés.

Porque Andrés era maravilloso. Tan maravilloso como siempre había soñado que sería un hombre. Pensó en él con una sonrisa amarga. Los besos robados que se daban furtivamente en los salones eran dulces o apasionados, todo dependía de él y de los deseos que sintiera. Y ella también quería besarlo.

Incluso una vez él la había sentado en su regazo. Fue la primera vez que había ido a su casa. Una casa enorme con azulejos y pisos alfombrados, finos muebles y cuadros claros y delicados pintados con acuarelas en las paredes.

El primer contacto con sus piernas fue celestial. Sabía que no estaba bien. Pero no estaba segura de que estuviese tan mal. Rodeándole los hombros con un brazo, la acercó hasta él para rozarle los labios como la primera vez que se habían besado. Le acariciaba la mejilla, le rozaba la boca con la punta de los dedos, le susurraba que era hermosa y que nunca había conocido a una mujer más delicada que ella. Le recorría la espalda con la mano, jugando con la hilera de botoncitos de su vestido. Los botoncitos que ella misma había cosido. Se le ponía la cara roja de vergüenza de solo recordarlo. Realmente era maravilloso.

Y era tan maravilloso que estaba aterrada.

Porque en el instante en que fuera su esposa todo se esfumaría. Porque cuando apareciera la bestia, Andrés iba a lastimarla y ella no podría soportarlo.

Micaela siempre hablaba ilusionada del amor. Ella no estaba segura de querer sentirlo.

Y ahora que sabía que el hombre que amaba sería su marido, deseó arrancarse el amor de las entrañas. Porque no podía amar al hombre que la haría miserable el resto de su vida.

Se movió sobre la cama hasta quedar boca abajo. Sentía náuseas imposibles de evitar. Quería que todo eso terminara. Por una vez en su vida quería paz. Pero nunca la tendría. Tendría que casarse y convertirse en una esposa decente, tener niños a los que Andrés también golpearía como a ella. Tal vez Andrés golpeará a Soledad cuando estaban solos.

Quería escaparse, huir lejos, pero eso solo era un deseo. No tenía adónde ir. La prisión en la que vivía no tenía barrotes ni paredes. Su prisión era el mundo que la rodeaba: la ciudad de Buenos Aires era su prisión. Estaba rodeada por un bello río hacia el este, y el resto era tierra, tierra y más tierra, los indios y la nada.

No tenía escapatoria de esa prisión y su carcelero era su futuro marido.

Si al menos hubiera tenido la fortuna de Adrián. La fortuna de poder cruzar el río y andarlo hasta que se convertía en mar. Irse lejos, intentar otra vida. Una vida lejos de la violencia y la obligación de su sangre.

Las arcadas se volvieron cada vez más fuertes.

Lo peor de todo era no poder llorar. La furia era tanta y estaba tan contenida, que parecía un depósito en el fondo de una tinaja que ya no podía quitarse. Estaba ahí, como una rata, masticando el material por dentro. Sus propias entrañas estaban podridas. Llenas de gusanos de odio y desprecio, y de miedo.

No quería el amor.

Pero su cuerpo se lo recordaba a cada momento. Palpitaba cuando estaba cerca de Andrés. Se encendía. Su cuerpo solo se inclinaba hacia él, como él hacia ella. A veces, solo se acercaban aún estando en grupos distintos. A veces se sonreían como dos tontos mientras balbuceaban saludos por tercera vez. Pero no podían dejar de estar juntos.

Él se interesaba por todo. Si a ella le gustaba el teatro, si le gustaba bailar o leer. Qué pensaba de Buenos Aires y si alguna vez le gustaría conocer Sevilla. Compartía sus impresiones de Buenos Aires, que tenía mucho barro, que el clima era un desastre.

A Martina le hubiera gustado saber leer mejor. Conocer algunos libros que él le nombraba, para discutir sobre ellos. No podía y entonces se quedaba escuchándolo mientras él discutía con su hermana acerca de Lope de Vega y las intenciones de su teatro.

Se sentía mal por no poder seguirle el paso en esas discusiones. En especial porque había otras jóvenes que entraban en la discusión y

coqueteaban con Andrés, en especial las Pueyrredón, cuyo padre les permitía leer. Se sentía mal, como si debiera avergonzarse por ello. Se quedaba callada, mirándolo furtivamente, sintiendo pena por sí misma.

En esos momentos llegaba a pensar que no sería una buena esposa para él. Que su carácter y su temperamento necesitaban una mujer más vivaz o más inteligente. La esposa de Andrés tendría que ser mucho más experimentada que ella, más sociable y, por supuesto, más instruida. Martina estaba convencida de que sus cualidades, cualesquiera que ellas fuesen, no alcanzaban para las expectativas de Andrés.

Una vez hasta le había contado de sus deseos de tener una familia y muchos niños. Los ojos negros se habían llenado de ternura al escuchar su sueño. Y ella recordaba el cálido estremecimiento que le había causado pensar que tal vez él quisiese ser su marido. Y luego, claro, el horrible frío que la inundó cuando se dio cuenta de lo que eso significaba.

Por eso, había concluido, los hombres no se casaban con las mujeres que amaban. Si el matrimonio implicaba ese nivel de sujeción y dominio, y el amor era un sentimiento tan dulce como el que ella experimentaba, entonces no se casarían con la mujer amada.

No. Para eso estaban las amantes. Ella no sabía bien qué eran las amantes, pero doña Josefa no hacía otra cosa que hablar de eso. Entre los latidos de su frente pensó con tristeza que doña Josefa entonces, hablaba del verdadero amor.

Y el matrimonio servía para hundir en una húmeda y fría prisión a las esposas.

Entre las náuseas y el dolor de cabeza, Martina sonrió. Nunca se había tenido por inteligente pero ahí estaba un verdadero razonamiento, tal como le gustaban a don Manuel Belgrano. Pero la noticia no la entusiasmó.

Andrés la quería como esposa.

A partir de ese momento tendría que odiarlo. Cada una de sus miradas ansiosas tendría que transformarse en una de impaciencia. Sus besos, hablarían de su poder sobre ella. Cada vez que la tocara significaría que lo hacía porque era su derecho, no porque lo deseara.

Andrés, tarde o temprano se convertiría en la bestia. La patearía en el vientre como don Rodrigo a su madre. La sacudiría por la mandíbula como lo hacía con ella. La provocaría como a sus hermanos, vilmente, hasta hacerla perder la paciencia y luego, encontrar una razón para hacerle daño lastimando

a otros.

Ella tendría que volverse invisible, no romper nada, no hablar, ni siquiera estar en la misma habitación que él.

Andrés se convertiría en la bestia y ella estaría obligada a ver al hombre que amaba golpearla hasta hacerle perder el sentido.

Con un gemido, Martina se corrió hacia un lado de la cama y sujetándose de la manta, vomitó.

Una mujer y un hombre

Decidió vestirse con traje completamente negro. Quería que su futura esposa lo pensara como un hombre serio y responsable, sobrio. El traje era uno de los que había comprado en Sevilla antes de partir hacia Buenos Aires, incluso antes de la desilusión con la jovencita que se había escapado con el teniente. No llevaba los calzones y las medias, sino que vestía un pantalón ceñido a las piernas que le llegaba hasta los tobillos y le cubría parte de los zapatos.

La chaqueta, que se abrochaba con doble hilera de botones, dejaba ver parte del chaleco de seda de rayas grises y marrones que llevaba debajo, y caía por su espalda dividida en dos faldones. Una camisa de algodón blanca almidonada y la corbata del mismo color completaban el atuendo.

Leonardo permanecía en silencio mientras ayudaba a su señor. Trataba de adivinar sus intenciones como había logrado hacer hasta ese momento pero se le había vuelto difícil. El amor complicaba las cosas.

—Estaré en casa de don Rodrigo Álvarez, Leonardo —le informó don Andrés mientras se miraba al espejo por décima vez para acomodarse el pelo muy corto que le caía sobre la frente.

—Sí, señor.

Mirándose nuevamente al espejo, preguntó:

—¿Crees que el chaleco de seda gris luce más... respetable?

—Don Rodrigo Álvarez sabe que usted es decente, señor.

—Sí, claro.

—También la señorita Martina.

—Por supuesto.

Pero Andrés continuó mirándose al espejo.

Primero de frente.

Luego de perfil.

Se miró los pantalones.

Dudó.

—Tal vez deba ponerme los calzones. Quizás los pantalones sean demasiado... no sé... liberales para los Álvarez...

—No creo que don Rodrigo preste atención a sus pantalones, señor.

Andrés miró a su sirviente, confundido.

—¿Don Rodrigo?

—Usted me dijo que iba a ver a don Rodrigo, señor.

—Sí..., claro, lo había olvidado.

Volvió a mirarse al espejo. Había descubierto que las damas de Buenos Aires eran un tanto quisquillosas con las modas comparadas con las de Sevilla, por lo que dudó que a Martina le interesara verle los muslos ceñidos en el estrecho pantalón negro. Trató de recordar si alguna vez las miradas de ella se habían dirigido a algún lugar específico de su cuerpo.

Recordó que mientras se encaminaban al centro del salón para bailar un minué, en la casa de doña Josefa, ella se había apoyado contra su brazo y que sus dedos lo habían recorrido con lentitud desde la muñeca hasta el codo. Recordó lo sensual que le había parecido aquel movimiento, pero que al mirarle el rostro no había visto más que una expresión de inocente sorpresa.

Martina no tenía idea de que lo que estaba haciendo podría hacerle hervir la sangre. Esa noche le había costado muchísimo dormir. ¿Qué era lo que le había sorprendido a la pequeña? Supuso que ya había bailado con otros hombres antes de modo que ya habría tocado un brazo alguna vez. Le intrigaba saber qué había visto ella en su brazo para tocarlo de esa manera. Se moría por saberlo.

Claro que esa era una ciudad pequeña, una aldea, de modo que todo lo moderno llamaba la atención y tal vez a su futura mujer le interesara que estuviese a la moda. Pero tampoco quería que ella creyera que era un necio vanidoso como el imbécil de don Carlos del Pino, sobrino del virrey, que la rondaba cada vez que ella aparecía en una tertulia.

Un petiso feo y narigón, que usaba polvos para parecer más pálido y carmín para enrojecerse las mejillas, que vestía de seda italiana, porque la

española no le alcanzaba para cubrirse el ego, y que llevaba una peluca piojosa también empolvada. Cada vez que lo veía, Andrés no podía dejar de pensar en cuánto se parecía a una cortesana.

—Maldito imbécil vanidoso.

—¿Señor?

—¿Qué sucede, Leonardo?

—Pensé que me había dicho algo, don Andrés.

Él dejó de mirarse al espejo, por un momento, y reprendió severamente a su criado:

—Últimamente, estás muy distraído, Leonardo.

—Sí, señor —respondió Leonardo con aire ausente mientras le cepillaba los hombros quitando inexistentes pelusas que su señor le señalaba. Luego de un momento de duda, don Andrés preguntó con una extraña voz ahogada:

—¿Tenemos polvos para el rostro, Leonardo?

—Usted piensa que el polvo es para afeminados, don Andrés. Pero quizá la señorita Soledad, tenga.

—No, claro.

Qué cosas le pasaban por la cabeza. No quería lucir afeminado para su Martina. Quería lucir exactamente como ella quería que un hombre luciera.

Ahora bien, ¿cómo quería Martina que él luciera exactamente?

—Leonardo, ve a buscar a mi hermana.

—Sí, señor.

Comenzó a desabotonarse la chaqueta para cambiarse. El chaleco gris sería muy formal para... se detuvo un momento y se golpeó la frente con la mano.

¡Por todos los Santos del Cielo y de la Tierra había pensado en ponerse polvos en la cara!

Sacudió la cabeza con violencia y chasqueó la lengua contra el paladar. Se estaba convirtiendo en un estúpido ansioso por un problema que ya estaba absolutamente solucionado. Don Rodrigo había aceptado casar a su hija. Tenía que calmarse. Era ridículo tener treinta años y perder el tiempo en ropas.

Claro que todo el esfuerzo era por una jovencita tan adorable como...

—¿Qué quieres, Andrés?

Soledad miraba con el ceño fruncido a su hermano. Llevaba los lentes puestos y él pudo verle las manos llenas de manchas de tinta. Soledad estaba escribiendo y él la había interrumpido: nada bueno podía salir de eso.

—¿Estabas ocupada? —preguntó con aire inocente.

Soledad lanzó un resoplido muy impropio de una dama y se cruzó de brazos impaciente.

—¿Qué quieres, Andrés?

Alzando los dos chalecos con las manos le preguntó mirándola fijamente como si fuese a hacer una pregunta extremadamente importante:

—Dime, Soledad, si tú fueses una mujer como Martina, ¿yo te parecería más serio vestido con la seda a rayas o con la gris?

Su hermana lanzó un grito de rabia, se dio media vuelta y se fue corriendo de la habitación.

Al momento entró Leonardo, que había logrado escuchar el diálogo entre los dos hermanos.

—¿Y se puede saber qué bicho le picó ahora? —le preguntó su amo mientras volvía a mirar los chalecos.

Leonardo se quedó pensativo y volvió la cabeza hacia donde había huido Soledad.

Andrés no esperaba una respuesta. Siguió mirando con recelo ambos chalecos sin llegar a decidirse. Leonardo revoloteaba detrás de él porque se negaba a responder a su llamado nuevamente. Fingía ordenar los cajones y acomodar las camisas, cuando en realidad estaba todo perfectamente arreglado. Tenía un oído pendiente por si la señorita Soledad llamaba por alguna razón. Prefería lidiar con plumas y tinteros que con chalecos.

—Me pondré el azul de algodón —dijo finalmente su amo.

De espaldas, Leonardo revoleó los ojos hacia arriba con impaciencia. Luego se dio vuelta y, después de una inclinación se fue a buscarlo. Marta, la sirvienta que se encargaba de la ropa, estaba planchando el chaleco azul a instancias de Leonardo quien sospechaba que su amo justo elegiría el chaleco que estaba arrugado. Pero se sintió orgulloso, después de todo sí había adivinado el deseo de don Andrés.

—Iré a buscarlo, señor.

Cuando volvió a la habitación un violento gruñido se le atoró en la garganta. El hombre ya se había puesto el chaleco a rayas, la galera y tenía el bastón en la mano, y permanecía con los brazos alzados solo para ver el toque final.

Al ver a Leonardo petrificado en la puerta, don Andrés lo miró con expresión agraviada.

—Creo, Leonardo, que te dije claramente que iba a usar el chaleco gris.

—Pero, don Andrés...

—El chaleco gris, Leonardo. El gris. Hoy estás *muy* distraído. Mi hermana te hace trabajar demasiado cortando papeles, ¿verdad? Descansa mientras voy a ver a Martina.

Y muy complacido, don Andrés salió de la habitación.

Leonardo permaneció allí ordenando el desastre que había dejado su señor. Pocas veces lo había visto así, de hecho era muy tranquilo con su atuendo y solía aceptar lo que él le ofrecía. El cambio que la señorita Martina había provocado era evidente y Leonardo lo veía con buenos ojos. Cuando estaba cerrando la puerta del armario, la señorita Soledad se asomó por la puerta de la habitación.

—¿Ya se fue?

—Ya se fue —respondió Leonardo sin darse vuelta.

Soledad lanzó una carcajada feliz.

—No lo conociste antes de un asunto que tuvo con una sevillanita que se fue con un teniente a París. Pensé que nunca se iba a enamorar otra vez. Mi hermano puede ser muy expresivo cuando quiere. Un joven Werther si no lo vigilo de cerca.

Leonardo se dio vuelta hacia la señorita Soledad. Le costaba verla de frente, a los ojos. Le seguía pareciendo tan bella como el primer día. Había cambiado su opinión. No era ni un ángel ni un demonio, era, más bien, una clase de mujer que no conocía. Una mujer, quizá. Sin otras palabras que agregar.

—Estoy contento por la elección de don Andrés. Doña Martina será una buena esposa y la alianza con la familia Álvarez le será de ayuda para el comercio.

—Espero que sí —dijo Soledad—. Sabes, Leonardo, a veces imagino un mundo donde mujer, matrimonio y alianza comercial no sea la misma cosa. Pero no lo veo sencillo. A los hombres les gusta mandar.

—Usted tiene una gran imaginación.

—Sí, lo sé. Es culpa de mi hermano. Él quiso educarme. Era más fácil en Cádiz o en Sevilla, ¿sabes? Las mujeres con salones no me veían horrorizadas como acá.

—¿Desea volver?

—No. Para nada. Mi lugar es donde está mi familia y mi familia es mi

hermano. Solo quisiera conocer alguna mujer un poco más instruida que no piense que el joven Werther es un recién llegado a la ciudad.

—Hay pocos en esta ciudad que conozcan la historia de tal joven.

—¿Leíste el libro? —preguntó Soledad con ansiedad. Leonardo quiso poder responder otra cosa pero era un hombre sencillo y solo sabía hablar con la verdad.

—Un joven atolondrado ese tal Werther.

—¡No te gustó el libro! —exclamó decepcionada Soledad, acercándose a él—. ¿Sabes lo difícil que es encontrar a alguien que hable de emociones como en ese libro? No es extraño que lo hayan prohibido y debemos leerlo de traducción manuscrita. Me pregunto cuándo nos llegará algo así para leer.

—¿Tanto le gustan las emociones?

Soledad suspiró. Leonardo la vio sentarse en uno de los baúles de ropa de don Andrés. Ella hablaba con expresión entusiasmada, probablemente porque era uno de los pocos que hablaba tranquilamente con ella, sin escandalizarse. Más todavía, le gustaba que le diera cosas para leer, aun si no le gustaban tanto como a ella. El pecho se le expandía cuando la tenía cerca y lo hacía sentirse bien después de tantas angustias.

—Me gusta poder expresarlas y que no todo termine con un “si Dios quiere”. Soy una mujer piadosa, Leonardo, pero los hombres y las mujeres son tan interesantes. Las emociones, quisiera observarlas, describirlas, contar historias que emocionen. Pero nadie se emociona y más bien se escandalizan. Quieren que me case así ya me callo la boca.

—¿No quiere casarse?

—Claro que sí. Usted sabe, Leonardo, que sí. Pero dígame, qué hombre querría una mujer que no para de hablar como yo. O que lee libros alemanes en traducciones manuscritas porque están prohibidos.

—Cualquier hombre en su juicio, que supiera comprender la dicha de tenerla cerca. Si yo fuera un caballero le pediría casamiento en seguida.

Soledad se puso de pie de inmediato, roja y con los ojos enormes, tal como las señoras porteñas se ponían cuando ella hablaba.

—Disculpe —dijo Leonardo arrepentido—. No sé hablar de otro modo. Lo que quise decir es que cualquiera con buen seso se daría cuenta de lo bella que es usted y lo feliz que lo haría. Incluso yo que soy un simple campesino.

—¡No diga eso! —exclamó Soledad herida y caminando hasta él para tomarle las manos—. No vuelva a decirlo. Voy a mi habitación a seguir

escribiendo. No creo que Andrés vuelva a comer. Que Marta me lleve una bandeja a mi habitación.

—Como usted diga, doña Soledad.

No había nada más que ordenar en la habitación, pero Leonardo se había quedado quieto mirando el aire que lo rodeaba. Sentía que era la primera vez en la vida que unas palabras se le habían escapado de la boca sin que él pudiera detenerlas. Quizá fuera la influencia de los libros de la señorita Soledad o el aire de la ciudad que tan extraña y húmeda le parecía.

No tenía dudas de que la adoraba pero estaba convencido de que era una devoción especial, como si fuese un creyente que venera a una santa o a un ángel. Pero como ya había descubierto en los meses que pasara en Buenos Aires, ella no era ni un ángel ni un demonio. Era una mujer y él un hombre, y a veces las cosas eran tan sencillas como sumar uno más uno.

Sí, don Andrés

—Buenos días, don Andrés, ¿cómo está su señoría? La señora Álvarez no está, fue de compras al mercado con el negro Mario —le explicó Paquita con una reverencia—. Pero la niña Martina está bordando en el salón, ¿quiere que le avise que usted está aquí, don Andrés?

—Por favor, Paquita.

La negra le sonrió al bello mozo que tenía delante. Siempre que llegaba a la casa no podía evitar mostrar todos los dientes blancos detrás de una sonrisa enorme. Las criadas sabían de los buenos mozos de la ciudad y se habían hecho muchos comentarios sobre don Andrés mientras sus amas caminaban delante de ellas en el camino a la misa. Entre ellas no había los remilgos ni sigilos que tenían las señoras y sus niñas, entre ellas se contaban todo, para luego contárselos a las señoras mientras las cambiaban y peinaban.

Y todas ellas ya sabían que don Andrés había roto corazones por todos lados al elegir a Martina Álvarez como esposa pero Paquita era la más orgullosa de las criadas al saber que era de su amita. Se alejó de la puerta donde esperaba don Andrés con un pavoneo de caderas que hacía que la amplia falda roja que llevaba corriera el riesgo de tirar todo a su alrededor.

El que sí no le gustaba era el envarado mayordomo de don Andrés, que había visto en la visita de su señora a la enorme casona. Un hombre más bien bajo y ancho, con expresión seria, que vigilaba a don Andrés y doña Soledad con celo, como si algo los amenazara. Tal vez pensara que ella quería robarse algo.

Mientras esperaba a su señora en la cocina, el mayordomo había estado

sentado frente a ella sin decirle una palabra mientras ella parloteaba alegremente con la cocinera de sus correrías por la herrería hasta la paliza de don Rodrigo, cosa que el tal Leonardo había escuchado con mucha atención pero haciéndose el distraído. Siempre contaba sus aventuras a quien quisiera escucharla. Qué era lo que estaba pensando, Paquita no tenía idea. Seguramente pensaba que ella era una perdida. Pero como Paquita estaba bien segura de que no lo era, no le prestó atención. Que el envarado pensara lo que quisiera. Si le prohibían ver al herrero se escaparía igual, no tenía problema.

Martina, en cambio, no era tan feliz como su esclava. Bordaba en la sala, junto a la ventana que daba al patio, su ajuar de boda, pero de vez en cuando se le caían algunas lágrimas. No había visto a don Andrés desde el anuncio del matrimonio pero sabía que era una cosa decidida. Paquita trataba de consolarla pero de su pecho seguían saliendo suspiros.

Cuando apareció la sonriente Paquita por la puerta, su amita la miró con los ojos nuevamente velados por las lágrimas.

—Niña Martina, don Andrés está aquí para hacer una visita —le anunció con una reverencia. Y después, con un poco de descaro agregó:

—Y séquese esas lágrimas que va a pensar que usted es fea.

Con satisfacción vio que su amita levantaba la cabeza y se limpiaba rápidamente las lágrimas con la prenda todavía sin terminar. Guardó la prenda en el canasto de bordar y cruzó las manos sobre la falda.

—Bien, ahora quédese ahí quietecita que ya se lo traigo.

Paquita volvió y dejó a un don Andrés tímido que Martina no conocía todavía. Seguía alto y buen mozo pero sus ojos iban y venían por toda la sala como si siguiera el vuelo de un colibrí. Martina dejó que él hablara primero mientras ella trataba de no llorar imaginando la costa del río.

Andrés le habló con voz suave, como si no saliera con la potencia a la que estaba acostumbrada. Con un gran esfuerzo del cuello, Martina lo miró y él asintió al encontrar sus ojos.

—Qué bueno verla, Martina.

—Espero que esté bien, su merced, don Andrés. Siéntese, por favor.

—No, prefiero quedarme parado. ¿O me siento?

—Como usted quiera, don Andrés. ¿Cómo está su hermana Soledad?

—Está muy bien, gracias. Le envía sus saludos. Martina, vine para hablar con usted.

—Dígame, don Andrés.

—Quería decirle, Martina, que he hablado con su padre y él está de acuerdo con nuestro casamiento.

Andrés se quedó quieto mirando a Martina. Esperaba alguna reacción interesante, un enrojecimiento de mejillas, una palidez tímida, algo que le indicara que estaba tan nerviosa como él. Lo único que recibió fue:

—Eso me ha dicho mi padre, sí.

Quería algo más. Se acercó y tomándole con suavidad una mano, apoyó una rodilla en el suelo y le susurró:

—Tuve el atrevimiento de pedirle su mano a su padre, aun antes de preguntárselo a usted. Pero quería estar seguro de su consentimiento. No quería ilusionarme.

La miraba con una ansiedad que no le incomodaba del todo. No era tan apasionado a las emociones como su hermana Soledad pero le gustaba el amor que sentía por Martina y saber que podía hacerla su esposa.

Martina reaccionó pero no como él esperaba: intentó pararse para salir de la habitación. Andrés le apretó la mano para tranquilizarla.

—Por favor Martina, ¿qué sucede?

—Nada, por favor, déjeme, don Andrés.

—Pero, Martina, usted está llorando, si me dice lo que sucede tal vez pueda ayudarla. ¿No le agrada la noticia? Déjeme ayudarla, por favor.

La voz le tembló al hacer la pregunta.

Unos ojos verdes y llorosos lo miraron como si dudara de todo lo que decía. Andrés se dijo que jamás había visto en su vida una mujer que fuera al mismo tiempo tan dulce y tan ajena a las emociones.

El ardor con que lo había besado a escondidas había hecho que se sintiera dueño de un maravilloso tesoro. Pero, al instante siguiente de los besos, su expresión gélida y ausente lo había confundido hasta dejarlo convencido de que ella no le prestaba la mínima atención. Aun así se había convencido de que ella sentía amor por él, que no eran puras imaginaciones suyas. ¿Cuáles de todas ellas eran las verdaderas emociones de Martina? ¿Con cuál de ellas iba a casarse, compartir noches de amor, tener hijos?

La expresión de tristeza de Martina imperceptiblemente se transformó en una de indiferencia. Aquello que la molestaba parecía haber desaparecido violentamente de su cuerpo.

Aún estaban tomados de la mano y en una posición muy íntima.

—¿Cómo está su hermana? —volvió a preguntar ella como si no recordara la conversación.

—Ella está bien, le envía saludos —le respondió Andrés—. Martina, dígame que no soy un tonto por haberla pedido en matrimonio. Usted me quiere, ¿no es cierto?

Ella intentó levantarse ahora con más firmeza. Sin soltarla de la mano, Andrés le permitió levantarse. En el momento en que ella se puso de pie, la tomó por el hombro derecho. Un súbito escalofrío pareció recorrerle la espalda y bruscamente se quedó quieta. Andrés pudo sentir bajo sus dedos cómo el cuerpo estaba rígido.

—¿Qué sucede Martina? Dígamelo, por favor.

Ella no le respondió.

—¿Le duele el cuello? ¿Por eso llora? A veces la veo mover el cuello con rigidez. No quiero que sufra.

Siguió sin responderle pero no se movió cuando él se acercó más hasta ella.

Andrés recordó cómo los mozos de caballeriza friccionaban los músculos tensos de los caballos cansados hasta dejarlos nuevamente lisos. Presionando con fuerza, pero sin llegar a lastimarla comenzó a mover los dedos sobre el hombro de Martina, moviéndose desde el cuello hasta el comienzo del hombro.

Al principio notó que ella se endurecía más, pero luego sintió cómo se aflojaba. Lentamente la joven se acercaba hacia él, hasta que finalmente se apoyó contra él de tal manera que su espalda se apoyaba en su pecho. Él continuó friccionándole la parte de la espalda que el soso vestido no cubría.

—¿No hay modistas en Buenos Aires? Hay tantas telas buenas para hacer vestidos. Cuando sea mi esposa, la vestiré con los mejores paños, es una promesa.

Andrés se mordió los labios arrepentido. Tal vez la hubiera ofendido.

Pero por respuesta solo sintió bajo sus dedos la ondulación que provocaba en el cuerpo de Martina una risa sutil y femenina.

—Hay solamente dos modistas —le respondió con voz suave—. Son muy lentas y las damas de Buenos Aires son muchas. Este vestido lo hicimos entre Paquita y yo, pero hacer moldes no es nuestro fuerte. Mi madre no quiere que use telas más claras. No son decentes.

Andrés vio cómo el cuello de Martina enrojecía. Era el comportamiento de

una jovencita de catorce años virginal pero no esperaba otro. Era el que quería ir haciendo desaparecer lentamente a fuerza de caricias.

—Martina, vuélvase por favor.

—No...

—Seguiré friccionándole el hombro aunque se dé vuelta.

Martina nunca supo cómo Andrés había adivinado que a ella le gustaba lo que le estaba haciendo en el cuello y que no quería que se detuviera. Más roja todavía por la confesión a sí misma de ese deseo, un deseo que hacía mucho tiempo que no sentía, el del roce de los dedos de un hombre, se volvió hacia él, pero fue incapaz de mirarlo.

—Podría traer una modista de Cádiz para que le hagan los mejores vestidos.

Martina preguntó lentamente:

—¿Y por qué haría usted eso?

Andrés la miró perplejo.

—Quisiera lo mejor para mi esposa. ¿No quiere casarse conmigo, Martina?
—preguntó Andrés al borde de la desesperación.

—¿Por qué yo querría hacer eso, don Andrés? —preguntó ella con tristeza. Como Andrés no pudo responder a esa pregunta, Martina siguió hablando:

—Usted es como mi padre —dijo en un susurro—. Cree que el matrimonio es para hacer alianzas comerciales. Bueno, se equivoca, don Andrés —le dijo acusándolo con el dedo índice y con los ojos llenos de lágrimas—. Yo no soy cinco metros de tela que pueda intercambiar por plata de Potosí.

—Yo no pienso eso, Martina, si me dejara explicarle... —comenzó a decir pero casi se ahoga con un sollozo de desesperación. Se calmó porque sabía bien que la desesperación no lo llevaría a ningún lugar.

Podía ver las emociones de Martina ir y venir como el agua del río, llenas de lodo y amarronadas. Veía la ilusión y la tristeza al mismo tiempo. Estaba seguro de que ella estaba enamorada de él. Sus ojos que entornaba tímidos, el enrojecimiento de sus mejillas, el temblor en las manos cuando él tomaba una para besársela. Todas esas eran las señales indiscutibles del amor. Y Martina no era la clase de mujer que engañara a los hombres con lisonjas o engaños.

—No lo ha dicho nunca señor, pero todos saben que es así en Buenos Aires.

Las mejillas de Martina estaban enrojecidas. Se sentía sofocada por lo que estaba diciendo porque sabía que si su padre la escuchaba le daría una paliza.

Pero tenía que intentar la posibilidad de evitar ese casamiento, al menos un miserable intento que tranquilizara su conciencia. Apretaba con su mano la mano de don Andrés, que no se resignaba a soltarla.

Andrés, serenándose, trató de razonar con ella:

—Es innegable que significaría una buena alianza con su padre. Pero también sería un buen matrimonio para usted, si lo piensa bien. Usted y yo nos llevamos muy bien. No me esconda que se enrojece cuando me ve o que no le gustan mis besos a escondidas. No me diga eso, Martina, porque no le voy a creer.

—No me interesa hacer ningún buen matrimonio.

Tratando de hacer una broma, Andrés dijo:

—No quisiera apartarla de su vocación de monja, pero debería evitar besar a los hombres cuando está a solas con ellos.

Martina lo miró ofendida.

—Yo nunca había besado a ningún hombre hasta usted, don Andrés. Eso puedo asegurarlo. Y sus besos han sido siempre robados.

—No quise ofenderla, Martina. Solo trataba de que se sintiera mejor con una broma. Y no tuve suerte. Pero no me diga que los besos son siempre robados, no es cierto. No es cierto, no lo diga así. Usted parece estar muy preocupada con este matrimonio, dígame cómo puedo sacarle esas preocupaciones.

Ella afirmó con la cabeza:

—Estoy preocupada, don Andrés. Hace poco tiempo que nos conocemos.

—Hace cuatro meses, Martina. Y en este tiempo me he dado cuenta de que usted es admirable y exactamente lo que busco en una esposa. Pero más allá de todo eso: la quiero, ¿entiende? La quiero.

Se inclinó a besarla y Martina no escapó. El roce de los labios de Andrés dejaron a Martina sin aliento y él pudo sentir que, bajo la mano que tenía apoyada en su hombro sus músculos finalmente dejaban de estar rígidos. Cuando dejó de besarla ella estaba más roja y con los ojos brillantes. Una leve sonrisa le iluminó la cara.

Trastornado por la sorprendente reacción de ella, Andrés quiso más. Llevó las manos hasta su cintura y la atrajo hacia él hasta pegarla a su cuerpo. Sin ninguna timidez ella seguía alzando la cara para mirarlo, una carita que rebosaba de curiosidad. ¿De dónde salía esa expresión cuando hacía un momento había rechazado casarse con él? ¿Cómo podía Martina mirarlo con

el ceño fruncido y luego de un beso, un leve roce nada más, estar tan dulce y tierna en sus brazos?

¿Cuál de las dos sería la verdadera Martina?

Haciendo más estrecho el contacto entre ellos, Andrés llevó sus manos hasta el centro de la espalda donde jugueteó con los botones del vestido. Aceptando la caricia, Martina se puso en puntas de pie y le llevó los brazos al cuello ofreciéndole la boca con los ojos cerrados.

No la dejó esperar. Se apoderó de los labios de la joven con un beso apasionado. La obligó a inclinar la cabeza hacia atrás sosteniéndole la nuca con una de sus grandes manos. Le rozó los labios con la lengua, invitándola a abrir la boca para poder jugar con su lengua. Martina respondió tímida pero animada, emitiendo algunos suspiros y apoyándose contra él con todo su cuerpo.

Pensando que el beso ya era lo suficientemente largo como para aquello que las normas de la decencia mandaban, se separó con un gruñido de la boca entusiasta pero no se alejaron uno del otro. Permanecieron durante un momento mirándose a los ojos. Los de él rebosantes de deseo, los de ella llenos de curiosidad.

Alguno de los dos tenía que decir algo, tal vez porque la mirada se estaba haciendo tan intensa que hacía más denso el aire del salón, como si se estuviera preparando una tormenta. Martina, poniéndose colorada, fue la primera en poder emitir algunas palabras.

—Me late muy fuerte el corazón.

Andrés se sintió atontado. ¿Qué debía decirle? ¿Que en la noche de bodas habría cosas más agradables que los besos? ¿Que quería hacer esas cosas en ese mismo salón? No, no podía. Porque ella había rechazado casarse con él y todavía no estaba tan seguro de que aceptara hacerlo.

Pero si a Martina le agradaban los besos, tal vez hubiese una oportunidad de convencerla. La estrechó contra él, acomodándola a su cuerpo y con voz ronca murmuró en su oído:

—Cuando estemos casados podremos besarnos todo el día.

Fue encantador contemplar los ojos brillosos y la sonrisa tímida de Martina. Al parecer, la joven no estaba enterada de los placeres que venían con el matrimonio.

Arqueando una ceja, le preguntó como si no le creyera.

—¿Los esposos se besan?

—Sí, mucho, todo el tiempo.

—¿Está seguro, don Andrés?

Él se inclinó para darle un beso en la frente. Ella era tan bajita que apenas le llegaba al pecho, pero era agradable sentirla cerca de su corazón. Involuntariamente sacudió la cabeza: tal vez Soledad tuviera razón y había que dejarse llevar por las pasiones de una vez por todas.

Ella malinterpretó el gesto y frunció el ceño:

—¿No? ¿Y por qué me dijo entonces que los esposos se besan todo el tiempo?

—No dije que no, Martina. Moví la cabeza porque me molesta pensar que mi hermana siempre tiene razón en las cosas importantes de la vida.

Martina lo miró más confundida todavía.

—¿Habla con su hermana acerca de los besos que me dio? —Y alarmada trató de alejarse—. Su hermana debe pensar que soy una mujer indecente.

Andrés no la dejó escapar, al contrario, la apretó aún más contra él.

—Mi hermana no sabe nada de nuestros besos —le dijo besándola en la sien justo donde terminaban sus bucles—. Nunca haría nada para perjudicarte, Martina, jamás te haría daño. Dime que sí, dime que sí serás mi esposa.

Martina pensaba que sus palabras eran imposibles. Iban a casarse y era inevitable que la lastimara. Comenzó a temblar de solo pensar en una paliza de ese hombre que le gustaba tanto y la abrazaba tan fuerte y tan dulce. Los ojos se le llenaron de lágrimas y su pecho comenzó a contraerse en sollozos de tristeza.

Andrés se asustó tanto que por un instante se sintió completamente incapaz de protegerla. Pero luego, recobrándose de la primera impresión, la guió lentamente hasta el sillón donde había estado sentada cuando había entrado y se sentó, para luego depositarla a ella sobre su regazo.

Mientras le acariciaba la espalda, le susurraba suaves palabras de cariño. Le prometía amor y cuidado. No estaba seguro de qué era lo que había causado tal conmoción. Tal vez fuera la posibilidad de perder su honor, o quizás la de perder el respeto de Soledad. No se atrevió a decirle que por Soledad no debía preocuparse, porque seguramente su hermana hubiese aceptado de buen grado que ellos se entregaran a sus pasiones. En las tertulias intelectuales en España ella solía hacerse llamar romántica, como las ideas que venían de Alemania y una de sus máximas era dejarse llevar por los

más profundos sentimientos.

—No llores, Martina. Es muy penoso verte llorar y no sé qué hacer.

Estaba sentada en su regazo, acurrucada contra su hombro, con una confianza que Andrés no podía comprender pero que le gustaba. Por un momento se preguntó qué pensaría don Rodrigo si entrara y los viese, pero luego recordó las viles palabras del hombre y dejó de inquietarse. Si no había dudado en ofrecerle a su hija, don Rodrigo no tendría reparos en verla sentada sobre él con las manos sobre las rodillas y recibiendo sus besos en la frente.

Al escuchar sus palabras de consuelo, Martina alzó la cabeza indignada:

—No tengo cinco años para que me consuele de ese modo. Soy una mujer, don Andrés.

—No tengo duda de que eres una mujer, Martina —le respondió afirmando con la cabeza. Y al ver que su expresión cambiaba, añadió—: Sin embargo, te ofreceré una cucharada de miel si no dejas de llorar.

Le limpiaba los restos de lágrimas con el pulgar de modo que pudo sentir cómo se movían los músculos de su rostro al sonreír. La sensación de plenitud fue tan abrumadora que a Andrés se le nubló la vista y el corazón le latió alocadamente. Nunca había apreciado al mismo tiempo un rostro cambiar con una sonrisa y la impresión tangible de ese mismo rostro al sonreír.

—¿De verdad va a darme miel?

Andrés tardó unos instantes en reaccionar.

—¿Quieres miel? Te compraré una quinta con doscientos panales solo para ti.

Martina sonrió encantada. Se comportaba como una chiquilla ansiosa por un dulce pero no parecía importarle.

—Pensé que no tenías cinco años.

Con la mirada dulce como la de una vaca, ella le respondió:

—No hace falta tener cinco años para comer miel —y luego de un instante preguntó como si realmente le importara su opinión—, ¿no es cierto, don Andrés?

Pensando que le respondería que sí a cualquier cosa, incluso si le decía que el mundo era cuadrado, Andrés le contestó mirando fijamente sus bellos ojos verdes:

—Por supuesto que no, Martina.

Ella rio contenta y se acurrucó contra él. Sintiéndose el rey del mundo entero, Andrés se acomodó en el sillón sonriendo, mientras seguía acariciándole la espalda. Dudaba en preguntarle si aceptaba definitivamente casarse con él. No quería romper el encanto del instante que estaban pasando juntos.

Martina era un gran misterio. Podía cambiar de humor tan seguido que lo mareaba. Reía y al momento siguiente sollozaba tan angustiada que no podía dejar de preocuparse por ella. Cuando estaban juntos en las tertulias ella se sentaba muy cerca de él para escucharlo atentamente hablar con las señoras de sus viajes por el Brasil y por España. A veces, se daba cuenta de que hablaba más para Martina, a quien no podía ver, pero estaba seguro de su presencia atenta.

Había descubierto que le gustaban los relatos acerca de los viajes. Incluso, una tarde en su propia casa, completamente sonrojada le había hecho algunas preguntas sobre la vida en un barco y los puertos que conocía. Él se estrujó la cabeza tratando de recordar todo lo que podía incluyendo los términos específicos de los marinos. Al contarle que él pensaba comprarse un barco para ir a Colonia, Martina se entusiasmó tanto que tiró el chocolate sobre la alfombra nueva, de la que Soledad había estado vanagloriándose un momento antes porque la habían traído de Portugal.

Martina se había puesto tan pálida que parecía enferma al contemplar el desastre que había hecho sobre la alfombra. Andrés miró a su hermana reprendiéndola por ser tan charlatana. Era poco probable que hubiera hablado de la alfombra si sabía que iba a hacer que Martina se asustara tanto. Ambos hermanos se habían quedado impresionados con su reacción. En lugar de comenzar a disculparse o llorar o hacer algo, Martina se quedó inmóvil con los ojos fuertemente cerrados y las manos muy apretadas contra su regazo. Soledad se acercó hasta ella y le acarició el brazo para que abriera los ojos, mientras le decía que era una tonta alfombra y que la mandarían a limpiar. Andrés le aseguró que podía traer docenas de alfombras de Portugal y que no tenía por qué preocuparse. Agregó que de ser necesario se convertiría él mismo en virrey y decretaría que desde ese momento en adelante, se pondrían de moda las alfombras de Portugal manchadas con chocolate. Martina no rio ante su broma pero al menos dejó atrás su palidez.

Varios momentos de esos se habían sucedido en esos cuatro meses de conocerla. Lo había llevado por un camino sinuoso y repleto de piedras que

lo hacían saltar. A veces, se convencía completamente de que ella lo quería. Sus ojos que siempre lo seguían, sus sonrisas tímidas, la mano que en ocasiones se depositaba confiada en la suya y que permanecía un instante más de lo aconsejable. Pero había días que dudaba de su afecto. Su mirada se volvía dura e indiferente, sus labios se apretaban en el mismo gesto que a veces tenía Juan y se sumía en un profundo silencio del que no salía a pesar de que él le hablara. En esos días, Andrés volvía a su casa desgastado y deprimido. Pero luego, instantes como ese que estaban compartiendo, uno pegado al otro, acariciándose y hablando en murmullos, lo hacían olvidar todo.

¿Estaba enamorado? Por supuesto que sí. Lo había estado desde el primer día que la había visto en la ribera del río.

Pero no quería que ella se viera obligada a hacer algo que no deseaba solo por ser obediente a su padre. Haciendo un esfuerzo enorme porque temía preguntar y, más aún, temía la respuesta, dijo:

—Entonces, Martina. ¿Acepta ser mi esposa?

Los segundos que ella tardó en responder fueron eternos. Andrés pudo sentir que la respiración se le volvía dificultosa y se agitaba nuevamente. Incapaz de soportar verla triste, la abrazó un poco más fuerte para calmarla.

El suave y áspero quejido que escuchó justo por debajo de su oreja, lo llenó de felicidad.

—Sí, don Andrés.

Una caricia en el alma

Martina deseó creer en las palabras de don Andrés con todo su corazón. Pero su mente le gritaba que tuviera cuidado, que no se acostumbrara tanto al aspecto siempre amable de su prometido, porque tarde o temprano este se iría y daría lugar a la bestia.

La ceremonia de los esponsales, el compromiso público, fue en la casa de don Andrés. Delante de la propia Martina, don Rodrigo había vuelto a ofrecer a su hija al oído de Andrés. Él, apretando los labios tratando de contener un insulto, se negó rotundamente siquiera a entender lo que aquellas palabras significaban. Don Rodrigo encogió los hombros y se alejó de ellos con una sonrisa siniestra en los labios.

Al verse ofrecida de esa manera, Martina, que había estado cerca como para escuchar a su padre, había comenzado a temblar. Andrés la vio ponerse nerviosa y le rodeó los hombros con un brazo atrayéndola hacia su cuerpo. De pronto todo el mundo apareció distinto ante sus ojos. Las señoras no le parecían tan despreciativas y los caballeros ya no le atemorizaban tanto. Abrazada a Andrés, las cosas tuvieron un brillo diferente.

Auxiliada por Leonardo, Soledad se había esmerado en preparar la casa para la fiesta. Era la primera reunión que hacían los hermanos Balboa en Buenos Aires y quería que se hablara bien de ellos. Los jarrones de porcelana estaban repletos de rosas y jazmines, la platería brillaba hasta enceguecer y los muebles de jacarandá estaban tan lustrosos que uno corría el riesgo de resbalar si cometía el error de rozarse contra ellos. No era una reunión de muchos invitados pero todos estaban fascinados con el arreglo de la casa. De

vez en cuando, al oír un susurro de admiración o un elogio explícito, Soledad miraba con ojos de triunfo a Leonardo, que la seguía con la mirada por todas partes.

En medio de toda aquella belleza, Martina se sentía igualmente bella. Juan le había regalado una hermosa seda inglesa blanca cubierta con diminutas flores azules y hojitas verdes y una mantilla de encaje de Bretaña blanco para la boda. Habían trabajado como burras con Paquita pero lo habían terminado a tiempo, junto con unos delicados zapatitos de la misma tela, que apenas servían para caminar, pero que hacían su pie muy pequeño.

Como regalo de bodas, Andrés le había dado una cadena de plata, con eslabones finísimamente trabajados, de la que pendía un colgante que en su centro tenía una esmeralda tallada como un círculo y que venía de Nueva Granada. El colgante era muy sencillo y sobrio, pero era hermoso y Martina lo lucía con orgullo y, por qué no, vanidad. Nunca había usado una joya antes y no podía dejar de sonreír al pensar en ella.

Andrés también estaba muy bien vestido. Tenía el traje de chaqueta y pantalones negros ceñidos a las piernas que era típico en él y lo hacían lucir mucho más fuerte y elegante de lo que ya era. Llevaba también una sobria camisa blanca de seda, adornada con una corbata del mismo color y material y, sobre ella, un chaleco de brocato de seda verde oscuro para hacer juego con el colgante de su prometida.

Hacían una pareja admirable y todos los que pasaban delante de ellos para felicitarlos por el compromiso, se encargaban de decirles que tendrían los niños más bellos y fuertes. Martina enrojecía al oír esas palabras y Andrés respondía muy serio, haciendo enrojecer a las señoras y lanzar una risotada a los señores, que estaba ansioso de iniciar pronto las negociaciones para cumplir semejante tarea.

Ella no comprendía del todo por qué las personas respondían así a las palabras de su prometido, pero se había acostumbrado a no entender sus bromas. En su casa pocas veces había bromas o juegos porque a su padre no le gustaban los gritos y las risas lo ponían fastidioso. Los hermanos Álvarez se habían acostumbrado a jugar sin hacer ruido y sin reírse, cosa que apenas era jugar.

Con los días y los preparativos para la boda, Martina se fue acostumbrando a ser el centro de atención de alguien. Habituada a estar pendiente de los menores deseos de su padre, se sorprendía de recibir las atenciones, no solo

de su prometido, sino también de toda la ciudad, que se preparaba para recibirla en su seno como una de las futuras señoras de Buenos Aires.

La atención le agradaba y disgustaba al mismo tiempo. No solía verse rodeada de tanta gente, pero Juan le había explicado que, al ser la novia de Andrés Balboa, su importancia en la ciudad había aumentado. Pronto sería una dama y tendría que recibir visitas y organizar tertulias en su casa, manejar a los criados y, luego, educar a sus niños. Martina lo escuchaba atenta porque había descubierto que sabía muy poco acerca de esos temas.

Para las otras preguntas, las que no podía pronunciar delante de un hombre, estaban Paquita, siempre dispuesta a lucir su experiencia, y Micaela, que tan ruborizada como ella, escuchaba las historias de la mulata.

Micaela Espinoza venía todos los días con su madre para ayudarla a preparar el ajuar y el vestido de novia. Rápidamente se escurrían del salón de costura e iban riendo y con las mejillas coloradas a la habitación de Martina para dejar de bordar, atiborrarse de duraznos en almíbar y hacerse preguntas pícaras acerca de los hombres. Martina hablaba sobre su futuro marido y Micaela sobre los besos a escondidas que le daba Juan en el patio mientras la madre dormía la siesta.

—¿Y los besos son siempre tan lindos, Paquita?

—¡Ay, mi señora amita! —exclamaba la mulata suspirando—. Los besos son siempre lo más lindo. Es como si a una le acariciaran el alma.

Las jóvenes se cubrían la boca con la mano y reían avergonzadas.

—¿Y los esposos siguen besando a las esposas de esa manera después de casados?

—Eso dijo don Andrés.

La mulata había adoptado un aire de sabiduría para responder:

—Algunos maridos son malos y dejan abandonadas a sus esposas. Pero los más jóvenes y buenos mozos —y al decir esto las miraba intencionadamente a ambas—, ellos nunca se olvidan de sus mujeres y las mantienen ocupadas toda la noche.

Sin entender, Martina preguntó:

—¿No las dejan dormir? Eso parece muy desconsiderado.

Paquita y Micaela se habían echado a reír por su inocencia, pero no le habían dicho exactamente qué era lo que hacían los maridos, de modo que ella se había quedado sin entender la causa de sus risas.

Recordando esa tarde y viendo las sonrisas de todos en la reunión, había

llegado a la conclusión de que algo muy gracioso ocurría durante la noche de bodas. Igualmente, fuera lo que fuera, pensaba para sí, solo iba a pasar una noche. Y ¿qué podía ocurrir que fuera tan malo en una sola noche?

La boda no fue tan esplendorosa como los esponsales. La ceremonia fue sencilla y en la iglesia de Santa Catalina de Siena, donde Martina había sido bautizada. La esperada celebración fue esta vez en casa de la propia novia y a don Rodrigo no le gustaban las fiestas espectaculares.

Lo único que la ciudad recordó de esa boda fue la comida de la negra María, la favorita de la señora. La cena fue muy elegante, con pavo relleno incluido. Había sopa de cebollas con crema y batidos esponjosos y salados que se bajaban al pincharlos con la cuchara.

Los postres, el tramo de la cena favorito de Martina, fueron frutas y una tarta de nueces y almendras rociadas con una fina película de miel. Corrió el riesgo de parecer una glotona al comer tres porciones de la tarta, pero no le importó. Ninguno le prestaba mucha atención. Su padre hablaba solo con los hombres así que la ignoraba. Su madre escuchaba lo que las demás señoras decían sobre lo bonita que estaba Martina y agradecía sin demasiado interés. Soledad, ayudada por la cantidad de gente, se había escabullido y hablaba con dos de los hermanos Belgrano y algunos otros jóvenes acerca de las obras de teatro de Lavardén. Y Juan y Micaela se habían escabullido a un rincón para susurrarse al oído a voluntad.

Solo Andrés permanecía a su lado, inclinado hacia ella, sonriéndole como si no hubiese nada más bello en el mundo. Parecía decirle con sus bellos ojos negros que ella era lo único valioso en ese lugar y lo único que merecía atención.

Él se inclinó más hacia ella, pasando el brazo por el respaldo de la silla.

—¿Está todo bien, Martina? ¿Todo está a tu gusto?

Una sonrisa de vanidad le iluminó la cara. Don Andrés era tan lisonjero que la hacía olvidarse de sí misma. Con un esfuerzo muy grande, le dijo con voz sofocada:

—Todo está bien, don Andrés.

—Te comiste tres porciones de la tarta. Estuve pensando seriamente en comprar una quinta con panales. Ayer no pensaba en otra cosa que en hacerte feliz.

Ella lo miró tímida y sorprendida:

—¿Estuvo pensando en mí?

Andrés también la miró sorprendido:

—¿Cómo no lo voy a hacer si vas a ser mi esposa? No pienso en otra cosa. Quiero saber qué es lo que te gusta y qué no, y de lo que te gusta, llenarte de esas cosas hasta que te conviertas en la dama más caprichosa de Buenos Aires.

Lo que le decía era tan bonito que Martina no pudo evitar reírse. En un gesto coqueto, pero libre de afectación, se cubrió el rostro con el abanico de nácar y seda, regalo de Soledad.

Con una voz ronca, Andrés le preguntó bajando aún más la voz:

—¿Piensas en mí, Martina?

¿Pensar en él?

Pensar en don Andrés era poco decir. Lo tenía casi metido en la piel. Se quedaba mirando el jardín de su casa con los ojos perdidos en cualquier lado recordando los besos que él le daba. Después de los esponsales, ya era sabido por todos que estaban comprometidos, podían pasear por la ciudad juntos y encontrarse en sus casas sin necesidad de que alguien decente los acompañara. Paquita iba a todos lados con ella, pero solía escabullirse por cualquier rincón para dejarlos solos. Cuando estaban en casa de don Andrés se iba a la cocina a conocer a los criados que dentro de poco serían sus compañeros de trabajo.

Estando solos, don Andrés le decía palabras dulces como las que le había susurrado recién y la besaba. Se había habituado a que la boca de su prometido tuviera ese contacto tan íntimo con la suya. Pero las enormes manos de Andrés se iban desplazando de su cintura hacia arriba, hasta rozarle los pechos de una manera tan delicada que no pudo ni asustarse ni avergonzarse. Una tarde había llegado incluso a besarle el cuello y el nacimiento de sus pechos que el vestido dejaba al descubierto y que la mantilla, perdida en el suelo, ya no cubría.

Todo era tan nuevo, tan extraño y despertaba tantas emociones en su cuerpo que no tenía tiempo de asustarse pensando que todo aquello acabaría el día que se casaran. Solo podía pensar en el lento roce de sus labios en su escote.

Esa vez le había tomado la cara entre las manos y sintió las patillas por primera vez. Había arreglado las incipientes patillas de Juan con una peineta algunas veces, pero jugar con las de don Andrés despertó sensaciones en su cuerpo, un aleteo en el estómago, una presión en el pecho, que le cortaron la

respiración.

Miró el rostro sorprendido que tenía entre las manos. Y, en un impulso, le besó torpemente los labios, mientras intentaba recordar cómo solía hacerlo él.

Todas las sensaciones se le arremolinaban en el estómago mientras recordaba esa tarde y miraba a su esposo mientras él le decía esas palabras tan lindas.

—Pienso mucho en usted, don Andrés.

Él rodeó los hombros con un brazo, mientras que con la otra mano, le atraía la cara hasta la suya. Se frotaron los labios en un beso muy casto que le hizo silbar los oídos y sentirse mareada.

Al verlos, todos los presentes empezaron a reírse, gritar y aplaudir.

Sonriendo ante la horda de groseros comentarios que se desperdigaron por el aire enrarecido del salón, Andrés volvió a besarla, esta vez más apasionadamente, haciendo que inclinara la cabeza hacia atrás para recibirlo mejor. Ya podía besarla, tocarla y protegerla.

Martina se sintió en el aire sostenida por los fuertes brazos de Andrés. Cuando él dejó de besarla un pequeño escalofrío le recorrió el cuerpo. Todas las miradas estaban fijas en ellos. Algunos hombres reían, las señoras sonreían pícaramente a las otras damas que tenían cerca.

Pero había una pareja que no sonreía.

Su padre la miraba con desprecio.

Su madre tenía los ojos fijos en las manos depositadas sobre sus rodillas.

Martina desechó la imagen de ambos, buscando la mirada feliz de Juan.

Y la encontró. Su hermano la miraba sonriente y complacido.

Y por primera vez en su vida, Martina se sintió feliz.

Un palo de escoba

—¿Y va a gustarme, Paquita?

La mulata se rio a carcajadas, mientras le cepillaba el pelo. Pero después se puso un poco seria para explicarle:

—La primera vez duele un poco. No vaya a asustarse. Don Andrés es bueno y la va a ayudar.

Martina se paró de golpe, tirando todo lo que había en la mesa de tocador.

—¿Va a dolerme?

Paquita se mordió los labios arrepentida. Su amita estaba tan asustada que había sido un error decirle que le dolería.

—Usted se queda tranquilita. Eso tiene que hacer. El señor va a saber qué decirle y va a lisonjearla hasta que usted no sienta más que cosas lindas. Aquí le dejo una jofaina bien caliente niña. No olvide: cuando su marido termine, tiene que lavarse despacito con el agua tibia.

—¿Por qué? —preguntó ella muy despacio y cada vez más pálida.

La negra le contestó con una tranquilidad pasmosa y una sonrisita traviesa en sus labios:

—Porque don Andrés va a dejarla pringosa.

Martina se paralizó. ¿De qué manera su marido iba a dejarla en ese estado? No quería saber nada de lo que iba a pasar esa noche.

Nada. Nada. Nada.

Aunque no tuviera la menor idea de lo que iba a pasar, siempre había un halo misterioso alrededor de la noche de bodas. Por lo que había visto en las pocas bodas a las que había ido, las novias solían estar muy nerviosas, los

novios un tanto ebrios.

Los caballeros hacían comentarios del tipo “Que bailen que esta noche van a bailar más todavía”, para luego emitir unas ruidosas carcajadas. Martina nunca los había entendido y cuando vio a Juan reírse groseramente ante un comentario de ese tipo de don Martín de Álzaga, no pudo evitar preguntarle, más tarde, por qué se había reído.

Juan la miró muy seriamente y, adoptando aires muy señoriales, le respondió:

—Una dama de tu posición no debe hacer tales preguntas.

Ella se quedó helada ante la respuesta de su hermano. Pero enseguida, Juan adoptó un aire risueño y le dijo:

—Y ahora que ya cumplí mi función de hermano mayor, te diré que lo sabrás cuando te cases. Y si para ese momento no lo sabes, ¡voy a arrastrar al imbécil de tu marido desde la Plaza Mayor hasta el Retiro en un día de humedad cuando la bosta de los caballos esté bien fresquita!

Martina se había reído de solo pensar en la imagen de alguien arrastrado de esa manera y hasta ese momento la respuesta la había dejado tranquila. Juan no habría hecho tal demostración de cariño fraternal si lo que sucedía en la noche de bodas no hubiese sido agradable.

Ahora ya no estaba tan segura.

Paquita se retiró prometiéndole que todo estaría bien.

Martina miró a su alrededor, su nueva habitación de paredes claras y sin humedad, de muebles lustrosos y telas bellas. Había un espejo grande en un mueble muy bonito, decorado con unas flores. Soledad le había dicho que había sido de su madre y que ahora le pertenecía a ella. Paquita había dejado allí los peines y las horquillas que usaba para sostener su cabello y en un cofre de plata y madera, el medallón de esmeralda que Andrés le había regalado.

Un momento después entró Andrés. Ella no supo qué debía hacer pero imaginó que iban a dormir. Así que se metió en la cama.

—No puedo creer que todo esto ya pasó y a partir de ahora voy a verte todos los días —dijo Andrés realmente aliviado.

Ella asintió con la cabeza.

—Paquita me dijo que estás asustada. ¿Es cierto?

Martina se metió todavía más debajo de las sábanas. Andrés lo tomó como un sí.

—No tienes por qué tener miedo, no va a sucederte nada malo. Nunca escuché de una virgen que muriera en su noche de bodas.

Ella lo miró tan seria, que Andrés lamentó haber abierto la boca de una manera tan estúpida. ¿A qué imbécil se le ocurría hablar de muertos en la noche de bodas? Intentó calmarla sentándose en el borde de la cama.

—¿Sabes que va a suceder?

—Paquita me lo explicó, don Andrés.

—Ahora soy Andrés, sin el “don”. Las formalidades entre nosotros quedaron en el altar.

Martina asintió pero siguió preocupada.

—¿Y aún tienes miedo?

La idea de que un hombre tuviese algo duro como un palo de escoba a Martina le había dado escalofríos. Solo imaginaba una cosa que podía hacerse con un palo de escoba, apalear a su hermano Adrián, y eso la hacía enmudecerse y tensar el cuello y los hombros.

Andrés se acercó hasta ella.

—¿Sabes que habrá besos? Te gustan los besos.

Había acertado. La expresión de terror dio lugar a la de interés.

¿Andrés iba a besarla? Era tan bonito cuando la besaba, ella podía olvidarse de todo. Pero ahora que él era su marido, las cosas iban a ser diferentes. Tal vez, hasta los besos fueran distintos.

Andrés se inclinó hacia ella y le dijo en voz baja:

—Sabes que jamás te haría daño, ¿no es cierto? Solo dolerá un poco la primera vez, pero luego será maravilloso.

¿Y después la golpearía? Un escalofrío le recorrió la columna. No quería, no quería que Andrés la golpeará. Estaba segura de que él le pegaría y allí estaba la confirmación. Necesitaba llorar y no podía hacerlo frente a él.

Los hombres ya venían con un palo de escoba incorporado. Y en la noche de bodas, golpeaban a sus esposas con él. Nadie hablaba de eso, no se decía, pero sucedía tal como hacía su padre con su madre.

Pero, ¿era eso lo que le causaba tanta gracia a los señores?

—Martina, tienes que soltar esas sábanas y abrazarme, así te sentirás mejor.

Temerosa de que Andrés se enojara si no obedecía, soltó rápidamente las sábanas y se incorporó para abrazarlo. Sintió que el cuerpo de su esposo se estremecía. Al bajarse de la cama, una cascada de bucles rubios se había

deslizado por su espalda hasta la cintura. Andrés le acarició los cabellos con manos temblorosas, disfrutando de la sensación de algo tan sedoso entre sus manos.

Era la primera vez que un hombre tocaba su cabello suelto desde que se lo habían recogido al hacerse mujer. Pero todo era nuevo esa noche. Como estar tan cerca del cuerpo de su marido.

Se estremeció al sentirlo desnudo bajo la bata y pensar que ella estaba también desnuda bajo el camisón. La sensación era muy agradable y por momentos se olvidaba de sus miedos.

Andrés la abrazó con fuerza, retirándola por completo de las mantas hasta sentarla frente a él. Imposible de aguantar un minuto más sin besarla, tomó su cara con una mano y la atrajo hacia su boca.

La besó muy despacito, como si quisiera conocer todos los recovecos de la boca, buscando con la lengua esos lugares que no conocía. El beso fue tan arrasador que Martina sintió que se deslizaba hacia un vacío y tuvo que aferrarse al cuello de la bata de su esposo. Entusiasmado por el abrazo, Andrés le soltó la cara y en una lenta caricia por la abertura del cuello del camisón, llegó con los labios hasta uno de sus pechos. Lentamente, le bajó el camisón por los hombros hasta dejarlo arrugado en su cintura.

La piel clara de Martina enrojeció al depositar Andrés sus besos, y rozarle con la barba crecida del día. Un calor le nació en el vientre para recorrerle todo el cuerpo en oleadas cada vez más intensas y hacerla temblar.

El calor se hizo mucho más ardoroso cuando él le besó el pezón.

Con un gemido profundo y ronco, Martina se aferró a los hombros de Andrés.

Con los ojos velados por el deseo, Andrés se separó de ella un instante.

—Todo será como esto, amor mío. Aún más hermoso. No tengas miedo, te prometo que todo va a estar bien.

Impulsivamente, Martina alzó su mano para acariciarle una patilla. Él se apoyó contra ella, haciendo más íntima la caricia. Se miraban a los ojos. Andrés alzó una mano y la colocó en su rostro imitando la caricia de ella. Acercándose de nuevo para besarla, él le susurró:

—Te amo, Martina, desde el primer día que te vi flotando sobre ese río lleno de barro.

Ella recibió su beso con vivacidad, y se lo devolvió entreabriendo los labios para dejarlo jugar con su lengua. Quería sentir esa sensación una y otra

vez, los cosquilleos en el vientre, en los pechos una urgencia desmedida y algo caliente que se deslizaba en su entrepierna. Apenas tuvo conciencia de que jamás había estado desnuda frente a un hombre y que esa situación debería haberla avergonzado. Pero, ¿cómo avergonzarse si lo que sentía era tan maravilloso?

Quiso más.

Andrés hizo una pausa en el beso y ella dirigió sus manos al cinturón de la bata. ¿Cómo sería él sin ropa? Las manos se tropezaban en el apuro por desnudarlo y se rio de su propia torpeza.

—Así está bien —le dijo su marido para tranquilizarla.

—¿Tengo que hacer esto? —le preguntó mirándolo con inocencia. No esperó a que le respondiera y una vez desatado el cinturón, deslizó la bata de la misma manera que él había hecho antes.

Fue casi como abrir un regalo, el torso desnudo de Andrés era hermoso. Se sintió acalorada de solo verlo y acariciarlo fue casi como estar en el cielo. Sintiéndose una pecadora pensó que ese era su marido y que de ahora en adelante podría hacer eso cuando quisiera. Acariciarlo hasta cansarse. Darle besos hasta cansarse. Sonreírle hasta que le dolieran las mejillas y aún continuar sonriéndole.

Un estremecimiento le detuvo la respiración y le nubló los ojos.

Andrés era suyo.

—Me gustó que me acariciaras —le dijo él en voz muy baja.

Él le tomó la mano para que lo acariciara de nuevo. Emocionada, le deslizó la punta de los dedos con suavidad por el vello del pecho. Sin soltarla, Andrés la hizo levantarse y, permaneciendo sentado, le indicó que se ubicara entre sus piernas.

En un vestigio de pudor, Martina se sostuvo el camisón contra los pechos mientras se paraba. Pero Andrés le tomó la otra mano y el camisón se deslizó por completo. Estaba desnuda delante de un hombre y no tenía la menor idea sobre qué hacer. Los ojos se le llenaron de lágrimas y comenzó a temblar.

Incapaz de soportar las lágrimas de su mujer, Andrés la atrajo hacia sí tratando de consolarla, rodeándole la cintura con ambos brazos.

—Eres tan hermosa como te imaginaba, Martina. No sabes cuánto tiempo he pasado imaginándote en las noches, deseando verte así de bella como estás en este momento.

Martina se aferró a su cuello y escondió la cabeza en su hombro, tratando

de calmarse. Y la verdad es que pudo calmarse porque el cálido cuerpo desnudo de Andrés la alivió del miedo que sentía. Y más todavía porque el roce de la piel de ambos, un roce que iba más allá de las manos o los labios, le hizo olvidar todo.

Lentamente, Andrés comenzó a deslizarse hacia atrás, haciendo que ambos se tendieran sobre la cama. La sensación de plenitud que recorrió todo su ser fue arrebatadora. Tenía el pecho pegado al de Andrés y sus pezones lo rozaban acrecentando el placer. El vientre chocaba contra el suyo y ambos se movían al mismo tiempo, habían acompasado el ritmo de la respiración. Las manos de él se habían deslizado hacia sus caderas y las presionaban contra él, incrementando el contacto de sus entrepiernas.

Martina levantó la cabeza sin llorar pero con las mejillas cubiertas por rastros de lágrimas. Buscó la mirada de Andrés y vio sus hermosos ojos negros que la observaban tiernamente. Le rodeó la cara con las palmas de las manos y, cerrando los ojos, se inclinó para besarlo.

Cada nuevo beso que le daba era diferente. Acostumbrada ya a besarlo con la boca entreabierta, no estaba preparada para que él deslizara las manos por sus muslos y con un movimiento firme los abriera y deslizara para rodearle la cintura en lo que terminó siendo una caricia que le hizo cerrar los ojos. El beso se volvió recio y en un impulso que nunca supo de dónde venía, Martina comenzó a moverse contra él. El gemido que brotó de la garganta de su marido le indicó que iba por buen camino.

Andrés se separó de ella con brusquedad, volviéndose sobre la cama para dejarla allí tendida. Martina sintió horribles deseos de llorar; desnuda como estaba, la vulnerabilidad que sentía la hizo sentirse tan débil y en peligro que todos sus deseos de pronto se esfumaron. Se había comportado mal, yendo más allá de la decencia y Andrés se había enojado.

Al ver su rostro tan pálido, su marido, se apresuró a calmarla.

—No tengas miedo. Todo está saliendo perfectamente bien, solo necesito un respiro antes de continuar.

Martina se pasó una mano por los ojos, como para contener unas lágrimas que nunca habían salido de allí. Miró a su marido esperando a que él se dispusiera a seguir. En los pocos ratos que había pasado a solas con Andrés antes de casarse siempre había sentido la necesidad de explorarlo, de buscar qué había detrás de los besos y las caricias que él le regalaba. Y solía hacerlo sin sentir la menor culpa. Pero la actitud de una esposa debía ser contener el

deseo de su marido y no avivarlo y Martina podía ver que su actitud iba precisamente hacia el terreno equivocado. A cada movimiento suyo, Andrés respondía con uno más apasionado.

En efecto, eso fue lo que siguió.

Martina contempló cómo su marido se llevó la mano a los botones del pantalón que llevaba puestos debajo de la bata para bajárselos con velocidad. Lo que vio la hizo incorporarse apoyando los codos contra el colchón, frunciendo las cejas.

Lo que ahí había no se parecía en nada a un palo de escoba

Y una sonrisa de alegría demostró que se había tranquilizado. Era imposible que Andrés le pegara con eso. Sería en cualquier otro momento, pero no ahora, no dentro de la habitación mientras la tomaba como esposa. Tal vez luego, o quizás antes. Pero no en ese mismo instante.

Liberada del miedo, espero con interés lo que venía después de eso.

Y todo es hermoso

Andrés se tendió sobre su sonriente esposa sintiéndose un poco confuso pero no sorprendido. Había visto ese rostro adorable cambiar tantas veces de color y de expresión que no estaba seguro de si ella lo deseaba o estaba asustada hasta tal punto que había perdido la razón.

El deseo lo estaba haciendo temblar y las manos apenas podían detenerse para volver a acariciarla. Pero aun así, dudaba si seguir mientras ella continuara cambiando de humor.

Tenía el miembro tan rígido que fue difícil acomodarse sobre ella, hasta que Martina pareció comprender y abrió las piernas lentamente para que pudiera acomodarse entre sus muslos. La sensación fue tan dulce que no pudo reprimir un gemido mezclado con una risa de felicidad al hundir su cabeza en el cuello de Martina y besarle y mordisquearle la piel.

Sintió cómo las manos de su mujer comenzaban a recorrerle la espalda y se quedó inmóvil recibiendo la caricia. Cuando quería, Martina podía ser muy osada con sus gestos. Y con sus preguntas inseguras pero curiosas.

—¿Qué vas a hacer, Andrés?

Él alzó la cabeza con pereza mientras sus manos comenzaban a jugar alrededor de sus pezones. La contempló con una mirada pícaro:

—¿De veras quieres saberlo? —le preguntó con voz ronca; era incapaz de evitar que todo su cuerpo gritara que estaba excitado y que necesitaba penetrar a su esposa. Pero la noche de bodas era toda para ella, se lo había jurado a sí mismo y la iba hacer estallar de placer entre sus brazos así tuviera que quedarse hasta el amanecer tratando de tranquilizarla.

Los ojos de ella se agrandaron cuando las manos de Andrés empezaron a recorrerla por entero, sin levantarse de la piel ni un solo momento. Él se incorporó hasta apoyarse sobre las rodillas y continuó con las caricias, tras cada roce de sus dedos, seguía un beso.

Entre gemidos, Martina volvió a preguntarle:

—¿Qué va a pasar Andrés? Quiero que me lo digas.

Aceptando que ella no se calmaría hasta saber qué era exactamente lo que iba a suceder, Andrés se tendió sobre ella otra vez y acercó sus labios a la oreja. Mientras le hablaba muy despacio y con voz ronca, le rozaba un pezón con el pulgar.

—Voy a hacerte gemir con las caricias hasta que no entiendas nada, y luego, justo en ese momento, voy a entrar en ti. Vas estar húmeda y preparada para mí, porque yo te haré sentir tan ardiente con mis besos y mis caricias que no podrás evitarlo. Y vamos a disfrutarnos tanto uno del otro que luego cuando haya terminado me suplicarás que vuelva a hacerlo una vez más.

Martina se agitó debajo de él gimiendo, ya fuera por las palabras de él, ya fuera porque sus dedos la estaban volviendo loca. Respondiendo a la pasión que su cuerpo experimentaba, Andrés la besó con ardor jugando con su lengua, rozando la de ella, que aún no se decidía a entregarse del todo a una caricia tan abrasadora e íntima como esa.

El cuerpo le temblaba pero no tenía frío. Eran tantas las sensaciones nuevas y confusas que apenas tenía tiempo para pensarlas. Y de pronto, cuando creyó acostumbrarse a todo, Andrés inició una nueva forma de acariciarla mucho más íntima y poderosa.

Aún besándola, él deslizó su mano hasta el final de su vientre y comenzó a jugar con los rizos que cubrían su entrepierna. Martina se revolvió tensa contra él, dudando si lo hacía por temor o por alguna otra razón más íntima que ella no llegaba a poder nombrar. Frotarse debajo de él era una sensación tan agradable que le parecía estar soñando.

—¿Te gusta, verdad? Esto te agrada y quieres más...

—¿Andrés... qué es lo que me pasa? —su voz salía en un gemido de su pecho agitado.

Su esposo complacido le dio la palabra que ella buscaba:

—Me quieres, eso pasa. Y te quiero. Y todo es hermoso.

Y volvió a sumergirse en su boca.

Toda la habitación se había vuelto tan cálida que ambos estaban cubiertos de una fina película de sudor que les bruñía la piel. El aire se había vuelto espeso y ardiente y solo se escuchaba la agitada respiración de ambos y los gemidos que de vez en cuando salían de sus gargantas. Andrés fue descendiendo hasta sus pechos dándole pequeños besos en el camino. Comenzó a besarle uno de los senos haciéndole cosquillas, lamiéndola.

Martina no podía dejar de acariciarlo. La sensación de producirle a él algo de lo que ella estaba experimentando, le hacía incrementar su propio placer. Cuando la espalda quedó demasiado lejos, le llevó las manos hasta la nuca, y luego subió hasta su cabello.

Fue una sensación tan agradable presionar la cabeza de Andrés contra sí misma que no pudo evitar sollozar de placer. El sonido que salió fue de regocijo y libre de cualquier miedo. Tenía a su esposo a su disposición, a ese maravilloso hombre que todo el tiempo la hacía sentir como a una reina digna de reverencia estaba contra ella haciéndole caricias que jamás había imaginado, que no creía merecer pero que él se empeñaba en otorgarle. Su cuerpo se elevaba en una espiral de sensaciones que iba en aumento y parecía no terminar nunca.

Andrés estaba entregado y vulnerable entre sus brazos y ella se preguntó si podía hacer algo para protegerlo. Pero la única forma en que ella se sentía fuerte era en su presencia, de modo que no había nada que pudiera hacer más que acariciarle los rasos cabellos negros, las orejas y la nuca. Respondiendo a esa caricia y buscando darle más placer, Andrés tomó el pezón ya duro entre sus labios y lo estimuló más con su lengua.

No había palabras para explicar el placer que sentía y dejó de buscarlas. Todo el cuerpo le temblaba ansiando con desesperación algo que no tenía nombre pero que estaba segura que llegaría, no tenía dudas sobre ello.

—Más... —murmuró entre suspiros— más, Andrés, por favor.

Obediente, Andrés deslizó los dedos que jugaban con los rizos de su entrepierna hasta los pliegues que Martina ya sentía húmedos. Los sumergió dentro de ella provocándole un ardor y un estremecimiento que la hicieron arquearse hacia arriba deseando acentuar el roce. Él había levantado la cabeza para poder ver la respuesta a su caricia. Lo que vio le complació muchísimo:

—¿Esto te gusta, no es cierto, mi amor? Abre los ojos y dime que te gusta.

Gustosa de obedecerle abrió los ojos para encontrar los de Andrés mirándola con un aire complacido. Intentó responder alegremente pero la voz

le salió ahogada:

—Sí, me gusta Andrés, me gusta mucho...

Con una sonrisa él volvió a besarla con un beso tan apasionado que los hizo desfallecer de deseo.

Ya sin poder soportar más la sensación punzante de su miembro, Andrés sintió que estaba llegando al punto crucial de la noche de bodas. El momento en que los hombres maldecían al Creador por haber hecho a las mujeres tan sensibles en la primera vez que gozaban del amor. Claro que era maravilloso saber que su mujer nunca había sido amada por otro hombre, pero ¿valía la pena el sufrimiento que podría causarle? Él creía que no.

Apartándose un momento de ella, la miró fijamente a los ojos.

—Sabes que habrá dolor, mi ángel. Pero se irá pronto, te lo prometo. Y no volverá. Una sola noche y no volverá.

Paquita le había dicho que le dolería un poco. Y ella se había asustado, pero considerando que hasta ahora la noche de bodas había estado muy bien, Martina ni se preocupó por lo que Andrés le decía. Presionando sobre la nuca para que se acercara, le susurró ronca:

—Bésame otra vez, por favor.

Andrés no necesitó más incentivo. La besó otra vez apasionadamente como si su vida dependiera de ello. Volvió a introducir los dedos en la entrepierna para volverla loca y prepararla para la próxima invasión de su miembro. Jugó entre los pliegues, en el centro mismo del placer de ella, para excitarla. Su esposa le respondió con fervor apretándose contra él de manera urgente.

Andrés se removió instintivamente contra ella buscando su abertura más íntima para penetrarla. Dudando entre hacerlo lentamente o de una sola embestida, un gemido de ansiedad de ella, junto con un sensual movimiento de sus caderas buscando frotarse contra él le impidió todo razonamiento. Deslizó las manos hasta sus caderas y la penetró en un solo movimiento desgarrando su virginidad a su paso.

El grito de Martina resonó en la habitación y probablemente en toda la casa. Después de un suspiro comenzó a llorar. No esperaba el ardor o el dolor que crecía en esa parte de su cuerpo que ni siquiera tenía nombre para ella. Andrés la había acariciado dulcemente y no había esperado sentir tal incomodidad.

Él, dándose cuenta de su dolor comenzó a darle pequeños besuqueos en la frente, los ojos, las mejillas cubiertas por lágrimas, las sienes, el cuello en

donde se sentía una vena palpar.

—Lo siento, pequeña, lo siento tanto, no quise hacerte daño, perdóname. Ya va a pasar, Martina, ya va a pasar y todo va a estar bien.

Ella no lograba calmarse y continuaba sollozando. Era una sensación tan extraña ya no ser virgen. Había sido tan importante para todo el mundo que ella conservara su virtud, había sido hasta ese momento el centro de su vida. Que nada de lo que estaba sucediéndole ocurriera. Pero allí estaba, sintiendo a su esposo, ardiente y duro, inmóvil dentro de ella en un lugar vacío pero que aún así dolía.

Se dejó llevar por los besos de Andrés que iban recuperando pasión a medida que ella dejaba de llorar. El dolor en el cuerpo iba cediendo a medida que se tranquilizaba. Lentamente su cuerpo fue recuperando el calor y las ondulaciones que sentía, proporcionándole placer. Sintió nuevamente la necesidad punzante en sus pechos y la urgencia de sus caderas por elevarse hacia su esposo. Con movimientos tímidos y lentos se onduló contra él buscando placer.

Andrés, al darse cuenta de que el dolor estaba cediendo, imitó la tímida cadencia de sus caderas y comenzó a moverse hábilmente, rendido al placer de tenerla finalmente entregada a él. Sosteniéndola por las nalgas la ayudó a moverse al ritmo que él estaba imponiendo. La humedad caliente que salía de ella hacía todo más fácil y colmaba la habitación de una fragancia de mujer que lo envolvía todo.

Los movimientos se fueron volviendo cada vez más impetuosos y bruscos pero de Martina no salían más gemidos de dolor sino de placer. La cama crujía debajo de ellos y el sonido se acompañaba con sus gemidos. El roce de su esposo dentro de ella estaba provocándole una tensión que estaba enloqueciéndola. No estaba segura de dónde terminaría todo pero apenas podía detenerse a pensar.

Andrés también sintió la tensión en su cuerpo y comprendió que ambos habían llegado al punto en que ya no podían hacer otra cosa que alcanzar el máximo placer. Escondió la cabeza en el cuello de Martina y dulcemente le mordisqueó el hombro que solía dolerle. Ella le abrazó la cabeza para acariciarle los cabellos en un gesto que descubrió que le gustaba mucho. Volvió a deslizar una mano dentro de sus pliegues, deteniéndose en apreciar su humedad hasta que encontró otra vez la suave redondez inflamada. Moviéndole los dedos rozándola, deteniéndola para que ella buscara su mano, dándole lo

que buscaba para luego volver a quitárselo. Los gemidos suplicantes de Martina se convirtieron en demandas y con una gran embestida final dentro de ella, le otorgó lo que le pedía y luego él se dejó llevar por el orgasmo, liberando su semen dentro de ella.

Incapaz de contener el grito que le provocó la pasión desatada en su cuerpo, Martina se movió contra su esposo, frotándose poseída por quién sabe qué demonio. Las oleadas de éxtasis le recorrían el cuerpo y ella se arqueaba contra él buscando hacer más placentera la sensación, tratando de hacerla eterna. Al parecer él también había sido presa del mismo demonio porque había lanzado el mismo grito y, moviéndose bruscamente dentro de ella también buscaba hacer más estrecho el contacto y más larga la pasión.

Parecía eterno pero los movimientos y los gemidos comenzaron a ceder. Lentamente fueron quedándose quietos, aunque todavía jadeantes. Ambos podían sentir sus corazones latiendo con fuerza. Andrés lentamente alzó la cabeza para mirarla.

Lo que vio le gustó. Martina observó cómo él le sonreía con una sonrisa complaciente al tiempo que la besaba con lentitud, rozándole apenas los labios.

—¿No estuvo tan mal, no es cierto?

Como no tenía fuerzas para hablar, Martina negó con la cabeza, todavía sin comprender lo hermoso que todo eso había sido. Lo miraba con los ojos aún turbios y sintiendo un dulce recuerdo de esa explosión absoluta que su cuerpo no había conocido hasta ese momento.

Lentamente Andrés se retiró de ella. Se le llenaron los ojos de lágrimas al sentir su cuerpo libre, sin la pesadez del cuerpo de Andrés. Quería volver a sentirlo dentro de sí, ansiaba volver a experimentar todo eso que la había dejado exhausta y sin aliento.

Con un sollozo estiró la mano hacia él, en un inconcluso gesto de súplica. Andrés la tomó sonriendo y le besó la punta de los dedos.

—Está bien, no hay por qué llorar. Todo salió bien. Y pronto estaremos juntos otra vez.

Martina trató de sonreír pero le salió una mueca. Andrés se echó de espaldas sobre la cama con un suspiro de satisfacción. Había pasado la prueba más difícil para un caballero: hacer gozar a su dama en el mismo acto en que perdía su virginidad.

Pero la noche de bodas aún no había acabado. Tenía que enseñarle a su

esposa que los rudimentos del amor también incluían la higiene. Se levantó de un salto, sintiéndose vigorizado por la noche de amor y se dirigió hasta la jofaina que tenía agua tibia. Paquita había estado muy avispada al dejarle el recipiente allí al alcance de la mano. Acercando la pequeña mesita que sostenía la jofaina a la cama, Andrés tomó uno de los paños que había a un costado y comenzó a lavar suavemente los rastros de semen y sangre que había en los muslos y la entrepierna de Martina.

Al ver el cuidado y la atención que él ponía en limpiarla, ella dejó de sollozar. El cariño con que su esposo la trataba era sorprendente y una sensación de bienestar, junto con un agradable adormecimiento la completaban. Se sentía satisfecha, cansada y feliz, como nunca se había sentido.

Cuando terminó de limpiarla, Andrés subió a la cama y trayendo las mantas hasta ellos la abrazó pasándole una mano por la cintura. Apagó la única lámpara de aceite que había iluminado la habitación y solo quedaron alumbrados por la luz de la luna que entraba por las aberturas de las persianas. Cerrando los ojos le susurró:

—Ahora debes dormirte. Apóyate en mí y descansa, amor.

—¿No volveremos a hacerlo?

Andrés sonrió abriendo los ojos en la oscuridad. Estaba seguro de que la haría suplicar pero no tan pronto. Hinchando el pecho como un sapo, se volvió lentamente hacia Martina tratando de enfocar los ojos para mirarla.

Fue un error.

La expresión era tan triste y lastimera que lo llenó de un deseo irrefrenable por complacerla. No podía, no soportaba esa triste expresión de perrito mojado en sus ojos. O, peor aún, el labio inferior apenas sobresaliendo sobre el superior. Era una niña que se transformaba en mujer entre sus brazos, nunca había tenido una tarea tan delicada para cumplir.

—Te dolerá, tal vez hasta estés un poco inflamada.

Ella sacudió la cabeza:

—No me importa.

—No quiero hacerte daño.

—De verdad, Don Andrés, no me importa.

—Andrés.

—¿Qué?

—Dime Andrés y lo haré de nuevo.

Sintiendo su miembro erguido rozando su vientre, Martina sacudió otra vez la cabeza:

—Usted ya está queriendo hacerlo otra vez. ¿Ve?

Andrés se rio:

—¿Y desde cuándo eres una experta?

—¿No es cierto que quiere? —le preguntó frunciendo las cejas.

—No, si no me llamas Andrés y vuelves a tutearme.

Martina suspiró con mucho ruido. Andrés reprimió una risa solo porque no quería que hubiesen más emociones en ese pequeño diálogo entre ellos.

—¿Y si no le digo?

—Me daré vuelta y dormiré tranquilo.

—¿Y puede evitarlo cuando... ya está así?

La veía señalar su miembro en la oscuridad, mirando hacia, apuntando con el dedo. Era una niña pero muy sagaz, y tenía razón. Lanzó un resoplido de enojo, pero Martina esta vez, suspiró con ansias. Andrés ya estaba besándole otra vez el cuello.

De a uno por vez

Su nueva casa, tan enorme que a veces se perdía, tenía un patio lleno de azulejos tan azules que parecían hechos de agua. En medio del patio, había un limonero de varios años y Martina contemplaba los frutos con expresión perdida. Estaba sentada en uno de los bancos que había en el patio, lleno de flores abiertas por el calor. Ella tenía entre las manos un bordado que apenas había recibido una o dos puntadas.

“El matrimonio es difícil”, pensaba con desazón.

“Bueno, pero tal vez no tanto”, razonaba enseguida si se detenía a considerar las noches que su marido le hacía pasar abrazándola y besándola.

Si el matrimonio hubiera consistido solamente en eso, la verdad era que entonces sí, era muy interesante.

Hacía dos semanas que estaban casados y Andrés no había pasado una noche sin hacerla suya. Era muy considerado y esperaba hasta que ella perdiera la timidez que le embargaba cuando él se acercaba a la cama con esa mirada en los ojos que la hacía temblar. Enseguida la besaba y todos los temores desaparecían.

Las noches se estaban volviendo cada vez más cálidas y dormían apenas cubiertos por las sábanas que ella misma había bordado con su madre y Paquita. No estaba segura de si a su marido le gustaba, pero se acomodaba contra él para dormirse, le gustaba olerlo mientras trataba de conciliar el sueño.

Las mañanas eran también placenteras. Andrés la despertaba con besos en las mejillas que se le habían puesto muy blanditas durante la noche. Él le

decía que era hermosa y que no podía aguantarse más. Martina sonreía y abría los brazos para recibirlo contra su pecho.

Los sirvientes habían desaparecido y Soledad estaba pasando unos días en una quinta de San Isidro que Andrés había comprado y que se estaba remodelando bajo las órdenes de Leonardo. La mayor parte del tiempo estaban solos. Lo cual era muy beneficioso porque Andrés, no contento con amarla durante las noches y las mañanas, algunas veces la tomaba en brazos al vuelo durante las siestas.

Faltó muchas veces a misa en esos días y fue muy complicado explicarle al cura la razón de sus ausencias. El padre confesor de Santa Catalina de Siena se enojó mucho y la regañó diciéndole que era deber de una esposa controlar los excesos de su marido, sobre todo si esos excesos le impedían ir a misa. Martina ya sabía esa parte del sermón, pero ¿cómo resistirse a los besos de Andrés mientras le hacía comer bizcochos con miel en el desayuno?

Pero luego de unos quince días, Andrés retomó sus actividades comerciales. Iba casi todos los días a la tienda minorista que estaba en la esquina de la calle y que consideraba su oficina. Una vez por semana se dirigía a los galpones a revisar las mercaderías que llegaban o partían. También solía hacer negocios en las tertulias que solo estaban reservadas para los hombres o se entretenía en el salón de billar jugando con Juan y algunos otros caballeros.

A Martina el estómago se le encogía cuando su esposo se iba. Le recorría el cuerpo el terror que había vivido día tras día en la casa de su padre: si Andrés partía a la tienda significaba que la noche terminaba definitivamente y comenzaba el día.

Y en el día tenían lugar las palizas.

Hasta ahora, Andrés nunca la había golpeado y no parecía la clase de amo que se enfadaba con sus esclavos o sirvientes. Pero Martina sabía que su padre no solía maltratar tanto a sus esclavos como a sus hijos o a su esposa.

Cada día, mientras bordaba pañuelos, sentía la opresión en el pecho de estar esperando el castigo de su esposo. Aún no había cometido ningún error y trataba por todos los medios de evitarlo, permaneciendo quieta en un lugar, con los hombros echados hacia delante y la espalda encorvada.

Descubrió que Leonardo se encargaba prácticamente de todo, adivinando lo que Andrés pretendía para su casa y prestando mucha atención a Soledad, quien siempre estaba abstraída leyendo o escribiendo. Preparaba las comidas

para sus amos, ordenaba que cambiaran las ropas de cama con la frecuencia apropiada y hacía remendar los muebles si llegaban a descoserse. Martina no tenía mayores exigencias que esas y si Leonardo esperaba alguna orden de ella, no se lo había dicho. Le habían enseñado a comportarse bien pero no a ser una dueña de casa, así que se dedicaba a hacer lo que le habían enseñado y nada más.

Soledad había regresado de la quinta y pasaba gran parte de su tiempo escribiendo por las tardes en una salita con ventanas que daban al jardín de azulejos azules desde el que llegaban todos los aromas propios del verano. La familiar humedad del aire hacía que las flores y el pasto despidieran mejor sus perfumes. Leonardo iba de vez en cuando a la habitación de Soledad, lo que sorprendía mucho a Martina e incluso a Paquita, que no había dejado de mencionárselo. “No está bien que un hombre arregle la habitación de una dama”, había dicho su esclava. Pero por lo que podía verse a través de las ventanas abiertas, Leonardo no arreglaba la habitación, sino que se sentaba junto a Soledad y hablaba en voz baja y grave, separado de ella por una mesa sobre la que siempre había varios libros abiertos.

¿Qué se esperaba de ella? Martina se quedaba sentada en la cama a la espera de Andrés, cuando su vida tenía algún sentido en la casa. Pensó en su madre más allá de su padre y sus hermanos. ¿Qué hacía ella? Rezar, estar en su habitación, no hablar. Lo mismo que hacía ella en ese tiempo sin Andrés.

La respuesta llegó con el primer conflicto doméstico y fue por culpa de Paquita.

Al comprometerse con Andrés, Martina comenzó a visitar mucho más seguido su casa. Y llevaba con ella, como debía hacerlo toda dama, a Paquita. La mulata permanecía en la cocina mientras ella hablaba con Soledad y Andrés de tal modo que no estaba segura lo que allí hacía.

Pero la vuelta consistía en escuchar las protestas de Paquita acerca del envarado mayordomo de don Andrés. Que le contestaba mal, que la miraba torcido, que se daba aires por ser español, Paquita no dejaba de encontrar reparos en el hombre. Martina pensaba que Leonardo era un hombre bastante agradable y respetuoso, pero no sabía qué pasaba en la cocina con los sirvientes como para negar la afirmación de su esclava.

Una vez viviendo Paquita en la misma casa que Leonardo, la situación no mejoró. Las cosas se pusieron complicadas para Martina cuando, una tarde de fines de enero, dos meses después de la boda, Martina escuchó ruidos

provenientes del sector que habitaban los criados. Soledad había salido a pasear y ella estaba sola sentada en el jardín.

Siguió los ruidos y encontró en la cocina a Paquita arrojándole ollas de barro al mayordomo. Leonardo estaba arrinconado contra la pared y miraba atónito a la muchacha enfurecida.

Pálida, Martina tomó con fuerza del brazo a la mulata y la sacudió.

—¡Basta, Paquita, por favor! —le susurraba porque no quería que nadie más escuchara los ruidos y llegara a ver qué pasaba. Andrés se encontraba en la tienda, pero ninguno lo escucharía entrar si llegaban porque estaban muy lejos de la puerta de calle.

—¡No, amita! Ese cerdo cretino me las va a pagar —le respondió gritando la mulata con lágrimas en los ojos.

Martina miró a Leonardo suplicante:

—¿Qué pasó, Leonardo?

El mayordomo, que estaba contra la pared con expresión hosca, la miraba seriamente.

—Discúlpeme, señora. No volverá a suceder.

Martina sintió que el corazón le latía muy fuerte. Quería hacer algo para que los dos dejaran de pelearse. Sentirse un poco útil en la casa, aunque simplemente fuera evitando peleas entre los criados para que Andrés no se enterara. Tomó un poco de valor y dijo:

—¿No podrían disculparse ambos? Paquita, Leonardo es un hombre muy amable...

—¡Disculpate conmigo, vos lo ofendiste! —la interrumpió Paquita gritando. Martina la miró de reojo, molesta. Después de todo ella era la señora de la casa.

Leonardo miraba ceñudo a la mulata de la que estaba separado por una mesa. Martina empezaba a entender algunas cosas sobre Paquita.

—Inconcebible —murmuró Leonardo—. ¡Vos lo ofendiste, papagayo atragantado! —le contestó violenta Paquita liberando su brazo y alzándolo otra vez para arrojar una cazuela.

Martina trató de detenerla pero, antes que ella, una mano morena aferró el brazo de la mulata.

Andrés estaba detrás de las dos, parado en el vano de la puerta. Al parecer, había oído el ruido de los enseres contra el piso de la cocina. Con voz suave y controlada le dijo a la mulata:

—Los enseres de barro son baratos, Paquita, pero no me gusta derrochar.
Las dos mujeres pegaron un grito de terror.

Leonardo y Andrés se sobresaltaron al escucharlo y todavía más cuando ambas empezaron a temblar como hojas.

Soltando a Paquita, Andrés se acercó a su esposa preocupado:

—¿Qué sucede, Martina? Estás muy pálida.

Mientras retrocedía hacia la pared, Martina intentaba responderle a pesar del temblor de su mandíbula:

—No sé. Me dio frío, nada más.

—¡Mi amita no tiene nada que ver, don Andrés! No le haga nada.

La mulata se le había colgado del brazo y tiraba hacia el lado contrario de la cocina del que estaba Martina. La expresión de terror de la criada se había ido y ahora aparecía la de muchacha decidida que siempre tenía.

—El Leonardo se peleó con mi herrero, don Andrés, no se enoje con mi amita. Soy una irrespetuosa y no tendría que haber gritado, señor. De verdad lo siento. La culpa es de Leonardo que no sabe comportarse con gente como mi Miguel.

Los ojos llorosos de Paquita lo distrajeron de su esposa. Tenía que resolver el problema doméstico primero para después dedicarse por entero a sacarle ese frío y esa palidez que no le gustaban nada. Con una sonrisa en los labios, se dispuso a solucionar la disputa.

—¿Estabas peleando con un herrero, Leonardo? Eso sí que es raro.

—Un ladino que me quiso cobrar de más por el trabajo de las rejas de la nueva quinta. Empezó a insultarme cuando le dije mentiroso y Paquita estaba en la habitación del herrero cuando debía estar en el mercado. Escuchó todo y se enojó. Vino insultándome desde la herrería hasta la casa.

—Él no es un mentiroso. Usted lo hace mentir.

—¿Qué pasó, Leonardo?

—Quiere cobrar de más por el trabajo que debería haber terminado la semana pasada. Dice que es una semana más de trabajo y yo le dije que no iba a pagarle por su retraso.

—No parece justo.

—No lo es.

Martina, una vez pasada la primera reacción de terror, estaba confundida. ¿Qué iba a hacer Andrés? ¿Por qué se quedaba tan tranquilo en lugar de hacerla responsable por el comportamiento de su criada?

—Él me llamó ramera, don Andrés.

Vio a Leonardo enrojecer y a su marido mirarlo fijamente con el ceño fruncido. Ante esa mirada, Leonardo comenzó a hablar en un susurro áspero:

—Lo siento, don Andrés, no estuvo bien de mi parte. Lo siento, Paquita. Pero no deberías andar con ese hombre si quieres que esta casa sea respetable.

—¿Tienes otros hombres más, Paquita?

La morena se enrojeció mucho más.

—No se enoje con ella, don Andrés. No debí comportarme así. La señora Martina seguramente estará enojada conmigo por haber llamado así a su esclava.

Martina no tenía idea de qué estaban hablando. ¿Qué otras conquistas tenía Paquita? Nunca había hablado de otros hombres, solo del de la herrería. Se estaba dando cuenta de que si pasaba tanto tiempo en la habitación no se enteraba de nada. Le divertía que Paquita tuviese un novio, pero no le agradaba que tuviese tantas conquistas.

—No sé qué decir. No sabía nada de otros hombres.

—¿Qué hombres? —preguntó Soledad parada en la puerta de la cocina—. ¿De qué están hablando? ¿Por qué están todos esos cacharros en el suelo?

Andrés suspiró.

—A ver si entiendo. Leonardo se enojó con el herrero Miguel porque nos quiere cobrar de más en las rejas de la quinta nueva.

—¡De más! —gritó Soledad exasperada—. Ladino, si tendría que haberlas entregado la semana pasada. ¿Cómo va a cobrar de más?

—Eso es lo que piensa Leonardo. Él discutió con el herrero y al parecer, Paquita salió en su defensa porque estaba en la herrería sin permiso de Martina.

Martina sintió que el corazón se le paralizaba. Pero entendió algo: el comportamiento de Paquita se reflejaba en ella. No dijo nada, solo escuchó lo que Andrés tenía para decir.

—Paquita y Leonardo volvieron a la casa y Leonardo la reprendió por su conducta descuidada. Con diversos caballeros.

Soledad miró a Leonardo con decepción. El hombre se cruzó los brazos delante del pecho y bajó la mirada. Andrés comprendió todos los reproches que había en los ojos de su hermana. Por más que Paquita fuese criada, Soledad no toleraba el maltrato a nadie, ya fueran sirvientes o señores.

—Eres una muchachita muy inteligente, Paquita —dijo Andrés tratando de conciliar—. Y si dejas de corretear por ahí, hasta puedas conseguir algún buen muchacho que se quiera casar contigo.

La mulata emitió una risita pícara que hizo sonreír a Andrés. Martina también sonrió. Se preguntó si no sería buena idea hacer que Paquita comenzara a pensar seriamente en el herrero como su futuro marido. Y si el herrero no quería, quizá alguno de sus otros pretendientes...

—Las cosas que dice, don Andrés. No quiero casarme. Soy feliz con doña Martina y con esta casa. Prometo portarme bien si usted no me da una paliza.

Soledad emitió un sonido de sorpresa y entró en la cocina:

—Jamás se atrevería a pegarte, ¿entiendes? Antes se las tendría que arreglar conmigo.

—Como diga, doña Soledad.

Soledad pareció satisfecha con la respuesta. Después miró a Leonardo que seguía con los ojos bajos.

—¿Ya te disculpaste, Leonardo?

—Ya lo hizo —dijo Andrés por Leonardo—. No lo volverá a hacer. Después Martina hablará con Paquita por su comportamiento. Pero, desde ya te digo, Paquita, que si eres tan feliz con tu señora y en esta casa, deberás comportarte como se debe con los hombres. De a uno por vez, sobre todo.

Paquita se rio mirando de costado a su señora.

Martina estaba muy pálida mirando a Andrés. Nadie le tenía que explicar a Paquita por qué su señora estaba tan pálida que parecía muerta. Ella quizá se había salvado de la paliza por las ideas raras de doña Soledad. Pero era probable que doña Martina no tuviera esa suerte. Rogó a Dios que la niña no sufriera mucho. Don Andrés era un mozo demasiado lindo para ser pegador como don Rodrigo.

Una pequeña tertulia

—¿Qué es una ramera?

—Una mujer a la que le pagan por hacer lo que vamos a hacer en un ratito.

—¿Le pagan? ¿Quiénes?

—Hombres solteros, o los hombres casados que no respetan demasiado a sus esposas.

—¿Y esa mujer es soltera?

—Generalmente, sí.

Martina miraba a su marido desorientada. Sabía que cualquier cosa que sucediera dentro de la habitación entre los esposos, debía quedar allí. Hablar de eso, preguntar sobre eso, siquiera pensar en eso, estaba prohibido y era inmoral. ¿Cómo era posible que existiera una mujer soltera que se dedicara a esas actividades?

—¿Y no es pecado?

Andrés tardó un rato en responderle porque trataba de soltarle los botones que ataban el vestido por la parte trasera.

—Sí, es pecado —le susurró deslizando la parte superior del vestido hasta la cintura. Martina estaba tan aturdida por toda esa información nueva que ni siquiera se daba cuenta de que estaban en la sala de recibir—. Es tan pecado que la gente decente habla todo el tiempo de ello sin nombrarlo. Y las señoras se persignan si lo piensan.

—¿Y Paquita es eso?

—No. No lo es. Y más le vale que no lo sea. Solo es muy coqueta y le gusta ser festejada. ¿Cuándo entró a tu servicio?

—Cuando cumplí diez años.

—Entonces había sido criada en otra casa.

—En los pagos de Magdalena. La dueña la trajo a Buenos Aires para hacer unos pesos. Se había quedado viuda. ¿Andrés?

—Dime.

—¿Y las mujeres tienen necesidades de ese tipo?

La curiosidad pudo más que el temor al reproche de su marido por hacer preguntas de ese tipo. Aunque Andrés no parecía ofendido porque ella hacía tales preguntas. En realidad, se complacía en contestarle y, a veces, con lujo de detalles.

—Si su marido se ocupa de ellas, no.

Andrés esperaba que le dijera que ella tenía sus necesidades satisfechas, pero Martina no tenía idea de que los hombres eran tan sensibles con respecto a algunos temas. Mientras acariciaba el cuello de Martina con los labios y buscaba sus piernas entre los pliegues de la ropa, aguardó la respuesta lisonjera de su mujer.

Esperó en vano.

Levantó la cabeza para mirarla. Ella parecía estar muy concentrada en sus caricias porque no tenía intención de responderle.

—¿Y? —le preguntó haciéndole una mueca impaciente.

—¿Y, qué?

—¿No me ocupo de ti apropiadamente? ¿No me encargo de que estés satisfecha todas las noches?

Bajó la cabeza para darle un húmedo beso en el nacimiento de los senos.

—¿Y todas las mañanas?

Volvió a besarla esta vez en los pechos sobre la tela del vestido.

—¿Y, en ocasiones, durante las siestas?

Martina se entregó por un momento a las caricias pero un ruido le recordó que estaban en la sala de estar, la que tenía ventanas a la calle y al primer patio, a la vista de todo el mundo.

—¡Andrés! No deberías hacer nada de esto. Pueden vernos... los criados... o Soledad...

—Soledad está en su habitación.

Martina le tomaba la cabeza tratando de alejarlo. Desesperada por la vergüenza de ser encontrada en esa reveladora posición con su esposo, Martina quería escaparse hacia la habitación.

—¿Cómo puedes pensar en escaparte? —Con una expresión risueña, Andrés se levantó hasta que sus rostros quedaron a la misma altura—. Dime, preciosa ¿estoy haciendo algo mal?

—Andrés, por favor, vamos a la habitación.

Con Andrés inclinado sobre ella, temblaba de placer con solo sentir sus brazos rodeándola y aproximándola hasta él.

—¿De modo que no sientes nada?

¿Qué se suponía que tenía que responderle a su marido? Su confesor había insistido una y otra vez en que las mujeres tenían la obligación de reprimir la naturaleza lujuriosa de los maridos. El problema es que era muy difícil recordar todo eso cuando Andrés no dejaba de darle besos en el cuello.

—... no...

—¿Si yo hundo mi cabeza entre tus pechos, tú no sientes nada, Martina? —le preguntó gimiendo, mientras inclinaba la cabeza para comenzar a besarla en el valle entre sus senos. Martina comenzó a jadear acariciándole las patillas.

—Dudo que no sientas nada, esposa. Estás temblando.

Tenía razón.

Temblaba contra su marido y no sentía ni miedo ni frío. Por supuesto que no sentía frío. Sentía que el cuerpo se le caldeaba con cada nueva caricia que él le hacía, con cada nuevo beso que él le daba. Su entrepierna se encargaba de producirle oleadas de placer que la sacudían entera.

Estaban acostados sobre el mueble de jacarandá forrado de damasco italiano que el señor Santa Coloma les había regalado para su boda. Andrés detestaba al hombre. Mediocre, avaro, su única meta en la vida consistía en comprar barato y vender caro. No arriesgaba nada y se hacía rico especulando. Claro que compraba los muebles que los demás contrabandeaban del Brasil, pero cuando se trataba de apoyar las propuestas ante el virrey para que abriera el puerto, el maldito nunca estaba dispuesto.

Martina había escuchado sorprendida el relato de su marido. Saludaba a Santa Coloma cuando lo veía en el Paseo de la Alameda o cuando se lo cruzaban en la catedral o en la plaza. Nunca había notado que lo despreciara y menos todavía, que se indignara ante su presencia.

—Andrés, si me tomas aquí vamos arruinar el mueble...

—Eso es precisamente lo que quiero hacer, mi amor. En nombre del señor Santa Coloma.

Enojado por la escasa atención que Martina le prestaba, Andrés se dispuso a seducir a su esposa con la mejor arma que tenía.

Abandonando su pecho por un momento, se volvió hasta su rostro y comenzó a besarla intensamente en la boca. Le recorría los dientes, sorbía con fuerza, luego más lento, recordándole el suave movimiento de las olas de su río plateado. Las sensaciones placenteras que le provocaban eran mucho más intensas de lo que ella esperaba.

Claro que nunca esperaba mucho y cada vez que Andrés decidía hacerla suya se volvía una situación tensa y dolorosa. Tenía miedo de perder todo eso que la hacía sentirse en el paraíso.

Sin embargo, allí estaba, completamente entregada a su marido por voluntad propia, contra el armario de caoba de la sala de visitas. Todo el mundo había desaparecido después de la discusión entre Leonardo y Paquita.

Al recordar la pelea, Martina sintió cómo se le endurecía el cuerpo de temor. No podía evitarlo. Tarde o temprano la bestia se desataría y le reprocharía por la conducta poco apropiada de Paquita.

Andrés la notó completamente fría y ajena. La noche de bodas había sido bella porque Martina había sucumbido al deseo antes que a sus pensamientos. Él detestaba cuando ella pensaba. Lo notaba inmediatamente, podía ver su mandíbula tensa y una mirada fija y descolorida en los ojos. Estaba seguro de que si pudiera, la vería frotarse el cuello con la mano, como si le doliese por llevar un gran peso encima.

Era la expresión que él más temía, porque significaba que estaba perdida en algún lugar, lejos de él y de todo el amor que le estaba dando.

—¡Soy un desastre!

Incorporándose, le tomó la mano y se sentó en un sillón arrastrándola para que también se sentara.

Martina se sobresaltó. Nunca antes, en los pocos meses que llevaban de casados, Andrés había interrumpido sus apasionadas caricias. Temió haber hecho algo mal y, acomodándose el vestido, se sentó ella también, mirando fijamente la alfombra.

—No deberías tener esa expresión, ¿sabes?

Negando con la cabeza, ella respondió con un susurro:

—No sé qué debo hacer, don Andrés.

—¡Deja de llamarme “don Andrés”, para empezar!

Confundida, ella dejó de estudiar la alfombra para mirarlo. Andrés sonrió

contento: por fin la expresión anodina se había ido de su cara. La estaba haciendo regresar a la realidad.

Martina frunció el ceño.

—¿Y cómo debo llamarte?

Con una sonrisa:

—Como quieras... —se había acercado lentamente hasta ella y comenzaba a besarle el hombro. Suplicó a Dios, aunque no estaba seguro que él tenía injerencia en esos menesteres, poder refrenar el delirante deseo que sentía por la pequeña mujer que estaba en sus brazos.

—Pensé que te gustaba que te llamara así.

Andrés le respondió con ternura:

—Te dije que las formalidades habían quedado en el altar. Eso te dije. Lo que quiero es que seas la mejor dama de Buenos Aires, quiero que vayas a misa todos los días y demos doscientas tertulias por mes. Quiero que cada uno de los regidores del Cabildo mencione tu nombre con una exclamación admirada luego. Quiero que te envidien todas las damas, que odien ver que tienes los más bellos vestidos y te vistes como las damas europeas y que eres la más hermosa. Quiero que todos los hombres desde los veinte a los cincuenta años deseen ser tus amantes y deseo que solo me mires a mí y me llames como quieras llamarme.

A Martina le gustaron esas palabras. Pero ella no estaba segura de saber qué decir y menos de sus propios deseos. Y eso le impedía entregarse por completo. Una parte de ella anhelaba las caricias de su marido a cada momento, pero otra, muy poderosa y siempre en inquietud le susurraba que él terminaría haciéndole daño.

—Quiero que me llames “querido” por las mañanas, “mi amor” por las tardes y “mi vida” en las cenas. Y durante las noches quiero que susurres “Andrés” temblando de pasión...

No pudo continuar hablando. Se escuchó la puerta de calle y los pasos acelerados de Soledad entrando. Andrés se apoyó contra el sillón al ver a su hermana que se sentaba frente a ellos.

—¿Cuándo saliste a la calle?

—Después de la pelea entre Paquita y Leonardo.

—¿Sola?

—Me cubrí la cabeza, no creo que nadie me haya reconocido.

—Excepto porque eras una de las pocas que se viste a la moda francesa.

—¡Andrés!

—Solo lo mencionaba por si lo habías olvidado.

—¿Sigues molesta con Leonardo?

—No... Un poco... No lo sé.

Andrés alzó las cejas al escuchar esa respuesta. Era la primera vez en mucho tiempo que escuchaba dudas por parte de su hermana.

—Supongo que Leonardo es un hombre y como todo hombre tiene sus prejuicios y opiniones. ¿No es cierto?

—Por supuesto.

—No lo sé... —dijo casi al borde del llanto y dejando a su hermano boquiabierto—. Pensé que él no era de esos hombres que maltrataban a cualquier mujer llamándola “ramera”.

—Estaba enojado y la conducta de Paquita no era la más conveniente — explicó Andrés—. En cualquier casa la habrían expulsado, Soledad.

—Pero no somos cualquier casa, somos los alocados hermanos Balboa.

—No asustes a Martina —dijo Andrés riendo y volviéndose hacia su mujer, que estaba en silencio, como si estuviese lejos de ellos, en otro mundo.

Hablándole a Martina, Soledad recordó algo:

—Me encontré con Juan en la calle y lo invité a cenar, ¿hice bien, verdad?

Martina no alcanzó a decir nada porque las palabras de alegría se le atoraron en la garganta. No había visto a su hermano a solas desde que se había casado y lo extrañaba muchísimo.

—Es que según Leonardo se andan escuchando algunas cosas interesantes sobre Juan y no pude dejar de invitarlo para que nos dé todos los detalles. Bien, lo esperamos esta noche.

La cena de Juan alegró tanto a Martina que Andrés planeó invitarlo todas las semanas. Y después de la comida se reunieron en la sala de estar para gozar del placer de hablar. Soledad insistió en invitar a Leonardo, a pesar de ser un criado, al menos para los ojos de los hermanos Álvarez. Pero ni Juan ni Martina se horrorizaron por la presencia del hombre amable y serio sentado entre ellos.

Andrés estaba satisfecho. Era una reunión pequeña de personas jóvenes, todos menores de treinta y cinco años. No había señoronas que mantuvieran la vigilancia o señores que se sintieran afectados si su honor se veía manchado. Estaban todas las ventanas abiertas y la noche era agradable y fresca. Los grillos del patio del limonero cantaban y apenas se escuchaban los

tambores de los negros llamando al candombe del otro lado de la ciudad. Martina estaba bella y silenciosa a su lado pero escuchaba atenta a todos, como si quisiera comprenderlos.

—Debe ser interesante ver el candombe —murmuró Soledad aguzando el oído—. Pero me imagino que no debe ser lugar para una dama decente con curiosidad.

—Me aconsejaron no ir por las noches al Barrio del Tambor —dijo Leonardo con lentitud—. Pero hasta ahora nadie me dijo dónde quedaba ese barrio.

—Es que en realidad el candombe está prohibido pero los negros lo tocan igual —explicó Juan—. El barrio del Tambor se va moviendo por las noches, según donde suenen los tambores. Y no, Soledad, no hay muchas damas que se atrevan a decir que estuvieron en un candombe.

—Y supongo que tampoco hay damas que abran salones literarios, ¿no es cierto?

—Escuché que eso se estila en Francia. Pero aquí los porteños somos reacios a las costumbres francesas.

—Sevilla no era muy receptiva a las costumbres francesas pero sí tenía sus salones literarios —dijo con un suspiro Soledad—. Aún tengo amigas que me escriben. La tormenta con Portugal ya pasó pero Europa sigue convulsionada y Napoleón sigue haciendo de las suyas por todos los rincones. Venir fue la mejor decisión, sin dudas. Pero extraño mucho ciertas cosas...

Andrés tomó nota del pequeño reproche de su hermana. Seguramente ella se habría enojado al escuchar que él lo tomaba como un reproche pero era así, no podía negarlo. Leonardo probablemente extrañaba tanto como ella. Y él también extrañaba un poco pero la joven a su lado era suficiente como para afincarlo definitivamente en Buenos Aires.

—Bueno, ¿qué es eso que le contaste a Soledad que fue tan interesante, Juan?

—Ah, cierto, cuéntales, vamos —dijo ella animándolo.

Juan había estado presente en una tertulia en casa de don Domingo French en la que alguien había arrojado algo por la ventana rompiendo los carísimos cristales.

—Con lo que cuestan los cristales en esta ciudad, más vale que haya sido por algo importante.

—¿Hirió a alguien? —preguntó Martina.

—¡Por supuesto que no! Todos estábamos sentados en el centro de la sala, fumando cigarros. Pero pasado el primer susto, algunos pensamos que iban a robarnos o algo así, nos acercamos a ver qué era.

—¿No dijiste que era una piedra?

—Sí, al principio pensamos que era una piedra pero tan blanca que nos llamaba la atención. Juan Lezica se acercó y vio que era un envoltorio de papel.

Andrés frunció el ceño y miró a su hermana, que tenía los ojos fijos en Juan. Luego preguntó:

—¿Una piedra envuelta en un papel?

Juan asintió con una sonrisa.

—Sí, todo muy misterioso, ¿verdad? Domingo la desenvolvió y todos pudimos ver que era un pasquín que se titulaba “Noticias sobre las señoras más tiranas de la ciudad y puerto de Malosvientos” y estaba firmada por un tal Godofredo Minado.

Andrés y Soledad se rieron ante el gracioso título. Leonardo sonrió ante la palabra “Malosvientos” pero no fue tan efusivo como los hermanos. Martina no dijo nada. No entendía muy bien para qué servía ese papel o por qué causaba tanta gracia a los demás. Su rostro se volvió sombrío mientras su hermano enumeraba los nombres y los pecados de las señoras que estaban en la lista del tal Godofredo.

Esa suerte de circulares solían aparecer en Buenos Aires. Su padre, con frecuencia era retratado, según le contaba Juan, como una mula o un asno. En general no se hacían nombres, sino que se daba a entender por señales absolutamente inequívocas que se hacía referencia a tal o cual persona. Eran muy buscados en la ciudad esos papeles y la gente solía divertirse con ellos, aunque los insultaran.

—Y por último se hacía mención a cierta damita de ojos verdes y cabellos rubios que mantiene a su flamante marido encerrado como en un monasterio de clausura y no lo deja salir a la calle más que para tomar una bocanada de aire.

Juan sonreía al decirle eso, festejando la broma. Soledad permaneció en silencio, con una sonrisa en los labios, pero con las mejillas rojas. Andrés también rio ruidosamente al escuchar el comentario de su cuñado. Era cierto que se dejaba ver poco por la ciudad. Pero su excusa era su reciente matrimonio. Sus obligaciones maritales eran ineludibles.

—No se debería culpar a la esposa —comentó moviendo la mano en el aire—. A veces el tirano es el marido. En cualquier caso, si el marido necesita un poco de aire puede tomar un respiro en el patio.

Se volvió para mirar a Martina con una sonrisa, pero ella estaba muy seria. Sin notarlo, se había llevado una mano al hombro y se lo friccionaba. Andrés se acercó a ella y le rodeó los hombros con un brazo, atrayéndola hacia sí.

Al ver que su hermana estaba molesta con la historia, Juan le pidió a Soledad que hiciera un poco de música. Soledad aceptó e instó a Leonardo para que lo acompañara con la guitarra. Buscaban distraer a Martina de las tonterías de ese pasquín. No habría insistido en que Juan hablara de ello si sabía que ella no lo iba a tomar con humor.

Aprovechando que la música podía cubrir sus palabras, Andrés se inclinó hacia el oído de su esposa.

—No pienses que me molesta quedarme en casa, al contrario.

Dos gruesos lagrimones terminaron por correr sobre las mejillas de Martina. Las había estado aguantando, pero al oír la voz de su marido fue demasiado. Una nube de terror le oscureció el alma.

Andrés le limpió las lágrimas con el pulgar.

—¿Piensas que me voy a enojar por esa tontería? ¿Qué tendría que decir el don Medrano de su mujer entonces? En realidad creo que el tal Godofredo nos estaba haciendo una alabanza. ¿No crees?

Ella sacudió la cabeza violentamente. Ese Godofredo era un idiota por hablar de ella o de cualquier esposa. ¿No se daba cuenta de que solo lograría que los maridos golpearan a sus mujeres más todavía? ¿No era consciente de que por su culpa algunas mujeres serían violentamente malheridas? Todos los esposos golpeaban a sus mujeres. Algunos, tal vez como Andrés, tenían paciencia para soportar la estupidez de sus esposas y golpearlas solo cuando era verdaderamente necesario.

Ni todas las caricias de Andrés, ni los comentarios tiernos de Juan al despedirse, ni la música de Soledad y Leonardo, pudieron sacarle la expresión de angustia en el rostro.

Esperó asustada durante los días siguientes a que su esposo finalmente perdiera la paciencia y la golpeará. No le sorprendió que la paliza nunca llegara. Sencillamente se dijo que Andrés la había pospuesto porque ella se enfermaba del estómago todas las mañanas.

Dos semanas y un baúl de telas

Andrés la sostenía por la cintura presionando sobre el corset y haciendo frotar sus muslos contra los de ella; le gustaba sentir el roce de las ropas. Pero más le gustaba hablarle a su esposa, abrumándola con palabras que la hacían ruborizar. Ella abría los ojos hasta lo imposible y lo miraba con el ceño fruncido, sin creer que lo que decía fuese permitido o no rayara lo pecaminoso.

Enrojecida, Martina se negaba a responderle.

Esa clara noche de luna llena de febrero, envueltos en el calor húmedo de Buenos Aires, Andrés se sentía fastidioso e incómodo y había rondado a su adorable mujer desde la hora de la siesta y luego a la hora de la cena, incluso delante del matrimonio Basabilvaso.

Al llegar por fin la noche, le había sacado el vestido muy despacio, ocultando su impaciencia ante los innumerables moños que le sujetaban la ropa íntima. Martina lo miraba desnudarla con el ceño visiblemente fruncido iluminado por la luz de la luna que entraba por la ventana abierta.

—Para vestirte de manera tan modesta, tienes demasiados moños —le dijo atrayéndola hasta rozarle la piel, para luego alejarla suavemente, imitando el juego que más tarde consumiría dentro de ella.

Martina frunció el ceño aún más.

No le gustaba que Andrés le recordara que se vestía de manera poco atractiva. Ella elegía vestirse con telas marrones y toscas porque eran las más baratas. Andrés se burlaba de ella por vestirse tan discretamente, pero si ella usara telas más caras él iba a enojarse por gastar tanto dinero. La confundía

con tantas ideas distintas que tenía que cerrar los ojos y concentrarse para no caer. ¿No se suponía que a un marido debía agradarle una esposa modesta? ¿No se suponía que era su deber ahorrar y dominar su vanidad?

—¿Y cómo debe vestirse una señora? —le pregunto enojada aunque sin dejar de acariciarle los cabellos. Estaban muy a mano: tenía la cabeza de Andrés entre sus pechos.

—No sé cómo debe vestirse una señora. Sé cómo me gustaría verte. Y no es con telas marrones.

Abandonando por un momento esa agradable tarea que le hacía olvidar el calor de afuera y ocuparse del que su cuerpo sentía, Andrés levantó la cabeza y le dijo con una sonrisa perezosa:

—Tú deberías vestir como una ramera. —Luego de besarla con la boca tan abierta que Martina pensó que caería succionada dentro de él, añadió—: Claro que entonces no podrías salir de la casa... y jamás podrías volver a mirar a la cara ni a tu padre ni a tu hermano... ni a don Manuel... ni al imbécil sobrino del virrey...

Y volvió al escote.

Martina estaba tan ofendida que ni siquiera pudo contestarle.

Claro que eso también podría haber sido porque Andrés, desnudo, estaba apoyado en el alféizar de la ventana. La luz de la luna le iluminaba los músculos de los hombros y los brazos y ella no podía dejar de mirarlos sintiéndose extrañamente golosa.

Él la había colocado entre sus piernas presionándola contra su miembro erguido, mientras le besaba las suaves lomas que asomaban sobre su corset con pequeños, ruidosos y húmedos besos. La incipiente barba de su marido le producía escozor y también cosquillas.

Pero el calor la ponía igual de fastidiosa que a su marido, y con aire belicoso, protestó golpeándole un hombro:

—Me estás lastimando con tu barba.

—Tal vez me la deje crecer solo para molestarte más —le contestó él sin levantar la cabeza.

—Entonces tendrás que tomarme con el vestido y un mantón de lana puestos.

Con un movimiento fuerte él la aprisionó con sus brazos y piernas de una manera tan ardiente, que Martina sintió su cuerpo desmoronarse y toda la resistencia que podía quedarle se replegó ante la subyugante fuerza de

Andrés. Con un gemido, él se acurrucó en su hombro y comenzó a lamerle el cuello.

—No me obligues a revolcarme contigo sobre la mesa del comedor... O mejor todavía, en el sillón rojo de doña Josef...

—¡No...! —intentó gritar Martina, logrando que solo le saliera un suspiro—. No puedo creer que pienses... eres indecente...

—Es raro que tú lo digas, esposa, justo cuando te estás rascando contra mí como si fuese el Juicio Final. Y no veo que te hayas sacado toda la ropa...

—Me refería al lugar que dijiste que... me ibas a... am...—dudó en decir “amar” porque no se atrevía a pensar en un sentimiento tan hermoso— en que ibas a...

—¿Lamerte toda hasta morir? ¿Menearme dentro de ti hasta que me suplicaras piedad?

Ella emitió desde su cuello un sonido que tomó como un “sí”.

—En realidad, donde quiera que voy encuentro un lugar para poseerte. Cuando la reunión se vuelve aburrida, simplemente me pongo a fantasear contigo. Y últimamente estoy visitando muy seguido la casa de doña...

—¡Andrés, por favor! —le suplicó poniéndole la mano sobre la boca. Él le respondió tomándosela, y comenzó a besarle la punta de los dedos, siguió por lamerle la palma de las manos, mientras presionaba con suavidad su muñeca.

—¿No hay algo que te gustaría hacer? ¿Algo en lo que piensas mientras... no lo sé... bordas almohadones?

Dentro de su marea de confusión, Martina alzó la cabeza para mirarlo a los ojos. Se puso violentamente colorada. Jamás iba a decirle a Andrés que pensaba en sus encuentros pasionales más de lo que quería permitirse, ni que, en verdad, soñaba con algunas cosas a las que jamás se hubiera atrevido a poner palabras. Se inclinó a besarlo para que se olvidara de lo que estaban hablando.

Dándose cuenta de que ella quería escapar, y aún más, absolutamente intrigado por lo que su esposa podía fantasear con él, Andrés la impulsó con fuerza hacia atrás, separándola y dejando en evidencia que estaba excitado.

—Dime, ¿qué quieres que te haga?

Era inevitable que la voz le saliera ronca, pero ya no le importaba controlarse.

—Dime, mujer, ¿qué quieres que te haga? —repitió con vehemencia.

Martina se inclinaba hacia delante mientras él continuaba alejándola hacia

atrás sin transigir en su demanda. Pero cuando vio su rostro compungido y unos ojos lastimeros que le suplicaban, volvió a apretarla contra sí, maldiciendo hacia adentro.

—Solo quiero saber qué es lo que te gusta, preciosa.

Ella se aferró con fuerza a sus hombros, presionando sus senos contra el torso rígido y acogedor de su marido, apoyando la frente en su barbilla. Y, mientras Andrés comenzaba a acariciarle suavemente la espalda, ella comenzó a balbucear.

—No quiero que me hagas nada.

—Eso no es verdad.

—Bueno. Yo quiero... quisiera acariciarte...

Las manos de él quedaron inmóviles. Por un rato lo único que se movía en la habitación era la luz de la luna en su lento camino nocturno.

Levantándole con la mano la cabeza para que lo mirara, le tocó a él hablar en suspiros:

—No juegues conmigo, Martina.

Mucho más dueña de sí misma que él, ella echó hacia atrás la cabeza y le preguntó:

—¿Por qué habría de estar jugando?

Arqueó una ceja para preguntarle.

—¿Qué quieres acariciarme?

La respiración se le aceleró cuando vio que los ojos de su mujer se iban hacia su entrepierna. Allí debajo, su miembro esperaba, hirviente, una satisfacción que no llegaba.

—Quisiera... no sé...

—Esposa, por favor...

—En realidad, quisiera... —sentía las orejas tan calientes de la vergüenza que pensaba que se le estaban incendiando. Pero la expresión aturdida de su marido le animó a seguir—. Quisiera besarte como tú me besas ahí abajo.

Las palabras de Martina le ocasionaron una corriente de placer que lo recorrió desde la punta de los cabellos hasta los dedos de los pies. Gimió apasionadamente ya sin interesarse por mantener el control o por demostrar que él era el que sabía más.

Podía tener más experiencia, pero su pequeña mujer, debajo de aquella máscara de indiferencia que tenía durante el día, era tan apasionada como él. Comenzó a besarla por todos lados, con besos húmedos y calientes que le

dejaban la piel enrojecida.

—Si haces eso, —le dijo entre beso y beso— seré tu esclavo durante una semana. Lo prometo.

Trastornada por sus besos y el balanceo al que Andrés sometía las caderas de ambos, Martina aún tuvo el valor para decir con una risita maliciosa:

—Dos semanas y un baúl de telas.

—Si vuelves a hacérmelo otra noche, te compro todas las fábricas de telas de Londres y Francia. Solo para mi hermosa esposa.

—¡Trato hecho! —contestó ella con voz grave.

¿De dónde había salido esa mujer tan entusiasta y ardiente? Andrés no tenía idea, pero se negó a saberlo, tal vez desapareciera como en un hechizo.

Martina trató de separarse un poco, pero él no se lo permitió. Aún parecía inseguro ante lo que ella iba a hacer.

—No tienes que hacerlo...

—No puedo hacerlo si no me sueltas, esposo.

—No pienses que te obligo...

—Andrés, yo te estoy obligando.

Sonriendo y casi al borde de la locura Andrés le dio un poco más de espacio, pero no la soltó.

—No voy a dejar que te escapes.

—No voy a escaparme, mi amor.

Andrés escuchó la forma cariñosa en que ella lo había llamado y se entregó demolido por su significado. Las manos de Martina habían comenzado a deslizarse por su pecho, jugando con el vello enrulado. Lo mordisqueaba y besaba alternativamente, justo como él hacía con ella. Bajó por su vientre y le lamió el ombligo haciendo que su esposo tuviera que lamerse los labios resecos por la respiración entrecortada. Siguió bajando hasta donde una tupida mata de vello ocultaba el nacimiento de su miembro rígido.

Martina rio dulcemente, asombrada de cuánto placer podía darle ella misma a Andrés. Ya segura de lo que hacía, inclinó su cabeza y con los labios entreabiertos besó la punta del miembro. Queriendo saber si a Andrés le gustaba lo que hacía, miró hacia arriba y vio sus ojos velados por la pasión y se sintió llena de amor por él.

Bajó la cabeza y comenzó a llenar de besos húmedos y cálidos el miembro de su esposo. Incapaz de contenerse más que unos instantes, pronunciando su nombre con una voz enronquecida por la pasión, Andrés la apartó con cierta

rudeza.

Sin soltarla, con la mano libre se envolvió el miembro en la camisa que estaba sobre una silla, a su lado; mientras escondía la cabeza entre los pechos de su mujer y ella lo abrazaba con ternura, se convulsionó absolutamente sometido a los espasmos del violento orgasmo.

Una vez pasada la agitación en su cuerpo, Andrés débil por la pasión se apoyó nuevamente en el borde de la ventana para sostenerse. Su respiración se fue calmando hasta que una especie de sopor lo invadió y, durante unos minutos, se durmió entre los brazos de su esposa.

Andrés se había dejado crecer el pelo y ella había descubierto que se le formaban graciosos bucles. Martina le acariciaba tiernamente la cabeza enredando los cabellos negros entre sus dedos, a veces llegando hasta la oreja y jugando con el lóbulo. Lo miraba sorprendida del poder que había llegado a tener sobre su marido.

¿Tendrían todas las esposas un poder así con sus maridos o su marido era tan diferente que la hacía ser diferente a ella? Martina no sabía cuál era la respuesta a esa pregunta.

Apoyados contra la ventana Martina veía la luz de la luna reflejada contra la piel morena de su marido. La piel le brillaba por el sudor y bajo ella se notaban los recios músculos de los brazos y la espalda de Andrés.

Lentamente él se movió, despertando del placentero sueño en que había caído. Levantó la cabeza y Martina vio que sonreía. Una sonrisa que le cortaba la respiración y la serenaba al mismo tiempo. Una sonrisa que la hacía sentir segura y desorientada, feliz y desolada.

Andrés la envolvió con sus brazos, una vez más en la noche. ¿Cómo había llegado Martina a convertirse en un ser tan importante para él? ¿Desde cuándo era su esposa una parte de sí mismo, tanto que si ella no estaba junto a él sentía como si le faltara una mano?

Quería complacerla en todo momento. Estaba pendiente de cada uno de sus comentarios, cada uno de sus pedidos o deseos. Se preocupaba cuando la expresión indiferente aparecía en su rostro, cuando la sombra la envolvía y la transformaba en alguien que él no quería siquiera conocer.

Era tan dulce y alegre por las noches y tan distante y taciturna durante el día que a veces se preguntaba si era la misma mujer. Se había sorprendido a sí mismo pensando que le interesaba pasar los días con su esposa más que las noches. Nunca había sido así con ninguna otra; ni siquiera de las que se había

sentido enamorado. Jamás había deseado compartir con ella alguna conversación o una comida o saber su opinión acerca de una determinada persona.

Con Martina las noches no bastaban. Se había vuelto muy minucioso a la hora de observar sus reacciones y en cada momento del día que compartían se volvía un atento espectador de su rostro.

Disfrutaba de su expresión absorta cuando él le contaba sobre sus viajes por España y la Banda Oriental. A veces hasta le mentía para sorprenderla, relatándole costumbres de los indios que había encontrado o de las pequeñas poblaciones blancas que trataban con ellos.

Había descubierto que su esposa amaba las telas inglesas cuando él llevó una muestra para ofrecérsela una tarde. Los ojos de Martina brillaron tanto que Andrés se preguntó si serían esmeraldas.

Le gustaba tanto la miel, la había encontrado lamiendo la cuchara con la que llenaba los frascos que después guardaría en la despensa. De hecho, a Martina le gustaban todas las cosas dulces desde pasteles con crema de huevos hasta los buñuelos de manzana que empapaba en azúcar. Tal vez...

Martina lo vio poner una expresión decidida. Arrojó a un rincón la camisa arruinada y se colocó rápidamente los pantalones arrugados que había arrojado displicentemente sobre la silla al desnudarse, y salió de la habitación sin decirle nada.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas. Completamente derrotada, caminó lentamente hasta la cama y se acostó con el corset aún puesto.

Su marido la había abandonado.

Actos pecaminosos

Tal vez estuviera horrorizado de lo que ella había hecho.

Tal vez volviera a la habitación con un látigo para castigarla por su horrible comportamiento.

Tal vez la castigaría con agua hirviendo o alguna tortura peor.

Temblando, su imaginación volaba hacia los rincones más siniestros. Enumeró para sí las recomendaciones que su madre le había hecho miles de veces: no hables de esto, no hables nunca de esto, de esto no se habla. No llores, no te quejes, piensa por qué fuiste castigada y si no lo sabes, alguna razón habrá.

Cuando su marido abrió de nuevo la puerta no esperaba ver lo que traía en las manos.

¿Una vasijita de barro?

Rogó que Andrés no sospechara que ella había estado llorando o sentía pavor por lo que podía pasar después.

Lo extraño fue que él no dijo una palabra. Con una sonrisa de ternura en el rostro, la tomó por debajo de los brazos y la sentó sobre la cama como si fuese una niña.

Martina intentó decir algo pero no pudo. Inmediatamente la boca de Andrés se posó sobre la suya y la besó hasta sentirse mareada y sin aire y desde ese momento no volvió a decir una palabra.

Volvió a entregarse a las insistentes caricias de su esposo por voluntad propia.

Y recibió su recompensa.

La vasijita que Andrés había traído era, en realidad, un pote de miel.

Su esposo comenzó a untarle los labios para luego introducirle la miel con la lengua. El placer fue tan esplendoroso que Martina comenzó a gemir ardientemente aún antes de que él la acariciara en aquellas partes de su cuerpo que más la hacían gozar.

Andrés la hizo recostarse sobre las almohadas de modo que, en lugar de quedar completamente extendida, como siempre lo hacía, ahora podía ver los movimientos de su esposo bajo la luz de la luna.

Ella no podía hacer nada más que suspirar y deleitarse con sus besos.

La miel, los dedos y la lengua de Andrés recorrieron todo su cuerpo. Era la sensación más placentera que jamás había sentido. A cada momento, Andrés se acercaba de nuevo hasta su boca para ofrecerle más miel y luego se retiraba hasta un nuevo lugar, hasta rincones que ni ella misma se animaba a fantasear.

Sus pezones fueron cubiertos de miel varias veces, también su cuello. De un solo movimiento, Andrés la hizo girar sobre sí misma y le recorrió la espalda y las piernas con pegajosos besos.

Incluso sus pies se vieron bañados con la dorada y pegajosa sustancia. Martina empezó a reír a carcajadas por las cosquillas que su marido le hacía en las plantas y entre los dedos, mordisqueándola, lamiéndola.

Estaba toda pegajosa y no le importaba. Solo podía sentir la enloquecedora sensación de la lengua húmeda de su marido y la rugosa textura de la miel frotándose sobre su piel.

Apenas podía moverse. Estrujaba entre sus dedos las sábanas por tener algo de qué aferrarse. Tenía miedo de caerse de la cama de tanto retorcerse contra la boca de su esposo y, al mismo tiempo, no podía dejar de arquearse contra él. Necesitaba desesperadamente que siguiera, que ese momento fuera único y eterno.

Luego de besarla apasionadamente llenándole la boca de miel, descendió lentamente por su cuello, el valle entre sus pechos, el vientre, se detuvo unos instantes en el ombligo, para luego seguir camino hasta su entrepierna donde hundió su cabeza hasta hacerla tocar el cielo con las manos.

Gimiendo desesperadamente se retorció contra la boca de su esposo con pasión y un ardor que salía del centro mismo de su alma.

Lo amaba tanto que le dolía. Adoraba sus besos, adoraba sus abrazos, adoraba la manera en que le hablaba en susurros diciéndole frases ardientes.

Lo amaba a pesar suyo, a pesar de todo lo que había vivido en esos quince años de vida.

Amaba su ternura, sus pequeños defectos, esa forma de hacer chistes que ella no entendía. Adoraba su manera agradable de tratar a todo el mundo. Amaba y se enorgullecía de caminar al lado de un hombre tan buen mozo. Se regocijaba al ver cómo cambiaba su rostro cuando hablaba de negocios en las tertulias, se transformaba en una expresión inteligente y sabia. Y se derretía como la misma miel cuando llegaba a la casa y lo primero que hacía era buscarla para darle besos y preguntarle cómo estaba.

Se permitió a sí misma confiar en él. Creer que nunca la golpearía, que jamás la trataría del modo que ella creía normal. Se entregó para amarlo con toda su alma y todo su cuerpo.

Luego de que las corrientes de la pasión fueran tranquilizándose y ella llegara de nuevo a la orilla de la realidad, se dio cuenta de que él había estado mirándola todo el tiempo. Pensó que tendría que haberse puesto colorada. Pero no pudo.

Buscó el tarro de miel caído en el suelo y metió un dedo para seguir comiendo. Le gustaba la miel, la comía con fruición ante la mirada risueña de su esposo, abrazado a ella.

—Mañana nos perseguirán las moscas.

Ella se alzó de hombros e hizo una mueca.

—No importa.

Andrés se rio y Martina sonrió al sentir la vibración de su cuerpo en el suyo. Con una voccecita inocente le preguntó:

—¿Crees que comer mucha miel sea pecado?

—No, no lo creo —le respondió besándole un hombro.

—Pero no debo confesarlo mañana. ¿Verdad?

—¿Le dirás al cura lo que hicimos?

—¡No! —contestó ella divertida. Después continuó—: ¿Sabes que siempre me regaña porque dice que te incito a los placeres carnales? ¡Y yo no hago nada!

—¿Nada?

—No sé, ¿hago algo?

—De todo, pero no está mal. Me encanta que me incites a los placeres carnales.

Andrés gruñó y se incorporó sobre los codos. No iba a permitir que el cura

llevara a su esposa por el mal camino de las habitaciones separadas.

—No le hagas caso. Después vemos de buscar otro cura confesor. Uno que no se meta en nuestra habitación.

—Por supuesto que no le hago caso —dijo ella desafiante—. El que me persigue todas las noches y no me deja en paz, es usted su merced.

Andrés sonrió complacido.

—¿Y eso te gusta?

Acariciándole un hombro con los dedos llenos de miel ella asintió. Después se inclinó para besarlo, justo como él había hecho antes. La sensación fue tan bella que no pudo resistirse y siguió untando con miel la piel de su marido.

Él giró con ella, llevándola consigo, para darle mejor acceso a su cuerpo. La dejó recorrerlo todo hasta que, finalmente el tarro quedó vacío.

Ella lo miró caprichosa. Estaba sentada sobre su vientre y había gastado la miel demasiado pronto antes de llegar a dónde quería. Se inclinó para decirle:

—Se acabó la miel, Andrés.

Se sacudió por el movimiento que le provocó la risa de su esposo.

—No pensarás que vaya a buscar más en este estado, ¿verdad?

—Sí, claro.

—¡Martina, estás loca si piensas que voy a alejarme de tus piernas! No cuando te tengo justo como quería.

Ella movió lentamente la cabeza.

—Así no se puede hacer nada.

—Sí, se puede... —le susurró con voz ronca pasando una mano por sus muslos hasta llegar con los pulgares a su entrepierna.

—No se puede, Andrés.

—¿Probamos?

—Sí, porque no te creo.

Andrés aceptó gustoso el desafío y se incorporó sobre la cama, acomodándose sobre las almohadas hasta quedar inclinado. Después la levantó por las caderas con facilidad, Martina era muy liviana. La penetró suavemente, dejando que ella se acomodara a él.

Martina ya temblaba de amor así que no podía articular palabra. No tendría que haber dudado de su esposo. Por supuesto que él sabría cómo introducirse en ella de esa manera.

—Sí que se podía...

No pudo terminar la frase porque, adivinando sus intenciones Andrés comenzó a mover las caderas para mostrarle que podía disfrutar más. Sorprendida, al tiempo que divertida, ella también se movió sobre él. Su esposo gimió cerrando los ojos. Ella se inclinó sobre él.

—Despacio, amor mío, despacio... —le pidió volviendo a mirarla.

—Acaríciame... por favor...

Obedeció al instante frotando la palma de la mano contra su muslo y alzando un brazo para apoyarse sobre un pecho, buscándole el pezón para excitarlo.

—¿Así está bien? ¿Eso te gusta?

No pudo responderle, estaba concentrada en balancearse y moverse bajo la atenta mirada de su esposo. Se sentía todopoderosa al tener bajo ella todos esos músculos fuertes que se sacudían ante cada una de sus caricias.

Sumergidos en un trance sensual llegaron juntos al orgasmo. Martina se desplomó sin aliento sobre él, blanda y satisfecha. Andrés la apretó contra sí y cuidó de ella como siempre lo hacía.

Acurrucada en el pecho de su marido, pensó que no se avergonzaba por lo que Andrés le había hecho. O por lo que ella le había hecho a él.

“Después de todo”, pensó sintiéndose una tranquila, “no se debe hablar ni preguntar sobre aquello que ocurre en una habitación matrimonial”.

Y pensó, ya casi dormida y abrazada a su pegajoso marido, “Dios estaba demasiado ocupado para prestar atención a los muy levemente pecaminosos actos de una inocente recién casada como yo”.

Usted me entiende

Después de tres meses, Andrés había retomado sus viajes comerciales a Colonia. Era un hombre muy interesado en sus negocios y se ocupaba personalmente de ellos, en particular de los que incluían violar ciertas leyes virreinales. A ningún funcionario iba a molestarle que una persona pudiera tratar de manera directa con algunas potencias neutrales o incluso enemigas, mientras pudiera obtener un beneficio de ello. Más todavía, en ocasiones les convenía saltarse por completo el comercio obligado a través de Cádiz puesto que no alcanzaba. Si algún barco holandés o inglés se perdía en el camino a las Indias Orientales, ¿por qué no aprovechar las mercancías y evitar que se estropearan? Si todos salían beneficiados, entonces no había problemas.

Soledad veía con buenos ojos las prácticas de Buenos Aires porque las interpretaba como un signo de una voluntad de independencia. Andrés, al igual que muchos otros vecinos de la ciudad estaba llegando a la conclusión de que quería decidir su destino, en lugar de que un rey lejano lo hiciera. Soledad soñaba con hacer tertulias donde se hablara del tema pero a Andrés le interesaba más hacer negocios que hacer política o reuniones.

Así que Soledad tenía que contentarse con lo poco que podía hablar con Juan, que los visitaba bastante pero que tampoco tenía demasiadas intenciones políticas o expresarle todas sus ideas a Leonardo que no tenía intervención alguna en la vida de la ciudad. En realidad, le hubiera encantado ir ella misma a cafés o a tertulias de caballeros, pero los porteños eran bastante reacios a recibir a una mujer en cierto tipo de reuniones. Y había bastado con que la echaran con ojos y palabras horrorizadas una sola vez de

un salón del billar para que no se atreviera a intentarlo otra vez. No le había mencionado a nadie sobre su fallido intento pero sospechaba que Leonardo lo sabía, porque él parecía saberlo todo.

Andrés le escribía cartas largas desde Colonia, y todas empezaban preguntando por Martina, quien se mareaba por el calor muy seguido. También le pedía que la instara a escribir, aunque tuviera vergüenza de una mala caligrafía. Le había mandado una gran cantidad de cartas y su esposa no había recibido ninguna.

—Le llegó carta de don Andrés, doña Martina.

Lo que ninguno de los hermanos sabía era que la primera carta que recibió Martina de Andrés, fue de hecho, la primera que recibió en su vida. Se quedó helada, mirando a Leonardo que le ofrecía el sobre. No pudo explicarle a nadie por qué se le llenaron los ojos de lágrimas.

Tomó el sobre de las manos de Leonardo y lo miró casi con adoración. Lo sostenía con cuidado, como si fuera a romperse y lo colocó sobre su regazo pasándole un dedo, acariciando el papel.

Soledad se sentó a su lado y bromeó:

—¡Martina es una carta! ¿No es la primera vez que ves una, verdad?

No, no era la primera vez que veía una. Pero sí una que fuera solo para ella. El pecho se le inflamaba de solo pensar que Andrés se había sentado a escribirle algunas palabras. Se preguntaba muy seguido, al dormirse acurrucada de su lado de la cama, si Andrés sentía el mismo dolor en el estómago cuando se iba. Se obligaba a pensar que no, porque saber que él la extrañaba habría sido demasiado bello para que no fuera cierto.

—¿No vas a leerla?

—Más tarde.

—Seguramente dice tonterías de enamorado —dijo sonriendo Soledad y guiñándole el ojo a Leonardo.

Ni Leonardo ni Martina respondieron a su risa.

—No creo que diga tonterías —dijo su cuñada.

Soledad miró a Leonardo, quien le hizo un gesto de silencio.

“¡Ay mi bocota!”, pensó Soledad. No se acostumbraba a que Martina no tuviera el humor irónico que tenían ella y su hermano.

—¡Estaba bromeando! —le dijo tomando amablemente su mano—. Por supuesto que no dice tonterías. Espero enamorarme pronto así me empiezo a tomar las cosas tan en serio como tú.

La expresión de Martina cambió a la de desconcierto.

—¿Y dónde vas a conseguir a alguien como tú?

Soledad rio ante la pregunta, sin ofenderse.

—Ay, Martina, tu inocencia es mejor que cualquier inteligencia. No lo sé. Quizá en España consiguiera alguno, pero aquí, ¿en Buenos Aires? Es complicado.

—Don Manuel Belgrano podría ser...

—Me temo que ya tiene los ojos por otro lugar —murmuró Soledad mirando a Leonardo, quien fijó su vista en la ventana—. Y, además, que sea un hombre intelectual no significa que busque una esposa como yo. Quizá quiera una santa esposa como cualquier otro caballero de Buenos Aires. Y yo... soy yo. Te dejo con tu carta, Martina. Me voy a leer un rato.

Soledad atravesó el patio del limonero con un nudo en el pecho. Era verdad, ¿en dónde encontraría un esposo que soportara sus discusiones intelectuales y su palabrería acerca de la educación de la mujer? Iba a ser bastante difícil entre los porteños. Ya los conocía a todos y la verdad era que los hombres interesantes estaban casados o lejos de pensar en contraer matrimonio con alguien como ella.

Todos la respetaban en la ciudad por ser hermana de Andrés e hija de sus padres. Era una mujer respetable y hasta ahora no había cometido ningún acto que la declarara indecente. Pero estaba segura de que si ella no hubiese tenido ese hermano, las cosas habrían sido diferentes.

No es que le molestara demasiado frecuentar a las señoras pacatas y sus hijas ignorantes. Bueno, quizá un poquito. Pero, de vez en cuando, era agradable estar rodeada de mujeres que hablaban de algo más que vestidos, misas, rosarios y caballeros.

En Cádiz le habían gustado dos caballeros que nunca se habían sentido ni mínimamente atraídos hacia ella. Solía mirarse al espejo repitiéndose que no era fea, que de hecho era agradable de ver. Si tenía que hacerse justicia, comenzaba por concentrar su atención en sus ojos. No eran tan negros como los de Andrés, sino de un interesante color ámbar que en el centro se transformaba en verde. Tampoco era tan morena como Andrés y agradecía a Dios por ello porque las damas tenían que tener una tez pálida según la moda de la época. Sus cabellos eran su mayor tesoro, después de todo era una joven como cualquier otra y lo tenía largo hasta la cintura y con bucles naturales, rasgo que sí compartía con su hermano. Era un poco más alta que la mayoría

de las mujeres, sin llegar a serlo demasiado como para mirar a los hombres desde arriba. Las facciones de su rostro eran más que corrientes. Si Soledad se miraba en el espejo, podía decir sin mentir que era bella.

Entonces el problema de su dificultad para conseguir marido, dificultad que se iba haciendo más y más grande con cada año que cumplía, radicaba en su “bocota” como la llamaba su hermano. Se entusiasmaba tanto con las palabras que fluían desde su garganta hacia fuera sin encontrar ningún obstáculo. A veces ofendía a las personas sin darse cuenta, como había hecho con Martina, para después sentirse como una tonta.

Martina era adorable desde donde se la mirara y una mujercita perfecta para Andrés. No hablaba mucho y cuando lo hacía era para hacer alguna pregunta interesante por su inocencia. Además no la miraba horrorizada cuando ella discutía con Juan acerca de las mejoras económicas para el Virreinato o de literatura alemana. Se quedaba junto a ellos, bordando sábanas, o tocando la guitarra, mientras ellos fantaseaban a voluntad sobre los destinos de la colonia.

Pero lo más importante para Soledad era que Andrés la adoraba y se había vuelto tan casero desde su matrimonio que no podía pedir más. A veces lo convencía para que las acompañara a ir de compras por alguna tienda de la ciudad, para terminar en el paseo de la Alameda. Andrés era tan práctico y racional en ocasiones que ella había temido que se le enfriara el corazón. Pero por suerte no había sucedido nada de eso. Desde que había llegado a la ciudad y conocido a Martina, Andrés había cambiado tanto que apenas lo reconocía. Se había vuelto tan romántico como ella, apasionadamente enamorado de su esposa, desviviéndose por ella, estando atento al menor de sus deseos.

A través del espejo que recibía sus reflexiones, pudo ver que Martina se acercaba muy tímida a Leonardo con la carta extendida. Se colocó muy despacio, contra la pared, junto a la ventana abierta, tratando de escuchar lo que ambos decían.

—Leonardo, ¿usted sabe leer?

—Sí, señora.

—¿Me leería esta carta?

—Señora, creo que debería leerla usted, no son cosas que un criado pueda decir delante de su señora.

—Pero no sé leer, Leonardo.

El silencio de Leonardo se correspondió con la boca abierta de Soledad. El hombre hizo la pregunta que ella quería hacer:

—¿Y por qué el señor le escribe?

—No se lo dije, nunca me preguntó. Y me dio vergüenza después decírselo. La señorita Soledad sabe leer y discutir como los hombres y siempre está diciendo que es una afrenta social que las mujeres no sepan leer. No sé qué es “afrenta social” pero siempre está enojada cuando lo dice.

—No puedo leerle la carta, doña Martina. Espere que llegue don Andrés y hable con él. La va a entender.

—Como usted diga, Leonardo.

Soledad casi se cae al suelo.

¿Tan enamorado estaba Andrés que no había notado que Martina no sabía leer?

Dejó que Martina desapareciera por la casa para salir corriendo tras Leonardo. Lo encontró en la cocina hablando con Marta. Sin decir nada, le tiró del brazo para arrastrarlo hasta la habitación del mayordomo.

—¿Cómo es eso que no sabe leer?

—¿Cómo escuchó eso?

—Estaban justo al lado de mi ventana, Leonardo.

El hombre la miró serio, como si no le creyera. Ella mantuvo la frente alta y desafiante.

—Entonces escuchó todo. La señora dice que no sabe leer y me pidió que le leyera la carta. Me negué y no creo que nadie deba leérselas más que don Andrés.

—Yo también creo eso. ¡Pero es una afrenta social que no sepa leer!

Leonardo estalló en una carcajada. Trató de ocultarla pasándose la mano por la frente pero no pudo.

Soledad entendió la risa de Leonardo y rio con él, sin poder llegar a reprocharle la burla.

—Voy a tener que explicarle a mi cuñada qué es una afrenta social —dijo mirándolo a los ojos.

—Sería importante, doña Soledad.

Soledad no quería irse de la habitación de Leonardo. Miró a su alrededor pero no encontró nada que se pudiera convertir en tema. Una cama, una mesa de noche con una lámpara de aceite, unos libros que ella reconocía, un armario que seguramente guardaba la ropa y unos enseres para lavarse la cara

y afeitarse.

Leonardo no parecía urgido por nada, al contrario, le miraba los labios como si esperara que algo saliera de su boca.

—Voy a tener que enseñarle a leer y a escribir —murmuró Soledad.

Él asintió.

—Me imaginé que iba a hacer eso.

—Sí. Usted me entiende.

Soledad, siempre lista a responder a sus impulsos, lo besó en la boca y después salió corriendo de la habitación con el corazón latiendo a reventar.

Las difíciles haches

Llegó desde Colonia una nueva carta de Andrés para Martina. Como la anterior, ella no la abrió inmediatamente, sino que se quedó mirándola extasiada, para luego levantarse y salir al patio.

Soledad la observó, tranquila, con espíritu de cazador, pensando qué momento sería el indicado para hablar sobre un tema delicado como ese. La noche anterior había intentado preguntarle qué le había contado Andrés en su carta y ella le había respondido con una voz soñadora “cosas muy bonitas”.

Pero ahí estaban de nuevo, Martina mostrándole la carta a Leonardo y hablando entre ellos.

Soledad pudo ver la cara de desilusión de Martina y debe haber sido más terrible para el pobre Leonardo que la miró desesperado, buscando la manera de complacerla sin tener que leer esa carta. Pero el hombre se mantuvo firme.

—Tendrá que esperar a don Andrés, señora.

Sin soportarlo más, Soledad se unió a la conversación. Leonardo sonreía porque ya la había visto a escondidas. Martina se sobresaltó y se puso pálida como el sobre que tenía en las manos.

—¿Por qué le pides a Leonardo que te lea esa carta, Martina? —preguntó con una inocencia que no le salía.

Martina no se dio vuelta como ella esperaba. Se quedó muy rígida alzando los hombros, como si tuviese miedo de algo y con la cara hacia el suelo. Al ver que no la miraba, Soledad se acercó hasta estar frente a ella.

Leonardo le hizo una reverencia a las dos y se fue hacia el interior de la casa.

—Martina, ¿no sabes leer?

Ella negó con la cabeza sin mirarla.

—¿No te enviaron al Colegio de Huérfanas? Muchas me dijeron que fueron ahí a aprender.

—Mi padre pensaba que sería inútil. Que era demasiado estúpida para eso. Soledad abrió los ojos y la boca en un gesto de sorpresa.

—¿Eso dijo? ¿Y por qué lo dijo?

Fue el turno de Martina de lucir asombrada.

—Es mi padre.

Soledad empezó a caminar por el patio expresando su enojo con resoplidos.

—Es increíble. Es verdaderamente increíble. No lo puedo creer. ¿Cómo es posible que haya dicho semejante atrocidad?

Luego se detuvo, y miró a Martina con aire de quien ha tomado una resolución de vida o muerte.

—¿Alguna vez hiciste algo estúpido, Martina?

—Sí, muchas veces —contestó ella apresuradamente—: rompí dos vasijas de porcelana al tropezarme con una alfombra. Y rayé un mueble de jacarandá al acercar el brasero de metal a mi padre que tenía frío.

—¿Algo más? ¿Algo verdaderamente estúpido y no un simple accidente que le pasa a cualquiera? —preguntó Soledad girando un dedo en el aire—. ¿Alguna vez pensaste que el sobrino del virrey luce bien con esa peluca? Eso sí sería pensar una verdadera estupidez.

Martina rio tapándose la boca con una mano.

—No, nunca, le queda horrible.

—Tienes toda la razón. ¿Alguna vez avergonzaste a Juan delante de sus amigos o vecinos?

—No, jamás podría.

—Yo lo hago casi siempre, y créeme, me siento estúpida la mayoría de las veces que lo hago porque Andrés siempre trata de salvar la situación. Lo peor es que el resto de las veces ni me doy cuenta de que estoy hablando y puedo lastimar a alguien con mis opiniones. Una verdadera atolondrada.

La miraba expresivamente, tratando de hacerle entender que se estaba disculpando. Martina, que no era tonta, enrojeció. Soledad, al ver su confusión se acercó hasta ella y le rodeó los hombros cariñosamente.

—Lo siento mucho, pequeña Martina. Todo el mundo espera tantas cosas

de las niñas y se olvidan que te casaste con catorce años. “Hombres necios que acusáis...”, ya sabes...

—No, no sé.

—¿Sor Juana? ¿Oíste hablar de ella?

—¿Es una monjita?

—Una escritora extraordinaria. No es fácil conseguir un libro suyo, hay que saber rastrear. Ya no los publican. Lo que se consigue tiene más de cien años. Son mi tesoro y si me los descubrieran se escandalizaría por completo toda Buenos Aires. Pero no, claro, ¿de qué estoy hablando?

—No tengo idea, Soledad.

—Sor Juana Inés de la Cruz. Era una escritora nacida en América. De eso hablo. Hay mujeres que escriben, ¿sabías? Poesía, obras de teatro, como los hombres.

—¿Y se les permite a la monjitas?

—Tuvo sus problemas, pobre. Todo es muy ridículo, ¿no es cierto? Nuestra lucha es lenta. Que los hombres acepten que podemos hacer nuestra voluntad. Parece un caso perdido. Pero no me rindo. Para comenzar me propongo enseñarte a leer. ¿Qué piensas?

Sintió que Martina se ponía rígida debajo de su abrazo. En un susurro angustioso, preguntó:

—¿Y si a Andrés no le gusta?

—Si a Andrés no le gusta se las tendrá que ver conmigo —le respondió risueña.

Martina no encontró ninguna gracia en ese comentario. Soledad se dio cuenta de ello, y palmeándole el hombro cariñosamente, dijo con voz alegre:

—¿No te das cuenta de que si él no quisiera que leyeras nunca te habría enviado las cartas en primer lugar? Mi hermano está tan enamorado que se convirtió en un tonto... ¿Ves? Ahí está un verdadero estúpido, un hombre que no se da cuenta de que su esposa no sabe leer. Lo vamos a mantener en secreto porque lo queremos mucho. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, estoy de acuerdo. A cambio te pido otra cosa.

—Dime.

—Que me ayudes a convencer a Paquita de casarse con el herrero.

—¿Con ese ladrón?

—O con otro novio suyo. No debería tener tantos. ¿No? Vamos a hacer lo posible. Pero me temo que Paquita disfruta de su situación mucho más de lo

que dice. Empezamos hoy mismo con todo.

Soledad decidió que fuera una sorpresa el día que Andrés se enterara de que su mujer había aprendido a escribir, solo para contestarle las cartas. Se deleitaba en imaginar su reacción, mortificado y enternecido a la vez. Se le caían lágrimas de la emoción de solo pensar en ello.

Las jóvenes decidieron suspender las siestas para dedicarse al estudio. El final del verano era generoso con los porteños y el clima estaba delicioso. En el patio bajo el limonero, los bancos cubiertos de azulejos recibían una sombra muy agradable y a veces soplaba una leve brisa desde el río.

Mientras Martina luchaba contra un lápiz y el viento que se llevaba las hojas, Soledad hablaba con Paquita y le preguntaba sobre sus novios. Al parecer eran cuatro, uno más vago que el otro. La mulata tenía predilección por los hombres que caminaban por los bordes de la ley.

—¿Pero no hay uno que te guste más? —preguntó Martina recordando sus días de enamorada de don Manuel y sus ojos celestes—. Uno que te haga latir el corazón muy fuerte...

—Ay, es que son todos tan lindos. No me pida que elija.

Soledad rio pero por consideración a Martina disfrazó su risa con una tos.

—Si yo tuviera que elegir, siempre elegiría a Andrés —dijo Martina con los ojos brillantes.

—Martina es una afortunada, Paquita. Y quiere transformarnos a todas en señoras respetables. ¿Cómo le explicamos que no todas queremos ser señoronas?

Paquita se rio con tantas ganas que tuvo que sostenerse el estómago.

—Ay, amita, las cosas que le hace pensar don Andrés.

—¡No me lo hizo pensar él! Quiero que consigas un buen hogar y un hombre cariñoso. Nada más. Don Andrés no tiene nada que ver con esto.

—¡Pero tengo cuatro hombres cariñosos, amita, por qué desperdiciarlos!

—¡Atrevida!

Soledad no pudo ocultar la risa y, con ella, el hecho de que muy a pesar de toda su educación, entendía a Paquita. Quizá la mulata era la más moderna de todas ellas, la revolucionaria, la que entendía todo de verdad y la pasaba mucho mejor que las señoras que iban a misa a confesar sus pecados de rodillas.

—Atrevidas —murmuró Soledad escondiendo la sonrisa—. ¿Cómo van esas letras?

—Son todas muy difíciles y retorcidas.

—Hay que practicar.

—¿Cuándo voy a poder leer libros?

—Ah, para eso falta. Solo te los voy a prestar cuando hagas bien las haches.

—¡Son las más difíciles!

—Hay que practicar.

Andrés regresó de Colonia unos días y debió regresar para solucionar un problema que se presentó justo cuando él llegó. Las dos decidieron que aún no era momento de contarle el secreto y se escabullían de su presencia para encerrarse en el cuarto de Soledad y continuar allí sin ser sorprendidas. Andrés, por precaución, jamás se acercaba a la habitación de su hermana cuando la puerta estaba cerrada. Conocía demasiado bien los arrebatos violentos de una inspiración interrumpida.

Finalmente, Andrés pudo volver a Buenos Aires una semana después, justo para disfrutar los últimos vientos tibios de marzo. Martina y Soledad estaban en la sala de bordar cuando él entró sigilosamente por la puerta y se arrojó desde atrás por sorpresa para abrazar a su esposa que estaba bordando.

Fue una estupidez, se dio cuenta en el momento en que vio la mirada preocupada de su hermana. Pero aunque él hubiese sospechado que esa no iba a ser la mejor idea, no había llegado a imaginar que Martina iba a ponerse horriblemente pálida y rígida entre sus brazos. Y muda.

A diferencia de la escandalosa Soledad, quien le tiró con un almohadón que tenía a mano, Martina no emitió ni un solo grito de sorpresa. Nada que demostrara su enojo ante el intento de sorprenderlas, nada que demostrara que había actuado como un imbécil.

Se quedó inmóvil, paralizada, mirando el suelo alfombrado, con el cuello y los hombros rígidos en una postura forzada hacia delante.

Soledad no pudo dejar de observar la reacción de Martina sin dejar de sentir pena por su hermano. Hacía tiempo que había descubierto que en su cuñada había algo que no estaba del todo bien y que se revolvía en sus sentimientos, amargándola, asustándola.

Los criados entraron con un baúl grande y pesado, al que Andrés se acercó inmediatamente después de informarles que, a pesar del pequeño inconveniente, había tenido un espléndido viaje de negocios y que pensaba obtener considerables ganancias con lo que traía.

Hablaba para las dos pero estaba claro que lo único que esperaba era la reacción de Martina ante su llegada.

Colocando una mano sobre el arcón, Andrés la miró intensamente y dijo:

—Traje algunas telas inglesas que encontré en Colonia.

Soledad deseó que Martina lo mirara aunque más no fuera por un momento. Ella tenía la mirada perdida en la ventana que daba al patio y aún sostenía el bordado que estaba realizando antes de la llegada de Andrés.

“Un instante”, le pedía en silencio mientras la miraba haciendo muecas. “Uno que diga que lo extrañaste y que no es el imbécil enamorado que aparenta en este momento”. No quería ver a su hermano enamorado de alguien que no sentía lo mismo. Y además no era verdad que ella no lo amara. Tenía la impresión de que nadie le había enseñado a su cuñada a expresar algún sentimiento. Incluso con su hermano, y ella sabía que se querían mucho, muy pocas veces le sonreía o le hacía muecas. Todo era tan medido en Martina, cada uno de sus movimientos tan rígidos que parecía estar luchando entre dos emociones a la vez.

Con un suspiro, dejó de pensar.

—Espero que hayas traído del color que te pedí.

Andrés abrió el baúl y empezó a revolver:

—Sí... justo la que creo que... ¿me dijiste de color verde brillante y flores en rojo, no?

Un sonido agudo salió de su garganta y se levantó violentamente para arrojar sobre el baúl y comenzar a revolver ella.

—Oh, Andrés... no es cierto... no es verdad... no trajiste... Andrés, aquí no hay nada rojo y verde.

Apoyaba los puños sobre las caderas y miraba enojada a su hermano quien la miraba muerto de risa. Con un mohín se acercó hasta él y, poniéndose de puntas de pie, le tiró de uno de los bucles que estaban creciendo.

—Eres un tonto...

—¡Tendrías que haber visto tu cara, hermanita!

Soledad lanzó un resoplido y volvió a meterse dentro del enorme baúl. Las telas eran verdaderamente bellas, había algunos brocados de seda, sedas estampadas con pequeñas flores rosadas y rayas verdes muy finitas. Una tela especialmente hermosa le llamó la atención. No tenía estampado, era una sencilla seda azul.

Levantó los ojos y se encontró con la mirada de Andrés. Tratando de

ayudarlo, se volvió a Martina y le dijo sonriendo:

—Este color no es bueno para las morenas. Es mejor para las rubias, ¿no crees?

Martina era incapaz de no prestar atención a una tela tan bella como esa, pero no quería que su esposo pensara que ella era derrochadora, así que sin expresión alguna le contestó:

—Creo que le iría bien a cualquier...—quería decir cualquier señora pero se le ahogó la voz en ese momento, a causa de un terrible nudo en la garganta. Tratando de no llorar delante de ellos, fijó de nuevo su vista en el bordado.

Soledad vio que Andrés apretaba los labios con fuerza, hasta que se le pusieron blancos. Se movió impaciente por toda la sala de estar pasando los dedos por los muebles. Luego pareció resignarse.

—Bueno... —dijo sin quitarle de encima la mirada suplicante— tengo que ir a supervisar a los hombres que ordenan los almacenes, ¿desean las damas algo de allí?

“Solo míralo Martina, por Dios, solo míralo”.

Martina permaneció en silencio bordando.

Los silencios de Martina

Soledad miraba a Martina con el ceño fruncido. Aparentemente, su cuñada no se había emocionado ni un poquito al recibir a su esposo otra vez en la casa. Impaciente y enojada por su actitud, lanzaba resoplidos pensando que tal vez ella levantaría la vista del bordado que estaba haciendo. Como no lo hizo, terminó por preguntarle:

—¿Y por qué no le hablaste, Martina?

—Le di la bienvenida... —y luego de una pausa en la que suspiró y se puso la mano en el pecho continuó en voz muy baja—. Estoy contenta de que haya regresado. Feliz.

—¿Y por qué no se lo dijiste?

Martina la miró con los ojos llenos de sorpresa:

—Se lo dije...

—¡No, no se lo dijiste! —gritó Soledad acalorada.

A veces le asombraba la pasión con la que aquella mujer podía hablar. Y recordaba las palabras de Andrés al decirle que su hermana disfrutaba de las emociones y no tenía problemas en expresarlas.

Soledad se había levantado de la silla y caminaba por la sala con las manos tomadas en la espalda. Luego de unos paseos se detuvo frente a ella y se arrodilló hasta dejar la cabeza a la misma altura que la de Martina.

—Hace tanto que no lo ves, ¿y esa es la bienvenida que le das?

—Le dije que me alegraba de verlo —Martina estaba haciendo esfuerzos por no llorar.

—Sí, pero él quería algo más... te miraba tan ansioso. Estoy segura de que

quería que lo abrazaras.

Ella negó con la cabeza.

—No sabía qué hacer. No sabía si le gustaría que lo besara o no.

—¿Cómo dices, Martina?

Soledad no podía creer lo que oía. Andrés era un hombre práctico, sí, pero también apasionado. Amaba a su esposa y no temía demostrar que se desvivía por complacerla, ¿acaso había necesidad de otra prueba?

—¿Andrés te dijo eso?

Su cuñada volvió a sacudir la cabeza.

—No es necesario que lo diga... —endureció sus facciones mirando hacia el patio a través de la ventana, pensando en cuánto le hubiera gustado estar lejos de allí, cerca del río, donde todo era más claro y tranquilo.

—No creo que Andrés piense de esa manera.

—¿Por qué no? —preguntó Martina volviéndose rápidamente.

—Porque ambos somos románticos —explicó sin que fuera necesaria alguna aclaración de su parte.

Martina no dijo nada.

—Andrés te quiere.

—No... —Martina parecía muy desconcertada con esa afirmación.

—¿Cómo no? Claro que te quiere, te lo debe haber dicho tantas veces — continuó haciendo un gesto afirmativo—. Andrés está enamorado de ti y fue muy triste ver la cara que puso cuando no miraste las telas que había traído para nosotras.

Soledad vio a la joven sacudir la cabeza nuevamente mientras dos lagrimones corrían por sus mejillas.

—No. Las telas son para vender en la tienda, no son para nosotras. Está mal que pienses así... Tu hermano va a pensar que derrochamos dinero...

—¡Pero si Andrés tiene dinero de sobra!

Martina sollozaba en silencio, estrujando el bordado contra su rostro. Soledad se sentó a su lado y le pasó un brazo por los hombros. Palmeándole la espalda, trató de consolarla.

—Andrés siempre me trae telas, encajes, juegos de porcelana y a veces hasta algunas joyas. Y las trae especialmente hasta aquí, todo lo que quiere vender lo lleva directamente del puerto a los almacenes.

—Él te quiere mucho... —Martina se secaba las lágrimas con la sábana. Había dejado de llorar, haciendo un esfuerzo por calmarse.

—Nos quiere mucho a las dos. Y las telas también son para las dos, al menos eso pensé yo. Tal vez fuesen todas para ti. Aunque si es así lo haré volver ahora mismo a Colonia para que me traiga más.

Soledad sonreía pícaramente y Martina intentó devolverle la sonrisa, aunque le salió poco más que una mueca triste. Luego fijó su mirada recelosa en el baúl que estaba en medio de la sala. No esperaba que su marido pensase en ella durante su viaje, menos aún que le trajera un regalo. No se atrevió a pensar que aquellas hermosas telas inglesas podían ser para ella. Después de todo, él simplemente había dicho que las había traído y después había salido presurosamente a llevar el resto de los baúles a los almacenes de la tienda.

Suspiró apretando los puños y poniendo rígido el cuello. La costumbre era más fuerte que cualquier palabra de Soledad. Sonrió con amargura, tratando de aceptar las palabras y el hecho de que, sí, los regalos eran para ella.

Al ver su expresión, Soledad suspiró a su vez, pero de resignación. Se sintió frustrada y molesta, preguntándose quién en su familia le habría inculcado la estúpida idea de que era derrochona. Nadie en su sano juicio podía pensar eso de Martina, quien vivía vestida con horribles telas opacas y a la que le había visto solo el colgante de esmeralda que Andrés le había regalado para la boda.

Sabía que no era algo que se usara en la ciudad, puesto que las damas de Buenos Aires, aunque estaban un poco atrasadas en los modelos, usaban las telas suntuosas que sus maridos vendían, así como cubiertos de plata y vajilla de porcelana.

Era tan extraño como que no supiera escribir. Soledad sabía perfectamente que muchas de las jóvenes porteñas habían ido al Colegio de Huérfanas o tal vez a alguna escuela parroquial. Lo sabía porque había interrogado a fondo hasta la última niña que le habían presentado, incluso hasta concurrían algunas que no pertenecían a las familias más importantes.

Unos días más tarde, Andrés se había ausentado otra vez. Ella le había reprochado las ausencias y Andrés le había contestado que se las reprochaba a sí mismo más que cualquier otra cosa.

—Escúchame bien —le dijo al despedirse de ella por la noche—, Martina no se siente bien en estos días. No me ha dicho nada, no me ha hablado de las cartas que le mandé, no dice lo que siente. A veces tiene el vientre revuelto y se siente mal por las noches. Quiero que la cuides, que la vigiles con Leonardo y con Paquita. Que no salga sola. Habrás notado que es frágil y que

no es igual que nosotros. Detesto salir de viaje una vez más y más con ella sintiéndose así, pero el hombre de Colonia no me habría escrito si no fuese necesario. Cuídala, por favor, algo no anda bien.

Soledad le besó la frente.

—La cuidaré, te lo prometo. No hace falta que expliques nada. Solo trae más telas.

—Te lo prometo.

Tal como le prometió a su hermano, Soledad se quedó vigilando a su cuñada con mayor interés y cariño que antes. Se sentía un poco culpable por espiarla, pero, se decía, era por el bien de Andrés. Había descubierto algo muy interesante. Martina, después de la siesta, dejaba dormido a Andrés y se iba a caminar con Paquita. Se iban muy silenciosas y volvían enseguida, como si fueran a hacer algo rápido y secreto.

Un día decidió seguirla. Arrastró consigo a Leonardo, quien no pudo decir que no después de su pedido. Él también había notado los paseos de la siesta de doña Martina y le intrigaban mucho. Las persiguieron sigilosamente hasta que llegaron, con sorpresa, a la orilla del río, cerca de uno de los arroyos que cruzaban la ciudad.

Subida a una de las toscas, que no estaba ocupada por las negras lavanderas, Martina miraba silenciosamente el agua, mientras Paquita se mantenía a cierta distancia, conversando con un mulato que la hacía sonreír.

Soledad miró a Leonardo con expresión confusa.

—¿Viene a la orilla del río?

—Así la vio don Andrés por primera vez.

—¿Y por qué hace eso? ¿Espera a alguien?

—No lo sé —respondió Leonardo que no era afecto a las especulaciones imaginativas como Soledad.

—Vamos, Leonardo —dijo Soledad resignada—. Ya sabemos dónde están, tenemos que volver a casa antes que ellas.

Soledad lentamente se volvió y empezó a caminar hacia la casa. Aún intrigada por la actitud de Martina, se volvió para observarla por última vez.

Se detuvo al instante y empezó a correr llamando a Leonardo.

Paquita estaba sacudiendo a su ama, quien se había desmayado en la tosca.

Asunto de esposos

Soledad caminaba por la sala de estar y respiraba agitada. Arrugaba el vestido entre sus manos, tratando de encontrar una respuesta a la enfermedad de Martina. Tal vez fuera el viento que corría en la orilla del río, o tal vez era que ella había hablado de más y la dulce Martina no había soportado escucharla. Empezaba a sospechar que quizás fuera esto último. También podría ser que fuese muy importante para ella que se reconociera su modestia y su recato.

Esta vez era el turno de Leonardo de calmarla. La seguía con la mirada, esperando con los brazos cruzados las observaciones del médico, encerrado en la habitación con Martina y Paquita. Ansioso él también, se puso de pie para detenerla tomándola del brazo.

—Por favor, Soledad, cálmese. Caminar no va a sanar a doña Martina.

—Pero es que no entiendes, Leonardo —trató de explicarle ella tomándolo el brazo—. Si le llega a pasar algo, Andrés va a sentirse tan mal... No voy a poder soportarlo.

—¿Usted no sospecha nada? Don Andrés me habló del malestar de doña Martina. No creo que sea tan grave como usted piensa. Más bien parece algo normal.

Soledad habría muerto antes de decir lo que dijo a continuación frente a cualquier persona que no fuera Leonardo.

—No entiendo.

Él la tomó de la mano, ocultando su sonrisa.

—No sé por qué no ríes más. Te queda tan hermosa la sonrisa.

—Doña Soledad...

—No me llames así. No entiendo, Leonardo, ¿qué es lo normal?

—Paquita y la cocinera Marta también piensan lo mismo. Es posible que doña Martina esté esperando y por eso se sienta mal. Es muy normal para una recién casada. Ella es muy inocente y quizá no lo sepa, pero la esclava que tiene es muy rápida y lo sospecha desde hace tiempo.

La cara de Soledad fue una bendición para Leonardo. Se había enrojecido levemente y los ojos le bailaban de alegría, y miró hacia un lado y otro de la sala. Él le adivinó el movimiento de acercarse a besarlo y él también se arrimó.

Se separaron de inmediato cuando Martina entró por la puerta, seguida de Paquita.

—Martina —exclamó Soledad confundida—. ¿Dónde está el doctor Rodríguez?

—Ya se fue. Necesito un favor.

Soledad asintió mientras observaba a Martina. Seguía pálida y ansiosa pero no parecía sumamente preocupada. La expresión general de su rostro la tranquilizó.

—No vi al doctor Rodríguez irse —murmuró Leonardo mirando por la ventana.

—Necesito un favor —insistió Martina mirando a Soledad.

—Sí, dime, lo que necesites.

—Necesito escribirle a Andrés.

—¿Ahora?

—Sí, ahora, es muy importante.

—¿Pero qué dijo el médico? ¿Estás muy enferma? ¿Te quedan pocos meses de vida? Es mi culpa, ¿no es cierto? No te tendría que haber dicho lo de las telas... —quería a toda costa sonsacarle una confesión.

—No, no voy a morirme. Pero tengo que escribirle, Soledad.

—Está bien —contestó resignada. La llevó hasta el pequeño escritorio de jacarandá del Brasil que usaba para escribir mensajes y le buscó papel. Luego se alejó hasta ubicarse al lado de Leonardo, quien se había escondido discretamente en un rincón.

Soledad le habló en voz baja:

—¿Crees que le diga algo sobre mí?

—No lo creo.

—Porque sería injusto que por mi terrible bocota, ella se sintiera mal.

—No creo que sea por eso.

—¿Crees que de verdad está esperando?

—Si estuviera enferma el médico no se habría ido sin decirnos nada. Lo más probable es que le haya dicho que se lo comunicara solo a Andrés. Suele ser secreto al principio.

Martina estaba esperando un niño.

Andrés iba a ser papá.

¡Y ella iba a ser tía!

No pudo resistir la emoción, y sin ningún decoro se tomó al brazo del un poco asombrado Leonardo y comenzó a llorar. Él la abrazó emocionado también. No había llegado a tener niños con su esposa pero los habían deseado mucho. Le ponía contento que, si todo era cierto, don Andrés aumentara el tamaño de esa pequeña familia.

Soledad ya saboreaba el placer de ser tía. Al fin tendría un auditorio al que contar los cuentos que escribía todas las tardes encerrada en su cuarto. Se preguntó si sería una niña o un varón. Tal vez tendría que empezar a seleccionar los más adecuados para un bebé. Estaba determinada a leerle a su sobrinito ni bien naciera. Lo convertiría en un completo letrado, preparándolo para el Colegio de San Carlos y luego para la univ...

—¿Qué hago si me olvido de decirle algo? —Martina había levantado la cabeza del papel y la miraba ansiosa.

Olvidando por un momento el futuro Lope de Vega que sería su sobrinito, Soledad se acercó y trató de tomarle el papel todo manchado de tinta. Ella quitó violentamente el papel del alcance de su mano, escondiéndolo en su regazo.

—No se puede leer hasta que lo sepa Andrés —le dijo Martina resuelta.

Soledad aceptó mirando de reojo a Leonardo, confirmando lo que él sospechaba:

—Entonces colocas una posdata aclarando lo que olvidaste decirle. Pero tiene que ser breve, si no tendrás que empezar la carta de nuevo. ¿Quieres que te ayude? Si me dijeras lo que necesitas escribir...

Lo que vio casi la hizo caerse de espaldas.

Martina revoleó los ojos hacia arriba, en un gesto impaciente. Se giró con rapidez y comenzó a escribir manchándose la boca de tinta al llevarse a los labios la pluma. Cuando Soledad trató de acercarse a espiar lo que había

escrito, le hizo una mueca de desagrado y cubrió la hoja con un brazo, para seguir escribiendo sin que ella viera.

—No se puede ver. Es asunto de esposos.

Al otro lado del río

Colonia del Sacramento era una pequeña aldea, casi una hermana menor de Buenos Aires.

Y también era bastante diferente.

El río era más bello allí que en la capital del virreinato, fue lo primero que Andrés notó. Rocas emergían de todas partes, en lugar de las toscas de barro que cubrían la orilla de Buenos Aires. Se había hecho la costumbre de ir hasta el río y mirar hacia el oeste, buscando la figura de su esposa en la distancia, preguntándose si ella estaba allí, como cuando la había visto por primera vez.

Hacer negocios en Colonia llevaba su tiempo. Sus ideas y vueltas, sus coqueteos con contrabandistas y las necesidades de secretos de los funcionarios. Había que llegar hasta una de las estancias que tenía don Andrés Romero en la Banda Oriental, encontrarse con su capataz, entregarle los cueros y esperar a que volviera de reunirse con los vendedores en la frontera con el Brasil. Había que esperar que volvieran con el dinero y rogar que no se cruzaran con cuatrerros o ladrones que buscaban hacerse de dinero fácil.

Si bien se corría algún riesgo comprando y vendiendo cosas prohibidas, Andrés estaba convencido de que la culpa de todo la tenía la Corona española. Después de todo él era un criollo, aunque se hubiera criado en Cádiz, y pensaba que ya era tiempo de que España les diera más libertad a las naciones americanas o ellas se verían interesadas en sublevarse. Y si alguna vez se le había cruzado la idea de que el contrabando estaba mal, viviendo en Buenos Aires comprendía que era parte del modo de vida de todos por igual,

sin distinciones, criollos, españoles, blancos, negros, libres o esclavos. Y si lo que producía España no alcanzaba para las demandas americanas, pues que se fuera y dejara el lugar a países más capaces. El comercio con España sencillamente no funcionaba más. Era obsoleto, poco dinámico y en ocasiones hasta podía arruinar a alguien que se veía atiborrado de cueros imposibles de vender porque se habían cerrado los puertos.

Estaba de acuerdo con don Manuel Belgrano, tal vez fuera hora de que los criollos tomaran algunas medidas para sacarse esa horrible carga de encima. ¿No lo habían hecho en América del Norte? ¿No se había revolucionado toda Francia ante un rey que no merecía estar en su lugar?

La cuestión era difícil de considerar y además, estaba seguro de que muchos hombres poderosos porteños no estarían de acuerdo con la idea. Su suegro por ejemplo. Don Rodrigo era de los que pensaba que si el negocio de comprar y vender lo hacía rico, entonces no había nada que hacer.

Pero él quería otra cosa. Inglaterra necesitaba lanas y cueros, tal vez, comprando algunas tierras, se podría hacer negocios con ellos. Ofrecerles lo que necesitaban y tomar lo que los porteños querían. O quizás, si el comercio de lana fuese demasiado arriesgado, comprar una estancia muy cerca de la ciudad y llenarla de árboles frutales. Buenos Aires nunca tenía fruta en los mercados, excepto los duraznos y los limoneros que había en las casas. Se moría por comer una naranja o una manzana. Pero las que llegaban del resto de las provincias generalmente estaban podridas. Pero él no podía dejar de dedicarse al comercio, después de todo de allí sacaba su riqueza.

En fin, tenía varios planes en la mente, pero a la mayoría de ellos les faltaba una pata.

Como el problema de Martina.

Cuando estaba distraído esperando a las mercancías que venían de la frontera o preocupado por un barco que se retrasaba y los cueros que se echaban a perder, iba caminando hasta la ribera a pensar en ella.

Andrés descubrió que el Río de la Plata era un buen compañero para pensar en ella.

Al amanecer el río verdaderamente se convertía en plata líquida. Tal vez habían tenido razón en bautizarlo de esa manera. Tal vez el que sus aguas fueran tan marrones hacía que se pusiera tan bello cuando el sol le daba de frente. Miraba hacia el oeste, hacia las islas que estaban frente a la costa de Colonia y pensaba en su pequeña esposa.

Veía cómo se movían las olas del río, que de ese lado de la ribera parecía mucho menos infinito que desde Buenos Aires. Tenía los ojos fijos en el horizonte. El río tenía exactamente el mismo color que el cabello de Martina. Un rubio muy oscuro en la sombra que se volvía refulgente bajo el brillo del sol. Tal vez Martina y ese río estuviesen hechos del mismo material.

Recordó su imagen, una joven, apoyada en un álamo, mirando el río fijamente, en dirección a él. Recordó el movimiento de las aguas y el ruido de las pequeñas olas de ese río que parecía un mar. Pudo ver perfectamente, en la orilla vecina, a su esposa que miraba el río, justo en el lugar que la había visto por primera vez.

Sintió de pronto un escalofrío que le recorrió la espalda. Un irracional sentimiento de angustia se apoderó de él. Se levantó y, tratando de calmarse, se dirigió lentamente hacia la casa que alquilaba en la calle San Gabriel.

Sus pensamientos volvieron otra vez a su esposa. ¿Qué era lo que la hacía actuar de aquella manera extraña? ¿Por qué podía volverse una moza ardiente por las noches, mientras que durante el día era casi una estatua de mármol? ¿Por qué lo recibía tan fríamente si después en la cama era todo lo contrario?

Al ser un hombre práctico, había tratado de buscar una solución rápida. Martina le gustaba mucho y, casi asombrado por la pasión de su amor, se casó con ella. Estaba casi seguro, aunque había dudado, de que ella también lo amaba. Pero todas esas dudas habían resurgido con el correr del tiempo. Hacía cinco meses que estaba casado y no podía decir que era infeliz, pero sentía que no era todo lo feliz que podía ser.

Había llegado a Buenos Aires con la intención de hacerse rico y demostrar que era tan buen comerciante como encargado de ventas había sido en Cádiz. Lo cierto era que ya ni recordaba su vida en España. Cada vez que intentaba recordar a sus amigos o alguna joven de la que se había enamorado, su cabeza insistía en devolverle la imagen de Martina comiendo miel.

Todo se refería a ella. Si compraba telas pensaba en cuáles le gustarían. Si encargaba muebles de Brasil imaginaba el rostro de Martina tratando de ocultar lo vanidosa que era y cuánto le agradaba tener cosas bellas. Un diamante nunca era lo suficientemente brillante, una porcelana nunca era lo suficientemente fina para ella.

Se había olvidado del ahorro y de la cautela que su tío le había enseñado. Tenía treinta y un años y quería mimar a su preciosa mujer. Los ojos le brillaban de tal manera cuando estaban juntos por las noches, que se sentía

como el más grande de los hombres. Parecía un tonto. Lo sabía y no le importaba.

Quería llegar a Buenos Aires y abrazarla. Sentirla tan dulce y suavecita pegándose a él como cuando se había despedido. Había visto las lágrimas asomarse a los ojos de Martina, aunque no habían descendido por sus mejillas como él hubiese deseado.

La recordaba sentada en los muebles nuevos de jacarandá que había comprado para ella, con los feos vestidos que se empeñaba en usar y los terribles zapatos que ella misma hacía con ayuda de Paquita.

Los zapatos habían sido un verdadero problema. Con la ayuda de Leonardo, había convertido lo que eran unas zapatillas horribles y casi hechas de papel en los cómodos y gruesos zapatos que Andrés esperaba que su esposa utilizara.

La muy vanidosa se había negado rotundamente a usarlos, alegando que eran muy grandes y que harían que sus pies se vieran deformes. Él había insistido pero había fracasado. Martina llevó a la casa de la señora Medrano unos zapatos de seda. Llovía a cántaros y, como él había augurado, a la mañana siguiente se enfermó. Desesperado llamó al doctor Rodríguez, quien, después de revisarla, le aseguró que se pondría bien. Una vez que el médico partió, se dirigió corriendo a la habitación para llenarla de reproches. No pudo hacer nada en realidad, porque cuando llegó la vio tan pálida que terminó acostándose con ella, acariciándole la cabeza porque la pobrecita estaba muy mareada.

La otra cuestión eran los vestidos. Había descubierto que, si dejaba que Martina tomara la decisión, probablemente el atuendo que usara sería el menos caro y el más remilgado de la ciudad. Si él hacía una sugerencia acerca de sus vestidos, ella simplemente se quedaba en silencio mirando el suelo con el cuello rígido. Pero lo extraño era que la mayoría de las señoras usaban telas muy caras, las mismas que sus maridos vendían, de modo que no se esperaba en la ciudad que ella se vistiera de esa manera.

No entendía la razón y al intentar preguntárselo, otra vez se había quedado inmóvil. De hecho, esa era la reacción que ella tenía casi siempre que él le hablaba. Eran pocas las veces que él y Martina podían hablar a solas, porque siempre estaban Soledad o Juan o Paquita en el medio. Por las noches era distinto. Él era el que apenas podía hablar con Martina respirando suavemente en su oreja.

Tenía un plan.

Sabía que Martina era reacia a conversar con él. Pero también sabía que a ella le gustaban las telas hermosas, las sedas y el brocato. Compró un baúl entero de telas inglesas solo para su esposa. La vestiría con telas inglesas pero como una dama francesa y las demás señoras y señoritas de Buenos Aires se morirían de envidia de su mujer. Él estaría tan orgulloso de ella que la pasearía por La Alameda hasta sentirse satisfecho. Ella se enamoraría por completo de él al ver cuánto la complacía en sus caprichos y le contaría todo lo que pasaba por su cabecita rubia.

Y él sería el ser más feliz de la tierra.

Y, por añadidura, el resto de las mujeres querría imitar a su esposa y buscaría comprar las telas inglesas que él había traído de Colonia en otro baúl. ¿No era el plan más sencillo del mundo?

Le costaba mucho admitirlo, pero se estaba cansando de tener a su esposa solo en la cama. Quería más, mucho más. Pero nada de eso podía tener porque ella ingresaba en ese mundo privado que él tanto detestaba. Estaban separados por un río tan ancho como el de la Plata.

Y sí, realmente se estaba cansando.

De vuelta en la casa, se sentó y apoyó los codos en la rústica mesa que estaba frente a él. Hundió la cabeza en las manos, frotándose los ojos. Quería a Martina, la quería con toda su alma. Ella era su esposa y estaba seguro de que lo amaba también.

Pero había algo entre ellos dos. Algo sin nombre que los separaba.

No escuchó a uno de los criados que se acercó, hasta que sintió que le tocaban suavemente el hombro.

El negro le entregó una carta. Era de Soledad. Un largo palabrerío acerca de los chismes de la ciudad, de las cosas que Juan le contaba de las tertulias y sobre los cuentos que escribía. Había dedicado dos hojas para preguntarle si sus cuentos serían apropiados para niños chiquitos. Andrés se pasó la mano por la frente. En ocasiones le costaba seguir los pensamientos de su atolondrada hermana.

Entre las hojas descubrió otro papel, aún más doblado. Estaba escrito con una letra infantil, de alguien que estaba dando los primeros pasos en el arte de la caligrafía. Era simplemente un párrafo muy mal escrito, confuso y con una ortografía deplorable.

*andres ezcrivo para anunsarte qe estoi ezperando
tienes qe ir pronto a buenos ayrez que te estoi esperando
se despide con mucha amor
martina albares de don andres balboa
postada ¿venden en la colonia miel de abejas qiero provarla*

El ancho río entre los dos

Llegó a Buenos Aires en la tarde de una de esas bochornosas semanas de calor que el otoño de Buenos Aires ofrecía a sus habitantes. Le habían informado que si se miraba atentamente hacia el sur, se podía ver una oscura línea que avanzaba desde el horizonte. El calor bochornoso se iría y pronto vendría una tormenta de lluvia y frío.

Al descender de la pequeña barcaza que lo había llevado hasta la orilla, no pudo dejar de pensar que la había extrañado. Por las razones que fueran, el río era distinto desde el este. Tenía otro paisaje, relieves, otros colores y otros vientos.

Pero nada se comparaba con la superficie sobria que unía la tierra con el agua. Parecía que estaban unidos de alguna manera, que estuviesen hechos del mismo material.

Lo que estaba en el vientre de Martina era igual que esa orilla del río. Algo hecho del mismo material de los dos, que crecía despacito y su ternura le calentaba el cuerpo.

Tenía una sonrisa feliz en los labios que reflejaba cómo se sentía. Feliz, benevolente, comprensivo. Buenos Aires ya no le pareció una pomposa aldea. Tenía los edificios bajos, sí, pero eran fuertes y estaban acostumbrados a la inclemencia del tiempo. Era una ciudad, después de todo, una ciudad donde vivían su mujer y su hijo.

Colonia le había parecido casi primitiva, con todas sus casitas de piedra rosada y ocre. Cádiz tenía toda la opulencia barroca española. Era una bellísima ciudad y también muy lejana. Buenos Aires era su hogar. Había

hecho grandes amigos y grandes negocios. Soledad lo había seguido sin quejarse ni una sola vez.

Y estaba Martina. No podía dejar de pensar en ella ni un instante. Extrañaba todo de ella. Ansiaba verla, deseaba abrazarla y apretujarla hasta dejarla sin aliento. La volvería loca contándole qué era lo que había hecho en Colonia para que se quedara embobada mirándolo.

Y luego, tan solo luego, la llevaría lentamente a la habitación para amarla con mucha ternura y muy despacito, cuidando de no lastimarla. Después la obligaría a permanecer acostada hasta tener al bebé. Ya había escuchado demasiado acerca de los dolores del parto y no quería que nada hiciese sufrir a Martina.

Llegó de noche, con los truenos golpeando las paredes de las casas de Buenos Aires. Después de abrazarlo hasta dejarlo sin aire, Soledad le anunció que Martina lo esperaba en la habitación. La noche se había puesto sospechosamente nublada y fría, una de esas terribles tormentas se acercaba. Era un clima que exageraba. Demasiada humedad, demasiada lluvia, demasiado calor, demasiado frío, demasiados truenos.

Una esposa demasiado arropada en la cama que lo miraba tímida sin darle la bienvenida que él deseaba.

—Hola —le dijo con un susurro.

—Hola —le dijo ella suspirando.

Se quedó mirándola atontado.

—¿Estás contento?

—¿Porque volví? —preguntó fingiendo torpeza.

Se sentó a su lado y comenzó a desvestirse.

Ella sacudió la cabeza impaciente.

—No, por la otra noticia...

—¡Ah! Sí. Bastante.

Exactamente el rostro que quería ver. Los ojos redondos de vaca y el labio inferior sobresalido del superior. La imagen de la súplica misma, destinada a hacerlo cambiar de opinión. Con un veloz movimiento le sacó las sábanas de las manos y se acomodó sobre su esposa. Ella se revolvió bajo su peso con delicadeza:

—Con cuidado.

—¿Alguna vez hice otra cosa, mi amor?

—Ahora con más cuidado entonces. ¿Andrés?

—Quiero mostrarte lo feliz que estoy por la noticia.

Sintiéndose satisfecha Martina dejó de moverse y dejó que Andrés hiciera lo que era su deber como marido. Había descendido rápidamente hasta su vientre y allí le acariciaba el ombligo con la lengua. Trazaba círculos hacia un lado y luego hacia el otro, haciéndole cosquillas que le provocaban risitas que ni se detenía a ocultar.

—¿Prefieres los besos cortos... —y la besó rápidamente en los pliegues de la entrepierna— o prefieres los besos largos?

Y se apoderó de ella nuevamente pero esta vez con toda su boca y su lengua completamente dispuestas a provocarle placer. El ascenso de Martina hasta la completa embriaguez del éxtasis fue rápido y certero. Ya casi al borde del desmayo tomó los cabellos de su marido. Después gritó su nombre entre gemidos y finalmente se dejó arrastrar por el sublime placer que su hombre, su marido, su dueño le estaba ofreciendo.

Verla en la culminación de su placer fue para Andrés el placer mismo. Subió hasta su cuello, hundió la cabeza en el hueco del hombro y la penetró rudamente. No se movió ni un minuto dentro de ella y, sencillamente, estalló de goce.

La noche se sacudía con una de esas torrenciales lluvias acompañadas de fuertísimos vientos que no le habían dado el nombre a la ciudad. Los truenos hacían estremecer hasta al más valiente de los porteños y los relámpagos probablemente harían caer algún árbol. Los faroles se apagarían y por la mañana algunas calles estarían llenas de agua.

Pero dentro de la habitación, caldeada por las horas de amor que habían compartido, el mundo parecía haberse detenido en una atmósfera tranquila.

Martina aferraba a su marido sintiéndose segura.

Con voz somnolienta le preguntó:

—Andrés, ¿qué es ser romántico?

Resignado a que los únicos momentos que podía hablar con ella eran justo el breve tiempo entre hacer el amor y dormirse, contestó con otra pregunta:

—¿Y dónde escuchaste esa palabra?

—Soledad dijo que era una “romántica”.

¿Era su imaginación o Martina le estaba acariciando el pecho? Él estaba tendido de espaldas y ella se apretaba contra su costado. En un gesto protector, Andrés le había pasado el brazo sobre los hombros y la apretaba contra él.

—Creo que mi hermana habla demasiado a veces —contestó haciéndose el enojado, solo para provocarla.

La reacción de ella no fue la que él esperaba. Fue mejor.

Interesada en la conversación que estaban teniendo, Martina puso una pierna sobre su muslo para abrazarse mejor.

Inmediatamente la perdonó por la fría bienvenida. Después de todo, debía ser indulgente con ella: estaba esperando su hijo.

—¿Es indecente ser romántica?

Andrés rio. Soledad habría puesto el grito en el cielo al oír a alguien llamarla indecente, solo por decir lo que pensaba.

Al sentir su risa, Martina empezó a tamborilear de impaciencia los dedos contra su pecho.

—¿Andrés?

—Una mujer decente no debería poner esa cara a su marido —le dijo provocándola más.

Alzando la cabeza para mirarlo a los ojos, Martina puso una expresión inocente.

—Yo no dije nada.

—Está muy claro que estás enfadada y no me lo dices. Te molesta cuando me río de ti.

—No es cierto.

—Es verdad, Martina.

Ella no respondió nada.

Andrés la observó atentamente. Parecía estar dudando en decir algo.

—¿Te enojaste porque te pregunté qué era ser romántica?

—¿Cuándo me he enojado contigo, Martina? —le preguntó mientras le acariciaba dulcemente la espalda. No trataba de excitarla, simplemente quería consentirla hasta que la expresión de angustia que nublaba su cara, se extinguiera para siempre.

—Te enojaste cuando no quise ir a lo de doña María Medrano.

—Eso fue diferente —y le tomó la cara del mentón para mirarla fijamente a los ojos—. Yo no me enojé, se me agotó la paciencia.

—¡Pero querías que me pusiera esos zapatos gruesos!

—¡Estaba lloviendo y tú querías usar los zapatos de seda!

—¡Pero íbamos en la carreta! No me mojé nada, tú lo viste. Y los mareos del día siguiente fueron por el embarazo. Todo eso fue por el embarazo. El

doctor Rodríguez me lo dijo el otro día.

Lo miró con una carita pícara que jamás le había visto. Andrés pensó que si ella le pedía la Luna, él iba a conseguírsela.

Esperó a que continuara.

—Así que tú tienes la culpa... ¿Andrés? —preguntó tratando de reunir coraje.

—¿Qué, mi amor?

—¡No me gustan las botas de cuero que me hizo Leonardo!

—Pero tienes que usarlas ahora que sabes que estás esperando. Mira si te enfermas y pierdes el niño. Es una de tus obligaciones de esposa cuidar de nuestros hijos.

Martina frunció las cejas y la boca, enojada.

—Tal vez podría decirle que te haga unas más delgadas.

Ella cambió rápidamente su expresión por una de súplica, que Andrés conocía bien.

—Sííí, por favor, y que no sean negras...y quizás le pueda poner alguna cinta de seda...

Era la que ella usaba cuando él intentaba ponerse serio con ella. Y, como siempre, tuvo efecto: le sonrió embobado.

—Una dama decente no debería poner esa cara —le repitió.

—¿Y ahora qué cara puse?

—Pusiste ojos de vaca, Martina. Creo que nadie en este mundo puede poner una cara como esa, tan lastimera...

Ahora la cara de su esposa se cubrió de una fría expresión de rencor, que contrastaba con el resto de su cálido cuerpo que lo arropaba a falta de mantas. La tormenta había sido traída por el maravilloso viento del suroeste, después de unos días de agobiante calor y Martina había pedido a Paquita que sacara las mantas de abrigo.

Frotándole la espalda, le dijo entre carcajadas que se le escapaban de la boca:

—¿Qué te ocurre ahora?

Una voz lenta y aguda le respondió:

—No soy una vaca.

Ahora ni siquiera pudo reprimir las carcajadas.

Martina rebotaba sobre el pecho de su marido escuchando la risa cada vez más atemorizada. Trató de zafarse de su abrazo pero Andrés la rodeó con sus

piernas y brazos y quedó atrapada entre sus garras.

No estaba segura de qué se reía Andrés. Una vocecita le dijo que ya era tiempo de confiar en él, de permitirse amarlo con toda su alma y no a medias, como venía haciendo hasta ahora. Andrés no iba a hacerle daño, estaba feliz por el bebé que esperaba.

Pero otra voz, más fuerte y temerosa le recordó que su padre no había tenido problema en patear a su madre embarazada.

—Dime lo que piensas, esposa.

Ella acomodó la cabeza sobre su pecho y ahogó un sollozo.

—Voy a obligarte a lamerme hasta que la lengua te quede seca como la de un gato, si no lo haces.

Martina siguió sin responder.

Se había quedado entumecida al recordar la imagen de su padre pateando en el vientre abultado de su madre y la de su amado hermano Adrián tratando de detenerlo.

Andrés reconoció el gesto.

A pesar de estar desnuda y apretada contra él, Martina se había alejado por completo, en ese mar helado de distanciamiento e indiferencia.

Algo había sucedido en ese pequeño diálogo que habían tenido para que ella se alejara de esa manera tan repentina. Se sintió mal y enojado. Impotente por no poder acceder a la mujer que amaba, por tenerla por un instante y luego perderla.

La quería toda para él. La quería por completo. Ella era capaz de entregarse a él de la manera más dulce y apasionada, podía hacerle caras y enloquecerlo con ellas; embobarlo hasta decirle que sí a cualquier cosa que ella quisiera. Hasta había llegado a aprender a escribir sólo para contestarle las tontas cartas que él le escribía. Y cuando decidió que le daría a conocer que sabía escribir, ella le había escrito la noticia más maravillosa.

Pero esos momentos duraban poco. Y entonces ella volvía a convertirse en la mujer fría y retraída que detestaba porque se veía obligado a luchar contra ella para alcanzar a su esposa.

Sabía que ocultaba algo. Sabía que eso teñía sus conversaciones, lo que hablaba, cada vez que estaban juntos.

Era algo que estaba en medio de los dos, impidiendo que se amaran libremente.

No sabía lo que era y solamente ella podía decírselo.

Masajeándole nuevamente el cuello rígido habló con una voz muy ronca pero firme:

—Martina, mi amor, no sé qué es lo que te sucede cuando te vuelves tan retraída. Siento tus hombros ponerse tan rígidos como una piedra. Y te alejas, mi amor, te vas de mí. Tienes que saber que lo odio. Me hace sentir impotente y, créeme, ese no es el mejor sentimiento que pueda sentir un hombre. No sé si tenga que hacerme virrey o marqués. No sé siquiera si estás escuchando lo que digo. Pero te juro por mi vida que te haré salir de ese lugar horrible en el que estás. Voy a sacarte de allí arrastrándote si es necesario. Pero la mujercita vanidosa y dulce que eres, finalmente, se quedará conmigo. Y ese día me harás el hombre más feliz de la tierra. Martina, dime qué es. Por favor, explícamelo. Confía en mí.

—No lo sé...—le respondió ella luchando contra sí misma y sus miedos.

—Encuétrale alguna palabra... cierra los ojos y dímelo, por favor.

Sentándose en la cama y cubierto con las mantas, contemplaba amorosamente a su mujer, que estaba acostada con los ojos cerrados.

Después de un momento, en que él pensó que ella se estaba durmiendo, vio que los labios de Martina se movían pero no alcanzó a oírla.

—¿Qué dijiste? —le susurró imitando su tono de voz e inclinándose hasta ella.

—Que te vayas...

La tristeza más profunda le invadió el alma. Martina no quería verlo ni sentirlo y eso era lo único que él deseaba en ese momento. Quería escuchar sus preguntas acerca del viaje del que recién había regresado, mientras cariñosamente frotaba su muslo contra los suyos. No quería irse, quería dormir con ella abrazada a él, mientras él cuidaba de quedarse quieto para no despertarla.

Se sintió amargado y triste. Un vacío le hundió el pecho. Tal vez unas estúpidas e infantiles ganas de llorar. No podía hacer que Martina confiara en él.

El cuerpo se negaba a moverse. Todavía estaba inflamado de deseo y, más tarde, lo estaría de frustración. Pero ella quería que se fuera y él no iba a negarle nada. Con un suspiro, comenzó a apartar las sábanas.

Una mano en su espalda detuvo el movimiento. En un susurro ahogado pero muy claro, le explicó:

—No quiero que te vayas de mi lado nunca más. Me siento tan sola cuando

estás lejos. Tengo miedo por el bebé y no quiero que le pase nada.

Andrés se volvió hacia ella con una mirada de indescriptible ternura:

—No debes preocuparte amor mío, no va a pasar nada.

Se inclinó para besarle la frente, mientras buscaba las mantas, completamente feliz.

—Odio cuando te vas de viaje... quiero que te quedes conmigo para siempre, Andrés.

—Pensé que te gustaban los viajes...

—No cuando te vas tan seguido, mi amor.

No pudo responderle.

Después de besarla apasionadamente la giró con dulzura. La colocó arriba de la cama sobre su estómago y esperó a que ella reaccionara. Estaba tan aturdida por los besos que ni siquiera se dio cuenta de su posición. Andrés se inclinó sobre ella y con sus enormes y poderosas manos comenzó a frotarle la espalda, sin hacerle daño, pero con energía. Buscó uno por uno los músculos que sabía que tenía contraídos, cada vez que él la dejaba durante unos días, ella se endurecía de esa manera.

Sintió bajo sus dedos cómo se aflojaba, cómo su respiración se hacía más lenta. La escuchó intentar decir algo, pero se inclinó hasta su oído y la hizo callar. Sintió una risita pícaro que lo hizo sonreír y lo excitó.

Decidido a no desperdiciar el tiempo que tenía con su mujer, Andrés volvió a hacerla incorporar y le quitó el camisón. Su pequeña princesa estaba un poco más redonda que la última vez que la había tenido en brazos pero, por Dios que le gustaba más. La atrajo contra sí y ella se dejó hacer. La apretó contra él y, aún desde atrás, hundió su cabeza en el hueco de su cuello para acariciarla y besarla, y sus manos se aferraron con hambre a sus pechos, antes considerables, ahora infinitos.

Gimió casi sollozando y ella echó la cabeza hacia atrás y comenzó a acariciarle los cabellos, a veces tirando de ellos. Andrés la acariciaba desesperadamente. Ella sintió su miembro excitado, hirviente, rozando sus nalgas. Tembló de placer. ¡Hacía tanto tiempo que no tenía a su hombre para ella! Andrés comenzó a besarle los labios y ella lo recibió no solo gustosa sino exigiéndole cada vez más y más hasta que sus bocas y sus lenguas casi fueron una. Mientras ella restregaba sus nalgas contra él, sabiendo que lo volvería loco, él comenzó a deslizar una mano por su vientre mientras la otra seguía acariciando con lentitud su pezón. Le tocó el turno de gemir.

Encantado de sus reacciones, Andrés quiso más: cubrió su monte con la palma de la mano y enterró sus dedos entre los húmedos pliegues.

Excitada, ella le llevó los brazos al cuello desde atrás, buscando darse vuelta y estrechar el contacto. Él se lo impidió. Sin poder sostenerse más cayeron en la misma posición sobre la cama. Ella se quejó, pero él no le permitió darse vuelta. Aún haciendo un mohín, le sonrió y se entregó a su hombre. ¿Cuándo la había decepcionado en la cama?

Él la penetró desde atrás con suavidad, disfrutando cada nuevo milímetro que recorría. Apoyando una mano en la cama, mientras con la otra volvía a friccionarle el cuello, comenzó a moverse dentro de ella, excitándose más y más con sus gemidos. Ella no hacía nada más que disfrutar de la oscilación de sus caderas y el roce del miembro candente y rígido de su marido en su femineidad. Lo sintió iniciarse en el orgasmo mientras ella estaba infinitamente excitada aunque sin poder elevarse por esas cumbres.

Gimió caprichosamente reclamando la porción de placer que le correspondía. La mano que estaba en su cuello se dirigió hasta su cintura y por allí pasó por debajo de su cuerpo, hasta su entrepierna. Se arqueó hacia arriba incapaz de contener el movimiento primitivo de su cuerpo, provocando en Andrés un horizonte de excitación al que nunca había creído poder llegar.

Ella quedó paralizada del placer del orgasmo y luego comenzó a retorcerse contra él gimiendo, gritando, llorando, jurando que lo amaba. Él simplemente lanzó un ronco suspiro y pasada la locura de la pasión se desplomó sobre ella temblando y derramando lágrimas de amor sobre su espalda.

Pasados los temblores, se encargó de acomodarla bajo las mantas. Abril había llegado frío a la ciudad. La abrazó hasta que ella somnolienta se acomodó contra él en un posesivo abrazo.

—¿Qué querías decirme? —preguntó acariciándole la espalda.

—Bienvenido a casa, mi amor.

Se quedaron dormidos, arrullados por la pereza que venía encadenada con el amor.

Dorada pereza que haría menos dolorosa la noticia que intentaría separarlos en los próximos días.

Solo media hora

—Te prometo que es el último viaje, mi amor. Cerraré el trato con Romero y no volveré a Colonia. A partir de ahora solo haré negocios en Buenos Aires.

No le creía. No solía creer en las promesas porque nunca le hacían ninguna. Las pocas personas que podían hacerle algún tipo de promesa confiable, no tenían capacidad para cumplirlas. Los hermanos Álvarez se habían acostumbrado a no pensar demasiado en los vínculos con los demás.

Pero sabía que Andrés regresaría y eso la tranquilizaba un poco. Estar esperando un niño la había puesto muy sensible, algo bastante extraño en ella, que solía ocultar bien sus sentimientos. Tenía los ojos llenos de lágrimas y no podía alejarse del pecho de Andrés. ¡Se sentía tan triste por su partida y abrazarlo era tan agradable!

Dándole golpecitos en el hombro, su marido trataba de quitársela de encima: ya llevaban media hora de retraso y nada parecía alejar a su mujer. Intentó sentarla en el sillón de jacarandá de la sala de estar pero no pudo, ella estaba clavada al suelo.

—Por favor, esposa, tienes que dejarme ir, ya es demasiado tarde.

Ella lo miró con los ojos llenos de lágrimas. Los tenía colorados por el llanto y parecían mucho más verdes. Andrés no podía soportar eso. Alzó un brazo para acariciarle la espalda y con la mano libre tomó su mentón para darle un beso.

—¿A qué tienes miedo, preciosa?

Se aferró más fuerte a él. No podía irse, no podía dejarla sola cuando

estaba esperando un bebé. Los embarazos no eran fáciles para las mujeres y siempre había riesgo de que perdiera el niño por un buen susto. Si Andrés estaba con ella, Martina se sentía segura, protegida, hasta querida. Él se había convertido en todo para ella, la vida misma le parecía imposible sin él. Como si hubiese nacido al conocerlo, experimentaba emociones nunca antes sentidas de devoción, de cariño, de lealtad, incluso de celos al ver que frecuentaba demasiado la casa de tal o cual joven señora.

—No quiero estar sola —le dijo escondiendo la cara en la chaqueta de su marido.

—Pero Soledad está aquí. Y Leonardo tiene la orden de cuidarlas. Y lo hará. Estoy seguro.

Con un coraje que había adquirido en los últimos días a causa del afecto que Andrés le brindaba constantemente, al instarle a decir lo que sentía, Martina alzó la cabeza para mirarlo a los ojos y haciéndole pucheros le respondió:

—Soledad me marea.

Las carcajadas que salieron del ancho pecho de su esposo la sacudieron un buen rato. Cuando se calmó, él se inclinó para darle un sonoro beso en la mejilla salada por las lágrimas.

—Así es exactamente como me hace sentir a mí, ¿sabes? Pero mi hermana te quiere mucho y se preocupa por ti. Tal vez ambas se pudieran hacer un favor: tú le enseñas a cerrar la bocota y ella te enseña a escribir lo que piensas. Me contó toda la historia de las cartas. Estoy tan feliz de que puedas escribirme. Escríbeme, ¿sí? Todos los días.

—¿Todos?

—Por favor.

Martina escuchaba atentamente, relajándose solamente al oír su voz agradable. Andrés todavía la sostenía por la cintura y suavemente la acunaba. Era como estar en un bote viajando lentamente, con el agua meciéndose bajo ella.

Era el cielo.

Y ella lo estaba tocando con las manos.

Andrés la miraba esperando alguna respuesta. Haciendo algunos mohínes más, Martina finalmente se resignó a que se fuera, aunque no a dejar de abrazarlo. Se acurrucó contra él, quien emitió un gemido de desesperación.

—Si no me sueltas, tal vez no llegas para encontrar en el mercado esa miel

de rosas que te gustó tanto. —Había encontrado en Colonia una mujer que tenía panales cerca de unos rosales y la miel que las abejas producían era verdaderamente exquisita y distinta de las demás.

Rápidamente Martina soltó su cintura, pero no separó la cabeza de su pecho. Andrés se podría haber movido, pero descubrió que aún no tenía la fuerza necesaria para dejar a su mujer. Estaba dulcemente apretada contra él con los brazos colgando al costado del cuerpo y se sentía más abrazado que cuando ella le rodeaba la cintura. Respirando ruidosamente tomó coraje para alejarse.

—O peor todavía... —continuó tratando de apartarla apoyándole las manos sobre los hombros. —llegaré tarde para elegir las mejores telas inglesas...

Finalmente ella se separó de él. No le importaba tanto la miel, todavía tenía dos vasijas llenas, pero los vestidos que se había hecho con los moldes franceses de Soledad eran preciosos y quería más.

Andrés no resistió alejarse de ella y se inclinó para besarla. Como de costumbre, esperaba que ella se derritiera bajo sus labios. Pero no lo hizo. Después de un momento de un beso tal vez demasiado apasionado para la sala de estar, cuya ventana enrejada daba a la calle, sintió que sus manos apoyadas a la altura de su vientre, lo empujaban hacia atrás.

—¿No se te hace tarde, Andrés? —atolondrada revolvió en su chaleco buscando el reloj. No sabía leer bien la hora, le bastaba con escuchar las campanadas de la iglesia, pero sabía que su marido le prestaba mucha atención a las agujas de aquel objeto circular. Lo sacudió delante de sus ojos para llamarle la atención y le soltó:

—¿Ves? Se te hace tarde, esposo, tienes que...

Incapaz de contener el amor que sentía por su preciosa Martina, Andrés se arrojó sobre ella tomándole el rostro con las manos. Con el mismo impulso la levantó en sus brazos y llegando hasta la pared, la aprisionó entre ella y su cuerpo.

Esta vez, Martina no pudo concentrarse en la partida de su esposo, y menos aún, en sus temores. Le gustaba sentir la lengua de Andrés dentro de su boca, chocando contra su propia lengua. Era una sensación maravillosa abandonarse al ser que amaba con todo su corazón.

Con un lamento Andrés se apartó de ella.

—Sí, es cierto, se hace tarde...—dijo mientras se pasaba la mano por el

rostro para serenarse—. Pero recuerda esta pared, porque cuando vuelva cumplirás tus obligaciones de esposa contra ella. Adiós, preciosa.

La besó rápidamente una vez más y se fue.

—Pero...

Nadie escuchó el “pero” de Martina ni el suspiro que le siguió. Un poco mareada se sentó en una de las sillas de caoba que estaban cerca de la ventana y fijó sus ojos vidriosos en algún punto perdido de la calle.

¿Podía hacerse eso en un lugar que no fuera la habitación del matrimonio? ¿Y parados?

Se llevó las manos a las mejillas ardientes y luego su rostro se llenó de una categórica confianza. Andrés era el hombre más maravilloso y era capaz de cualquier cosa. Si había logrado que ella se sintiera segura de él, cosa que hasta unos pocos meses atrás le hubiera resultado imposible, ¿qué era lo que él no podía hacer?

Le pidió a Soledad que le enseñara a contar, a nombrar bien los días de la semana, ella apenas podía reconocer el domingo, y a leer la hora en un reloj que había en el salón de las visitas. Pudo descubrir que todos los días se levantaba a las ocho de la mañana y que iba a misa de once, como todas las damas de la ciudad. Que merendaba a las cuatro de la tarde y cenaba a las nueve de la noche. Que si Juan decidía quedarse a dormir en su casa llegaría a las ocho, después del atardecer, pero que si solo venía a cenar, llegaba después de la merienda. La vida se le llenó de números y eso la ponía un poco triste. Contaba los catorce días que tomarían su viaje y parecían eternos. Tal vez no fuera tan agradable tener los días manejados por los números.

Gracias a sus nuevos conocimientos del tiempo supo que el veinte de abril de 1802, su padre había desheredado a Juan por querer casarse con Micaela Espinoza. Y aplicando sus recién adquiridos conocimientos de suma y resta, pudo ir contando los desesperantes siete días que faltaban para la llegada de su esposo.

Había ido a visitar a su madre en la tarde del quince de abril. Juan le había pedido varias veces que fuera a hacerle compañía porque la mujer estaba muy sola. Martina no quería hacerlo y retrasaba la visita. Hacía mucho tiempo que no veía a su madre, excepto por algunas misas en la catedral, cuando se reunía todo el pueblo en la plaza frente al Cabildo. Nunca había ido a visitarla a su casa. Siempre a su lado estaba don Rodrigo y Martina no podía evitar aferrarse al brazo de Andrés cuando lo veía.

El hombre estaba muy avejentado y en su rostro desaliñado había un desagradable rictus de dolor. Solía ver cómo su padre se frotaba el brazo izquierdo con frecuencia poniendo una hosca expresión que le hacía esconder la cabeza en la chaqueta de Andrés.

En consecuencia, hacía mucho tiempo que no estaba a solas con su familia. Casi seis meses según le había enseñado a contar Soledad, y recordar la vida antes de su matrimonio le daba escalofríos. Pero el rostro de Juan le había suplicado tanto que fuera que finalmente no pudo rechazar la invitación.

En esa tarde, el aire estaba cargado de una humedad espesa que brotaba de las paredes. Hacía tiempo que no llovía, aunque estaba nublado y el río había perdido su habitual brillo para colorearse de un horrible color pardo. Lo sabía porque antes de llegar a su casa había dado un largo rodeo por La Alameda.

Paquita iba casi a su lado rezongando porque tampoco quería volver a la casa. Estaba tan contenta con sus nuevos amos que había logrado olvidarse de lo mal que la había pasado durante gran parte de su vida. A los trece años, su dueña anterior, al verse en apuros económicos, la había vendido a don Rodrigo, quien necesitaba una esclava para su hija.

Al principio se había alegrado de dejar a la vieja aburrida que era su dueña y cambiarla por una preciosa niña rubia de nueve años. Pero las palizas de don Rodrigo ante sus menores torpezas, pronto le hicieron descubrir que en esa casa había un desasosiego peor que el aburrimiento. No podía hacer demasiado así que se resignó a hacer todo lo más perfecto posible.

Las cosas eran tan distintas en la casa de don Andrés que solo pensar en volver le hacía poner la carne de gallina. Allí tal vez no hubiera la buena comida de María, pero tenía su propio cuarto y aunque no le dejaran tener todos los festejantes que ella quería, la amita había reducido el número a dos pretendientes, se sentía a gusto.

Sí, la vida era muy buena para Paquita en esos momentos y volver a la casa donde ella y su amita habían sido tan infelices le daba mucho miedo.

—¿De veras tenemos que ir, doña Martina? Me parece que me duele la barriga.

—Juan me pidió tantas veces que fuera, Paquita. A mí también me duele la barriga.

—¿Y si le mandamos una invitación a don Juan para que venga a la casa?

—Siempre viene a vernos. Y me dijo que hoy era importante que fuera.

—Me duele mucho la barriga —digo Paquita tirando del brazo de Martina.

—No seas mentirosa. Escúchame. Si me acompañas sin rezongar te dejo tener tres pretendientes.

—No haga bromas.

—No es broma.

—A usted no le gustan mis pretendientes.

—Es que no es de dama...

—¡Yo no soy una dama!

—Bueno. Tienes razón. Pero tres, nada más. Y que nadie se entere.

—Tres y el negro de la esquina que hace velas.

—Bueno... ¡No, eso es cuatro! Dijimos que solo tres. ¡Paquita!

—No me gusta que doña Soledad le haya enseñado a sumar.

—Me está siendo de mucha utilidad según veo. Vamos, Paquita. Te prometo que cuando volvamos a casa comeremos almíbar hasta hacer enojar a Leonardo.

—¿En serio?

—Prometido. Prométeme que solo tres. Ninguno más.

—Se lo prometo, doña Martina. Bueno, vamos.

—Vamos. Solo estaremos media hora en casa de mi madre —le dijo Martina para calmarla un poco y también calmarse ella, mientras volvía a caminar hacia su antiguo hogar—. Solo media hora. Soledad me prestó su reloj y contaremos los minutos. Luego nos marcharemos y seremos muy felices con los duraznos.

La bestia derrotada

Entraron caminando muy despacio y Martina por primera vez pudo sentir el olor a humedad que había en la casa. Todo estaba oscuro y viejo, aunque absolutamente limpio. No se había dado cuenta de lo acostumbrada que estaba a la luz en su casa, o a las telas nuevas que tapizaban los muebles o a las paredes blancas, libres de manchas de humedad.

Una figura iluminó con su sonrisa el pasillo por el que caminaban.

Juan la miraba, feliz de tenerla en casa de nuevo, como si ella trajera cierta paz que se había ido después de su casamiento. Su hermano estaba pálido y ojeroso, pero no había en su rostro nada que dijera que tenía algún problema.

—¡Qué hermoso verte otra vez, Martina!

Al llegar hasta él, se colgó de su cuello, como hacía cuando él regresaba de Asunción. Juan le devolvió el abrazo conteniendo toda la emoción que sentía. Se habían visto dos días atrás, pero los dos sabían que ese regreso de Martina a la casa tenía mucho de victorioso: los hermanos Álvarez habían podido comprobar que, al menos uno de ellos, podía ser feliz.

—Recibí una carta de Adrián —le dijo en voz muy baja, cuando la soltó—. Piensa entrar en el ejército. Tal vez logre que lo envíen a luchar contra Napoleón y pueda avanzar. Quizá se convierta en un coronel. Quién te dice.

—Lo extraño tanto... —Martina sollozó apoyando la frente en el mentón de su hermano.

—Vamos... no te preocupes. Micaela y sus padres están de visita, vamos a saludarlos.

Martina asintió secándose las lágrimas y antes de dirigirse hacia el salón de

visitas, se volvió hacia Paquita para decirle:

—Ve a pedirle a María un tarro de duraznos en almíbar. Son los preferidos de don Andrés.

La mulata sonrió, feliz de poder evitar a don Rodrigo y se fue casi corriendo a la cocina.

Al llegar a la puerta del salón, Martina se acercó al oído de su hermano y le susurró:

—¿Le dirás a Adrián que sé leer y escribir? Tal vez quiera enviarme una carta. Andrés no tiene problema, ya le pregunté.

Juan contempló el sereno rostro de su hermana. Martina había cambiado tan imperceptiblemente, pero en forma radical. Ya no tenía la mirada huidiza de siempre, o la expresión dura en su rostro. Sus rasgos se habían suavizado y sonreía a menudo. Sus mejillas ya no estaban blancas como de costumbre y su semblante en general tenía un brillo especial que era mucho más notorio en sus ojos.

Ahora vestía a la moda y los vestidos la favorecían. Las telas eran realmente hermosas, de las que las señoras se esmeraban en conseguir y la ausencia de arcos debajo de la falda hacían su andar más ágil. Le había llamado la atención que su hermana usara unas botitas de cuero bastante gruesas, siendo tan sensibles las damas con su calzado. Al preguntarle, Martina, poniéndose colorada le había respondido que era “una obligación de esposa”.

Cuando entraron, Martina se quedó paralizada en el vano de la puerta. Don Rodrigo estaba allí con la mirada que todos los que habitaban esa casa conocían perfectamente. Era la expresión de odio y desprecio que la paralizaba en sus recuerdos.

Don Luis Espinoza se levantó para saludarla, mientras le decía a Juan con una amplia sonrisa:

—Le estaba diciendo a su padre, que pensamos que realizaríamos una alianza tan buena como la suya doña Martina, si su hermano se casara con Micaela. Todos en la ciudad ya saben que ustedes se llevan bien.

Martina desvió la mirada hacia su padre y supo que esa boda no se realizaría.

Él estaba parado, cerca de su madre que miraba el suelo, con una mano sobre el lado izquierdo de su pecho. La miró por un instante, recorriendo su figura con una mirada de desprecio, pensando tal vez en el vestido nuevo que

llevaba. Se lo había puesto especialmente porque estaba hecho con la hermosa seda azul que Andrés le había traído y Soledad le había recomendado. El roce de la tela la hacía sentirse protegida, recordándole a su esposo.

Pero su padre le prestó muy poca atención. Mirando a Juan con desprecio, don Rodrigo exclamó con rabia apenas contenida:

—¿Quieres arruinarme casándote muy por debajo de tu clase? ¿Eso quieres, verdad, imbécil?

—Cállese, padre.

Juan hablaba lentamente, con la voz ahogada. No había querido que las cosas se dieran de esa manera. Sabía que su padre se opondría a cualquier casamiento que no fuese elegido por él. Don Luis había cometido una estupidez al mencionar el romance varias veces en algunas tertulias, pero siempre en las que estaba ausente su familia.

No sabía que el pobre hombre se atrevería a mencionarlo. Al descubrir que su interés por Micaela era retribuido, había decidido que esperarían hasta su mayoría de edad para casarse. Faltaban tres años, pero era la única forma de asegurarse de que don Rodrigo no se interpusiera.

De modo que todo estaba arruinado. Él lo sabía, aun sin pelear.

Para salvar el honor de Micaela y su imagen ante ella, hizo ver que peleaba.

—Padre, por favor, si su merced me escuchara...

—No te casarás con una...

—Que yo sea un minorista —interrumpió don Luis sorprendido ante la reacción de don Rodrigo— no tiene nada que ver, mi hija es una buena chica con una buena dote. No podría encontrarle ninguna falla, don Rodrigo.

El rugido de don Rodrigo se escuchó por toda la casa. Todos quedaron en silencio mirando el piso. Martina tan asustada estaba que comenzó a llorar, sintiendo que el estómago se le revolvía.

—¡Es una puta como todas las mujeres! Y mi hijo es tan imbécil que se enamoró de ella.

Don Luis se puso frente a él y habló fríamente:

—Espero que sea la sorpresa de un padre que no fue consultado quien dice sus palabras y no usted mismo. De lo contrario, tendría que denunciarlo ante el Cabildo por ultrajar a mi hija y a mí con ese comentario.

Luego se dirigió a su mujer y a su hija.

—Nos vamos. No tenemos nada que hacer aquí.

La madre, llorosa, se apresuró a levantarse. Pero Micaela parecía no resignarse.

—¿Juan?

Micaela miraba a Juan suplicante y sin entender nada. Para ella todo era casi irreal. Estaba tan segura del amor de Juan que no dudaba de que se casarían pronto y que su familia estaría feliz de verlos juntos.

Llorando, repitió:

—¿Juan? Por favor...

El rostro de su amado no expresaba nada. Ni siquiera dolor. No se había levantado, ni siquiera había desentrelazado los dedos. Parecía petrificado ante la ira de su padre.

Rápidamente la familia Espinoza se retiró de la sala.

Los cuatro quedaron en silencio.

—Espero, Lucía, que hayas visto lo que sucede cuando uno deja de prestarle atención a sus hijos. Se meten bajo la falda de cualquier ramera que les guiñe un ojo.

Doña Lucía no respondió nada.

Martina ya no podía aguantar más el asco que le producía la situación. Hizo grandes inspiraciones para detener las arcadas de su estómago pero no pudo. Se inclinó para apoyarse sobre una silla y vomitó sobre la alfombra raída.

Un nuevo rugido de su padre la hizo sacudirse de miedo. Débil por haber vaciado su estómago y por el terror que sentía por ese hombre, sollozó pensando que ahora vendría una paliza por la alfombra arruinada.

Pero algo en su interior se movió. Fue un suave aleteo en la parte baja de su vientre.

Vio un confuso movimiento, seguido de un rugido violento que la llamaba imbécil. Una fuerza le envolvió el alma y enderezándose para enfrentar a su padre que se volcaba hacia ella con la mano alzada, le gritó:

—¡Si se atreve a pegarme le diré a Andrés que lo mate!

El alma cobarde de don Rodrigo se espantó con la amenaza y se detuvo. Martina estaba lejos de su poder ahora y ya no podía encargarse de disciplinarla. Furioso por no poder descargar su ira sobre ella, don Rodrigo se volvió rápidamente y enterró su puño en el rostro de Juan.

Lanzando un alarido de horror, Martina salió corriendo velozmente del

salón. Paquita, que se había acercado al oír los rugidos de don Rodrigo, resuelta a sacar a su amita de allí aunque le costara la vida, salió corriendo detrás de ella arrastrando la mantilla y apretando el tarro de duraznos, contenta de saber que jamás volverían.

Amor de hermanos

Caminó temblando del brazo con Paquita, a gran velocidad, sin importarle el barro que se estaba formando por la intensa llovizna.

Al llegar a su casa Martina por fin pudo respirar aliviada; se arrojó sobre la cama y esperó tranquilamente que Paquita se cambiara y fuera a cambiarla a ella.

La mulata apareció algunos minutos más tarde con una taza de chocolate y unos bizcochos en la bandeja, segura de que su amita, a pesar de haber vomitado violentamente, ahora tendría hambre.

Tenía razón. Una vez bien arropada en la cama, con un camisón y el cabello seco, Martina empezó a comer los bizcochos con avidez.

—Llama a Soledad, por favor Paquita —dijo con la boca llena mientras mojaba un bizcocho en el té. Estaba muy preocupada por la suerte de Juan y no estaba segura de lo que había sucedido con él.

Soledad entró en la habitación rápidamente. Leonardo había ido hasta su habitación con expresión urgente, para contarle lo que Paquita había podido decir en la cocina mientras se hacía el chocolate.

—¿Qué sucedió Martina?

Los ojos de su cuñada se llenaron de lágrimas.

—Mi padre echó de la casa a Juan —dijo tratando de sorber las lágrimas y los mocos que le caían de tristeza—. Le dijo que lo va a desheredar por haber querido casarse con Micaela. La llamó... “puta”... ¿qué es eso?

—Una ramera —contestó sencillamente Soledad.

Se había sentado al borde de la cama y tomaba una de las manos de

Martina. No comprendía bien lo que sucedía pero estaba convencida de que don Rodrigo tenía algo que ver. Ese hombre no era agradable. Las pocas veces que lo había cruzado, su mirada había sido huidiza y llena de resentimiento, tanto que había sentido un horrible escalofrío en la espalda. Apretando los labios igual que su hermano continuó escuchando el relato de Martina.

—Micaela no es eso —siguió ella, sacudiendo la cabeza—, ella no es indecente en absoluto. Micaela es tan dama como tú y como yo. Ese hombre está equivocado.

Asintiendo, Soledad preguntó:

—¿Y qué sucedió después?

—Don Luis, Doña Josefa y Micaela se fueron. Quise decirle algo a mi padre... —hizo una pausa intentando recordar, pero no pudo— no lo sé... y él quiso pegarme... yo vomité antes, ahora recuerdo, y él se enfureció por la alfombra. Sí, por eso quiso golpearme.

Soledad lanzó una exclamación horrorizada:

—¿Tu padre quiso pegarte por una alfombra?

—Sí, claro. Era una alfombra cara. Pero yo no pude contenerme, me sentía muy mareada. Y vomité.

—Quizás estés embarazada... —murmuró Soledad, esperando que se animara a confirmarle las sospechas que tenían con Leonardo.

Martina no contestó nada a esa pregunta. En cambio, siguió relatando lo que sucedió después:

—Se abalanzó sobre mí amenazando con darme una paliza...

—¿Se atrevió a pegarte? ¡Le diré a Andrés que lo mate! —Soledad caminaba furiosa por la habitación. Ese hombre horrible se había metido con los hermanos equivocados.

—No —contestó Martina con una leve sonrisa—. Yo le dije lo mismo: “si usted me pega le diré a Andrés que lo mate”. ¿No es cierto que él no permitiría que nada me pasase?

Soledad volvió hasta su cuñada y se sentó nuevamente a su lado. Martina la miraba ansiosa, tratando de confirmar sus convicciones acerca de la personalidad de Andrés.

—Por supuesto que no, mi querida Martina. Andrés jamás toleraría que algo así te sucediese. Él te ama.

Martina estaba segura de eso. Andrés la apreciaba y protegía. Le daba los

gustos y la trataba con delicadeza por las noches. La noticia del bebé lo había llenado de emoción, tanto que le había pedido mantener el secreto para ellos mismos durante un tiempo más. Martina había accedido porque no estaba segura de poder resistir toda la atención que se centraría sobre ella.

Andrés no era un hombre violento como su padre y el cariño que su esposo le profesaba la hacía sentir muy segura y protegida. Considerando que nunca había soñado con una tranquilidad de ese estilo, y menos aún con el amor, Martina podía sentirse dichosa.

—Mi padre va a desheredar a Juan a perpetuidad.

—¡Es imposible!

—No. Ya amenazó a mi hermano Adrián con eso. Él tiene derecho, siempre dice que la ley lo asiste. Mi hermano tiene veintiún años. Hasta los veinticinco mi padre puede hacerlo.

Soledad sacudió la cabeza aún más enojada.

—La Real Pragmática es una ley abusiva. Andrés se divierte conmigo diciéndome que va a obligarme al matrimonio con un viejo picado de viruela.

Martina se llevó la mano a los labios con horror.

—¿Con don Mateo Carranza?

—¡No! —dijo Soledad con una mezcla de risa, asco y susto—. Andrés encuentra divertido hacerme enojar. Eso hacen todos los hermanos...

—Juan y Adrián nunca hicieron eso —comentó confundida Martina—. Ellos siempre trataban de hacerme sentir bien. Juan siempre me traía un pedazo de seda para los zapatos. Y mi madre siempre me lo sacaba.

Martina no pudo más y lloró por su hermano. No tenía dudas de que su padre se encargaría de quitarle toda su herencia. Era muy sencillo el procedimiento y muchos padres, incluso madres, habían llevado a juicio ante el Cabildo a sus hijos por pretender casarse con alguien por debajo de su posición social. Todos sabían que era muy fácil que un padre con conexiones en el Cabildo, como las tenía su padre, ganara el juicio contra su hijo. En general, las penas eran solo del tipo prohibitivo, el joven no podía casarse con la niña de su agrado. Pero en ocasiones, el padre podía desheredar a su hijo, dejarlo carente de todo capital o propiedad.

—No te preocupes, Martina —trataba de consolarla dándole golpecitos en la espalda—. Todo va a estar bien. Andrés se va a ocupar de todo. No te preocupes.

Lentamente su cuñada dejó de llorar y se fue quedando dormida.

Soledad se retiró a su habitación para pensar en la fortuna de su pobre amigo.

Juan era uno de los jóvenes más agradables de Buenos Aires. Tenía la misma edad que ella pero parecía mucho más viejo. Se llevaban maravillosamente bien porque uno era muy reservado y la otra muy parlanchina. Podían hablar durante largos ratos intercambiando opiniones sin pelearse. Juan había leído bastante poco, algunos fragmentos de Rousseau que un amigo le había traducido del francés, un librito de Voltaire en español y una mala edición de los *Viajes de Gulliver* de Jonathan Swift. Cómo había llegado esa edición patética a manos de Juan era algo que Soledad nunca había podido entender. Le había prestado su edición manuscrita de *El joven Werther* y habían hablado sobre ella.

Si no se había enamorado de él era porque su corazón ya pertenecía a otro. Observaban a las personas antes de entrar en contacto con ellas y buscaban divertirse con algunas situaciones graciosas o francamente ridículas que se daban en la ciudad. Les interesaba todo lo que tuviese que ver con la sociedad. Soledad había sido directamente influida por los acontecimientos que agitaban a Francia y sus ideas de libertad e igualdad. En la pequeña ciudad austral se estaban expandiendo esas ideas, sobre todo en los jóvenes criollos y la única forma que tenía Soledad de entrar en contacto con las ideas que tanto le interesaban era a través de los comentarios que Juan le llevaba.

Se recostó contra el respaldo de la silla y suspiró. ¿Qué habría sucedido con él, luego de que Martina se fuera de la casa? ¿Dónde se estaría quedando, suponiendo que tuviese algún dinero para hospedarse en alguna casa de habitaciones? Dejando la pluma sobre el escritorio, se llevó la mano a la nuca, en un gesto bastante frecuente en ella. Pasaba demasiado tiempo inclinada sobre la mesa, escribiendo, y le dolía el cuello y los hombros del cansancio.

Le escribía a una de sus amigas en Cádiz, pidiéndole novedades acerca de los libros que circulaban en las bibliotecas o los folletines más conocidos. Soñaba con publicar una novela en folletines, una de aventuras que tuviera lugar en Brasil. O tal vez algunos escritos breves, publicados en una sola página, con alguno de sus cuentos.

Pero nada de eso se podía hacer desde Buenos Aires. Había renunciado a todo por seguir a Andrés hasta el fin del mundo, pero no se arrepentía. Andrés solía hacer todo lo que ella le pidiera y la única vez que él le había

pedido un sacrificio, aunque éste implicara dejar de hacer lo que más le gustaba, había aceptado sin quejarse ni una sola vez. Después de todo, conocer Buenos Aires, el lugar donde había nacido, era toda una aventura.

Deseaba volver a España y no sabía cómo decírselo a su hermano.

Y ahora la desgracia de Juan la ponía triste porque su amigo no tenía nada. Al igual que Martina, conocía los manejos de los comerciantes de Buenos Aires y los matrimonios de sus hijos. No es que los señores quisieran evitar que sus hijos e hijas se casaran con aquella persona que amaban. No, claro que no. Ellos ni siquiera pensaban en el amor entre dos personas.

Solamente pensaban en las obligaciones sociales, en el conjunto de los comerciantes y lo mal que se vería si su hijo o hija se casara con un pobretón. El casamiento no tenía nada que ver con el amor y Soledad solía preguntarse cómo las jovencitas de Buenos Aires podían mostrarse tan felices cuando iban a ser casadas con hombres quince o veinte años más grandes que ellas. El mismo casamiento de Andrés con Martina había sido de ese tipo. Pero para ellos había resultado favorable porque se querían. Le resultó tan obvio cuando los vio por primera vez juntos. Apenas se hablaban, en realidad él hablaba y ella escuchaba mirándolo embobada. Conocía muy bien los efectos de la admiración que podía provocar un hombre en una mujer: ella misma los había sufrido una vez y la cicatriz, cerrada, todavía dolía.

Sacudió la cabeza y agitó una mano delante de su rostro. No era conveniente despertar esos recuerdos. Miró el reloj ubicado en el mueble que contenía la vajilla de porcelana. Eran las nueve de la noche, inmediatamente el estómago le crujió. Se levantó para ordenar que le prepararan la cena, pero se detuvo al oír que alguien golpeaba la puerta de entrada.

Se asustó un poco. Era demasiado tarde para una visita. Escuchó que Leonardo preguntaba con fuerza quién era pero no pudo oír la respuesta. Sintió que la puerta de calle se abría y temblando salió de la sala y caminó por el pasillo que unía las habitaciones. El corazón le dio un vuelco al ver que un cuerpo se derrumbaba sobre Leonardo.

Ahogando un grito se acercó corriendo hasta los dos hombres que yacían en el suelo. Intentó ayudarlos pero se quedó inmóvil al reconocer al otro hombre. Apoyándose contra la pared comenzó a llorar de impotencia.

Era Juan, muy malherido. Tenía sangre seca en el rostro y un ojo y la boca hinchados. Estaba muy pálido a la luz de las velas y el cuerpo se le convulsionaba por los temblores. Gemía débilmente y trataba de pronunciar

algunas palabras pero no se le entendía nada.

Una leve figura blanca pasó con velocidad a su lado, y luego se inclinó sobre los dos hombres, tratando de sostener a Juan, para que Leonardo pudiera salir de debajo de él.

Una vez liberado del peso, el mayordomo colocó su hombro debajo del de Juan y, con ayuda de Martina, que demostró ser menos débil de lo que parecía, comenzó a trasladar al herido.

—Vamos a la habitación de huéspedes, señora.

—No —dijo Martina—. Lo llevaremos a mi habitación. La de huéspedes no está preparada.

El tono de voz que salió de la pequeña Martina, siempre tímida y dulce, sorprendió a Soledad. ¿De dónde había salido esa seguridad y confianza? Con un estremecimiento, pensó que, tal vez, no era la primera ocasión en que los hermanos pasaban por eso.

El cuerpo le temblaba y las piernas apenas le respondían. Intentó caminar, pero sus pies estaban fijos en el suelo. Sintió que alguien le tocaba el brazo y se asustó. Era Leonardo.

—Deberías ir a tu habitación. Nos ocuparemos de él.

—Yo nunca, nunca había visto algo así, ¿se lo hizo el padre? ¿Y a Martina también? ¿Qué clase de bestia es ese hombre?

El pecho se le convulsionó en sollozos y se apoyó contra Leonardo, quien la sostuvo amorosamente. Soledad se dejó alzar por sus fuertes brazos, como si fuese una niña, y Leonardo la llevó hasta su habitación donde la dejó sobre la cama.

—Iré a llamar al médico —le dijo Leonardo con un susurro—. Luego volveré a ver cómo está.

Él salió de la habitación y un rato más tarde una de las criadas entró silenciosamente para desvestirla. Soledad se quedó dormida pronto, pero el sueño fue intranquilo y apenas pudo descansar.

El estómago le rugió al amanecer. Revolviéndose en la cama, se despertó con un horrible dolor de cabeza que le causaba escalofríos. Se llevó las manos a la cara para masajearse las sienes, tratando de recordar qué había sucedido. Los recuerdos llegaron amontonados para hacer más fuerte el dolor de cabeza.

Inmediatamente pensó en la posibilidad de ver a Andrés en ese estado, víctima de tal violencia, y qué hubiera tenido que hacer ella. Enojada por su

cobardía, se puso la bata y, sin molestarse por lo indecente de su aspecto, salió de su habitación con aire resuelto.

El valor se le fue a los pies al llegar a la puerta de la habitación de su hermano y Martina. Sus pies se fijaron nuevamente al piso sin poder moverse. Un rumor se escuchó detrás de la puerta y luego el ruido de las bisagras.

—¡Soledad! —Martina cerró la puerta detrás de su espalda. Parecía muy nerviosa de verla, como si le tuviera miedo.

—¿Cómo está Juan, Martina? —intentó preguntar con naturalidad sin lograrlo—. Dime que no es grave.

—Está mejor, durmió toda la noche —le respondió mordiéndose el labio inferior. Al parecer dudaba en decirle algo, porque un momento la miraba fijamente y luego desviaba presurosamente sus ojos. Estaba pálida y su rostro tenía claras señales de haber pasado una noche de llanto y vigilia.

Soledad le apoyó una mano en el brazo. No se sentía capaz de ayudar a Juan, pero si podía ayudar a Martina en lo que fuera. Con voz amable, le preguntó:

—¿Qué sucede, Martina?

—No sé si Andrés aceptará que Juan se quede aquí. Mi padre ya debe haber ido al Cabildo a presentar la denuncia. Juan no tiene dinero para quedarse en una habitación alquilada y está malherido... mi padre contrató a unos salvajes para que le dieran una paliza.

Los ojos de su cuñada estaban llenos de lágrimas pero su voz era bastante firme. Soledad no pudo menos que admirarla. De haber estado en su lugar, hubiera sido incapaz de auxiliar a Andrés y habría cedido ante su propio y egoísta dolor.

—Llegó como pudo hasta aquí, porque no tenía otro lugar adónde ir. Pero sabe que no puede quedarse —agregó como para tranquilizar a Soledad—, nuestra familia no podría recibirlo...

Soledad sintió que la situación regresaba a su ámbito:

—¡Nuestra familia un cuerno! Se quedará aquí y si Andrés se atreve a decir una palabra en contra entonces tendrá que escuchar un larguísimo sermón sobre las personas en desgracia y cómo debemos ayudarlos. Terminará aceptándolo, Martina, por las buenas o por las malas. Y si es por las malas... bueno, si es por las malas, te recomiendo que te alejes por un buen rato. Mi mal humor tiende a salirse de control en algunas ocasiones.

La vuelta al hogar

La bienvenida fue tan apasionada y sincera que por un momento Andrés creyó estar en otra casa. Martina temblaba entre sus brazos y él la presionaba suavemente, porque ya podía sentir el vientre abultado de su esposa.

—¡Andrés!

—Amor mío. Te extrañé tanto. Qué hermosa bienvenida. Mira los baúles, te traje de todo un poco. Creo que estarás muy satisfecha de tu marido.

Sin soltarse de sus manos, Martina trataba de mirar las telas de los baúles, abrazar a su esposo y pensar la manera de decirle lo que debía decirle sin que él se enfadara.

—Te tomaría contra la pared en este momento —le susurró Andrés dejándose llevar por el arrebato.

—¿Cómo? —preguntó Martina confundida por todo lo que la preocupaba.

—Cuando me fui de viaje te dije que te haría mía contra la pared en este momento.

—Sí, escuché cuando lo dijiste la última vez. Solo que no entiendo cómo lo... ¡Andrés!

Su preciosa mujercita sabía cómo declarar la guerra cuando quería. La alzó en brazos y la estrechó contra sí. Con una sonrisa fue recorriendo lentamente el salón, mientras inspeccionaba con interés cada una de las cuatro paredes.

—¿Era esta pared, verdad?

Con los ojos nublados fijos en el mentón de su marido, Martina sacudió la cabeza afirmando. Después de darle un húmedo beso, Andrés la dejó en el suelo. Apoyando una mano sobre la pared con aire experto, midió la

estabilidad del muro. Luego, hizo una mueca con los labios y le susurró:

—Sí, creo que los cimientos resistirán las sacudidas. Pero no serán fuertes. Habrá que tener mucho cuidado para proteger ese vientre. ¿Tienes cosquillas aquí? Puedo hacerte más... ¿aquí? —le besaba el cuello—, o tal vez más abajo...

—Discúlpeme, don Andrés...

Era la voz de Leonardo la que los interrumpía. Los dos lo miraron al mismo tiempo. Andrés un poco avergonzado y Martina consciente de lo que Leonardo venía a decir. El mismo mayordomo estaba tan mortificado por interrumpir a su señor que se había puesto pálido. Retorciéndose las manos, con la vista fija en un punto inexistente, Leonardo continuó en un susurro:

—Es don Juan Álvarez, don Andrés.

—¿Juan?

—Sí, señor. Quiere verlo. Está en la habitación de huéspedes.

El mayordomo se fue sin decir una palabra más.

Pero Andrés pudo notar el cambio en su esposa.

—Tienes que ir a verlo ya mismo —dijo Martina huyendo de su abrazo.

—¿Pasó algo? ¿Está en peligro?

—Por favor, Andrés, tienes que verlo ahora.

—¿Qué sucede?

—Por favor, Andrés...

No entendía nada.

—Mi amor, dime qué sucede, y yo lo solucionaré. Sabes que estoy determinado a hacerte la mujer más caprichosa de Buenos Aires, antes de nuestro primer aniversario. ¿Quieres que me haga virrey? Di solo una palabra y verás.

Trataba de bromear para calmar a su esposa. Todavía no había aprendido que eso no funcionaba.

—No puedes hacer nada.

—¿Tan grave es? A menos que me hayas hecho cornudo, nada me parece tan importante.

De nuevo, había querido hacer una broma pero esta vez sí le salió mal, porque Martina no le contestó lo que él esperaba. Levantando los ojos llorosos hacia él, le preguntó:

—¿Es muy importante la decencia para ti, Andrés?

Martina vio a su marido ponerse pálido y volvió a hundir su cabeza entre

las manos, llorando a mares.

Andrés sintió que todo el cuerpo le temblaba de miedo.

—¿Qué...—no podía hablar porque sentía desmayarse—, qué... dices... querida?

No podía ser, no otra vez, no su pequeña. No podía escuchar nada solo un zumbido en los oídos. Respirando ruidosamente, balbuceó:

—Martina, ¿pasó algo que debería saber?

Limpiándose las lágrimas, ella lo miró desafiante:

—No me importa que me pegues, volvería a hacerlo otra vez.

Él no podía hablar, pero todo su cuerpo le suplicaba que dijera algo, que mantuviera aunque sea el orgullo ante esa horrible... asquerosa... ladina...y preciosa embaucadora que era su mujer. No la perdonaría nunca. La encerraría y jamás volvería a ver al infeliz al que se había atrevido a amar en lugar de él. Las ventanas todo el tiempo cerradas. La puerta con llave.

Al infeliz lo mataría. No, mejor le cortaría el rabo, así nunca más se le ocurriría acercársele.

Y ella no pisaría otra vez la calle. La dejaría ir de compras, porque ella adoraba ir y presumir de las telas, pero él la seguiría como una sombra. Y a la iglesia, claro, para mantener la decencia.

Y al infeliz lo sumergiría en aceite hirviendo hasta que lentamente se pusiera achicharrado como un buñuelo quemado.

Y ella no volvería a asomar la nariz por la puerta. La dejaría visitar a Micaela, por supuesto, no le podía sacar a su amiga. Ni a su madre, claro.

Y al infeliz lo iba a arrojar en altamar para que nadie volviera a encontrarlo, pero buscaría un sitio bien llenito de tiburones así podría ver, feliz de la vida, cómo se lo devoraban.

Y a ella no le compraría más telas de Londres. No. Que se conformara con las que le había traído y las que traería en dos meses más y ahí sí, ya estaba. Y que se olvidara de los encajes de Bruselas. Traería los de España, sí señor, ya no la llenaría de lujos, aprendería a quererlo de otra manera.

Solo que no sabía cuál.

Entre sus pensamientos alocados, escuchó que ella hablaba.

—Lo dejé entrar el jueves a la noche, estaba desesperado y muy malherido. Y ahora necesita ayuda, ¡no te atrevas a echarlo de aquí! —Martina se sorprendió a sí misma hablando en ese tono vehemente. Pero había prometido ayudar a Juan y debía hacerlo, fueran cuales fueran las consecuencias.

—¡El hijo de puta está aquí!
—¡No te atrevas a llamarlo así!
—¿¡Y cómo mierda tengo que llamarlo!?
—¡Andrés deja de gritar groserías!

El desconcierto dio lugar a la ira y Andrés comenzó a temblar de furia.

—Levántate.

Pero como ella no le hacía caso lo suficientemente rápido, la levantó él tomándola por los codos.

No podía ser, no era cierto. Porque si amaba a ese infeliz, él tendría que dejarla ir y luego suicidarse en ese asqueroso río marrón que ella tanto amaba.

—Llévame con él, así lo mato de una vez.

—No tienes que ir. Él está en la puerta.

Ahora sí, Martina se asustó. Toda la piel morena de Andrés, esa que tanto le gustaba, se volvió gris.

“Ahí está”, se dijo Martina, “ahora sacaré a la bestia que tiene dentro suyo y me pegará”.

Se había ilusionado tanto con él, lo quería tanto, que se había permitido a sí misma dejarse engañar. Lo tenía delante de ella. Se había comportado como la tonta niña que era. Llorando en silencio se preguntó qué tendría que hacer para dejar de amarlo como lo amaba. Tendría que haber alguna manera.

Solo que no sabía cuál.

Andrés se dio vuelta lentamente, cerrando los puños, tratando de no abalanzarse y matar al miserable que había seducido a su inocente esposa. No quería matarlo rápidamente: quería escuchar sus gritos durante horas. A ella, la escucharía y trataría de entender qué le había pasado para caer en las viles garras de ese maldito hijo de puta de...

31

El mundo oscuro

...Juan.

Era Juan.

Era Juan el que estaba apoyado en la puerta mirándolo angustiado.

—¿Juan?

Cierto: Leonardo le había dicho que Juan quería verlo.

Enfocando la vista pudo observar que estaba muy malherido. Llevaba una venda alrededor de la frente y un ojo estaba tan hinchado y violeta que solo se veía una fina línea de pestañas. El cuerpo estaba encorvado hacia delante, como si sufriera un dolor en el estómago.

—Andrés...

—Siéntate, hombre.

Fue lo único que pudo decir. Miró a su amigo con pena y se acercó hasta él, para luego ayudarlo a sentarse. Martina salió corriendo de la habitación.

—¿Quién te hizo esto?

Un poco tembloroso por el dolor que le había causado sentarse, Juan le respondió con una pregunta:

—¿Martina no te dijo nada?

—¿Nada de qué?

—De lo que sucedió en tu ausencia.

Andrés dudó un momento. ¿Habría sido Juan tan buen amigo que habría molido a palos al infeliz violador? Si ese era el caso, parecía que no había salido demasiado bien la pelea. No importaba, iría él mismo con Leonardo a castrar al malnacido con una cuchara de madera.

—No te preocupes...

—Quisiera saber si te molesta que me quede aquí. Después de todo eres el socio de mi padre.

Ahora sí estaba confundido:

—¿Y qué tiene que ver don Rodrigo en todo esto?

Juan lo miró también confundido. Iba a responderle cuando entró Martina con una palangana de porcelana llena de agua caliente sosteniéndola con una mano y apoyada en la cadera, mientras que con la otra mano sujetaba unos trapos blancos. Andrés pudo ver que se había arreglado el vestido y el cabello.

Martina se sentó al lado de su hermano, bien lejos de Andrés, a quien no miró ni un instante.

—¿Le dijiste todo, Martina?

—No, no sabe nada —respondió ella sin mirar a su hermano ni a su marido. Con un trapo enrollado en la mano, le aplicó compresas en la herida de la frente, sobre el ojo. Había comenzado a sangrar otra vez.

—¡Pueden decirme de una maldita vez qué sucedió en mi ausencia! — Andrés había comenzado a temblar otra vez. Escuchó lo que le decía Juan, con voz quebrada, con el alma pendiente de un hilo.

—La semana pasada mi padre me desheredó a perpetuidad por querer casarme con Micaela Espinoza. Y contrató a cuatro hombres para molerme los huesos, cosa de que no olvidara quién manda en la familia.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Andrés con voz grave.

—La familia Espinoza dio por cerrado mi compromiso con Micaela y decidió visitarnos en mi casa. Pensé que no habría problemas. Tenía dudas pero el amor enceguece y me dejé llevar. Hasta hice ir a Martina para anunciar la gran noticia del compromiso. Mi padre no consideró a los Espinoza una alianza interesante. Dijo todas las barbaridades que solía decir cuando estábamos solos. Debe haberse sorprendido mucho para insultarlos. No le gusta que se sepa la bestia que es.

—Eso no importa. Yo te ofrezco mi apoyo, en cuanto quieras te casas con Micaela.

Los ojos de Juan se enrojecieron. Martina apoyó la cabeza en el hombro de su hermano y lloró también.

—Cuando don Luis vio que mi padre rechazaba a Micaela y que me había desheredado, se la llevó de inmediato a Córdoba, donde tiene su familia. Me

envió un mensaje: que no los buscara, que Micaela era una buena hija y quería lo mejor para su familia.

—¿Y la paliza?

—El mismo día del escándalo. Mi padre es rápido en sus decisiones.

Martina levantó la vista con muchísimo miedo y vio a su esposo pálido, con los labios apretados y una expresión dura en sus ojos.

Él encontró su mirada y la sostuvo un largo tiempo. Luego, de manera casi imperceptible, le sonrió. Pestañeando rápidamente, ella también le sonrió y el frío que solía abrumarla finalmente se derritió. No había bestia alguna que temer, no en Andrés, tampoco en su hermano Juan. No todos los hombres eran iguales.

—¿De modo que no me pusiste los cuernos? —le preguntó sonriente.

A pesar del dolor que le causaba moverse, Juan se volvió indignado hacia Andrés:

—¿Pensaste eso de Martina?

—Soy un arrebatado. Pero mis arrebatos no pasan de eso. Sé que Martina no lo haría. Juan, no temas por tu hermana ni por tu situación. Ya veremos cómo arreglar todo. Ahora estoy tan cansado que me tiemblan las piernas.

Juan pareció tranquilizarse. Abandonando su posición de alerta se volvió a apoyar contra el respaldo del sillón. Cerró los ojos y suspiró entristecido. Martina no pudo resistir la pena de su hermano y se inclinó sobre él para besarle en la mejilla.

Poco acostumbrado a las caricias fraternas, poco acostumbrado a las caricias, en realidad, abrió los ojos al tiempo que se volvía hacia su hermana.

La cara más tierna que él hubiera visto en su vida lo estaba mirando. De los ojos verdes salían lágrimas de pena y la boca se arqueaba en sollozos que ella intentaba reprimir, sin lograrlo en absoluto.

Tratando de liberarse del dolor que lo embargaba, susurró a su hermana:

—¿Qué sucede, pequeña?

Haciendo un gran esfuerzo, Martina le susurró entre sollozos:

—Me da mucha pena que tú y Micaela no pudieran casarse. Y ser felices.

Juan, con voz amable, le respondió:

—No te preocupes, nos vamos a reponer. Ella es una buena muchacha y merece lo mejor. No se puede hacer nada.

—Pero, Juan...

—Ya lo acepté, Martina. Ahora tienes que aceptarlo tú, pequeña. Algunos

no podemos tener tu suerte.

—No es lo mismo —dijo ella suavemente.

Juan le acarició con suavidad la mejilla.

—Sí, pequeña, es lo mismo.

Martina alzó los ojos hacia su marido y vio que él la contemplaba con ojos ansiosos. ¿Estaría Andrés esperando que ella le dijera que lo amaba? Ciertamente, él se lo había mencionado muchas veces, pero las dudas regresaban, como las olas del río que volvían y volvían sobre el barro de la orilla. ¿Eran reales los sentimientos de Andrés? ¿En verdad un esposo podía sentirse así y querer a su mujer con locura?

Todo su ser le gritaba que no, que no era verdad, que tarde o temprano la bestia saldría para atormentarla. Pero su corazón, un lugar muy cálido en el centro de su pecho, le dijo que podía ser cierto. Que Andrés realmente la quería y que el amor estaba allí al alcance de su mano.

Solo tenía que extender los dedos y rozarlo apenas para sentirse feliz.

Le sonrió imperceptiblemente y Andrés dejó de apretar los labios para sonreírle también. De pronto, ambos se vieron obligados a reprimir una instintiva risa que les inundó el alma. Sin decirlo, los dos supieron que se amaban. Aunque ninguno lo dijera, aunque ninguno lo expresara en voz alta, Martina y Andrés descubrieron el amor que inunda el alma y cubre todas las cosas de felicidad.

Juan pudo ver el cambio en los dos. Al parecer, ni su cuñado ni su hermana se habían dado cuenta de que era amor lo que sentían el uno por el otro. Un leve vistazo a su hermana le hizo intuir que era la primera vez que ella percibía ese sentimiento.

Y el corazón se le llenó de ternura. Tal vez la felicidad no fuese para él, tal vez no estaba destinado a conocer el verdadero amor entre un hombre y una mujer, pero su hermana lo conocía y eso era suficiente.

Haciendo un esfuerzo impresionante para levantarse, Juan anunció con voz agotada:

—Es hora de que me vaya...

Parándose también, Andrés lo detuvo enojado:

—¿Y a dónde se supone que irás?

—Alquilaré una pensión y conseguiré trabajo donde pueda —dijo Juan como si nada importara.

—De ningún modo —respondió Andrés sacudiendo la cabeza—. Si te vas,

tendré que soportar a mi hermana echándome un discurso acerca de las personas en desgracia y no estoy de ánimo para tolerarlo.

Al oír una risita, se volvieron hacia Martina. Esta, incorporándose también, se acercó lentamente a Andrés quien la seguía con los ojos mientras ella caminaba. Cuando estuvo a su lado, ladeó la cabeza hacia arriba para que él le besara la nariz y le rodeó la cintura con un brazo. Andrés, en un gesto protector, la atrajo hacia sí pasándole un brazo sobre los hombros.

—Eso fue lo que dijo Soledad. No puedes irte, Juan, mi marido no va a permitirlo.

—Pero mi padre me desheredó... no debería ser aceptado en la familia.

—Por lo que a mí respecta —dijo Andrés con voz firme—, no me importa que te haya desheredado el mismo virrey. Te quedarás en esta casa hasta que encuentres un lugar adónde ir. Y ya que todavía eres menor de edad y tu padre reniega de ti, yo, como tu pariente hombre más cercano, me haré cargo de ti.

—Pero...

—¡Vete a dormir antes de que Soledad vea que aún estás aquí! Si llega a descubrirte, ¡de verdad me vas a ver enojado contigo!

Juan dudó un instante más. No podía creer que su cuñado aceptara su presencia en la casa. El mundo le había vuelto la espalda y él no esperaba ningún atisbo de bondad, ningún gesto amigable. Con un nudo en la garganta, se irguió en su estatura e intentó dar las gracias a Andrés. Un extraño sonido salió de su boca, pero la emoción no le impidió estrechar la mano que el hombre le ofrecía. Luego se acercó a su hermana y la abrazó con un amor que pocas veces había expresado. Martina sollozó en sus brazos y cuando él la separó para limpiarle las lágrimas, se inclinó sobre ella para besarle la mejilla. Los hermanos se miraron sonriendo durante un instante. Luego, Juan salió de la habitación.

Martina se quedó mirando la puerta por la que su hermano había salido pensando que nunca se habían demostrado tanto afecto como en ese día. Sus sentimientos tuvieron que ser escondidos, porque de haberse manifestado, ninguno de los tres hermanos habría podido soportar las penas del otro. Pero ahora que estaban separados del hombre que era su padre, ya no tenían razón para no demostrarse el amor que se tenían. Él ya no tenía ningún poder sobre ellos, y esa era una sensación liberadora.

El responsable de esa libertad la miraba perplejo. Martina quería que

Andrés la abrazara y besara, que la consolase de la manera que él solía hacerlo, prometiéndole que todo estaría bien. Se había acostumbrado a sus caricias en ocasiones tristes o cuando a ella la invadían las dudas sobre la bestia y se aislaba en su mundo privado, alejándose de todos.

Andrés había descubierto ese mundo oscuro y no la quería allí. Después de amarla durante toda la maravillosa noche se juró que encontraría la forma de obligarla a salir de allí. Martina sintió que el corazón se le llenaba de esperanza. Confió en Andrés y dejó la solución del problema en sus manos.

Él encontraría la forma y el momento y ella estaría allí, esperándolo, para iniciar el viaje que les permitiría cruzar el ancho río que los separaba.

Ya más tranquila le tendió sus brazos para que la apretara contra su pecho. Andrés permaneció distante un momento, pero luego, sin decir nada, se acercó y la abrazó. Eran tan agradable estar en sus brazos, sentirse mecida por la suave brisa del atardecer del verano. Sintió que la vida no podía ser más apacible. A pesar de todos los problemas, sucediera lo que sucediera, Andrés iba a estar allí para ayudarla.

Mientras le acariciaba la espalda, su marido le susurró al oído.

—Creo que dejamos algo pendiente, mi amor.

Martina se apartó para mirarlo sorprendida.

Del blanco al rojo, el rostro de Martina cambió en cuestión de segundos.

—No puedo creer que sigas insistiendo con eso.

—No puedo creer que sigas teniendo miedo.

Como una gatita, Martina se apoyó sobre su pecho, restregando la mejilla contra la chaqueta. En un murmullo muy ronco, le declaró:

—No, ya no me da miedo.

Pero antes de seguir, tenía que solucionar una duda. Alzando la cabeza para contemplar el hermoso rostro de su marido, quien la besó ligeramente al ver su semblante, entrecerró los ojos en un gesto de curiosidad y le preguntó con voz aniñada:

—Andrés: ¿qué es poner los cuernos?

Las cosas maravillosas

Juan sostenía algo tembloroso una taza de mate cocido con leche, condenado brebaje que su hermana se empeñaba en hacerle tomar. Aborrecía el mate cocido con leche, era una bebida inventada por el diablo para hacerlo sufrir.

Pero la pequeña Martina lo miraba con pena y él aceptaba la pena de beberse el mate cocido con leche solo por verla alegrarse un poco.

En silencio la observaba intrigado. Martina estaba sentada pegada a su marido con una mano entre las de él. Si lloraba recordando su desgracia, Andrés se inclinaba hasta ella para besarle la frente, gesto que ella recibía como una gatita recibe las caricias de su dueño.

Todo el tiempo, Andrés y Martina estaban pendientes uno del otro. Hablaban con Soledad o el mismo Juan, le daban órdenes a Leonardo o al resto de los criados, podían llegar a estar en habitaciones separadas sin hablarse durante largo tiempo, pero de vez en cuando, uno dirigía la mirada hacia el lugar donde estaba el otro como buscándolo. A veces, Andrés aparecía en el salón de costura, en donde Juan se quedaba a solas con su hermana, en silencio, solamente para preguntarle si necesitaba algo. Martina se volvía para mirarlo con una sonrisa y le agradecía diciendo que no. Era un diálogo casi ridículo pero amoroso.

Juan no podía dejar de asombrarse. ¿Desde cuándo su hermana se había convertido en una joven tan cariñosa y confiada? La había visto sonreír, llorar abrazando a su marido, reírse a carcajadas con Soledad, curarle la cara hinchada con expresión maternal y ponerse colorada por un beso de Andrés

en su frente de lo más casto que Juan había visto en su vida. Martina se desvivía por lograr que mejorase y lo obligaba a tomar el mate cocido con leche que él tanto odiaba. Pero el cariño de su hermana era suficientemente grato como para olvidar el repugnante sabor.

Pensó, mientras miraba a la familia Balboa que estaba sentada frente a él tomando la merienda, que quizás esa fuera una posibilidad para su hermana y para él de tener una verdadera familia. Su padre los había expulsado a los tres de la casa. Quizás fuera lo mejor, quizás fuera de ese lugar tan atroz pudieran quererse como hermanos. No estaba seguro de Adrián, hacía mucho tiempo que no se veían, pero sabía que esa nueva oportunidad sí estaba disponible para Martina y para él.

—¿Y qué vas a hacer ahora, Juan?

Soledad estaba sentada en un sillón frente él y lo miraba muy atenta.

—No lo sé. Sé comerciar pero me gustaría hacer algo menos... —se detuvo sin encontrar las palabras.

—¿Especulativo?

Juan sonrió al escuchar el término. Tenía un matiz casi insultante para Andrés pero era lo que él estaba pensando. Si su cuñado se sintió ofendido no dijo nada. Estaba sentado junto a Martina mirándolo seriamente. Parecía escuchar la conversación con atención.

—Estoy cansado de comprar y vender por el doble. Me gustaría hacer algo con mis manos, tal vez conseguir unas tierras y unas vacas. Pero todo es tan reciente que no sé si tengo fuerzas para seguir adelante.

Soledad sacudió la cabeza bruscamente.

—Tal vez esto haya sido para mejor, Juan. Ahora tienes una nueva vida por delante. Puedes hacer lo que quieras, incluso escribir poesía si lo deseas. Ya no tienes la herencia de tu padre detrás de ti. Ni la obligación de seguir lo que él te ordena.

—Pero está pobre —dijo Andrés pensativo.

—Sí, pero tiene veintiún años, es muy joven. Es fuerte y buen mozo. Tal vez pueda encontrar un lugar en el ejército o en la marina. Quizás puedas irte a España con Adrián.

—Mi padre dijo que se encargaría de evitar que llegara a emplearme en cualquier lugar de Buenos Aires. Así que España no suena como una mala idea. Me gustaría conocerla.

—Andrés podría ayudarte en Cádiz —dijo Soledad con voz tan insegura

que llamó la atención de su hermano—. ¿Podrías, no?

Martina, lentamente entreabrió los labios para decir en un susurro:

—Sería tan hermoso verte cruzar el río y partir hacia la aventura.

Juan suavizó la expresión para dirigirse a su hermana, pero continuó con el mismo tono desesperanzado.

—Apenas tengo dinero.

—Pero si Andrés consiguiera algo, ¿te interesaría? ¿Irías a España? — insistió Martina.

Juan desvió la mirada de su hermana. Ella hablaba en voz muy baja pero se la podía oír claramente. La confianza que parecía tener en el hombre que estaba a su lado era enorme. Sin embargo, la confianza de Juan no era tan grande. Andrés continuaba serio, mirándolo fijamente como si lo estuviera examinando. ¿Buscaría en él algún signo de la vida viciosa de la que su padre lo había acusado al desheredarlo?

No, no confiaba en Andrés como no confiaba en nadie. Se culpaba a sí mismo por no haber tenido el valor de luchar por Micaela. Una tristeza profunda le inundaba el alma cuando recordaba la escena. Ella estaba muy pálida y con los ojos rojos de tanto llorar. Al ver su rostro hinchado se impresionó tanto que Juan pensó que ella iba a desmayarse. Pero Micaela era una joven fuerte y no se desmayó.

Mientras la escuchaba, Juan no pudo hacer otra cosa que admirarla. Su corazón estaba en lo correcto al quererla. Micaela era una jovencita inteligente y buena. Que amaba a sus padres con un cariño y un respeto que ni Juan ni sus hermanos podrían llegar a conocer. Micaela sentía que sus obligaciones para con ellos eran más que hacia ella misma. En ese sentido, Juan había quebrantado la ley divina de honrar a sus padres y era inaceptable como esposo de una muchacha decente por más que ella lo amara.

¿Pero cómo honrar a un padre que lo despreciaba y a una madre que apenas existía? El amor entre hermanos fue lo único que evitó que los tres se convirtieran en seres desalmados. El amor que tanto Adrián como Juan habían sentido hacia la pequeña Martina que los perseguía por todas partes llamándolos con una dulce vocecita de bebé, los había obligado a desplegar unos sentimientos que de otra manera se hubieran atrofiado en sus corazones. Ambos habían hecho un pacto silencioso de protegerla sucediera lo que sucediera.

Y al verla acurrucada contra Andrés, Juan descubrió que Martina había

encontrado a su propio caballero sin necesidad de ayuda. Bueno, tal vez él hubiera ayudado un poco. Tuvo que reconocer que Andrés Balboa le había gustado desde el primer momento y que jamás lastimaría a su hermana. Sin embargo, a juzgar por la forma en que la miraba en ese momento, al pronunciar ella ese voto de confianza sobre su bondad, Juan sospechaba que todo el recato que él había mostrado públicamente, se esfumaba cuando estaban solos.

Vio a su cuñado pasar el brazo por los hombros de Martina en un cálido abrazo protector. Luego de unos momentos más de reflexión, le dijo con voz muy clara.

—Le compramos a los herederos de don Ruiz de Gaona una quinta en la Cañada de Morón. Es una magnífica propiedad pero sus hijos no estaban demasiado interesados en ella. Estuvimos refaccionándola con Leonardo. Necesitaría que alguien se encargara de ponerla en funcionamiento: tiene muchos árboles frutales y se podrían vender en el mercado.

Martina sonrió complacida al escuchar las palabras de su esposo. Olvidando todo el recato que se suponía propio de una dama, se alzó para besarlo en la mejilla. A cambio, recibió de Andrés unas palabras al oído que la hicieron ruborizar. Haciéndose la enojada Martina lo empujó por el hombro, pero volvió a tomarle la mano enseguida.

Soledad resopló divertida:

—Acepta, Juan, tú que puedes hacerlo. ¡Mira con lo que estoy obligada a convivir!

Juan aún no estaba muy seguro de aceptar. Andrés no había hecho ningún ofrecimiento todavía. Él entendió su indecisión, lo miró con una sonrisa amable y luego de un gesto afirmativo le dijo.

—Te ofrezco que te ocupes de administrarla por mí. Será un trabajo duro: la mayoría de los árboles están apestados y los palomares vacíos. Pero si deseas hacer algo productivo entonces ahí tienes tu oportunidad.

—Y cuando llegue el verano iremos a visitarte y nos convidarás con duraznos en almíbar —dijo sonriente Martina.

Juan le hizo una mueca burlona a su hermana.

—¿Sabías que no crecen con almíbar directamente de la planta, verdad?

—Por supuesto que no, tonto —replicó con un mohín Martina.

—Espero que el año que viene lles a un niño en brazos —le susurró emocionándose con sus propias palabras al pensar en convertirse en tío.

Soledad batió las palmas alborozada, tirando su mate cocido antes de poder dejar la taza en la mesita.

—¡Estás embarazada, Leonardo tenía razón! ¿De cuánto tiempo estás?

Martina se sonrojó hasta las orejas. Avergonzada por los gritos de Soledad se escondió en el pecho de su marido, quien la miraba complaciente y orgulloso mientras le acariciaba los cabellos.

Una vocecita ahogada salió de su garganta:

—Deben ser cinco meses.

Juan más contento de lo que podía demostrar, le sonrió a su cuñado.

—Veo que nunca pierdes tiempo.

—Sabes que soy un hombre muy práctico.

Martina alzó la cabeza y le dijo a su hermano en tono de reproche:

—Por supuesto que no pierde tiempo. Andrés siempre usa reloj, Juan —revolviendo bajo la chaqueta de su marido miraba ansiosa a su hermano.

—¿Quieres que te diga la hora? —y sin esperar a que él respondiera continuó—. Son la seis y veinticinco de la tarde.

Se apoyó sobre el costado de Andrés, sonriéndole feliz.

—Como puedes ver —le señaló Andrés luego de pasar el brazo por los hombros de Martina—, tu hermana no solo es presuntuosa con sus vestidos. También le gusta desplegar todos sus conocimientos. Espera a recibir sus cartas. Son todo un alarde de escritura.

—Siempre dije que era una vanidosa incorregible.

Martina se removió contra Andrés ofuscada.

—No es cierto. —Y luego, con una sonrisa de complacencia, agregó—: Solo me gusta que los demás vean las cosas maravillosas que poseo.

La bestia sin corazón

La muerte de don Rodrigo no sorprendió a nadie. Ni siquiera a sus hijos. Estaba claro que el hombre estaba enfermo y no hacía nada por recuperar la salud. Despreciando a los médicos, había desoído los consejos de algunos conocidos que le recomendaban que se cuidase. El hombre se había negado a solicitar cualquier ayuda, afirmando que en su familia todos habían sido hombres sanos y longevos.

Nadie en Buenos Aires lo lloró. Muchos habían hecho negocios con él, pero ninguno lo apreciaba. Su desprecio por las mujeres era aberrante, incluso para una sociedad que las consideraba poco menos que niños sin razón alguna. El rumor de que golpeaba a sus hijos y a su esposa se confirmó cuando todos se enteraron por Paquita lo que había sucedido y luego algunos jóvenes vieron a Juan malherido caminando lentamente hacia la casa de su cuñado.

El escándalo de los Espinoza abandonando la ciudad violentamente no había sido nada comparada con la indignación de toda la alta sociedad porteña al ver a Juan, uno de sus hijos predilectos, en un estado calamitoso.

Sin embargo, la alta sociedad, fiel a sus principios exclusivistas, le había concedido un último favor. Para escarmentar a los jóvenes que se enamoraban de jovencitas pobres, el Cabildo, y luego la Audiencia, en menos de tres semanas había aprobado que le quitara la herencia a Juan. Ni Andrés ni el abogado que contrató pudieron hacer nada por él.

Rápidamente, todos los comerciantes más importantes, dejaron de hacer negocios con don Rodrigo. En tres semanas, y ya sin su hijo para hacer viajes

al interior, toda la trama que organizaba el comercio de don Rodrigo, desapareció. Enfurecido por ese comportamiento, se había encerrado en su oficina en la trastienda para encontrar la manera de matar a todos los que lo habían traicionado.

El dependiente que dormía sobre el mostrador de la tienda lo encontró muerto a la mañana siguiente sobre el escritorio.

Tenía los ojos abiertos en un rictus de dolor.

Al parecer ni la muerte le había dado paz.

Las esposas, al igual que sus hijas, en la alta sociedad porteña, tenían un derecho legal que pocas damas en el resto de las ciudades poseían: heredaban dinero y propiedades. Una legislación especial permitía que aquello que el marido dejaba se repartiese entre la esposa y los hijos supervivientes, incluso las hijas.

Martina, completamente vestida de negro, caminaba tomada del brazo de Andrés por el patio de la parra de la que había sido su casa. Estar allí le producía una horrible sensación de temor, que todavía no podía quitarse. El fantasma de su padre, o mejor, el fantasma de su violencia, todavía recorría esas paredes húmedas.

Su madre había ordenado cubrir los escasos cuadros y tapices con paños negros, como si se tratase de un Viernes Santo. Caminaba por la casa como si fuese un alma en pena, buscando algo que no encontraba.

El entierro de su padre en el Cementerio de los Padres Recoletos había sido, por fortuna, muy breve. Solo habían concurrido su madre, Soledad, Andrés y ella. Juan ni siquiera había tenido la necesidad de decir que no iría. Sus lazos con su familia se limitaban a Martina y a Adrián, quien estaba muy lejos para acercarse al entierro de su padre.

Martina no podía dejar de pensar que la muerte de su padre era tranquilizadora. No podía alegrarse por ella, no era una persona que sintiera alegría por el fallecimiento de alguien, pero tenía que reconocer que una parte de ella ahora sentía alivio.

Su padre ya no podía hacer más daño que el que ya había hecho. Sentada al lado de su marido, quien desde el día que le dio la noticia de su muerte la miraba muy ansioso, trataba de hablarle con naturalidad.

Martina y Adrián, quien no había sido desheredado por su padre, recibieron partes iguales del capital en mercancías y algo de dinero en metálico. A doña Lucía le quedaron las joyas y la casa en la que vivía,

valuada en diez mil pesos.

—Donaré las joyas y la casa al Convento de las Hermanas de Santa Catalina de Siena —respondió la mujer cuando Martina le preguntó sobre el destino de su herencia—. El síndico se encargará de todo.

Hacía tanto tiempo que no escuchaba la voz de su madre que se asombró al oírla. La mujer tenía una débil voz aguda, tal vez fruto de tantos años de silencio. Martina pensaba que tal vez su madre estaría tranquila al saber que el sufrimiento había llegado a su fin. Quizás no compartiera el sentimiento cercano a la felicidad que experimentaba ella, pero sí uno de alivio, al saber que los castigos violentos ya habían terminado.

—Tal vez, ahora podría devolverle la herencia a Juan, madre.

—Por supuesto que no. ¡El muy imbécil se quería casar con Micaela! Esa chiquilla que no era más que una puta, hija de la puta que era su madre. Me encargaré de que Juan jamás reciba nada del dinero que a su padre tanto le costó ganar.

Escuchar las espantosas palabras de su madre le había provocado una angustia tal que Andrés había tenido que sacarla del salón y llevarla hasta el patio para que tomara aire.

Nunca hubiese creído, en todos esos años de sufrimiento, que su madre pensara igual que el marido. Siempre había estado convencida de que ella sufría en silencio los horribles golpes de su padre, pero con la convicción de que eran injustos. Jamás habría imaginado que su madre estuviese de acuerdo con las palizas y el comportamiento dominante de don Rodrigo.

Temblando en los brazos de su marido, que le besaba la frente y los cabellos para calmarla, no podía creer que hubiera estado tan equivocada.

A pesar de su muerte, don Rodrigo seguía vivo en las palabras de su madre.

Una pregunta se agitó en su mente.

¿Y a quién le importaba?

Ella y Juan ahora estaban bajo la protección de Andrés. Él jamás les haría daño. Y Adrián estaba muy lejos, forjando su propio destino, su propia libertad. La distancia era suficiente para protegerlo.

No, realmente no importaba.

Su madre se encerraría en el convento y todos estarían en paz. Sintiéndose mejor, le pidió a Andrés que la acompañara hasta el centro del patio.

—Por esta parra trepaba para escaparme al río durante las siestas —le dijo

con una sonrisa triste.

—¿Podías treparte por esa parra hasta el techo? —preguntó Andrés asombrado.

Martina rio suavemente.

—Si no estuviera esperando te lo mostraría —le respondió alardeando vanidosa. Su esposo se inclinó sobre ella y le besó con suavidad los labios.

La caricia, o tal vez la tranquilidad que sentía en esa soleada tarde de mayo, le hicieron pronunciar con naturalidad las siguientes palabras:

—Mi padre creía que todas las mujeres eran putas y que necesitábamos ser disciplinadas para reprimir nuestra tendencia.

Andrés apretó visiblemente los labios, haciendo una mueca de desagrado.

—¿Y de qué forma se reprimía esa tendencia?

—Disciplinándonos.

—Sí, pero ¿de qué forma, Martina?

Ella lo miró seriamente.

¿De verdad, Andrés no sabía de qué forma se disciplinaban las mujeres? Tal vez por eso nunca lo había hecho con ella. Porque Martina estaba convencida de haber hecho algunas cosas que por lo menos habían merecido un cachetazo.

—Cuando una mujer te desobedece... —le dijo acompañando con un gesto intencional.

—¿Qué se hace cuando te desobedece? —preguntó Andrés enfurecido.

No podía nombrarlo porque una orden se le instaló en la cabeza. Una orden dicha mucho tiempo atrás y jamás repetida.

No lo digas.

Nunca hables de esto.

Nunca se podía hablar de la bestia.

Nunca. Nunca. Nunca.

No lo digas nunca. No lo digas nunca. Nadie tiene que saberlo.

Andrés se acercó hasta ella muy despacio. Martina temblaba bajo su vestido negro. No le quedaba bien el negro. La hacía mucho más pálida de lo que era, le hacía más oscuras las ojeras y los hermosos ojos verdes perdían vida. Se puso frente a ella, determinado a que su mujer le dijera que su padre la había golpeado, no una, sino en repetidas ocasiones.

Cuanto más insistía ella más pálida se ponía. Temblaba como una hoja en un día de viento sur.

—Sí, pero ¿cómo? —insistió—. Sabes, no puedo entenderlo. Y estaría bien que me lo explicaras porque... ¿Martina?

Ella se había puesto muy pálida y los labios le temblaban. Caminando hacia atrás, se alejaba de él, extendiendo sus brazos con las palmas hacia el frente, queriendo mantener la distancia entre ellos. De sus labios no salía ningún sonido.

No lo digas nunca.

Andrés avanzó hasta ella y la tomó con fuerza de las muñecas.

—Martina, te ordeno que me digas qué hizo tu padre para disciplinarte.

Ella abrió la boca, pero nada salía de ella. Quería hablar, quería decirle todo, pero su cuerpo se negaba. Andrés la sacudió.

—¿Martina?

Asustada por el sacudón que le dio su esposo, Martina pensó que finalmente la paliza llegaría. Había estado hablando de eso que no debía decirse y Andrés la castigaría por su desobediencia.

Sintiéndose liviana, se dejó caer sin peso alguno al suelo, desprendiéndose de las manos de su esposo. Escuchando solamente un zumbido en los oídos, se tendió sobre el húmedo piso de adoquines pulidos del jardín en posición fetal, preparándose para recibir los golpes.

Andrés, sorprendido por el gesto, pensó que Martina se había desmayado y se fue corriendo hacia la cocina para enviar a Paquita por el doctor Rodríguez. No la encontró allí. Paquita estaba en la parte trasera de la casa, donde estaba el gallinero y las habitaciones de los esclavos.

Cuando finalmente regresó al patio, Martina había desaparecido.

El río plateado

Andrés recorrió lentamente el camino hasta el lugar donde se encontraba su mujer. No tuvo que preguntarle a nadie. Sabía dónde estaba.

Era un otoño sorprendentemente cálido en Buenos Aires y no llovía con la frecuencia que los porteños esperaban. El sol bajaba lentamente y la brisa que soplaba desde el río era tibia y traía los gritos que venían de las personas que trabajaban en el puerto y la ribera.

Todo estaba cambiado. Incluso los edificios, que alguna vez le habían parecido demasiado sencillos y blancos, con la luz del sol otoñal se volvían dorados. Los álamos, los sauces, también recibían esa maravillosa claridad y se tornaban amarillos.

Una figura oscura apoyaba la mano en uno de ellos. Estaba de espaldas mirando al río. Al acercarse a unos pocos metros pudo escuchar los sollozos. El alma se le contrajo en un movimiento desesperado.

Se acercó hasta ella pero no la tocó. Fijó la vista en la inmensa luna llena que comenzaba a elevarse sobre el río. Una suave brisa los envolvía y tornaba mucho más íntimo un lugar tan público. Había pocos barcos en el horizonte y solo una barcaza se acercaba al puerto. El ruido de las pequeñas olas del río muriendo contra la ribera los arrullaba tratando de consolarlos.

—Mi padre nos golpeaba por cualquier razón. Un jarrón que se rompía o una mesa que se rayaba. No nos quería a ninguno. Cuando Adrián se fue, le echó la culpa a mi madre, pero el responsable fue él. Lo mismo sucedió con Juan.

Andrés vio que los pequeños pies de su esposa se estaban mojando. Con

una voz muy tierna, le dijo:

—Deberíamos irnos, Martina, ya es tarde.

Ella ni siquiera se dio vuelta.

—No podía creer que mi padre fuese tan horrible, ¿sabes? Pensaba que había una especie de demonio dentro de él... una bestia...

Martina hizo una pausa para sollozar.

—Amor mío, por favor... —Andrés no quería que su esposa sufriera, no podía tolerarlo. Y allí estaba, sintiéndose completamente incapaz de calmar el sufrimiento de su esposa—. Ya no está aquí, ya se murió... no pienses más en él.

—Era horrible ver cuando golpeaba a mamá, ¡ella se quedaba tan quieta! Yo pensaba “por qué no hace algo, por qué no se mueve”.

—Martina...

—Después, la primera vez que me golpeó, descubrí que si yo me movía él se enojaba más todavía. Tenía que quedarme quieta bajo sus golpes. Y solo desear que terminaran pronto. Cuando terminó, mi madre se acercó y levantándose por un brazo me dijo: “No se lo digas a nadie. Nadie debe saberlo”.

Furioso, Andrés ya no hacía ningún esfuerzo por controlar las lágrimas. Todo su enorme cuerpo le temblaba de furia y rencor. Con una voz muy baja y muy ronca le dijo:

—¡Ya deja de pensar en él! ¡Te lo prohíbo! ¿Entiendes, Martina? Ese cerdo está muerto y que de gracias a Dios por estarlo porque yo lo hubiera matado con mis manos si lo veía haciéndote daño.

Martina hundió su cabeza entre las manos y se sacudió con el llanto. Sin poder soportarlo más, Andrés la rodeó y se colocó frente a ella. Sacándose las manos de la cara Martina lo miró.

Lentamente su pequeña esposa extendió los brazos y él, incondicional, la abrazó. Ella se entregó a él sin ninguna protesta, llorando todavía, sin poder detener las palabras que tenía guardadas en el corazón desde hacía tanto tiempo.

—Una vez, Juan y Adrián se escondieron debajo de la mesa de la cocina. Yo estaba con ellos porque pensaba que estaban jugando. Pero después vi que mis hermanos estaban muy serios y Adrián, sobre todo, muy pálido, que decía “ssshh, si no dices nada la bestia no vendrá”. Así lo llamaba mi hermano, “la bestia”. Mi padre los encontró. Ambos estuvieron en cama

durante una semana por los golpes y porque mi padre los encerró en el sótano. María lloraba cada vez que los atendía. Y yo lloraba con ellos. Mi madre nunca fue a verlos. ¡Andrés, no sabes cuánto amo a mis hermanos!

—Lo sé, amor mío. Y sé que ellos te aman a ti.

Ella refregó su cara contra la chaqueta de su marido, tratando de limpiarse las lágrimas. Andrés le acariciaba la cabeza mientras presionaba su cintura contra él. Hubiese querido encontrar la forma de hacerla parte de sí mismo. No encontraba otra manera de protegerla mejor.

—Cuando se fue Adrián, Juan y yo no pudimos hacer nada. Solamente tenía quince años y él lo obligó a embarcarse a España solo y sin dinero. Era tan hermoso, muy parecido a Juan. Antes de irse se despidió de mí. Me llenó la cara de besos y me hizo prometer que cuidaría de Juan. Después Juan me dijo que él también había hecho la promesa de cuidarme.

Ambos quedaron en silencio mirando el río. Andrés se dijo que no importaba qué lugar del mundo fuera el paraíso terrenal, para él ese siempre sería su lugar más amado. La orilla del Río de la Plata, el sitio donde por primera vez había visto a Martina.

—Cuando me enteré de que íbamos a casarnos lloré toda la noche, Andrés. Andrés se apartó un poco, mirándola confuso.

—¿Por qué hiciste eso?

Martina alzó una mano para apoyarla en su mejilla. Con una voz dulce y los ojos llenos de lágrimas le contestó:

—Yo pensaba que serías como mi padre. Que detrás de esa dulce sonrisa y tus palabras de amor estaba la bestia. Que tarde o temprano perderías la paciencia y me darías una paliza.

—Martina, yo jamás haría eso, nunca...

—Tenía tanto miedo, Andrés. Tanto miedo de quererte. La forma en que me amabas era tan delicada. Por las noches me tratabas como si fuese de porcelana y me decías que me querías y que no podrías vivir sin mí.

—Es la verdad, tienes que creerlo.

—A veces lo creía. Pero en los momentos más felices...

—... te aterrabas —completó él.

Ella lo miraba sin entender. ¿Cómo sabía eso Andrés? Él notó su perplejidad y aferrándose a ella con un movimiento posesivo, le susurró en voz baja:

—¿No te das cuenta de que eres todo para mí? Tienes que explicármelo,

Martina. A partir de hoy me lo dirás todo. No quiero que en nuestra cama haya ningún fantasma, solo quiero que estemos nosotros dos, ¿lo entiendes?

—¿Qué debo hacer?

—Confiar en mí, primero.

Martina comenzó a sacudirse violentamente por los sollozos.

—No puedo... no quería casarme...

—¿Tenías miedo de los hombres? —él movió la cabeza sin creerlo—. Yo recuerdo que mirabas coquetamente a algunos en las tertulias. Me mataba cada vez que hablabas con don Manuel. Más de una vez quise agarrarlo a golpes, pero es demasiado buen hombre para hacerlo.

Ella sonrió entre las lágrimas. Fue el sol saliendo entre las nubes después del viento del sudeste. Así se sintió Andrés cuando la vio sonreír.

—Y después estaba el pomposo sobrino del virrey. ¿Puedes creer que hasta pensé en ponerme polvos en la cara para ir a pedirte matrimonio? Pensé que si él te gustaba, tal vez yo te gustara más poniéndome polvos.

Una risita despejó por completo las nubes de su cara. Pero, casi inmediatamente, su expresión se volvió seria.

—No quería casarme contigo, ¿sabes?

—Me imagino que considerando a tu padre, odiarías a todos los hombres.

—No odiaba a los hombres. Ni siquiera te odiaba ... me gustaste desde el primer momento...—ella se ruborizó y Andrés sonrió encantado—. No, no te odiaba, Andrés. Aborrecía a mi futuro esposo. Pensaba que si no me casaba estaría a salvo... No esperaba sentirme tan feliz contigo cuando me abrazabas. Era tan confuso quererte y odiarte al mismo tiempo...

La vio bajar los ojos y ponerse colorada. Era la primera vez que Martina decía tan abiertamente lo que sentía por él.

—¿Es por eso que me volvías loco coqueteando conmigo un momento y al siguiente poniéndote muy seria?

—Cuando te convertiste en mi futuro esposo, te odié, Andrés. De verdad. No te podía perdonar que fueras a convertirte en la bestia.

—Nunca voy a pegarte, jamás voy a hacerte daño. Lo juro, Martina. Tienes que entenderlo, preciosa, te amo.

—Andrés...

—¿Sí, amor?

—Bésame.

Andrés obedeció. Un amoroso beso en los labios hizo que el cuerpo de

Martina se sacudiera de estremecimientos. Queriendo estrecharlo más todavía, le pasó los brazos por la cintura. Cuando terminó el beso, permanecieron abrazados, mirándose intensamente a los ojos.

—Tus besos son mejor medicina que las pócimas del doctor Rodríguez. Ya no me siento tan mal.

Andrés, al parecer más emocionado que ella por el beso, no le respondió.

Había una sombra detrás de su mirada, una duda que lo atormentaba, como si dudara de sus palabras. Ella lo miró cariñosamente y acariciándole la espalda como él hacía siempre para reconfortarla, le susurró:

—Tienes que decirme qué te pasa, Andrés. De otra forma no podré saber qué es lo que te entristece. —Hizo una pausa en la que no dejó de mirarlo a los ojos y luego continuó risueña—: ¿Quieres que me haga virreina?

La risa que soltó el cuerpo de Andrés fue indescriptible.

Era un sonido que mezclaba la felicidad, el amor y la absoluta seguridad de no poder vivir sin ella y no tener el menor problema con decírselo a todo el mundo.

Estaban tan abrazados que Martina pudo sentir la risa sobre todo su cuerpo. Los ojos de su marido se iluminaron y su expresión seria dio paso a una de alegría.

Y, en ese momento, descubrió qué era exactamente lo que intentaba hacer Andrés cuando decía esas bromas tontas que la dejaban seria.

La tristeza de Andrés era como si de repente el río se hubiese secado. No quería sentirlo triste, lo quería alegre y feliz como estaba siempre, siendo gentil y simpático con todos, enojándose ante las injusticias, un poco codicioso y mirándola embobado cuando ella le hacía pucheros.

—Te amo, Andrés. Quiero hacer muchas cosas. Quiero ser una buena esposa y cuidar de Paquita. Ocuparme de la casa. No sé ni por dónde empezar. No voy a quedarme sentada mirando la pared hasta que vuelvas. Tampoco sé qué hacer. Hoy empieza todo de nuevo, ¿no?

—Como quieras.

—Quiero que sea así. Por nuestro hijo. Y para amarte mejor. Hoy empieza todo de nuevo.

Colgándose de su cuello con los brazos para alcanzar el más estrecho contacto, comenzó a besarle la cara con breves besuqueos, mientras decía:

—Te amo, te amo, te amo, te amo, te amo...

Andrés no pudo contenerse más y se apoderó de su boca en un beso tan

sensual que segundos después Martina, blanda entre sus brazos, gimió. El mundo se había esfumado a su alrededor. No importaba nada, ni siquiera la encopetada señora Álzaga que los miraba asombrada y ofendida del brazo de su hijo Martín.

Abrazados, ahora los dos estaban en un mundo íntimo, en el que podían amarse, besarse y acariciarse sin que ninguna regla de ninguna sociedad les importara. Se querían y lo que los demás pudieran decir acerca de la expresión de ese cariño les importaba muy poco.

Dejaron de besarse y se miraron a los ojos. Él estaba un poco mareado por el beso, pero Martina no dejaba de sonreír.

La llegada al hogar fue un nuevo comienzo.

A sus espaldas, el río comenzaba a platearse con los primeros rayos de la luna.

Epílogo

*Ciudad de la Santísima Trinidad
y Puerto de Santa María de los Buenos Aires,
diciembre de 1802*

Un hombre y una mujer están de pie, frente al río, en una de las toscas que no ocupan las lavanderas negras. Ambos miran una pequeña barca que se aleja, oscura como una hormiga y que avanza hacia uno de los enormes barcos que anclan a lo lejos.

Es una mañana de sol brillante y cielo azul. El río está calmo y soplan unos buenos aires que prometen un viaje seguro a los viajeros que van en la barca. En ella, una joven bellísima, que llora sin cesar, mueve la mano hacia la pareja que está de pie frente al río. Se había despedido de ellos y de su sobrino llorando la noche anterior, prometiéndose que no iba a llorar al día siguiente, pero las lágrimas la vencen.

A su lado, un hombre no muy alto, de pecho ancho, la protege, la ama. No llora pero está igual de triste que ella.

Los dos saben que volver a España es lo que quieren, que allí la joven será feliz y podrá hacer su voluntad más que en Buenos Aires. Hablaron mucho acerca de su deseo, de la posibilidad de ser felices sin cuestionamientos, de la libertad que tendrán en Sevilla, donde todo será más sencillo que en Buenos Aires. Hablaron de, quizá, viajar a Londres, e instalarse como comisionistas de comercio. Tienen el futuro delante de ellos, y solo les resta cruzar el Atlántico.

La joven se lleva la mano a los labios y se pregunta si el precio no es

demasiado alto. Su hermano queda en Buenos Aires, resuelto y tierno como siempre. Nunca estuvo sin él. Deja a su cuñada y a su pequeño sobrino, al que le prometió enviarle miles de historias para convertirlo en el próximo Lope de Vega.

Quizá un ancho mar la separe de su hermano y su familia pero nunca perderá el amor que siente por él. Lo llenará de cartas y ella recibirá la misma cantidad. Le informará sobre Napoleón y el comercio y todo eso que a su hermano le interesa. Y ella recibirá noticias de su sobrinito y los otros que llegarán.

Se apoya en el hombre que tiene a su lado.

Ella sabe que él la ama.

Él sabe que ella lo ama.

El futuro es incierto pero están juntos. Y la vida, ese vasto río de aguas plateadas, se presenta frente a ellos desafiante y ellos levantan la cabeza y miran hacia el horizonte.



Una niña mujer contempla el río. Está apoyada contra el suave tronco de un álamo y trata de esconderse de los ojos vigilantes de la ciudad. Mira el agua plateada que se muere despacio contra la costa de la ciudad. Hace frío pero ella no lo siente. Mira el río y más allá, hacia algún lugar que está lejos...

Corre el año 1801. La silueta de Buenos Aires se dibuja y se recorta contra el cielo celeste, blanco y gris. Algunas esclavas negras están machacando la ropa contra las toscas del río, se mueven, se ríen y hablan, mientras los hermanos Balboa —Don Andrés y Doña Soledad— desembarcan en sus costas llenos de sueños e ideas liberales.

Andrés ha dejado atrás Sevilla para llegarse hasta el fin del mundo, Buenos Aires, la tierra que lo vio nacer. Está dispuesto a hacer lo que haga falta para conquistar a la pacata y selecta sociedad porteña y hacerse rico. Incluso casarse con una niña mujer, Martina Álvarez; incluso querer enamorarla y enamorarse. Pero nadie le ha dicho que eso a veces puede resultar tan difícil como acortar las distancias entre las dos orillas del Río de la Plata. Ese Río ancho y marrón que su pequeña Martina tanto ama; ese Río que sabe qué razones la vuelven oscura e inalcanzable.

Gabriela Margall navega estas aguas —la de la novela histórica— con destreza y preciosismo, para construir una heroína que abre los ojos al mundo y se entrega al amor como una forma de conocimiento. Una novela extraordinaria con el inconfundible sello de su autora.



GABRIELA MARGALL

(1977) es escritora, historiadora y profesora de Historia egresada de la Universidad de Buenos Aires. Desde el año 2006 escribe y publica novelas histórico-románticas, conjugando la investigación en historia de las mujeres y de la vida cotidiana con personajes de ficción. Sus novelas anteriores son: *Si encuentro tu nombre en el fuego* (2006), *Con solo nombrarte* (2007), *Lo que no se nombra* (2008), *Los que esperan la lluvia* (2010), *Ojos color pampa* (2011) todas editadas por Vestales. *La princesa de las Pampas*, su continuación *La hija del Tirano*, *La Dama de los Espejos* y *El secreto de Jane Austen* fueron editadas por Vergara en 2012, 2013, 2014 y 2015.

Para contactarse con ella se puede visitar su blog: www.gabrielamargall.com.ar o escribirle un mensaje a gabriela.margall@gmail.com.

Margall, Gabriela

Ese ancho río entre nosotros / Gabriela Margall. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Javier Vergara Editor, 2018.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-15-0591-7

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título.
CDD A863

© Gabriela Margall, 2016

© De esta edición, Penguin Random House como continuadora de Ediciones B Argentina S.A., 2016
Diseño de cubierta e interior: Donagh | Matulich

Edición en formato digital: marzo de 2018

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
www.megustaleer.com.ar

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-950-15-0591-7

Conversión a formato digital: Libresque

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Ese ancho río entre nosotros

Epígrafe

Prólogo

1. Con la sangre

2. La bestia

3. Los hermanos Balboa

4. Un ángel o un demonio

5. El honor de una hermana

6. Contra la pared

7. Nunca hables

8. La lluvia y el almíbar

9. Las cuerdas de una guitarra

10. Hacer negocios

11. El miedo al amor

12. Una mujer y un hombre

13. Sí, don Andrés

14. Una caricia en el alma

15. Un palo de escoba

16. Y todo es hermoso

17. De a uno por vez

18. Una pequeña tertulia

19. Dos semanas y un baúl de telas

20. Actos pecaminosos
 21. Usted me entiende
 22. Las difíciles haches
 23. Los silencios de Martina
 24. Asunto de esposos
 25. Al otro lado del río
 26. El ancho río entre los dos
 27. Solo media hora
 28. La bestia derrotada
 29. Amor de hermanos
 30. La vuelta al hogar
 31. El mundo oscuro
 32. Las cosas maravillosas
 33. La bestia sin corazón
 34. El río plateado
- Epílogo
- Sobre este libro
- Sobre la autora
- Créditos